

El Segundo Libro de la Selva

Por

Rudyard Kipling

***Free*editorial** 

DE CÓMO LLEGÓ EL MIEDO

Poca agua lleva el río, el estanque se ha secado,
y nosotros, tú y yo, somos camaradas.

Con fiebre en las quijadas, el flanco lleno de polvo,
nos empujamos siguiendo la ribera.

El miedo a padecer sed nos inmoviliza,
nadie piensa ya en cazar y matar.

Ahora puede ver el cervatillo
que la Manada de Lobos tiene miedo como él,
mientras el majestuoso gamo ve sin inmutarse
los colmillos que a su padre degollaron.

Poca agua en los estanques, los ríos se han secado,
y nosotros, tú y yo, seremos compañeros de juego,
hasta que aquella nube (¡Buena caza!) descargue
la lluvia que rompa nuestra Tregua del Agua.

La Ley de la Jungla, que es con mucho la más antigua de las leyes del mundo, tiene previstos casi todos los accidentes que puede sufrir el Pueblo de la Jungla, por lo que actualmente su código es tan perfecto como puedan haberlo hecho el tiempo y la costumbre. Recordaréis que Mowgli pasó gran parte de su vida con la Manada de Lobos de Seeonee, aprendiendo la Ley con Baloo, el Oso Pardo. Y fue Baloo quien le dijo, al ver que el chico se impacientaba al recibir órdenes constantemente, que la ley era como la liana gigante, ya que caía sobre las espaldas de todo el mundo, sin que nadie pudiera zafarse.

—Cuando hayas vivido tanto como yo, Hermanito, verás que toda la jungla obedece por lo menos a una ley. Y no será ese un espectáculo agradable —dijo Baloo.

Estas palabras le entraron por una oreja y le salieron por la otra, ya que un muchacho que se pasa la vida comiendo y durmiendo no se preocupa por nada hasta que se encuentra las cosas delante de sus narices. Pero llegó un año en que las palabras de Baloo cobraron realidad y Mowgli vio cómo toda la Jungla se hallaba sometida a la ley.

Todo comenzó cuando las lluvias del invierno faltaron en su casi totalidad e Ikki, el Puerco Espín, al encontrarse con Mowgli en un bosquecillo de bambúes, le dijo que los ñames silvestres se estaban secando. Ahora bien, todo el mundo sabe que Ikki se muestra ridículamente remilgado cuando se trata de comida y que se niega a comer de todo salvo de lo mejor y más maduro. Así, pues, Mowgli se rio y dijo:

—¿Y eso a mí qué?

—Pues nada... de momento —dijo Ikki, haciendo sonar sus púas con gesto altivo y poco natural—. Pero más adelante, ya veremos. ¿Sigues con las zambullidas en el estanque profundo que hay debajo de las Rocas de las Abejas, Hermanito?

—No. El agua es tonta y se está retirando, y yo no tengo ganas de romperme la cabeza —respondió Mowgli, que por aquellos tiempos estaba convencido de saber tanto como cinco representantes del Pueblo de la Jungla juntos.

—Tú te lo pierdes. Puede que te hicieras una grieta pequeña y que por ella te entrase en la mollera un poquito de sabiduría.

Ikki se apartó rápidamente para que Mowgli no pudiera arrancarle las púas del hocico y Mowgli se fue a contarle a Baloo lo que Ikki le había dicho. Baloo, tras escucharle, puso una cara muy seria y musitó:

—Si estuviera solo, cambiaría inmediatamente de cazadero antes de que los demás empezasen a reflexionar... Pero eso de cazar entre extraños termina siempre en riñas y peleas y Cachorro de Hombre podría resultar herido. Tendremos que esperar a ver qué tal florece el mohwa.

Aquella primavera, el mohwa, árbol que a Baloo tanto le gustaba, no llegó a florecer. El calor mató sus capullos verdosos y delicados antes de que pudieran florecer y cuando Baloo, alzándose sobre los cuartos traseros, sacudió el árbol, solo unos cuantos pétalos pestilentes cayeron al suelo. Después el implacable calor fue adentrándose en la jungla, milímetro a milímetro, hasta llegar a lo más profundo de ella, haciendo que la vegetación se tornase primero amarilla, después parda y finalmente negra. Se quemaron los arbustos que crecían a la vera de las quebradas, quedando solamente una masa de tallos rotos y hojas retorcidas. Los estanques ocultos entre la espesura se secaron y dejaron al descubierto el barro reseco y cuarteado del fondo, mostrando en sus orillas, como hechas con un molde de hierro, las más leves pisadas. Las jugosas lianas se despegaron de los árboles y cayeron muertas a los pies de los mismos. Los bambúes se marchitaron y el viento abrasador, al acariciarlos, producía un ruido que parecía el cloqueo de las gallinas, mientras que, en el corazón de la jungla, el musgo se desprendía de las rocas,

dejándolas peladas y calientes como los guijarros azules que se estremecían en el lecho del río.

Los pájaros y el Pueblo de los Monos emprendieron viaje hacia el norte a principios de año, pues sabían qué era lo que se avecinaba. Los venados y los cerdos salvajes huyeron a los campos desolados próximos a los poblados, muriendo a veces ante los ojos de unos hombres demasiado desfallecidos para darles muerte con sus propias manos. Chil, el Milano, se quedó en la jungla y engordó notablemente, ya que abundaba la carroña y cada tarde, al regresar de sus correrías, los demás animales, demasiado débiles para partir en busca de nuevos cazaderos, le oían decir que el sol estaba matando a la jungla en toda la zona que podía recorrerse en tres días de vuelo, sin importar la dirección que se tomase.

Mowgli, que jamás había conocido lo que era verdadera hambre, tuvo que alimentarse de miel rancia, de tres años antes, que extraía de rocas que antes hicieran las veces de panal y ahora estaban abandonadas. Era una miel negra como un endrino y cubierta con el polvo del azúcar reseco. Buscaba también las larvas que abrían profundas galerías en la corteza de los árboles y tampoco les hacía ascos a las crías de las avispas. Toda la caza que había en la jungla no era más que huesos y pellejo, y Bagheera podía matar tres animales en una sola noche sin que con ello pudiera llenarse la panza. Pero la falta de agua era lo peor, pues, aunque beba muy de vez en cuando, el Pueblo de la Jungla necesita beber largos tragos de una vez.

Y el calor seguía y seguía, absorbiendo toda la humedad, hasta que, finalmente, el curso principal del Waingunga fue el único lugar por donde discurría un chorrillo de agua entre sus secas márgenes. Y cuando Hathi, el elefante salvaje, capaz de vivir cien años o más, vio que en el mismo centro del río aparecía una delgada línea de roca azul, comprendió que lo que estaban contemplando sus ojos era la Roca de la Paz y allí mismo, sin aguardar más, alzó la trompa y proclamó la Tregua del Agua, como su padre la había proclamado cincuenta años antes. Los venados, cerdos salvajes y búfalos secundaron la llamada con sus toscas voces, mientras Chil, el Milano, empezaba a describir amplios círculos y con silbidos y graznidos propagaba la noticia.

Según la Ley de la Jungla, se castiga con la muerte a quien mate en algún abrevadero una vez ha sido proclamada la Tregua del Agua. Eso se debe a que beber tiene prioridad ante comer. Todos los habitantes de la jungla son capaces de ir tirando cuando la única escasez es la caza, pero el agua es el agua y cuando solo se la encuentra en un sitio, toda cacería se suspende mientras el Pueblo de la Jungla acude a satisfacer sus necesidades. En los buenos tiempos, cuando el agua era abundante, los que acudían a beber en el Waingunga (o en cualquier otra parte, a decir verdad) lo hacían arriesgando sus propias vidas, y

ese riesgo aportaba no poco interés a las correrías nocturnas. Bajar hasta la orilla con tanta astucia que ni una hoja se moviera, meterse en el agua hasta las rodillas mientras el clamor de la corriente impedía oír lo que había detrás de uno, beber y al mismo tiempo mirar por encima del hombro, tensos todos los músculos en espera de saltar desesperadamente, empujado por el terror, revolcarse en la arena de la orilla y luego, con el hocico mojado, rebotando satisfacción y orgullo, volver junto a la manada que de lejos contemplaba admirada el espectáculo... todas estas cosas tenían un gran atractivo para los jóvenes venados de gran cornamenta, precisamente porque sabían que en cualquier momento Bagheera o Shere Khan podían saltarles encima y derribarlos. Pero ahora se había acabado este jugar con la vida y la muerte y el Pueblo de la Jungla, famélico y cansado, acudía a lo poco que quedaba del río y todos juntos, el tigre, el oso, el ciervo, el búfalo y el cerdo, bebían de las sucias aguas y después, demasiado exhaustos para alejarse, se quedaban con la cabeza colgando sobre ellas.

El ciervo y el cerdo se habían pasado el día entero vagabundeando, buscando algo más apetitoso que la corteza reseca y las hojas marchitas. Los búfalos no habían encontrado ninguna charca en la que pudieran refrescarse, ninguna cosecha aún verde que pudieran robar. Las serpientes habían abandonado la jungla para bajar al río, con la esperanza de atrapar alguna rana perdida. Enroscadas en las rocas húmedas, no hacían el menor gesto agresivo cuando algún cerdo las hacía salir de allí empujándolas con el hocico. Hacía ya tiempo que las tortugas de río habían perecido por obra de Bagheera, el más astuto de los cazadores, y que los peces se habían enterrado en lo más profundo del barro seco. Solo la Roca de la Paz se extendía como una larga serpiente que cruzase las aguas poco profundas, y las leves y cansadas olas silbaban al evaporarse sobre su ardiente costado.

Era aquí donde acudía Mowgli cada noche en busca de frescor y compañía. Ni al más hambriento de sus enemigos le habría apetecido el pequeño en aquellos momentos. Su piel desnuda hacía que pareciera más magro y desnutrido que cualquiera de sus compañeros. Los rayos del sol habían aclarado su pelo, que ahora tenía el color de la estopa. Sus costillas se veían claramente a través de la piel, como las varillas de un abanico; y, como a veces andaba a cuatro patas, sus abultados codos y rodillas daban a las flacas extremidades el aspecto de nudosos tallos de hierba. Pero su mirada, medio oculta por el pelo enmarañado, seguía mostrando tranquilidad, pues Bagheera era su consejera en aquellos tiempos de penalidades y le había dicho que caminase y cazase tranquilamente, sin prisas, y que jamás, por ningún motivo se encolerizase.

—Malos tiempos los que corren —dijo Bagheera, la Pantera Negra, una tarde calurosa como un horno—. Pero, si vivimos lo suficiente, ya verás como

las cosas cambian. ¿Tienes el estómago lleno, Cachorro de Hombre?

—Algo he metido en él, pero no me siento satisfecho. ¿Tú crees, Bagheera, que las lluvias se han olvidado de nosotros y nunca volverán a visitarnos?

—¡Qué va! Aún veremos de nuevo el mohwa en flor y los cervatillos con la panza llena de jugosa hierba. Bajemos a la Roca de la Paz y veremos qué noticias hay. Súbete a mi lomo, Hermanito.

—No estás tú como para transportar pesos. Todavía me tengo en pie, pero... la verdad es que ni tú ni yo nos parecemos a un buey bien cebado.

Bagheera echó una mirada a sus magros y polvorientos flancos y susurró:

—Anoche maté un buey uncido. Me sentía tan desfallecida que creo que, de estar suelto el buey, no me habría atrevido a saltarle encima. Wou!

Mowgli soltó una carcajada.

—Sí, estamos hechos unos grandes cazadores —dijo—. Yo me atrevo con todo... hasta con las larvas que me como.

Y los dos echaron a andar entre la crujiente maleza, camino de la orilla del río y del sitio donde los bajíos de arena formaban una especie de encaje que se extendía en todas direcciones.

—El agua no puede durar mucho —dijo Baloo, uniéndose a ellos—. Mirad allá abajo. Mirad aquellas sendas: hay tantas pisadas que parecen los caminos que hace el hombre.

En el terreno llano de la otra orilla la hierba de la jungla se había muerto de pie, quedando momificada. El rastro de los venados y cerdos al dirigirse hacia el río había trazado en aquel terreno incoloro una serie de surcos polvorientos entre la hierba de tres metros de alto y, aunque era temprano, cada una de aquellas largas avenidas estaba llena de seres presurosos por llegar al agua. Se oía toser a los gamos y cervatillos mientras con sus patas levantaban aquel polvo picante como el rapé.

Río arriba, en el recodo del indolente estanque que rodeaba la Roca de la Paz y Guardiania de la Tregua del Agua, se encontraba Hathi, el elefante salvaje, con sus hijos, flacos y grises bajo la luz de la luna, meciéndose de aquí allá... siempre meciéndose. A sus pies, un poco más allá, estaba la vanguardia de los ciervos y a los pies de estos, un poco más abajo, los cerdos y búfalos salvajes. Y en la otra orilla, allí donde los altos árboles llegaban hasta el borde del agua, se encontraba el lugar reservado para los Comedores de Carne: el tigre, los lobos, la pantera, el oso y los demás.

—En verdad que estamos todos bajo la misma ley —dijo Bagheera, metiéndose en el agua y mirando hacia el otro lado, donde se oía el

entrechocar de cornamentas y se veían brillar numerosos ojos desorbitados al empujarse los ciervos y los cerdos en su afán de llegar al agua.

—¡Buena caza a todos los de mi sangre! —agregó, tendiéndose cuan larga era, con uno de sus flancos fuera del agua, y después, entre dientes—: Y en verdad que, si no fuera por la ley, buena sería la caza.

Las atentas orejas de los ciervos captaron esa última frase y un susurro temeroso recorrió las filas:

—¡La tregua! ¡Recordad la tregua!

—¡Paz, paz! —exclamó con voz gutural Hathi, el elefante salvaje—. La tregua sigue vigente, Bagheera. No es este momento de hablar de caza.

—¿Quién mejor que yo para saberlo? —respondió Bagheera, volviendo sus ojos amarillos río arriba—. Soy comedora de tortugas y pescadora de ranas. Ngaayah! ¡Ojalá me bastase con mascar ramas!

—Lo mismo decimos nosotros —baló un cervatillo que había nacido aquella misma primavera y no sentía ninguna simpatía por Bagheera.

Pese a lo desgraciado que se sentía todo el Pueblo de la Jungla, ni siquiera Hathi pudo reprimir una risita burlona, mientras Mowgli, tumbado en el agua y apoyado en los codos, soltó una fuerte carcajada y empezó a lanzar salpicaduras con los pies.

—Bien dicho, pimpollo de ciervo —ronroneó Bagheera—. Cuando la tregua termine, me acordaré de lo que has dicho y lo consideraré como un punto a tu favor.

Forzó la vista para ver en la oscuridad y asegurarse de que reconocería al cervatillo cuando volviese a verlo.

Poco a poco la conversación fue extendiéndose por todo el abrevadero. Se oían los ásperos resoplidos del cerdo pidiendo más sitio, los gruñidos de los búfalos que se empujaban en los bancos de arena, y las tristes historias que contaban los ciervos sobre sus largos recorridos por la selva en busca de algo que comer. De vez en cuando hacían alguna pregunta a los Comedores de Carne de la otra orilla, pero todas las noticias eran malas y el viento abrasador y furioso de la jungla iba y venía entre las rocas y las resecas ramas, arrojando ramitas y polvo al agua.

—También los hombres lo pasan mal. Los he visto caer muertos junto a su arado —dijo un joven sambhur—. Pasé junto a tres desde el amanecer hasta la noche. Yacían muy quietos en el suelo, y sus bueyes con ellos. También nosotros yaceremos muy quietos dentro de poco.

—El río ha bajado desde anoche —dijo Baloo—. Oh, Hathi, ¿has visto

alguna vez una sequía semejante?

—Ya pasará, ya pasará —dijo Hathi, rociándose de agua el lomo y los costados.

—Aquí tenemos a uno que no podrá soportarlo mucho más —dijo Baloo, mirando al muchacho al que tanto quería.

—¿Yo? —preguntó Mowgli con acento indignado y sentándose en el agua—. No tengo los huesos cubiertos de pelo como vosotros, pero... pero, si a ti te quitasen el pellejo, Baloo...

Hathi se estremeció con solo pensarlo y Baloo dijo severamente:

—Esas no son cosas de decirle a un Profesor de Leyes, Cachorro de Hombre. A mí nunca se me ha visto sin mi pellejo.

—No quería ofenderte, Baloo. Solo quería decir que tú eres como el coco que hay dentro de la cáscara, mientras que yo soy el mismo coco, pero pelado. Así que si esa cáscara parda que llevas...

Mowgli se hallaba sentado con las piernas cruzadas y, como de costumbre, explicaba lo que quería decir valiéndose del dedo índice, cuando de pronto Bagheera extendió una de sus patas y lo hizo caer de espaldas en el agua.

—Peor que peor —dijo la Pantera Negra, mientras el chico se incorporaba chorreando agua—. Primero dices que hay que despellejar a Baloo y ahora resulta que es un coco. Anda con cuidado, no vaya a hacer lo mismo que los cocos maduros.

—¿Y qué hacen los cocos maduros? —preguntó Mowgli, dejándose pillar por aquel truco que era uno de los más viejos de la jungla.

—Romper cabezas —contestó tranquilamente Bagheera, volviendo a empujarlo hacia atrás.

—No está bien hacer bromas a costa de tu profesor —dijo el oso, después de que Mowgli se viera zambullido por tercera vez.

—¡Que no está bien! Entonces ¿qué quieres? Esa cosa desnuda que corretea por todas partes se burla a sus anchas de todos los que alguna vez han sido buenos cazadores y se divierte tirando de los bigotes a los mejores de nosotros —dijo Shere Khan, el Tigre Cojo, caminando trabajosamente hacia la orilla.

Hizo una pausa para disfrutar de la sensación que su presencia causaba entre los ciervos de la otra margen. Luego bajó su cabeza cuadrada y peluda y dijo con un gruñido:

—La jungla se ha convertido en un vivero de cachorros desnudos hoy en

día. ¡Mírame, Cachorro de Hombre!

Mowgli lo miró, mejor dicho, clavó los ojos en él con tanta insolencia como era capaz de poner en su mirada y, al cabo de un minuto, Shere Khan, confuso, volvió la cara hacia otro lado.

—Que si Cachorro de Hombre eso, que si Cachorro de Hombre aquello —rezongó sin dejar de beber—. Ese cachorro no es ni cachorro ni hombre, pues, si lo fuera, se habría asustado. La próxima temporada incluso tendré que pedirle permiso para beber. ¡Augrh!

—Puede que también eso suceda —dijo Bagheera, clavando con firmeza su mirada entre los ojos de Shere Khan—. Puede que sí... ¡Puaf, Shere Khan! ¿Qué nueva vergüenza te trae por aquí?

El Tigre Cojo había hundido la barbilla y las quijadas en el agua y unas manchas oscuras y viscosas flotaban corriente abajo desde donde estaba él.

—¡El hombre! —dijo tranquilamente Shere Khan—. Maté uno hace una hora.

Siguió ronroneando y gruñendo para sus adentros.

La línea de animales se estremeció y empezó a moverse inquietamente de un lado para otro, mientras de ella surgía un susurro que fue creciendo en intensidad hasta convertirse en una exclamación:

—¡El hombre! ¡El hombre! ¡Ha matado al hombre!

Luego todos miraron a Hathi, el elefante salvaje, pero este parecía no haber oído nada. Hathi nunca hace algo hasta que llega el momento oportuno y esa es una de las razones por las que vive tantos años.

—¡Matar al hombre en una temporada como la que estamos padeciendo! ¿Es que no había caza de otra clase? —preguntó Bagheera con acento desdeñoso, saliendo del agua teñida por la sangre y sacudiendo las patas igual que un gato.

—Maté porque sí y no para comer.

El susurro de horror empezó de nuevo y los ojillos atentos de Hathi se volvieron hacia Shere Khan.

—Porque sí —repitió Shere Khan, arrastrando las sílabas—. Y ahora he venido a beber y a asearme. ¿Alguno de vosotros me lo va a prohibir?

El lomo de Bagheera empezó a curvarse como un bambú en pleno vendaval, pero Hathi alzó la trompa y se puso a hablar serenamente:

—¿Conque has matado por gusto? —preguntó, y cuando Hathi preguntaba algo era mejor contestarle.

—Aunque así fuera. El derecho y la noche eran mías. Bien lo sabes tú, Hathi.

La voz de Shere Khan era casi cortés.

—Sí, lo sé —contestó Hathi y, tras una breve pausa, agregó—: ¿Has bebido lo suficiente ya?

—Por esta noche, sí.

—Entonces vete. El río es para beber y no para ensuciarlo. Nadie salvo el Tigre Cojo se habría atrevido a fanfarronear sobre sus derechos en una temporada como esta, cuando... cuando todos sufrimos juntos... el hombre y el Pueblo de la Jungla por un igual. Estés limpio o sucio, ¡vete a tu guarida, Shere Khan!

Las últimas palabras sonaron como las notas de unas trompetas de plata y, aunque no había ninguna necesidad de hacerlo, los tres hijos de Hathi dieron medio paso al frente. Shere Khan se escabulló, sin osar siquiera gruñir, pues sabía lo que sabían todos los demás: que, a fin de cuentas, Hathi es el Amo de la Jungla.

—¿Qué derecho es ese del que habla Shere Khan? —susurró Mowgli al oído de Bagheera—. Matar al hombre es siempre una vergüenza. Así lo dice la ley. Y, pese a ello, Hathi dice...

—Pregúntale a él. Yo no lo sé, Hermanito. Con derecho o sin él, de no haber hablado Hathi, le habría dado una lección a ese carnicero cojo. Mira que presentarse en la Roca de la Paz después de haber matado al hombre... y encima alardear de ello. ¡Eso es propio de chacales! Además, nos ha ensuciado el agua.

Mowgli permaneció callado un minuto, haciendo acopio de valor, ya que nadie se atrevía a dirigirse directamente a Hathi, y luego preguntó:

—Oh, Hathi, ¿qué derecho es ese que Shere Khan dice poseer?

Sus palabras encontraron eco en ambas orillas, pues todos los que forman el Pueblo de la Jungla son tremendamente curiosos y acababan de ver algo que nadie salvo Baloo, que estaba muy pensativo, parecía haber entendido.

—Es una vieja historia —dijo Hathi—. Una historia más vieja que la misma jungla. Silencio en las orillas, si queréis que os la cuente.

Durante uno o dos minutos todo fueron empujones y codazos entre los cerdos y los búfalos. Luego los jefes de los rebaños contestaron con un gruñido, uno tras otro:

—Te escuchamos.

Hathi se adelantó hasta que el agua le llegó a las rodillas y se detuvo junto a la Roca de la Paz. A pesar de su delgadez, de las arrugas que surcaban su piel y del color amarillento de sus colmillos, parecía lo que todos sabían que era en realidad: su amo.

—Ya sabéis todos, hijos míos —empezó—, que, entre todas las cosas, al hombre es a la que más teméis.

Se oyeron murmullos de asentimiento.

—Esta historia te concierne a ti, Hermanito —le dijo Bagheera a Mowgli.

—¿A mí? Yo soy de la Manada... un cazador más entre el Pueblo Libre —contestó Mowgli—. ¿Qué tengo yo que ver con el hombre?

—¿Y no sabéis por qué teméis al hombre? —prosiguió Hathi—. Pues ahora os lo voy a decir. Al principio de la jungla, cosa que nadie sabe cuándo fue, nosotros los habitantes de la jungla caminábamos unos al lado de otros, sin temernos. En aquellos días no había sequía y en un mismo árbol crecían hojas, flores y fruta y nosotros no comíamos nada más que hojas, flores, hierba, fruta y corteza.

—Qué contenta estoy de no haber nacido entonces —dijo Bagheera—. La corteza solo es buena para afilarse las garras.

—Y el Señor de la Jungla era Tha, el Primer Elefante. Con la trompa extrajo la jungla de las aguas profundas que la cubrían, y cuando con los colmillos abría surcos en el suelo, por ellos fluían los ríos, y allí donde daba una patada en el suelo, surgían estanques de agua cristalina para beber. Y cuando soplaba con la trompa... así... derribaba árboles. Así fue como Tha hizo la jungla, y así es como me contaron la historia a mí.

—Pues no ha perdido nada al pasar de boca en boca —susurró Bagheera y Mowgli se tapó la boca con la mano para que no lo vieran reír.

—En aquellos días no había maíz, ni melones, ni pimienta, ni caña de azúcar. Tampoco había chozas pequeñas como las que todos habéis visto, y el Pueblo de la Jungla nada sabía del hombre. Vivían todos juntos en la jungla, formando un solo pueblo. Sin embargo, al cabo de un tiempo empezaron las disputas por la comida, aunque había pastos suficientes para todos. Eran unos perezosos. Todos querían comer sin tener que levantarse, igual que a veces hacemos nosotros cuando las lluvias de primavera son buenas. Tha, el Primer Elefante, andaba atareado, haciendo junglas nuevas y guiando los ríos por sus cauces. No podía estar en todas partes a la vez, así que dio al Primer Tigre el cargo de Amo y Juez de la Jungla, ante el cual el Pueblo de la Jungla debía acudir con sus pleitos. En aquellos días el Primer Tigre comía fruta y hierba como los demás animales. Era tan grande como yo y muy bello, todo él del

color de los capullos de las lianas amarillas. En aquellos tiempos felices, cuando esta jungla era aún nueva, en su piel no había rayas ni nada parecido. Todo el Pueblo de la Jungla acudía a él sin temor y su palabra era la Ley de la Jungla entera. Entonces, no lo olvidéis, éramos un solo pueblo.

»Pero una noche se produjo una disputa entre dos gamos, una de esas querellas por cuestión de pastos como las que actualmente dirimís con los cuernos y las patas delanteras, y se dice que, mientras los dos querellantes hablaban ante el Primer Tigre, que estaba tumbado entre las flores, uno de los gamos le asestó una cornada y el Primer Tigre, olvidándose de que él era el Amo y Juez de la Jungla, saltó sobre él y le rompió el cuello.

»Hasta aquella noche nunca había muerto ninguno de nosotros y el Primer Tigre, al ver lo que había hecho, enloquecido por el olor de la sangre, huyó hacia los marjales del norte y nosotros, el Pueblo de la Jungla, al quedarnos sin juez, empezamos a pelearnos. Tha oyó el ruido de nuestras luchas y regresó. Entonces unos decíamos que si esto, mientras otros decían que si aquello, pero Tha, viendo el gamo que yacía muerto entre las flores, preguntó quién lo había matado y nosotros no queríamos decírselo porque el olor de la sangre nos enloquecía. Corríamos en círculo, brincando, gritando y meneando la cabeza. Entonces Tha ordenó a los árboles de copa baja y a las lianas de la jungla que marcasen al que había matado al gamo para que él, Tha, lo reconociese cuando volviera a verlo, y seguidamente dijo: “¿Quién será ahora el Amo de la Jungla, pueblo?”. Entonces se levantó el Mono Gris que vive en las ramas y dijo: “Yo seré ahora el Amo de la Jungla”. Al oírlo, Tha se echó a reír y dijo: “Así sea”, y se marchó muy enfadado.

»Hijos míos, ya conocéis al Mono Gris. Por aquel entonces ya era igual que ahora. Al principio se las daba de sabio y juicioso, pero poco tardó en rascarse y pegar botes por todas partes y cuando Tha regresó, se lo encontró colgando cabeza abajo de una rama, burlándose de los que estaban debajo, que a su vez se burlaban de él. La jungla, por lo tanto, estaba sin ley y en ella no se oía más que conversaciones tontas y palabras sin sentido.

»Entonces Tha nos convocó a todos y dijo: “El primero de vuestros amos ha traído la Muerte a la jungla, y el segundo ha traído la Vergüenza. Ya es hora de que tengáis una ley, una ley que todos tengáis que cumplir. Ahora conoceréis lo que es el Miedo y, cuando lo hayáis conocido, sabréis que él es vuestro amo y todo lo demás se os dará por añadidura”. Nosotros los de la Jungla le dijimos: “¿Qué es el Miedo?”. Y Tha nos contestó: “Buscad hasta que lo averigüéis”. De manera que nos pusimos a recorrer la jungla de arriba abajo en busca del Miedo y, al cabo de un tiempo, los búfalos...

—¡Uf! —exclamó Mysa, el jefe de los búfalos, desde el banco de arena donde estaban todos ellos.

—Sí, Mysa, fueron los búfalos. Volvieron con la noticia de que el Miedo se encontraba sentado en una cueva de la jungla, que no tenía pelo y caminaba sobre sus patas traseras. Entonces todos los habitantes de la jungla seguimos al rebaño hasta llegar a esa cueva. El Miedo se hallaba de pie en la entrada y, tal como habían dicho los búfalos, no tenía pelo y caminaba sobre las patas traseras. Al vernos, soltó un grito y su voz nos llenó de miedo, el mismo que ahora sentimos al oír esa voz. Salimos corriendo de allí, empujándonos y tropezando unos con otros porque estábamos asustados. Aquella noche, según me contaron, los de la jungla no nos echamos a dormir todos juntos, como solíamos hacer hasta entonces, sino que cada tribu se fue por su lado: el cerdo con el cerdo, el ciervo con el ciervo, cuernos con cuernos, cascots con cascots, cada cual con sus semejantes, y así se echaron en la jungla, temblando de miedo.

»El Primer Tigre era el único que no estaba con nosotros, pues seguía escondido en los marjales del norte, y, cuando le hablaron de la Cosa que habíamos visto en la cueva, dijo: “Buscaré esa Cosa y le romperé el cuello”. Y se pasó la noche entera corriendo hasta que llegó a la cueva, pero los árboles y las lianas que encontraba a su paso se acordaban de la orden de Tha y, bajando las ramas, iban señalándolo mientras corría, cruzándole con los dedos el lomo, los flancos, la frente y las mandíbulas. Dondequiera que lo tocasen, quedaba una raya dibujada en su piel amarilla. ¡Y esas son las rayas que sus hijos llevan aún! Cuando llegó a la cueva, el Miedo, es decir, el Pelón, extendió una mano y lo llamó “ese Rayado que viene de noche”, y he aquí que el Primer Tigre sintió miedo del Pelón y huyó, corriendo y aullando, a sus marjales.

Mowgli se rio un poco sin hacer ruido, con la barbilla sumergida en el agua.

—Tan fuertes eran sus aullidos que Tha lo oyó y le preguntó: «¿Qué es lo que tanto te aflige?». Y el Primer Tigre, alzando el hocico hacia aquel cielo recién creado y que ahora es ya tan viejo, dijo: «Devuélveme mi poder, oh Tha. Se me ha avergonzado ante toda la jungla y he huido del Pelón, que me ha bautizado con un nombre vergonzoso». «¿Y eso por qué?», dijo Tha. «Porque estoy sucio a causa del barro de los marjales», repuso el Primer Tigre. «Entonces, nada un poco y revuélcate sobre la hierba húmeda y, si de barro se trata, se irá por sí solo», dijo Tha. Y el Primer Tigre nadó un poco y luego se revolcó una y otra vez sobre la hierba, hasta que la jungla empezó a dar vueltas ante sus ojos, pero sin que cambiase siquiera una de las rayitas de su piel, mientras Tha, que lo estaba contemplando, se reía a mandíbula batiente. Entonces el Primer Tigre dijo: «¿Qué he hecho yo para merecer esto?». Tha le respondió: «Has matado el gamo y has dejado la Muerte suelta por la jungla, y con la Muerte ha venido el Miedo, de tal manera que los habitantes de la jungla se temen unos a otros, del mismo modo que tú temes al Pelón». Y el

Primer Tigre dijo: «Nunca tendrán miedo de mí, pues los conozco de toda la vida». «Vete a comprobarlo por ti mismo», le dijo Tha. Y el Primer Tigre se puso a correr por la jungla, llamando en voz alta a los ciervos, a los cerdos, al sambhur, al puerco espín y, en resumen, a todo el Pueblo de la Jungla, y todos huían de aquel que había sido su juez, porque tenían miedo.

»Entonces el Primer Tigre regresó con el orgullo hecho pedazos y, golpeándose la cabeza contra el suelo, levantando la tierra con sus garras, dijo: “Recuerda que una vez fui el Amo de la Jungla. ¡No te olvides de mí, Tha! ¡Haz que mis hijos recuerden que una vez estuve libre de vergüenza y de temor!”. Y Tha dijo: “En eso te complaceré, pues juntos vimos nacer la jungla. Cada año, durante una sola noche, todo será igual que era antes de que matases al gamo... para ti y para tus hijos. Y en esa noche, si te encuentras con el Pelón, cuyo verdadero nombre es Hombre, no sentirás miedo de él, sino que será él quien te tendrá miedo, como si tú y tus hijos fueseis los jueces de la jungla y los amos de todas las cosas. Sé misericordioso con él en esa noche en que esté asustado, pues tú también habrás conocido el Miedo”.

»Entonces el Primer Tigre respondió: “Estoy contento”. Mas, cuando por primera vez se acercó al río para beber, vio reflejadas en el agua las rayas negras que llevaba en los flancos y, acordándose del nombre que le había dado el Pelón, se puso furioso. Durante un año vivió en los marjales, aguardando a que Tha cumpliera su promesa. Y una noche, cuando el Chacal de la Luna (la Estrella Vespertina) dejó ver su brillo sobre la jungla, creyó que había llegado su Noche y se fue a aquella cueva con la intención de reunirse con el Pelón. Y entonces sucedió lo prometido por Tha, pues el Pelón cayó al suelo ante él y quedó tendido cuan largo era, y el Primer Tigre le asestó un zarpazo y le rompió el espinazo, pues creía que en la jungla no había más que una Cosa como aquella y, por lo tanto, había matado al Miedo. Después, mientras olfateaba el cadáver, oyó que Tha se acercaba procedente de los bosques del norte y al poco la voz del Primer Elefante, que es la que estamos oyendo ahora mismo...

Los truenos retumbaban sobre las resacas montañas, pero sin traer lluvia, produciendo solamente relámpagos de calor que iluminaban fugazmente las cumbres. Hathi prosiguió su relato:

—Esa fue la voz que oyó. «¿Esta es tu misericordia?», le preguntó. El Primer Tigre se pasó la lengua por los labios y contestó: «¿Qué importa? He matado al Miedo». Y Tha le dijo: «¡Qué ciego y loco eres! Has desatado los pies de la Muerte y seguirá tu rastro hasta el fin de tus días. ¡Has enseñado al Hombre el arte de matar!».

»Irguiéndose al lado del cadáver, el Primer Tigre dijo: “Está igual que el gamo. Ya no existe el Miedo. Ahora volveré a ser el juez del Pueblo de la

Jungla”.

»Y Tha repuso: “Nunca jamás acudirá a ti el Pueblo de la Jungla. Nunca se cruzará en tu camino, ni dormirá cerca de ti, ni te seguirá, ni curiosará en tu guarida. Solo el Miedo te seguirá y con unos golpes que tú no podrás ver te hará ir por donde le plazca. Hará que el suelo se abra a tus pies, que las lianas se enrosquen a tu cuello, que a tu alrededor los árboles crezcan hasta donde tú no puedas llegar con tus saltos y, finalmente, te quitará el pellejo para proteger del frío a sus cachorros. Tú no has tenido piedad con él, así que él tampoco la tendrá contigo”.

»El Primer Tigre se sentía muy valiente, pues seguía estando al amparo de su Noche, y dijo: “La Promesa de Tha es la Promesa de Tha. ¿No iré a despojarme de mi Noche?”. Y Tha le contestó: “Esta Noche, y solo esta, es tuya, como te dije, pero deberás pagar un precio por ella. Le has enseñado al Hombre el arte de matar, y el Hombre no es de los que tardan en aprender las cosas”.

»El Primer Tigre dijo: “Lo tengo aquí, debajo de mis patas, con el espinazo quebrado. Haz que la jungla sepa que he matado al Miedo”.

»Tha se echó a reír y dijo: “Has matado solo a uno de los muchos que hay. Tú mismo debes decírselo a la jungla, pues tu Noche ha terminado”.

»Se estaba haciendo de día y por la entrada de la cueva salió otro Pelón y, al ver el muerto tendido en el suelo y al Primer Tigre encima del cadáver, cogió un palo puntiagudo...

—Ahora arrojan una cosa que corta —dijo Ikki, haciendo sonar las púas mientras bajaba hacia la orilla, pues Ikki era tenido por un bocado exquisito por los gonds, que lo llamaban Ho-Igoo, y, por consiguiente, algo sabía de la mortífera y pequeña hacha que volaba por los aires con la velocidad de una libélula.

—Era un palo puntiagudo como los que ponen en el fondo de las trampas —dijo Hathi—. Lo arrojó desde donde estaba y el palo se clavó profundamente en el costado del Primer Tigre. Y he aquí que sucedió lo que Tha había dicho, pues el Primer Tigre empezó a correr y aullar por toda la jungla hasta que consiguió arrancarse el palo, y toda la jungla se enteró de que el Pelón era capaz de herir desde lejos, por lo que su miedo fue aún más grande. Así fue cómo el Primer Tigre enseñó al Pelón el arte de matar, y todos sabéis el daño que eso nos ha hecho desde entonces. Le enseñó a matar por medio de lazos, hoyos disimulados, trampas ocultas, palos voladores y esas moscas que pinchan y surgen del humo blanco —dijo Hathi refiriéndose al rifle—, así como la Flor Roja que nos empuja a salir a campo abierto. Con todo, durante una noche cada año, el Pelón teme al Tigre, como Tha prometió,

y el Tigre nunca le ha dado motivos para que su temor menguase. Allí donde lo encuentra, le da muerte, pues se acuerda de la vergüenza que tuvo que pasar el Primer Tigre. En cuanto al resto, el Miedo se pasea por la Jungla sin parar, de día y de noche.

—Ahi! Aoo! —exclamaron los ciervos, pensando en lo que todo aquello significaba para ellos.

—Y solo hay un Miedo grande que se impone a todo lo demás, como sucede ahora, solo entonces los habitantes de la jungla podemos dejar a un lado nuestros pequeños temores y reunimos todos en un lugar como este donde estamos ahora.

—¿Y el Hombre solo teme al Tigre durante una noche? —preguntó Mowgli.

—Durante una sola noche —repuso Hathi.

—Pero yo... pero nosotros... pero ¡si toda la jungla sabe que Shere Khan mata al Hombre dos y hasta tres veces en una sola noche!

—Aunque así sea. Es que cuando lo hace, salta sobre el Hombre por la espalda y vuelve la cabeza al descargar sus zarpazos, pues está lleno de temor. Si el Hombre se volviera para mirarlo, huiría corriendo. Pero, cuando llega su Noche, baja hasta el poblado sin ningún disimulo. Camina entre las casas y asoma la cabeza por las puertas, los hombres caen boca abajo y entonces él mata a uno. Mata uno solo esa Noche.

—¡Oh! —exclamó Mowgli en voz baja, revolcándose en el agua—. ¡Ahora comprendo por qué Shere Khan quería que lo mirase! No le ha servido de nada, pues ha sido incapaz de sostener la mirada y... y yo ciertamente no he caído a sus pies. Aunque, claro, yo no soy ningún hombre, sino que pertenezco al Pueblo Libre.

—¡Hum! —salió de lo más profundo de la peluda garganta de Bagheera—. ¿Y el Tigre sabe cuándo ha llegado su Noche?

—Solo cuando el Chacal de la Luna surge de entre la neblina de la anohecida. A veces cae durante el verano seco y a veces en la época de las lluvias... esta Noche del Tigre. De no haber sido por el Primer Tigre, ninguno de nosotros sabría qué es el miedo.

Los ciervos gruñeron lastimeramente, mientras los labios de Bagheera se curvaban en una malévola sonrisa.

—¿Conocen los hombres esta... historia? —preguntó.

—Nadie la conoce a excepción de los tigres y nosotros, los elefantes... los hijos de Tha. Ahora también la conocéis vosotros, los que estáis aquí en los

estanques. Nada más tengo que deciros.

Hathi hundió la trompa en el agua para indicar que no deseaba seguir hablando.

—Pe... pe... pero —dijo Mowgli, mirando a Baloo— ¿por qué el Primer Tigre no siguió comiendo hierba, hojas y árboles? No hizo más que romperle el pescuezo al gamo. No se lo comió. ¿Qué fue lo que lo empujó a comer carne caliente?

—Los árboles y las lianas lo marcaron, Hermanito, y lo transformaron en esa cosa rayada que vemos, por lo que nunca más quiso comer sus frutos y desde entonces se vengó en los ciervos y los demás: los Comedores de Hierba —dijo Baloo.

—Entonces también tú conocías la historia, ¿verdad? ¿Por qué no me la habías contado nunca?

—Porque la jungla está llena de historias semejantes. Si me pusiera a contarlas, nunca acabaría. Suéltame la oreja, Hermanito.

LA LEY DE LA JUNGLA

(Con el único propósito de daros una idea de la inmensa variedad de la Ley de la Jungla, he traducido en verso, pues Baloo las recitaba siempre con una especie de sonsonete, unas cuantas leyes referentes a los lobos. Hay, por supuesto, centenares y centenares más, pero las que escribiré a continuación servirán como muestra de las más sencillas.)

He aquí la Ley de la Jungla, tan antigua y tan cierta como el firmamento.

Y el lobo que la respete prosperará, más el lobo que la infrinja por fuerza morirá.

Al igual que la liana que ciñe el tronco del árbol, la ley va y viene, viene y va.

Pues la fuerza de la Manada está en el Lobo, y la fuerza del Lobo está en la Manada.

Lávate todos los días de la punta del hocico a la punta de la cola, y bebe mucho, pero nunca demasiado.

Y recuerda que la noche se ha hecho para cazar, y no olvides que el día se ha hecho para dormir.

El Chacal puede andar detrás del Tigre, pero, Cachorro, cuando te hayan

salido los bigotes, recuerda que el Lobo es cazador y sal en busca de tu propio alimento.

Vive en paz con los Señores de la Jungla: el Tigre, la Pantera, el Oso, y no molestes a Hathi el Silencioso, y no te burles del Jabalí en su guarida.

Cuando una manada con otra manada se encuentre en la jungla, y ninguna de las dos quiera echarse a un lado, échate hasta que los jefes hayan hablado, pues puede que las palabras sensatas prevalezcan.

Cuando luches con un Lobo de la Manada, debes combatirlo solo y lejos de la Manada, no fuera el caso que los demás tomaran parte en la lucha y la guerra mermase la Manada.

La Guarida del Lobo es su refugio, el lugar que él ha convertido en su hogar, ni siquiera el Lobo Jefe puede entrar en ella, ni el Consejo visitarla.

La Guarida del Lobo es su refugio, pero si no es lo bastante profunda, el Consejo le enviará un presidente y tendrá que buscar otra.

Si matas antes de medianoche, hazlo en silencio y no despiertes los bosques con tus ladridos, no fueras a asustar a los ciervos y tus manos se quedasen con la panza vacía.

Podéis matar para vosotros mismos, vuestras parejas y vuestros cachorros, según sus necesidades y vuestra capacidad, pero no matéis por el placer de matar, y siete veces nunca matéis al Hombre.

Si arrebatáis la Presa de un lobo más débil, no dejéis que el orgullo os impulse a devorarla toda.

El Derecho de la Manada es el derecho de los más pobres. Dejadle, pues la cabeza y el pellejo.

La Presa de la Manada es la carne de la Manada. Debéis comerla donde la encontréis, y nadie puede llevarse parte de esa carne a su guarida, pues, si lo hace, morirá.

La Presa del Lobo es la carne del Lobo. Puede hacer con ella lo que quiera.

Mas, hasta que él dé permiso, la Manada no puede comer de esa Presa.

El Derecho del Cachorro dura hasta que cumpla un año.

Todos los de su Manada deben ayudarlo, y darle de comer cuando ellos hayan comido, sin que nadie pueda negarle el alimento.

El Derecho de Guarida es el derecho de la Madre. De todos los de su edad puede reclamar un anca de cada presa para su camada, sin que nadie pueda negársela.

El Derecho de Cueva es el derecho del Padre: para cazar solo para los suyos:

libre está de la llamada de la Manada y solo el Consejo puede juzgarlo.

Por su edad y por su astucia, por sus colmillos y sus garras, allí donde la ley nada diga, ley será la palabra del Lobo Jefe.

He aquí las Leyes de la Jungla, que muchas y poderosas son, mas la cabeza y la pata y las ancas y el lomo de la ley son: ¡Obedecedla!

EL MILAGRO DE PURUN BHAGAT

La noche que creímos que la tierra iba a moverse
salimos llevándolo de la mano,
pues lo amábamos con ese amor
que sabe, mas no puede comprender.

Y cuando la rugiente ladera reventó,
y nuestro mundo todo con la lluvia cayó,
la vida le salvamos, nosotros los pequeñines,
mas, ¡ay!, nunca más ha vuelto.

Lloremos ahora: lo salvamos en nombre de
el pobre amor que sentimos los salvajes.

¡Llorad! Nuestro hermano no despertará,
y los suyos de nuestra casa nos echarán.

Canto fúnebre de los langurs

Érase una vez en la India un hombre que era el primer ministro de uno de los estados semiindependientes que había en el noroeste del país. Era un brahmín, de tan alta casta que las castas nada significaban para él, y su padre había sido un importante funcionario entre la pintoresca chusma que formaba una anticuada corte hindú. Pero a medida que fue haciéndose mayor, Purun Dass empezó a pensar que el viejo estado de cosas estaba cambiando y que, si alguien deseaba prosperar en el mundo, debía congraciarse con los ingleses e imitar todo lo que ellos creían que era bueno. Al mismo tiempo, con todo, un funcionario nativo necesitaba conservar el favor de su amo. El juego era difícil, pero el silencioso y joven brahmín, con la ayuda de una buena

educación inglesa adquirida en la Universidad de Bombay, jugó sus bazas serenamente y fue subiendo paso a paso hasta llegar a ser primer ministro del Reino. Es decir, su poder real era mayor que el de su amo el maharajá.

Cuando el anciano rey, que sospechaba de los ingleses y de sus ferrocarriles y telégrafos, murió, Purun Dass gozaba de excelentes relaciones con el joven sucesor, que había sido instruido por un preceptor inglés y entre los dos, aunque él cuidó siempre de que la gloria recayera sobre su amo, fundaron escuelas para niñas pequeñas, construyeron carreteras, inauguraron una red de dispensarios estatales y diversas exposiciones de utensilios agrícolas. Asimismo, cada año publicaban un libro azul sobre «el progreso moral y material del Estado». El Ministerio de Asuntos Exteriores británico y el gobierno de la India estaban encantados. Pocos Estados Nativos adoptan el progreso inglés, pues no acaban de creer, a diferencia de Purun Dass, que lo que es bueno para un inglés forzosamente lo es por partida doble para un asiático. El primer ministro se convirtió en gran amigo de los virreyes, gobernadores generales y gobernadores provinciales, así como de misioneros, tanto médicos como del tipo corriente, oficiales ingleses aficionados a los caballos, que acudían a cazar en las reservas del Estado, y de toda una hueste de turistas que se pasaban el invierno viajando por toda la India y dando lecciones de cómo debían hacerse las cosas. En sus ratos libres creaba becas para el estudio de la medicina y de las manufacturas ejecutadas siguiendo escrupulosamente las normas inglesas. También escribía cartas a El Pionero, el más importante de los diarios de la India, explicando las intenciones y los objetivos de su amo.

Por fin hizo una visita a Inglaterra y, al volver, tuvo que pagar enormes sumas a los sacerdotes, ya que incluso un brahmín de casta tan elevada como la de Purun Dass perdía parte de su casta al cruzar el negro mar. En Londres fue presentado a todas las personas a las que valía la pena conocer: hombres cuyos nombres eran conocidos en todo el mundo. Y vio mucho más de lo que habló. Ilustres universidades le confirieron títulos honoríficos y él pronunció conferencias en las que habló de la reforma social hindú ante damas inglesas vestidas de noche, hasta que todo Londres se decía: «Es el hombre más fascinador que jamás hayamos encontrado en una cena desde que existen los manteles».

Cuando regresó a la India, su gloria era ya esplendorosa, pues el virrey en persona hizo un viaje especial para conferir al maharajá la Gran Cruz de la Estrella de la India, toda ella diamantes, cintas y esmalte. En la misma ceremonia, mientras tronaban los cañones, Purun Dass fue nombrado Caballero Comendador de la Orden del Imperio Indio, con lo que su nombre quedó en sir Purun Dass, K.C.I.E.

Aquella noche, durante la cena que se celebró en la espaciosa tienda

virreinal, nuestro héroe, luciendo sobre el pecho el distintivo y el collar de la orden, se levantó y, correspondiendo al brindis hecho por la salud de su amo, pronunció un discurso que muy pocos ingleses habrían podido superar.

Al mes siguiente, una vez la ciudad hubo recobrado su tranquilidad cocida por el sol, hizo una cosa que ningún inglés habría siquiera soñado hacer, pues, en lo que se refería a los asuntos mundanos, nuestro hombre murió. La enjoyada insignia de su título de caballero fue devuelta al gobierno indio y se nombró un nuevo primer ministro para que se encargase de los asuntos del Estado, al tiempo que se iniciaba una gran partida de juegos de azar para hacerse con alguno de los cargos inferiores. Lo que había sucedido lo sabían los sacerdotes y se lo figuraba el pueblo, pero la India es el único lugar del mundo donde un hombre puede hacer lo que le parezca sin que nadie le pregunte el porqué, y el hecho de que Dewan Sir Purun Dass, K.C.I.E. hubiese dimitido de su cargo, renunciando a su palacio y a su poder, para coger el cuenco de mendigo y vestirse con las ocres vestiduras de un sunnyasi u hombre santo, no fue considerado algo extraordinario. Siguiendo las recomendaciones de la Vieja Ley, había sido veinte años joven, luchador durante otros veinte años (aunque jamás en la vida hubiese llevado encima un arma) y cabeza de familia por espacio de veinte años más. Había utilizado su riqueza y su poder en favor de causas de cuya bondad no tenía ninguna duda. Había aceptado los honores que le rendían sin que él los hubiera pedido. Había visto hombres y ciudades cerca y lejos de su patria, y hombres y ciudades se habían puesto en pie para honrarlo. Ahora iba a desprenderse de todas esas cosas, del mismo modo que otro hombre se hubiese desprendido de una capa que ya no necesitase.

A sus espaldas, mientras salía por las puertas de la ciudad, llevando bajo el brazo una piel de antílope y una muleta con asa de latón, y llevando en la mano el cuenco de mendigo de coco de mar pulido, descalzos los pies, solo y con los ojos vueltos hacia el suelo... a sus espaldas sonaban en los bastiones las salvas en honor de su feliz sucesor. Purun Dass movió la cabeza en señal de asentimiento. Para él ya había terminado aquella clase de vida y no sentía más inquina ni mayor buena voluntad de las que cualquier hombre hubiese sentido para con un vulgar sueño. Era un sunnyasi, un mendigo errabundo y sin casa cuyo pan de cada día dependía de la benevolencia de sus semejantes; y en la India, mientras haya un mendrugo que pueda compartirse, ningún sacerdote y ningún mendigo perece de hambre. Jamás en toda su vida había probado la carne, y raras veces había comido pescado. Con un billete de cinco libras habrían quedado cubiertos sus gastos personales en el capítulo de alimentación en cualquiera de los muchos años durante los cuales había sido dueño absoluto de millones y millones de rupias. Incluso en Londres, mientras era objeto de un sinfín de agasajos, había acariciado en todo momento su sueño de paz y tranquilidad: el largo camino indio, blanco y polvoriento,

señalado todo él por las pisadas de pies desnudos, el incesante y lento ir y venir, el penetrante olor de madera quemada y del humo que se enroscaba hacia arriba bajo las higueras, al caer la noche y buscar los caminantes un sitio para cenar.

Cuando llegó el momento de convertir ese sueño en realidad, el primer ministro dio los pasos necesarios y, al cabo de tres días, os hubiese resultado más fácil encontrar una burbuja en la inmensidad acuática del Atlántico que localizar a Purun Dass entre los errantes millones de hombres de la India, que ora se juntaban y al poco se separaban de nuevo.

Al llegar la noche extendía su piel de antílope allí donde la oscuridad lo encontrase: a veces en un monasterio sunnyasi a la vera del camino; otras veces en una capillita de barro erigida en honor de Kala Pir, donde los yogis, que constituyen otra imperceptible división de los hombres santos, lo recibían igual que a aquellos que conocen el valor de las castas y divisiones; otras veces en los alrededores de algún poblado hindú, donde los niños se le acercaban temerosamente para ofrecerle los alimentos que habían preparado sus padres; y a veces en medio de peladas tierras de pastos, donde los camellos soñolientos se sobresaltaban al ver las llamaradas de la hoguera que encendía con ramitas. Todo le daba lo mismo a Purun Dass, o a Purun Bhagat, que era el nombre que utilizaba ahora. La tierra, la gente y la comida formaban un único todo. Pero, inconscientemente, los pies lo llevaban hacia el norte y el este, del sur a Rohtak, de Rohtak a Kurnool, de Kurnool al ruinoso Samanah, y luego, siguiendo río arriba el reseco lecho del Gugger, que solo se llena cuando llueve en las montañas, hasta que un día vio la lejana línea del gran Himalaya.

Entonces Purun Bhagat sonrió, pues recordó que, por nacimiento, su madre era una brahmín Rajput, de la parte de Kulu, una montañesa que se pasaba la vida añorando las nieves, y que bastaba una gota de sangre montañesa en las venas para que un hombre acabase sintiéndose atraído hacia su verdadera patria.

—Allá arriba —dijo Purun Bhagat, iniciando el ascenso de las faldas de los Sewaliks, donde los cactus se alzan cual candelabros de siete brazos—, allá arriba me sentaré y adquiriré sabiduría.

El frío viento del Himalaya silbaba alrededor de sus orejas al emprender el camino que llevaba a Simia.

Su último viaje por aquellos parajes lo había llevado a cabo rodeado de gran pompa, escoltado por un nutrido escuadrón de caballería, con el fin de visitar al más amable y bondadoso de los virreyes, y los dos habían pasado una hora conversando sobre amigos comunes que tenían en Londres, y sobre lo que el pueblo llano de la India opinaba realmente de esto y de aquello y de lo

otro. Esta vez Purun Bhagat no visitó a nadie, sino que se apoyó en una barandilla del paseo y contempló el glorioso espectáculo de las llanuras que se extendían a cuarenta millas por debajo de sus pies, hasta que un policía nativo y mahometano le dijo que estaba obstaculizando el tráfico y Purun Bhagat hizo una respetuosa reverencia ante la Ley, pues conocía el valor de esta y él mismo andaba buscando una ley propia. Después reanudó la marcha y aquella noche durmió en una choza abandonada que encontró en Chota Simia, que parece el último confín de la tierra, pero no era más que el principio de su viaje.

Siguió la ruta del Himalaya que llevaba hasta el Tíbet, aquel sendero de tres metros de ancho abierto con barrenos en la roca sólida. A veces tenía que cruzar frágiles puentecillos de madera sobre pavorosos abismos. Ora el sendero bajaba hacia valles cálidos y húmedos, ora trepaba por las laderas rocosas y sin más vegetación que la hierba, donde el sol quemaba como si entre él y el caminante alguien hubiese colocado una lupa. Ora se adentraba en selvas tenebrosas y empapadas donde los helechos cubrían los árboles de la copa a las raíces y se oía el graznido del faisán llamando a su pareja. Se cruzó con pastores tibetanos con sus perros y ovejas, cada una de las cuales llevaba una bolsita de bórax sobre el lomo, y con leñadores errantes y con lamas del Tíbet que, envueltos en sus mantos y capas, llegaban en peregrinación a la India. También se cruzaron en su camino emisarios de recónditos estados de las montañas, que cabalgaban furiosamente a lomos de caballitos píos y de piel listada como las cebras, o con la cabalgata de algún rajá que iba de visita. Otras veces recorría largos trechos sin ver nada más que algún oso negro que gruñía y buscaba raíces en el fondo de un valle. Al ponerse en marcha, seguía resonando en sus oídos el barullo del mundo que acababa de abandonar, del mismo modo que el estruendo de un tren al cruzar un túnel sigue oyéndose cuando el túnel ha quedado muy atrás ya. Pero, una vez hubo dejado a sus espaldas el Paso de Mutteeanee, todo aquello terminó y Purun Bhagat se encontró a solas consigo mismo, caminando, pensando y preguntándose cosas en silencio, con los ojos clavados en el suelo y los pensamientos entre las nubes.

Una tarde atravesó el puerto más alto que había encontrado hasta entonces (para alcanzarlo tuvo que escalar durante dos días) y salió ante una línea de picos nevados que abarcaba todo el horizonte: montañas de cinco a seis mil metros de altura, que parecían estar a solo un tiro de piedra de donde él se encontraba, aunque en realidad distaban cincuenta o sesenta millas. El puerto se hallaba coronado por un bosque espeso y oscuro de cedros deodaras, nogales, cerezos, olivos y perales silvestres, aunque predominaban los cedros deodaras, que no son otra cosa que el cedro del Himalaya. A la sombra de los cedros se alzaba una capilla abandonada dedicada a Kali, que es Durga, que a su vez es Sitala, al que a veces se rinde culto para protegerse de las viruelas.

Purun Dass barrió el suelo de piedra hasta dejarlo limpio, sonrió a la también sonriente estatua, se construyó un pequeño hogar de barro detrás de la capilla, extendió su piel de antílope sobre un lecho de pinocha fresca, se metió el bairagi (la muleta con asa de latón) debajo del brazo y se sentó a descansar.

Directamente a sus pies la ladera, limpia y pelada, descendía hasta unos quinientos metros, donde un pueblecito de casas con paredes de piedra y techo de tierra batida se aferraba a la pronunciada pendiente. Alrededor del pueblecito se extendían un sinfín de campos escalonados que, como un delantal de retazos, cubrían las rodillas de la montaña, al tiempo que unas vacas que a causa de la distancia no parecían mayores que cucarachas pacían entre los círculos de piedra de las eras. Al mirar hacia el otro lado del valle, la vista se veía inducida a engaño por el tamaño de las cosas, ya que lo que a primera vista parecía matorrales era en realidad un bosque de pinos de treinta metros de alto que cubrían la ladera de la montaña opuesta. Purun Bhagat vio un águila que cruzaba majestuosamente el gigantesco hueco del valle. El enorme pájaro quedó reducido a un puntito antes de haber recorrido la mitad de la distancia. Varios grupos de nubes surcaban el cielo por encima del valle, enganchándose a veces en un pico o remontándose y esfumándose al llegar al nivel de los picos que coronaban el puerto.

—Aquí encontraré la paz —dijo Purun Bhagat.

Ahora bien, para un montañés, varias decenas de metros más arriba o más abajo no significan nada, así que, en cuanto los habitantes del pueblecito vieron humo en la capilla abandonada, el sacerdote del lugar subió por la ladera escalonada con el propósito de dar la bienvenida al forastero. Al cruzarse su mirada con los ojos de Purun Bhagat, unos ojos de hombre acostumbrado a controlar millares de personas, el sacerdote se inclinó hasta rozar el suelo con la frente, recogió el cuenco del mendigo sin decir palabra y regresó al pueblecito, donde dijo al llegar:

—Por fin tenemos un hombre santo entre nosotros. Nunca había visto uno de ellos. Viene de las llanuras, pero su piel es clara, pues es un brahmín de pura cepa.

—¿Crees que se quedará con nosotros? —le preguntaron todas las comadres del pueblo, mientras cada una se esforzaba en preparar para Bhagat manjares más exquisitos que los de las demás.

La comida de las gentes de las montañas es muy sencilla, pero con un poco de alforfón y maíz, arroz y pimienta roja, un puñado de pescaditos sacados del arroyo del valle, un poco de miel de los panales que había en las paredes (y que parecían chimeneas), unos cuantos albaricoques secos, todo ello aderezado con un poquitín de cúrcuma y jengibre silvestre y acompañado con unas hogazas de pan de harina hecho en casa, cualquiera de aquellas devotas

mujeres podía preparar un plato apetitoso, por lo que el sacerdote regresó junto a Bhagat con el cuenco bien repleto de alimentos.

¿Pensaba quedarse?, se preguntó el sacerdote. ¿Necesitaría un chela (discípulo) que pidiera limosna en su nombre? ¿Tenía una manta para protegerse del frío? ¿Estaba buena la comida?

Purun Bhagat comió y dio las gracias al sacerdote. Tenía intención de quedarse. El sacerdote dijo que con eso le bastaba y agregó que colocase el cuenco en un hueco que dos raíces retorcidas formaban fuera de la capilla y ningún día le faltaría alimento al Bhagat, pues el pueblo se sentía muy honrado por el hecho de que un hombre como él (hizo una pausa y miró tímidamente el rostro del Bhagat) se quedase entre ellos.

Aquel día señaló el final del vagabundear de Purun Bhagat. Había llegado al lugar que tenía asignado para gozar del silencio y del espacio. El tiempo se detuvo para él, que, sentado ante la puerta de la capillita, no habría podido decir si estaba vivo o muerto, si era un hombre capaz de dominar sus extremidades o bien formaba parte de las montañas, las nubes, la lluvia y el sol. Suavemente, hablando para sus adentros, repetía un nombre centenares de veces hasta que, cada vez que lo repetía, tenía la sensación de alejarse más y más de su cuerpo, para acercarse a las puertas de algún portentoso descubrimiento. Pero, justo en el momento en que las puertas empezaban a abrirse, el cuerpo volvía a tirar de él y Bhagat, con el corazón apesadumbrado, volvía a sentirse encerrado en la carne y los huesos de Purun Bhagat.

Cada mañana el cuenco lleno de comida era depositado entre las raíces fuera de la capilla. A veces era el sacerdote el que lo llevaba hasta allí, otras veces era un mercader de Ladakhi que, habiendo llegado al pueblo y deseoso de hacer méritos, subía trabajosamente el sendero que llevaba a la capillita. Pero lo más frecuente era que la comida la subiese la misma mujer que se había pasado la noche preparándola y que, sin pararse a recobrar el aliento, solía decir:

—Intercede por mí ante los dioses, Bhagat. Intercede por Tal, esposa de Cual.

De vez en cuando a algún chiquillo se le concedía el honor de subir la comida del hombre santo y Purun Bhagat le oía depositar rápidamente el cuenco en el sitio de costumbre y emprender veloz huida inmediatamente, corriendo todo lo que sus piernecitas le permitían. Pero Bhagat nunca bajaba al poblado, que se extendía a sus pies como un mapa. Desde arriba podía ver las reuniones que al caer la noche se celebraban en las eras, ya que estas eran los únicos espacios que no formaban pendientes. Podía ver el maravilloso color verde del arroz tierno, los azules índigos del maíz, los cultivos del alforfón, que parecían diques, y, cuando llegaba la época, los rojos capullos

del amaranto, cuyas diminutas semillas, que no eran ni grano ni legumbre, servían para preparar un alimento que los hindúes podían comer sin faltar a la ley del tiempo de ayuno.

Al acercarse las postrimerías del año, los tejados de las chozas parecían pequeños cuadrados del más puro oro, ya que era allí donde ponían a secar las mazorcas de maíz.

La cría de las abejas y la recolección del grano, la siembra del arroz y luego su tría, todo pasaba ante sus ojos, como escenas bordadas en el tapiz de retazos que adornaba la ladera de la montaña, haciéndole meditar y preguntarse adónde llevaría en definitiva toda aquella actividad.

Incluso en las zonas pobladas de la India un hombre no puede permanecer sentado tranquilamente un día entero sin que los animales salvajes le pasen por encima, como si de una roca se tratase. Y en aquellos desolados parajes, los animales salvajes, que conocían muy bien la capilla de Kali, regresaron para ver quién era el intruso. Los langurs, esos corpulentos monos de grises bigotes que habitan en el Himalaya, fueron, naturalmente, los primeros en llegar, pues se morían de curiosidad y, una vez hubieron volcado el cuenco de mendigo, haciéndolo rodar por los suelos, y hubieron hincado el diente en el asa de latón de la muleta y hecho muecas ante la piel de antílope, decidieron que aquel ser humano que se hallaba sentado sin moverse lo más mínimo era inofensivo. Al caer la noche, saltaban al suelo desde la copa de los pinos y con las manos hacían gestos suplicando que les diera de comer. Después se marchaban columpiándose graciosamente en los árboles. También les gustaba el calor del fuego y se acurrucaban alrededor de la hoguera hasta que Purun Bhagat se veía obligado a empujarlos a un lado para poder echar más leña entre las llamas. Y al día siguiente, lo más probable era que se encontrase con que un peludo mono había compartido su manta durante la noche. Durante todo el santo día uno u otro miembro de la tribu permanecía sentado a su lado, mirando fijamente las nieves, tarareando alguna cancioncilla y mostrando una expresión de indecible sabiduría y dolor.

Después de los monos llegó el barasingh, ese ciervo de gran tamaño que es igual que el ciervo común que conocemos nosotros, solo que tiene más fuerza. Llegó con el deseo de quitarse el vello que cubría su cornamenta frotándola contra la fría piedra de la estatua de Kali y golpeó el suelo con las patas al ver al hombre que ocupaba la capilla. Purun Bhagat, sin embargo, no hizo el menor movimiento y poco a poco el majestuoso animal se acercó a él y acabó por husmearle la espalda. Purun Bhagat acarició con una de sus frías manos los ardientes cuernos del ciervo, que se calmó al sentir la caricia e inclinó la cabeza, mientras Purun Bhagat le quitaba con mucha suavidad el vello de la cornamenta. Después, el barasingh acudió en compañía de su hembra y sus cervatillos, encantadores pequeñuelos que escondieron el hocico en la manta

del hombre santo. Otras veces llegaba él solo, de noche, con los verdes ojos brillando en el resplandor de la hoguera, para recoger su ración de nueces recién arrancadas. Finalmente, el almizclero, el más tímido y casi el más pequeño de los ciervos, llegó también a la capilla, erguidas sus grandes orejas de conejo. Incluso la silenciosa y rayada mushick-nabba sintió el deseo apremiante de averiguar a qué se debía la luz que brillaba en la capilla y apoyó su hocico de anta en el regazo de Purun Bhagat, yendo y viniendo con las sombras de la hoguera. Purun Bhagat llamaba «hermanos míos» a todos ellos y con su dulce llamada de Bhai! Bhai! los hacía salir del bosque, al mediodía, si se hallaban lo bastante cerca para oírla. El oso negro del Himalaya, caprichoso y suspicaz (Sona, que tiene debajo de la barbilla una mancha blanca en forma de «V»), pasó por allí en más de una ocasión y, como Bhagat no dio muestras de sentir temor, Sona no las dio de estar furioso. Se limitó a observarlo, acercándose después a reclamar su ración de caricias y un pedazo de pan o un puñado de bayas silvestres. A menudo, durante el silencioso amanecer, cuando el Bhagat subía hasta la cima del collado para ver cómo el rojo día paseaba por los nevados picos de las montañas, se encontraba con que Sona lo seguía gruñendo y arrastrando las patas, metiendo curiosamente una de sus patas delanteras debajo de los troncos caídos y sacándola después con un ¡uuuf! de impaciencia. Otras veces sus pisadas despertaban a Sona, que dormía acurrucado en algún rincón cercano, y la enorme bestia, irguiéndose, empezaba a pensar en entablar batalla hasta que, al oír la voz del Bhagat, reconocía a su mejor amigo.

Casi todos los eremitas y hombres santos que viven lejos de las grandes ciudades gozan de la reputación de saber hacer milagros con los animales salvajes, pero el supuesto milagro se reduce sencillamente a permanecer inmóviles, sin hacer ningún movimiento precipitado, y, al menos durante un buen rato, a no mirar jamás directamente al visitante. Los habitantes del pueblo vieron la majestuosa silueta del barasingh avanzando como un fantasma a través del sombrío bosque que había detrás de la capilla. Vieron al minaul, el faisán del Himalaya, luciendo sus esplendorosos colores ante la estatua de Kali. Vieron también cómo los langurs, sentados dentro de la capilla, jugaban con las cáscaras de nuez. Algunos chiquillos, además, oyeron cómo Sona canturreaba, como suelen hacer los osos, detrás de unos peñascos. Todo ello hizo que la reputación de milagrero que tenía el Bhagat se hiciese aún más sólida.

Y, pese a ello, nada era más ajeno a sus pensamientos que el hacer milagros. Él creía que todas las cosas formaban parte de un grande y único Milagro; y con saber esto, un hombre ya sabe lo suficiente. Sabía a punto fijo que en este mundo no hay nada grande ni nada pequeño y día y noche bregaba en busca del camino que lo llevase al corazón de las cosas, que le permitiese regresar al lugar de donde había surgido su alma.

Entregado a semejantes meditaciones, dejó que el pelo le fuese creciendo hasta los hombros, mientras que la punta de su muleta hacía un agujerito en la losa que tenía al lado de la piel de antílope y se hundía el lugar donde el cuenco de mendigo descansaba día tras día y aparecía un hoyo de paredes tan lisas como las del mismo cuenco.

Y cada animal conocía exactamente qué lugar le correspondía junto a la hoguera. Los campos iban mudando de color según las estaciones, las eras se llenaban y vaciaban, volvían a llenarse y de nuevo se vaciaban, y una vez tras otra, al llegar el invierno, retozaban los langurs entre las ramas cubiertas por una leve capa de nieve hasta que, junto con la primavera, llegaban del valle las mamás monas con sus pequeñuelos de mirada triste. Pocos eran los cambios sufridos por el poblado. El sacerdote era más viejo y muchos de los chiquillos que solían llevar la comida a la capilla mandaban ahora a sus propios hijos. Y cuando preguntaban a los habitantes del poblado cuánto tiempo había vivido su hombre santo en la capilla de Kali que había en lo alto del collado, invariablemente contestaban:

—Siempre ha vivido allí.

Y luego vinieron unas lluvias de verano como hacía muchas estaciones que no se habían visto en las montañas. Durante sus buenos tres meses el valle permaneció envuelto en nubes y nieblas empapadas, al tiempo que la lluvia pertinaz e implacable paraba solamente para dar vía libre a un chaparrón con gran acompañamiento de truenos tras otro. Durante la mayor parte del tiempo, la capilla de Kali se hallaba más arriba que las nubes y durante todo un mes el Bhagat no vio el poblado ni una sola vez. Las casas se hallaban ocultas bajo un blanco techo de nubes que se movía sobre sí mismo, hinchándose hacia arriba, pero sin que jamás se soltase de sus amarras: las inundadas laderas del valle.

Durante todo aquel tiempo no oyó nada más que el millón de corrientes de agua que chorreaban de la copa de los árboles y discurrían bajo sus pies, empapando la pinocha, goteando por el extremo de los helechos, abriendo canales en el barro para deslizarse ladera abajo. Después salió el sol y con él el delicioso aroma de los cedros deodaras y de los rododendros, así como aquel olor lejano y limpio que la gente de las montañas llama «el olor de las nieves». Durante una semana el sol brilló sin cesar y luego las lluvias juntaron sus fuerzas para despedirse con un torrencial aguacero y cayeron verdaderas cortinas de agua que levantaban la piel del suelo y rebotaban convertidas en barro. Aquella noche Purun Bhagat puso mucha leña en la hoguera, pues estaba seguro de que sus hermanos necesitarían calentarse. Pero ninguna bestia acudió a la capilla, aunque él las llamó una y otra vez hasta que se durmió preguntándose qué habría ocurrido en los bosques.

Fue cuando la noche era más negra, mientras la lluvia sonaba como el

redoble de un millar de tambores, que Purun Bhagat se despertó al sentir que tiraban de su manta y, al desperezarse, la manita de un langur se posó en su brazo.

—Se está mejor aquí que entre los árboles —dijo con voz soñolienta, mientras alisaba una arruga de la manta—. Tápate y entrarás en calor.

El mono le cogió la mano y se puso a tirar con fuerza.

—¿Es comida lo que quieres, entonces? —preguntó Purun Bhagat—. Espera un poco y te prepararé algo de comer.

Al arrodillarse para echar leña al fuego, el langur corrió hacia la entrada de la capilla, canturreó, regresó corriendo al lado del Bhagat y le tiró de la rodilla.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ocurre, hermano? —preguntó Purun Bhagat, pues los ojos del langur reflejaban un millar de cosas que no acertaba a descifrar—. A no ser que alguno de los de tu casta haya caído en una trampa, y por aquí no hay nadie que coloque trampas, no pienso salir con este tiempo. ¡Mira, hermano! ¡Hasta el barasingh viene a cobijarse!

Al entrar a grandes zancadas en la capilla, los cuernos del ciervo chocaron con la sonriente estatua de Kali. El animal bajó la cornamenta en dirección a Purun Bhagat y empezó a dar nerviosas patadas en el suelo, mientras resoplaba por sus ollares medio cerrados.

—¡Ay, ay, ay! —exclamó el Bhagat, chasqueando los dedos—. ¿Es así como me pagas el alojamiento por una noche?

Pero el ciervo se puso a empujarlo hacia la puerta y, mientras tanto, Purun Bhagat oyó que algo se abría con un crujido y vio que dos de las baldosas del suelo se separaban y debajo de ellas la tierra pegajosa se lamía los labios.

—Ahora lo entiendo —dijo Purun Bhagat—. No puedo criticar a mis hermanos por el hecho de que no hayan venido a sentarse alrededor del fuego esta noche. La montaña se está desmoronando. Y, pese a ello... ¿por qué iba a marcharme de aquí?

Sus ojos se posaron casualmente en el cuenco de mendigo y, al ver que estaba vacío, la expresión de su cara se transformó.

—Me han dado de comer cada día desde... desde que llegué aquí y, si no me doy prisa, mañana no quedará una sola boca en el valle. A decir verdad, debo bajar al poblado y prevenirlos. ¡Échate atrás, hermano! ¡Déjame acercarme a la hoguera!

El barasingh retrocedió de mala gana mientras Purun Bhagat metía entre las llamas una tea de pino, dándole vueltas hasta que estuvo bien encendida.

—¡Ah! De manera que has venido a avisarme —dijo, levantándose—.

Nosotros haremos algo mejor, mucho mejor. Ahora sal de aquí y préstame tu cuello, hermano, pues yo no tengo más que dos pies.

Con la mano derecha se aferró a la hirsuta cruz del barasingh y, sosteniendo la tea encendida con la izquierda, procurando no quemarse ni quemar al animal, salió de la capilla y se adentró en la tormentosa noche. No había ni un soplo de viento, pero la lluvia estuvo en un tris de apagar la tea mientras el gran ciervo bajaba apresuradamente la ladera, deslizándose sobre las ancas. Tan pronto hubieron dejado atrás el bosque, se unieron a ellos otros hermanos del Bhagat. Aunque no podía verlos, oyó a los langurs apretujándose a su alrededor, mientras detrás de estos se oía el uuuh! uuuh! de Sona. La lluvia le empapó el pelo, que le colgaba sobre los hombros igual que gruesas sogas mojadas por el mar. Sus pies desnudos chapoteaban en el agua y la túnica amarilla se pegaba a su cuerpo frágil y viejo, pero él seguía bajando sin detenerse, apoyándose en el barasingh. Ya no era un hombre santo, sino que era sir Purun Dass, K.C.I.E., primer ministro de un estado que nada tenía de pequeño, un hombre acostumbrado a mandar y que ahora se dirigía a salvar vidas. Bajaron en tropel por el escarpado y empantanado sendero, todos juntos, el Bhagat y sus hermanos, bajando y bajando hasta que las patas del ciervo resonaron al tropezar con la pared de una de las eras y el animal resopló al olfatear al hombre. Se encontraban en el extremo superior de la única y tortuosa calle del poblado y el Bhagat empezó a golpear con la muleta los barrotes de las ventanas de la casa del herrero, mientras las llamas de la tea crecían de nuevo al encontrarse resguardadas por el alero del tejado.

—¡Levantaos y salid corriendo! —gritó Purun Bhagat, sin reconocer su propia voz, dado que hacía muchos años desde la última vez que había hablado en voz alta con un hombre—. ¡La montaña se viene abajo! ¡La montaña se os viene encima! ¡Eh, los de dentro! ¡Levantaos y huid!

—Es nuestro Bhagat el que grita —dijo la esposa del herrero—. Lo acompañan sus bestias. Reúne a los pequeños y da la señal de alarma.

La alarma fue extendiéndose de casa en casa, mientras las bestias, apretujadas en la angosta calleja, se agitaban y amontonaban alrededor del Bhagat y Sona resoplaba con impaciencia.

La gente salió corriendo a la calle, no habría más de setenta almas en total, y a la luz de las antorchas y teas vieron a su Bhagat sujetando al aterrorizado barasingh, mientras los monos tiraban desesperadamente de la túnica del hombre y Sona, sentándose sobre las patas traseras, lanzaba rugidos.

—¡Cruza el valle y subid por la ladera opuesta! —gritó Purun Bhagat—. ¡Que nadie se rezague! ¡Nosotros os seguiremos!

Entonces la gente se puso a correr como sólo los habitantes de la montaña

son capaces de correr, pues sabían que, al producirse un corrimiento de tierras, había que trepar hasta llegar al punto más alto del otro lado del valle. Huyeron despavoridos y cruzaron con gran chapoteo el riachuelo que corría por el fondo del valle y, jadeando, empezaron a escalar los campos escalonados del otro lado, mientras el Bhagat y sus hermanos les seguían los pasos. Trepaban y trepaban por la ladera de la montaña opuesta, llamándose unos a otros por sus nombres (igual que hacían al pasar lista en el poblado), mientras detrás de ellos el corpulento barasingh, soportando el peso del medio desfallecido Purun Bhagat, hacía un tremendo esfuerzo por no quedarse atrás. Por fin se detuvo el ciervo al llegar a un denso y oscuro bosque de pinos, ciento cincuenta metros ladera arriba. Su instinto, el mismo que le había advenido de la inminencia del corrimiento, le decía ahora que en aquel lugar estaría a salvo.

Purun Bhagat, a punto de desmayarse, se dejó caer al suelo junto al ciervo. La fría lluvia y la penosa escalada lo estaban matando, pero, antes de desplomarse, llamó hacia las antorchas que se veían desperdigadas por delante de donde estaban ellos dos:

—¡Deteneos y pasad lista! —Y seguidamente, al ver cómo las luces se arracimaban, susurró al oído del ciervo—: ¡Quédate a mi lado, hermano! ¡Quédate... hasta que... me vaya!

Se oyó en el aire un suspiro que se convirtió en un murmullo, un murmullo que creció hasta transformarse en un rugido y un rugido que era más fuerte de lo que el oído humano es capaz de resistir y la ladera donde se encontraban los habitantes del poblado recibió un fuerte golpe que la hizo estremecerse en la oscuridad. Luego una nota sostenida, grave y clara como el do de un órgano, ahogó todos los demás ruidos durante unos cinco minutos, haciendo que las mismísimas raíces de los pinos temblasen al oírla. Después se apagó y el sonido de la lluvia cayendo sobre millas y millas de terreno endurecido y hierba dejó paso al apagado tamborileo de las gotas de agua al chocar con la blanda tierra. Las explicaciones estaban de sobra.

Ninguno de los habitantes del poblado, ni siquiera el sacerdote, se sintió lo bastante valiente para hablar con el Bhagat que les había salvado la vida a todos. Se agacharon al amparo de los pinos y se dispusieron a esperar que se hiciese de día. Cuando hubo suficiente luz, miraron hacia el otro lado del valle y vieron que lo que antes fuera un bosque, unos campos escalonados y unos pastizales cruzados por una red de senderos era ahora una mancha roja y sangrante, en forma de abanico, de la que colgaban unos cuantos árboles cabeza abajo. El mismo color rojo llegaba hasta muy alto en la ladera donde habían hallado refugio, alzando una especie de presa en el curso del riachuelo, cuyas aguas empezaban a formar un lago de aguas color ladrillo. No había ni rastro del poblado, de la carretera que llevaba a la capilla y del bosque que se alzaba antes detrás de esta. En una milla de ancho y más de seiscientos metros

de fondo, formando una escarpada pared, la ladera de la montaña se había despegado materialmente del resto de esta, como arrancada de cuajo.

Y los del poblado, uno tras otro, cruzaron el bosque penosamente para rezar ante su Bhagat. Vieron al barasingh de pie al lado del hombre santo y el ciervo huyó al acercarse ellos. Oyeron el quejido de los langurs en las ramas de los árboles y a Sona lamentándose más arriba de la ladera. Pero su Bhagat estaba muerto, sentado con las piernas cruzadas y la espalda contra un árbol, la muleta bajo el brazo y el rostro vuelto hacia el nordeste.

—Ved aquí un milagro tras otro —dijo el sacerdote—. ¡Pues es precisamente en esta postura como deben enterrarse todos los sunnyasis! Así, pues, aquí mismo donde está levantaremos el templo en memoria de nuestro hombre santo.

El templo, una capillita de piedra y tierra, quedó terminado antes de que hubiese transcurrido un año y dieron a la montaña el nombre de la montaña del Bhagat y allí siguen acudiendo en nuestros días con luces, flores y ofrendas. Pero no saben que el santo al que rinden culto es el difunto sir Purun Dass, K.C.I.E., D.C.L., Ph. D., el que otrora fuera primer ministro del progresista e ilustrado Estado de Mohiniwala, así como miembro honorífico o correspondiente de más sociedades ilustres y científicas de las que jamás harán algún bien en este mundo o en el otro.

UNA CANCIÓN DE KABIR

¡Oh, ligero era el mundo que con sus manos sopesaba!

¡Oh, y pesada la cuenta de sus feudos y sus tierras!

Se ha marchado del guddee y ha vestido la mortaja,
partiendo disfrazado de bairagi confesado.

Ahora el blanco camino de Delhi es alfombra de sus pies,
del calor le protegen en el sal y el kikar.

Su hogar está en el campamento, el erial, la multitud,
y cual bairagi confesado va buscando su camino.

Ha contemplado al Hombre y sus ojos están limpios
(«Había Uno, hay Uno, y solo Uno», dijo Kabir).

La Roja Niebla de los Hechos en nube se ha quedado

y ha emprendido el camino del bairagi confesado.

Para aprender de su docta hermana tierra,
de su hermano el bruto y de su hermano el Dios,
del consejo se ha marchado vistiendo la mortaja
(«¿Podéis oírme?», dijo Kabir), bairagi confesado.

LA SELVA INVASORA

Ponedles un velo, cubridlos, emparedadlos,
flor y liana y hierbajo.

Olvidemos cómo son y cuál es su ruido,
y el olor y el toque de esa raza.

Gruesas cenizas negras junto a la piedra del altar,
he aquí la blanca pisada de la lluvia,
y dé a luz la cierva en los campos sin cultivos,
y que nadie vuelva a tener miedo,
y las ciegas paredes se desploman ignoradas,
y nadie volverá a vivir entre ellas.

Recordaréis que, después de haber clavado la piel de Shere Khan en la Roca del Consejo, Mowgli dijo a los supervivientes de la Manada de Seeonee que a partir de aquel momento quería cazar a solas en la jungla y que los cuatro hijos de Padre Lobo y Madre Loba dijeron que querían acompañarlo en sus cacerías. Pero no resulta fácil cambiar en un minuto vuestra forma de vivir, especialmente en la jungla. La primera cosa que Mowgli hizo, una vez se hubo retirado la desordenada Manada, fue irse a su cueva-hogar y pasarse durmiendo todo un día con su noche. Luego, al despertar, les contó a Madre Loba y a Padre Lobo sus aventuras entre los hombres, al menos la parte de las mismas que ellos eran capaces de comprender y, cuando el chico hizo que el sol de la mañana reluciera sobre la hoja de su cuchillo, el mismo con el que había despellejado a Shere Khan, los dos dijeron que algo había aprendido Mowgli. Luego Akela y Hermano Gris tuvieron que explicar su participación en la gran hazaña de los búfalos en el barranco, y Baloo subió cansinamente la colina para oírlo, y Bagheera se rascó todo el cuerpo de puro gozo ante la maestría con que Mowgli había llevado sus operaciones bélicas.

Había transcurrido ya mucho tiempo desde el amanecer, pero nadie soñaba siquiera en acostarse y de vez en cuando, mientras conversaban, Madre Loba alzaba súbitamente la cabeza y olfateaba con satisfacción el olor de la piel de tigre que el viento traía desde la Roca del Consejo.

—De no ser por Akela y Hermano Gris, aquí presentes —dijo Mowgli al terminar—, nada podría haber hecho yo. ¡Oh, madre, madre! ¡Si hubieses visto cómo los bueyes negros cargaron por el barranco o cruzaron corriendo las puertas del poblado cuando la Manada Humana me estaba arrojando piedras...!

—Me alegro de no haber visto eso último —dijo seriamente Madre Loba—. Yo no tengo por costumbre dejar que mis cachorros sean ahuyentados de un lado a otro como si fueran chacales. Lo que es yo, me habría cobrado un precio a la Manada Humana, aunque habría respetado a la mujer que te dio leche. Sí, solo a ella habría respetado.

—¡Calma, calma, Raksha! —dijo perezosamente Padre Lobo—. Nuestra Rana ha vuelto a casa... y tan sabia que su propio padre debe lamerle los pies; y ¿qué más da un corte más o menos en la cabeza? Deja en paz a los hombres.

—Deja en paz a los hombres —repitieron a coro Baloo y Bagheera.

Mowgli, la cabeza apoyada en el costado de Madre Loba, sonrió lleno de satisfacción y dijo que, por su parte, no tenía ningún deseo de volver a ver, oír u olfatear al hombre, jamás.

—Pero... —dijo Akela, alzando una oreja— pero ¿qué pasará si los hombres no te dejan en paz a ti, Hermanito?

—Nosotros somos cinco —dijo Hermano Gris, mirando a su alrededor y cerrando con fuerza las fauces tras pronunciar la última palabra.

—También nosotros podríamos tomar parte en esa cacería —dijo Bagheera, meneando levemente la cola y mirando a Baloo—. Pero ¿por qué piensas ahora en los hombres, Akela?

—Pues por esta razón —contestó Lobo Solitario—: cuando la piel de aquel ladrón amarillo quedó colgada en la roca, regresé al poblado por donde habíamos venido, pisando las huellas que yo mismo había dejado, echándome de costado y dando media vuelta de vez en cuando, para mezclar el rastro por si alguien nos seguía. Pero, cuando hube ensuciado el rastro hasta el punto de que ni yo mismo lo reconocía apenas, Mang, el Murciélago, se acercó volando entre los árboles y se detuvo en el aire sobre mi cabeza. Y me dijo Mang: «En el pueblo de la Manada Humana, allí de donde han expulsado al cachorro de hombre, hay más ajeteo que en un nido de avispas».

—Es que era una piedra grande la que les arrojé —dijo Mowgli con una

risita burlona, pues a menudo, para divertirse, había arrojado una papaya madura contra un nido de avispa y, antes de que estas salieran en su persecución, corría a echarse de cabeza al estanque más cercano.

—Pregunté a Mang qué era lo que había visto. Me dijo que la Flor Roja había florecido en la entrada del poblado y a su alrededor había sentados unos hombres que llevaban fusiles. Y yo os digo, pues tengo motivos para saberlo —dijo Akela, echando una mirada a las viejas cicatrices que tenía en los costados—, que los hombres no llevan fusiles solo por el gusto de llevarlos. Tarde o temprano, Hermanito, uno de esos hombres armados de fusiles seguirá nuestro rastro... si es que no lo está siguiendo ya ahora.

—Pero ¿por qué iba a hacerlo? Los hombres me han expulsado. ¿Qué más necesitan? —preguntó Mowgli, lleno de enojo.

—Tú eres un hombre, Hermanito —repuso Akela—. No somos nosotros, los Cazadores Libres, quienes tenemos que decirte a ti lo que hacen tus hermanos, o por qué lo hacen.

Tuvo el tiempo justo de alzar la pata antes de que el cuchillo de despellejar se hundiera en el sitio donde hasta entonces la tenía apoyada. Mowgli descargaba las cuchilladas con mayor rapidez de la que podían captar los ojos de un ser humano normal, pero Akela era un lobo; y hasta un perro, que tan poco tiene que ver con el lobo salvaje, su antepasado, es capaz de despertarse, por muy profundamente que duerma, al sentir el roce de una rueda en su flanco y es capaz, además, de saltar ileso antes de que la rueda termine de dar toda la vuelta.

—Otra vez —dijo tranquilamente Mowgli, enfundando nuevamente el cuchillo—, no hables de la Manada Humana y de Mowgli como si fueran la misma cosa, pues no lo son.

—¡Puaf! Tienes un diente muy afilado —dijo Akela, olfateando el agujero que la hoja había abierto en el suelo—, pero el vivir con la Manada Humana te ha estropeado la vista, Hermanito. En el tiempo que has tardado en asestar la puñalada, yo habría podido matar un gamo.

Bagheera se levantó de un brinco, alzó la cabeza hasta donde le era posible hacerlo, olfateó el aire y tensó todas las curvas de su cuerpo. Hermano Gris se apresuró a imitarla, echándose un poco hacia la izquierda para recibir en el hocico el viento que llegaba por la derecha, mientras Akela avanzaba saltando unos cincuenta metros en la misma dirección que el viento y, medio agachándose, tensaba también el cuerpo. Mowgli contemplaba la escena con ojos cargados de envidia. Podía olfatear las cosas como pocos seres humanos eran capaces de hacerlo, pero jamás había alcanzado la extrema sensibilidad de un hocico de la jungla, y los tres meses que había pasado rodeado por el

humo del poblado le habían hecho perder gran parte de sus facultades. No obstante, se humedeció un dedo, se frotó con él la nariz y enderezó el cuerpo para captar el olor que flotaba en lo alto, el cual, aunque es el más débil, es también el más fidedigno.

—¡El hombre! —gruñó Akela, sentándose sobre las ancas.

—¡Buldeo! —exclamó Mowgli, sentándose—. Anda siguiendo nuestro rastro y allá abajo se ve el reflejo del sol sobre su fusil. ¡Mirad!

Fue únicamente el brillo fugaz de las piezas de latón del viejo mosquete al caer sobre ellas la luz del sol, pero no hay nada en la jungla que brille con la misma luz, salvo en las ocasiones en que las nubes cruzan raudas el cielo y un pedacito de mica, o un diminuto charco de agua, o incluso una hoja muy pulida, emiten un destello como el de las señales hechas con un heliógrafo. Pero aquel día el cielo estaba despejado y no soplaba ni pizca de viento.

—Ya sabía que los hombres nos seguirían —dijo Akela con expresión triunfante—. No por nada he sido el Jefe de la Manada.

Los cuatro cachorros no dijeron ni pío y se limitaron a bajar corriendo por la colina, arrastrando el vientre, confundiéndose con los espinos y los matorrales de la misma manera que el topo se confunde con el césped.

—¿Adónde vais vosotros, así, sin decir nada? —gritó Mowgli.

—¡Chist! Antes del mediodía haremos rodar su cráneo por aquí —dijo Hermano Gris.

—¡Atrás! ¡Volved y esperad! ¡El hombre no se come al hombre! —chilló Mowgli.

—¿Quién era lobo hace apenas unos instantes? ¿Quién me asestó una cuchillada por pensar yo que tal vez era un Hombre? —dijo Akela, al mismo tiempo que los cuatro cachorros regresaban cariacontecidos y se echaban en el suelo.

—¿Debo dar explicaciones sobre por qué hago esto o aquello? —preguntó Mowgli, enfurecido.

—¡He aquí al hombre! ¡Así es como habla el hombre! —farfulló Bagheera—. Así mismo es como hablaban ante las jaulas del rey en Oodeypore. Nosotros los de la jungla sabemos que el hombre es el más sabio de todos los seres. Pero, si hiciéramos caso de nuestros oídos, sabríamos que de todos los seres él es el más tonto.

Alzando la voz, añadió:

—En esto tiene razón el Cachorro de Hombre. Los hombres cazan en manadas. Matar a uno de ellos, a menos que se sepa lo que van a hacer los

otros, no es buena manera de cazar. Venid conmigo y veremos qué intenciones alberga ese hombre.

—No queremos ir contigo —gruñó Hermano Gris—. Vete a cazar tú solo, Hermanito. Nosotros sabemos lo que queremos. A estas alturas ya tendríamos el cráneo para jugar.

Durante la conversación Mowgli había estado mirando a sus amigos, primero a uno, después al otro y así sucesivamente, con el pecho agitado y los ojos llenos de lágrimas. Dio una zancada hacia los lobos y, doblando una rodilla, dijo:

—¿Acaso yo no lo sé? ¡Miradme!

Lo miraron con expresión embarazada y, al apartar los ojos, Mowgli les ordenó una y otra vez que lo mirasen y así siguieron hasta que todo el pelo se les erizó y se echaron a temblar como hojas, mientras Mowgli mantenía los ojos firmemente clavados en ellos.

—Ahora —dijo—, de nosotros cinco, ¿quién es el jefe?

—El jefe eres tú, Hermanito —repuso Hermano Gris, lamiendo los pies de Mowgli.

—Seguidme, pues —dijo Mowgli.

Y los cuatro echaron a andar tras él, con el rabo entre las piernas.

—Eso pasa cuando se vive con la Manada Humana —dijo Bagheera, siguiéndolos también—. Ahora en la jungla, Baloo, hay algo más que la Ley de la Jungla.

El anciano oso no dijo nada, pero pensó muchas cosas.

Sin hacer ruido, Mowgli tomó un atajo para cruzar la jungla en ángulo recto con el sendero por el que avanzaba Buldeo. Al cabo de un rato, tras apartar unos matorrales que crecían ante él, vio al viejo que, con el mosquete al hombro, seguía el rastro de la noche anterior trotando como un perro.

Recordaréis que Mowgli había abandonado el poblado llevando sobre sus espaldas la pesada piel de Shere Khan, mientras tras él trotaban Akela y Hermano Gris, por lo que ese rastro triple había quedado claramente dibujado en el suelo. Al poco Buldeo llegó al lugar donde, como sabéis, había retrocedido con el propósito de embarullar las huellas, y se sentó, gruñendo y tosiendo. De vez en cuando se levantaba y daba una vueltecita por la jungla para volver a encontrar el rastro, pasando tan cerca de donde Mowgli y sus amigos se hallaban escondidos, que habría podido alcanzarlos con una pedrada. Nadie es capaz de estar tan callado como un lobo empeñado en que no se lo oiga y Mowgli, aunque los lobos opinaban que se movía muy

torpemente, sabía ir y venir como si fuera una sombra. Rodearon al viejo del mismo modo que los delfines rodean un vapor que navega a toda máquina y, mientras lo rodeaban, hablaban sin tomar ninguna precaución, ya que sus voces empezaban más abajo de la escala de sonidos que el oído humano es capaz de captar (En el otro extremo se halla el agudo chillido de Mang, el Murciélago, que muchísimas personas no pueden oír. Y es a partir de esas notas como se desarrolla la conversación de todos los pájaros, murciélagos e insectos).

—Esto es mejor que ir de caza —dijo Hermano Gris, al ver cómo Buldeo, resoplando, se agachaba para examinar minuciosamente el suelo—. Parece un cerdo que se haya extraviado en las junglas próximas al río. ¿Qué dice ahora?

Buldeo mascullaba coléricamente, y Mowgli tradujo sus palabras:

—Dice que a mi alrededor debieron de bailar manadas enteras de lobos. Dice que en toda su vida jamás había visto un rastro semejante. Dice que está cansado.

—Estará descansado cuando logre localizarlo otra vez —dijo tranquilamente Bagheera, surgiendo de detrás de un árbol, ya que era como si estuvieran jugando a la gallina ciega—. ¿Y ahora, qué hace esa cosa delgaducha?

—Come o echa humo por la boca. Los hombres siempre andan jugando con sus bocas —dijo Mowgli.

Y los silenciosos rastreadores vieron cómo el viejo cargaba, encendía y chupaba una pipa de agua, y tomaron buena nota del olor del tabaco, pues querían asegurarse de que, si hacía falta, reconocerían a Buldeo en la más negra de las noches.

Entonces apareció por el sendero un grupito de carboneros que, naturalmente, se detuvieron para hablar con Buldeo, cuya fama de cazador llegaba por lo menos hasta veinte millas a la redonda. Se sentaron todos y se pusieron a fumar. Bagheera y los demás se acercaron y contemplaron la escena, mientras Buldeo empezaba a contar la historia de Mowgli, el hijo del diablo. La contó de cabo a rabo, añadiendo muchas cosas de su propia cosecha: cómo él mismo había matado a Shere Khan, cómo Mowgli se había transformado en lobo, luchando con él durante toda la tarde y convirtiéndose de nuevo en muchacho y hechizando el rifle de Buldeo, de tal forma que las balas dieron media vuelta cuando disparó contra Mowgli y mataron a uno de los búfalos de Buldeo. Les contó también cómo el poblado, sabiendo que él era el más bravo de los cazadores de Seeonee, le había encomendado la misión de dar muerte al hijo del diablo. Mientras tanto, sin embargo, la gente del lugar había apresado a Messua y al marido de esta, ya que sin duda eran los padres

de aquella criatura diabólica, encerrándolos en su propia choza, con la intención de, más tarde, torturarlos para hacerles confesar que eran brujos, tras lo cual morirían en la hoguera.

—¿Cuándo será eso? —preguntaron los carboneros, ya que les hacía mucha ilusión estar presentes en la ceremonia.

Buldeo dijo que no harían nada hasta su regreso, ya que los del poblado deseaban que antes diera él muerte al Niño de la Jungla. Una vez hecho esto, darían buena cuenta de Messua y de su marido, cuyas tierras y búfalos serían repartidos entre los demás habitantes. El marido de Messua era dueño de unos cuantos búfalos notablemente magníficos. Era una acción excelente destruir a los brujos, pensaba Buldeo y, sin lugar a duda, la gente que agasajaba a los niños lobo salidos de la jungla pertenecía a la peor especie de brujos.

—Pero —dijeron los carboneros— ¿qué sucedería si los ingleses se enteraran de lo sucedido?

Los ingleses, según habían oído decir, estaban locos de remate y no habrían permitido que unos honrados campesinos matasen en paz a los brujos.

Buldeo les dijo que no se preocupasen, pues el jefe del poblado les diría que Messua y su marido habían muerto a causa de las picaduras de una serpiente. Eso ya estaba arreglado, así que lo único que había que hacer ahora era matar al niño lobo. ¿Por casualidad no habrían visto a esa criatura los carboneros?

Los carboneros miraron temerosamente a su alrededor y dieron gracias a su buena estrella por no haberlo visto, aunque no les cabía ninguna duda de que un hombre tan valiente como Buldeo daría con él mejor que cualquier otro. El sol empezaba a ponerse y dijeron que tenían ganas de proseguir su viaje para dejarse caer por la aldea de Buldeo y ver a la perversa bruja. Buldeo respondió que, si bien su deber era matar al hijo del diablo, en modo alguno podía permitir que un grupo de hombres desarmados cruzase la jungla, pues el lobo diabólico podía surgir en cualquier momento, a menos que él les diese escolta. Así, pues, se proponía acompañarlos y si se presentaba el hijo de la bruja... bueno, les demostraría de qué forma solventaba aquella clase de asuntos el mejor de los cazadores de Seeonee. Agregó que el brahmín le había entregado un amuleto que los protegería contra los ataques de aquel ser del averno.

—¿Qué dice? ¿Qué dice? ¿Qué dice? —repetían los lobos cada dos por tres.

Mowgli les iba traduciendo las palabras de Buldeo hasta que surgió en la historia la parte referente a la bruja, que estaba más allá de su comprensión, por lo que se limitó a decir que el hombre y la mujer que tan buenos habían sido con él estaban atrapados.

—¿Es que el hombre atrapa al hombre? —preguntó Bagheera.

—Eso es lo que dice. Pero no lo comprendo. Están todos locos. ¿Qué relación tendrán conmigo Messua y su hombre para que los demás los tengan encerrados? ¿Y qué será todo eso que dice sobre la Flor Roja? Tengo que averiguarlo. Sea lo que sea lo que piensen hacerle a Messua, no lo harán hasta que regrese Buldeo. Así que...

Mowgli se puso a reflexionar seriamente, acariciando con los dedos el mango del cuchillo de despellejar, mientras Buldeo y los carboneros se alejaban valientemente en fila india.

—Me vuelvo corriendo con la Manada Humana —dijo Mowgli por fin.

—¿Y esos? —preguntó Hermano Gris, mirando como si tuviera hambre las morenas espaldas de los carboneros.

—Cántales un poco mientras se dirigen al poblado —dijo Mowgli, haciendo una mueca—. No quiero que lleguen allí antes de que se haga de noche. ¿Podrás entretenerlos?

Hermano Gris mostró los colmillos desdeñosamente.

—O no conozco bien al hombre, o podemos hacerles dar vueltas y más vueltas como si fuesen cabras atadas a una noria.

—Eso no hace falta. Cántales un poquito para que no se sientan solos durante el camino y tampoco hace falta que la canción, Hermano Gris, sea de las más dulces. Ve con ellos, Bagheera, y ayúdales a cantar. Después del anochecer, os reunís conmigo cerca del poblado... Hermano Gris conoce el lugar.

—No es cosa descansada trabajar para Cachorro de Hombre. ¿Cuándo voy a dormir? —dijo Bagheera, bostezando, aunque en sus ojos se leía el entusiasmo que en ella despertaba aquel juego—. ¡Mira que tener que cantarles a unos hombres desnudos! De todos modos, probaremos.

Bajó la cabeza para que el sonido llegase bien lejos y soltó un prolongado grito de ¡Buena caza!, un grito propio de la medianoche que ella profirió en plena tarde, lo cual ya resultaba espantoso de por sí. Mowgli oyó cómo el grito retumbaba en la lejanía, levantándose, bajando y apagándose lastimeramente a sus espaldas, y se echó a reír, al mismo tiempo que se adentraba corriendo en la jungla. Vio a los carboneros apretujados unos contra otros, mientras, temblando como una hoja de palmera, el cañón del mosquete del viejo Buldeo intentaba apuntar de golpe a todos los puntos cardinales. Hermano Gris lanzó entonces el Ya-la-hi! Yalaha! que la Manada profería cuando acosaba a los gamos y a nilghai, la gran vaca azul, y el grito parecía salir de los confines de la tierra, acercándose poco a poco hasta transformarse en un agudo chillido y

cesar de pronto. Los otros tres contestaron y el mismo Mowgli habría jurado que toda la Manada andaba de caza. Después entonaron la magnífica Canción matutina de la jungla, adornándola con todas las florituras que un lobo de la Manada sabe hacer con su profunda garganta. He aquí una pobre interpretación de dicho canto, por lo que tendréis que esforzaros e imaginar cómo suena cuando rasga el silencio que después del mediodía reina en la jungla:

Hace un momento nuestros cuerpos
no dejaban sombra en la llanura,
mas ahora, clara y negra, nos sigue,
mientras a casa regresamos.
En el silencio de la mañana
la roca y el arbusto firmes se alzan,
gritad entonces: «¡Buen reposo a todos,
los que servís la Ley de la Jungla!».
Ahora nuestra gente se reúne,
buscando la sombra del refugio,
ahora, quietos y agazapados, en la cueva y la montaña,
los Barones de la Jungla acechan.
Ahora se acercan los bueyes del hombre,
uncidos al nuevo arado.
Luce ya el rojo y temeroso amanecer,
sobre el talao encendido.
¡Eh! ¡A casa! El sol arde ya
detrás de la hierba que respira,
y agitando los tiernos bambúes,
flota en el aire el aviso susurrado.
Los bosques, que el día hace extraños,
con los ojos escudriñamos,
mientras bajo el cielo el pato grita:
«¡El día! ¡Hombres, ya es de día!».

Se ha secado ya el rocío que la piel nos empapaba,
o que nuestras huellas en el camino lavaba,
y allí donde bebimos, el fango de la orilla
bajo el sol a secarse empieza.

Traidora, la oscuridad se retira y deja ver
las señales de nuestras garras.

Oíd entonces la llamada: «¡Buen reposo a todos,
los que servís la Ley de la Jungla!».

Pero ninguna traducción puede reflejar fielmente el efecto que produce, ni el desdén que los cuatro cantantes pusieron en cada una de las palabras al oír cómo crujían los árboles al encaramarse precipitadamente a ellos los carboneros y Buldeo empezaba a pronunciar sortilegios y conjuros. Después se tumbaron a dormir, pues, al igual que todos los que viven de su propio trabajo, eran muy metódicos y sabían que nadie trabaja bien sin haber dormido.

Mientras tanto, Mowgli iba dejando millas a sus espaldas, nueve por hora, mientras avanzaba encantado al verse en tan buena forma tras tantos meses de encierro entre los hombres. Una sola idea bullía en su cabeza: sacar de la trampa a Messua y su marido, fuese cual fuese la trampa, por la que sentía una desconfianza instintiva. Se prometió a sí mismo que más adelante ajustaría cuentas con todos los del poblado.

Era ya tarde cuando divisó los conocidos pastizales y el árbol de la especie que llamaban dhâk, junto al que Hermano Gris lo había esperado la mañana en que él mató a Shere Khan. Pese a lo furioso que estaba con toda la raza del hombre, algo se le subió a la garganta y le hizo contener el aliento cuando vio los tejados del poblado. Observó que todos habían regresado de los campos de labranza a una hora desacostumbrada por lo temprana y que, en vez de dedicarse a preparar la cena, se hallaban reunidos todos bajo el árbol del poblado, charlando y gritando.

—Si no están preparando trampas para sus semejantes, los hombres nunca están contentos —dijo Mowgli—. Anoche, aunque parece que haya llovido ya mucho desde entonces, la trampa era para Mowgli. Esta noche es para Messua y su hombre. Mañana y durante muchas otras noches después volverá a tocarle el turno a Mowgli.

Se arrastró sigilosamente a lo largo del muro hasta que llegó a la choza de Messua y miró al interior de la misma por la ventana. Messua yacía en el suelo, atada y amordazada, respirando trabajosamente y quejándose. Su

marido estaba atado a la cama, pintada de alegres colores. La puerta de la choza que daba a la calle se encontraba bien cerrada y había tres o cuatro personas sentadas de espaldas a ella.

Mowgli conocía las costumbres de los habitantes del poblado. Se dijo que, mientras pudieran comer, charlar y fumar, no harían nada más, pero, en cuanto tuvieran la panza llena, volverían a ser peligrosos. Buldeo regresaría dentro de poco y, si la escolta que Mowgli le había asignado había cumplido su deber, tendría algo muy interesante que contar. Se coló por la ventana y, acercándose al hombre y a la mujer, cortó las correas con que estaban atados, les quitó las mordazas y miró a su alrededor en busca de un poco de leche.

Messua se encontraba medio loca de dolor y de miedo (se habían pasado la mañana entera apaleándola y tirándole piedras), y Mowgli le tapó la boca con la mano justo a tiempo para evitar que gritase. El marido únicamente estaba desconcertado y furioso y se quedó sentado, limpiándose la barba de polvo y briznas de paja.

—Lo sabía... Sabía que vendrías —dijo por fin Messua entre sollozos—. ¡Ahora sé en verdad que es mi hijo! —agregó, apretando a Mowgli contra su corazón.

Hasta aquel instante Mowgli se había mostrado totalmente sereno, pero ahora se puso a temblar de pies a cabeza, y eso lo sorprendió inmensamente.

—¿Para qué son estas correas? ¿Por qué te han atado? —preguntó tras una pausa.

—¿Para qué iban a ser? —dijo el hombre hoscamente—. Para matarnos por haberte convertido en nuestro hijo. ¡Mira cómo sangro!

Messua no dijo nada, pero fueron sus heridas las que miró Mowgli, rechinando los dientes al ver la sangre.

—¿Quién ha sido? —dijo—. Lo pagará caro.

—Es obra de todo el poblado. Yo era demasiado rico. Poseía demasiadas cabezas de ganado. Por consiguiente, ella y yo somos brujos, porque te cobijamos en nuestra casa.

—No lo entiendo. Deja que Messua me lo explique.

—Yo te di leche, Nathoo... ¿Te acuerdas? —dijo Messua tímidamente—. Lo hice porque eras mi hijo, el que el tigre se había llevado, y porque te quería mucho. Dijeron que era tu madre, la madre de un diablo y, por lo tanto, me merecía la muerte.

—¿Y qué es un diablo? —preguntó Mowgli—. La muerte ya la he visto.

El hombre alzó los ojos tristemente, pero Messua se echó a reír.

—¡Ya lo ves! —dijo a su marido—. Lo sabía... Ya te dije que no era ningún brujo. Es mi hijo... ¡mi hijo!

—Hijo o brujo, ¿de qué nos servirá a nosotros? —respondió el hombre—. Ya podemos darnos por muertos.

—Ahí está el camino que lleva a la jungla —dijo Mowgli, señalando por la ventana—. Tenéis libres las manos y los pies. Idos ahora mismo.

—No conocemos la jungla, hijo mío, como... como la conoces tú —empezó a decir Messua—. No creo que pudiera llegar muy lejos.

—Y entonces los hombres y las mujeres se nos echarían encima y nos traerían a rastras aquí —dijo el marido.

—¡Hum! —exclamó Mowgli, haciéndose cosquillas en la palma de la mano con la punta de su cuchillo—. No tengo deseos de hacer daño a ninguno de los de este poblado... todavía. Pero no creo que os detengan. Dentro de poco tendrán muchas cosas en que pensar. ¡Ah! —Alzó la cabeza y se puso a escuchar los gritos y pisadas que se oían fuera de la choza—. ¿Conque por fin han dejado que Buldeo volviera?

—Salió esta mañana con el encargo de matarte —dijo Messua, llorando—. ¿Te cruzaste con él?

—Sí... nos... me crucé con él. Tiene algo que contar y, mientras lo hace, nos queda tiempo para hacer muchas cosas. Ante todo, empero, averiguaré lo que se proponen hacer. Pensad adónde queréis ir y cuando regrese me lo decís.

Saltó por la ventana y de nuevo corrió a lo largo del muro del poblado hasta que llegó a un sitio desde el que oía lo que decía la multitud congregada alrededor del árbol comunal. Buldeo yacía en el suelo, tosiendo y gruñendo, y todos le estaban haciendo preguntas. El pelo le caía sobre los hombros, se había despellejado las manos y las piernas al trepar a los árboles y apenas podía hablar, pero era muy consciente de la importancia de su posición. De vez en cuando decía algo sobre diablos que cantaban y encantamientos mágicos, solamente para que la multitud hiciera boca en espera de lo que pensaba contarles enseguida. Luego pidió agua.

—¡Bah! —dijo Mowgli—. ¡Palabras y nada más! ¡Mucho ruido y pocas nueces! Los hombres son hermanos de sangre de los Bandar-log. Ahora tiene que limpiarse la boca con agua, después echará humo por ella y cuando haya terminado todo esto, aún le quedará la historia por contar. Son muy sabios... los hombres. No pondrán ningún guardián ante la choza de Messua hasta que la historia de Buldeo les salga ya por las orejas. Y yo... ¡me estoy volviendo igual de perezoso que ellos!

Se desperezó y regresó rápidamente a la choza. Justo en el instante en que

llegaba a la ventana, sintió que le tocaban un pie.

—Madre —dijo, pues conocía muy bien la lengua que lo estaba lamiendo—. ¿Qué haces tú aquí?

—Oí cantar a mis hijos en el bosque y seguí al que más quiero, Ranita. Tengo deseos de ver a la mujer que te dio leche —dijo Madre Loba, que estaba completamente empapada por el rocío.

—La ataron y se proponen matarla. Yo he cortado las ligaduras y ahora se irá con su hombre a través de la jungla.

—También yo los seguiré. Soy vieja, pero aún conservo los colmillos.

Madre Loba se alzó sobre las patas traseras y se asomó por la ventana clavando los ojos en la penumbra del interior.

Al cabo de un minuto bajó sin hacer ruido y no dijo nada más que:

—Yo te di la primera leche, pero Bagheera dice la verdad: el hombre acaba por volver con el hombre.

—Puede ser —dijo Mowgli, con una expresión muy desagradable en la cara—, pero esta noche me encuentro muy lejos de hacerlo. Espérame aquí, pero no dejes que te vean.

—Tú nunca me has tenido miedo, Ranita —dijo Madre Loba, retrocediendo y ocultándose como ella sabía entre la hierba alta.

—Y ahora —dijo alegremente Mowgli, volviendo a meterse en la choza—, están todos sentados alrededor de Buldeo, que les está contando lo que nunca sucedió. Cuando haya terminado su narración, dicen que vendrán aquí con la Flor... con el fuego y os quemarán. ¿Y entonces qué?

—Ya he hablado con mi hombre —dijo Messua—. Khanhiwara está a treinta millas de aquí, pero puede que allí encontremos a los ingleses y...

—¿Y de qué Manada son esos? —preguntó Mowgli.

—No lo sé. Son blancos y se dice que gobiernan todo el país y no toleran que las gentes se quemen y peguen unos a otros sin testigos. Si logramos llegar allí esta noche, viviremos. De lo contrario, pereceremos.

—Vivid, pues. Ningún hombre cruzará las puertas del poblado esta noche. Pero ¿qué hace él?

El marido de Messua estaba a gatas en el suelo, excavando en un rincón de la choza.

—Busca su dinero —dijo Messua—. No podemos llevarnos nada más.

—Ah, sí. Esa cosa que pasa de mano en mano sin calentarse nunca.

¿También hace falta fuera de este lugar? —dijo Mowgli.

El hombre lo miró con cara de pocos amigos.

—Es un imbécil, no un diablo —musitó—. Con el dinero puedo comprar un caballo. Estamos demasiado maltrechos para caminar y dentro de una hora la gente saldrá tras de nosotros.

—Ya os he dicho que no os seguirán mientras yo no lo quiera. Pero lo del caballo está bien pensado, pues Messua está cansada.

El marido se puso en pie y acabó de ocultar la última rupia en la faja que le ceñía la cintura. Mowgli ayudó a Messua a salir por la ventana y el aire fresco de la noche la reanimó, aunque, a la luz de las estrellas, la jungla se veía muy sombría y terrible.

—¿Conocéis el camino de Khanhiwara? —susurró Mowgli.

Movieron la cabeza afirmativamente.

—Muy bien. Recordad que no debéis tener miedo y que no hay necesidad de correr. Solo que puede que oigáis algunas cancioncillas en la jungla, delante y detrás de vosotros.

—¿Crees que nos habríamos arriesgado a pasar una noche en la jungla por algo que no fuera el miedo a perecer en la hoguera? Es mejor morir a manos de las bestias que en las de los hombres —dijo el marido de Messua, que miró a Mowgli y sonrió.

—Como os digo —prosiguió Mowgli como si fuese Baloo y por centésima vez le estuviera repitiendo una vieja Ley de la Jungla a un cachorro poco aplicado—. Os digo que nadie en la jungla sacará los colmillos contra vosotros, ni una sola garra se alzarán para haceros daño. Ningún hombre o bestia os detendrá hasta que lleguéis a la vista de Khanhiwara. Pero alguien montará guardia en torno vuestro.

Se volvió rápidamente hacia Messua y dijo:

—Ya veo que él no me cree, pero ¿me crees tú?

—Claro que sí, hijo mío. Seas hombre, fantasma o lobo de la jungla, te creo.

—Él se asustará cuando oiga cantar a mi gente. Pero tú sabrás de qué va y comprenderás. Idos ahora, y despacito, pues no hace falta darse prisa. Las puertas están cerradas.

Messua se arrojó llorando a los pies de Mowgli, pero él, estremeciéndose, la obligó a levantarse enseguida. Entonces la mujer se le colgó del cuello y le dedicó todas las bendiciones que se le ocurrieron, pero su marido, que miraba

con envidia hacia el otro lado de sus campos, dijo:

—Si llegamos a Khanhiwara y los ingleses me escuchan, les pondré al brahmín, a Buldeo y a los demás un pleito tal que tendrán que comerse el poblado sin dejar una sola piedra. Les haré pagar el doble de lo que valen mis cosechas abandonadas y mis búfalos sin alimentar. Ya cuidaré yo de que se haga justicia.

Mowgli se echó a reír y dijo:

—No sé qué es la justicia, pero... vuelve aquí cuando vengan las lluvias y verás lo que queda.

El hombre y la mujer empezaron a caminar hacia la jungla, al tiempo que Madre Loba salía corriendo de su escondite.

—¡Síguelos! —exclamó Mowgli—. Y cuida de que la jungla entera sepa que a estos dos no hay que hacerles ningún daño. Haz que corra la voz. Yo que tú llamaría a Bagheera.

El largo y grave aullido se alzó y luego fue apagándose, y Mowgli vio cómo el marido de Messua se detenía, daba media vuelta y casi echaba a correr hacia la choza.

—¡Adelante! —exclamó Mowgli alegremente—. Ya os dije que tal vez oiríais cantar un poco. Esa llamada os acompañará hasta Khanhiwara. Es la Amistad de la Jungla.

Messua apremió a su marido para que siguiera caminando y a los pocos instantes la oscuridad los envolvió a los dos y a Madre Loba, mientras Bagheera surgía casi a los pies de Mowgli, temblando con esa delicia de la noche que enloquece al Pueblo de la Jungla.

—Me siento avergonzada de tus hermanos —dijo, ronroneando.

—¿Qué? ¿No fue dulce la canción que cantaron a Buldeo? —preguntó Mowgli.

—¡Demasiado! ¡Demasiado! Hicieron que hasta yo me olvidase de mi orgullo y, ¡por el Candado Roto que me liberó!, me puse a cantar por toda la jungla como si fuese primavera y estuviera enamorada. ¿No nos oíste?

—Estaba ocupado con otra pieza. Pregúntale a Buldeo si le gustó la canción. Pero ¿dónde están los Cuatro? Quiero que ninguno de los de la Manada Humana salga del poblado esta noche.

—Entonces ¿para qué necesitas a los Cuatro? —dijo Bagheera, moviendo ora una pata, ora otra, con los ojos llameando y ronroneando más fuerte que nunca—. Yo me cuidaré de ellos. ¿Hay que matar a alguien? El canto y el espectáculo de los hombres encaramándose a los árboles me han despertado

las ganas. ¿Qué es el hombre para que le tengamos respeto...? Ese cavador moreno y desnudo, sin pelo y sin colmillos, que come tierra. Lo he estado siguiendo todo el día, bajo la luz blanca de la tarde. Lo he acosado como los lobos acosan a los gamos. ¡Soy Bagheera! ¡Bagheera! ¡Bagheera! Del mismo modo que bailo con mi sombra, bailé con esos hombres. ¡Mira!

La gran pantera saltó como salta un gatito para coger una hoja muerta que da vueltas en el aire, dando zarpazos a diestro y siniestro, haciendo cantar el aire al darlos, dejándose caer silenciosamente y volviendo a saltar una y otra vez, mientras profería una mezcla de ronroneo y gruñido que iba cobrando intensidad como el ruido del vapor en una caldera.

—Soy Bagheera... en la jungla... de noche, y mi fuerza reside en mí misma. ¿Quién es capaz de detener mi zarpazo? Cachorro de Hombre, con un solo zarpazo podría aplastarte la cabeza y dejártela tan lisa como una rana muerta en verano.

—¡Pega, pues! —exclamó Mowgli en el dialecto del poblado y no en el idioma de la jungla.

Las palabras humanas hicieron que Bagheera se detuviese en seco, alzándose sobre sus temblorosas ancas, con la cabeza a la altura de la de Mowgli. De nuevo el pequeño, como antes hiciera con los cachorros rebeldes, clavó la mirada en los verdes ojos de la Pantera hasta que el rojo resplandor que brillaba detrás del verde se apagó como la luz de un faro veinte millas más allá de las aguas y el animal bajó la mirada hacia el suelo, y con ella su enorme cabeza fue inclinándose más y más, mientras su roja y rugosa lengua lamía los tobillos de Mowgli.

—¡Hermana! ¡Hermana! ¡Hermana! —susurró el pequeño, acariciando a la Pantera desde el cuello hasta el extremo de su agitado lomo—. ¡Estate quieta! ¡Estate quieta! La culpa es de la noche, no tuya.

—Ha sido el olor de la noche —dijo Bagheera con expresión arrepentida—. Este aire parece llamarme en voz alta. Pero ¿cómo lo sabes tú?

Por supuesto que, alrededor de un poblado indio, el aire está lleno de olores de toda clase y, para cualquier ser que piense casi exclusivamente a través de la nariz, los olores resultan tan enloquecedores como la música y las drogas lo son para los seres humanos. Mowgli permaneció unos minutos más calmando a la Pantera, que se echó al lado de la hoguera como si fuera un gatito, con las garras ocultas bajo el cuerpo y los ojos semicerrados.

—Tú eres de la jungla y no eres de la jungla —dijo finalmente—. Y yo no soy más que una pantera negra. Pero te quiero, Hermanito.

—Me parece que dura mucho esa charla debajo del árbol —dijo Mowgli,

sin reparar en la última frase de Bagheera—. Buldeo debe de haberles contado un sinfín de historias. No tardarán en venir para llevarse a la mujer y su hombre a rastras y echarlos en la Flor Roja. Se encontrarán con que la caza ha volado. ¡Jo, jo!

—¡Escúchame! —dijo Bagheera—. La fiebre ya se ha esfumado de mi sangre. ¡Déjame ir allí para que me encuentren a mí! Pocos serán los que se atrevan a salir de sus casas después de encontrarme allí. No es la primera vez que habré estado en una jaula, y no creo que quieran atarme con cuerdas.

—Bueno, pero ándate con cuidado —repuso Mowgli, riendo, pues empezaba a sentirse tan temerario como la Pantera, que ya se había metido en la choza.

—¡Bah! —gruñó Bagheera—. Esto huele a hombre, pero hay un lecho como el que tenía en las jaulas del rey en Oodeypore. Ahora me acostaré.

Mowgli oyó crujir las cuerdas de la hamaca bajo el enorme peso de la fiera.

—¡Por el Candado Roto que me liberó! ¡Creerán que han atrapado una buena pieza! ¡Ven y siéntate a mi lado, Hermanito! ¡Entre los dos les daremos «buena caza»!

—No. Tengo otra cosa metida en la cabeza. La Manada Humana no sabrá cuál ha sido mi parte en este juego. Caza tú sola, yo no quiero verlos.

—Sea —dijo Bagheera—. ¡Ah, ya vienen!

La conferencia que se estaba celebrando bajo el árbol comunal era cada vez más ruidosa y se oía desde el otro extremo del poblado. De repente estalló un gran griterío y una multitud de hombres y mujeres echó a correr calle arriba, blandiendo garrotes, bambúes, hoces y cuchillos. Buldeo y el brahmín marchaban a la cabeza, pero la chusma les pisaba los talones, exclamando:

—¡A por los brujos! ¡Veamos si el fuego los hace confesar! ¡Pegad fuego a la choza con ellos dentro! ¡Ya les enseñaremos a dar cobijo a lobos diabólicos! ¡No, primero démosles una paliza! ¡Antorchas! ¡Traed más antorchas! ¡Pon al rojo el cañón de tu mosquete, Buldeo!

Les costó un poco abrir el pestillo de la puerta, pero la echaron abajo a la fuerza y la luz de las antorchas irrumpió en la estancia, donde, tendida cuan larga era sobre el catre, con las garras cruzadas y colgando levemente por un extremo, negra como un pozo y terrible como un demonio, se encontraba Bagheera. Durante medio minuto reinó un silencio mortal, mientras los de las primeras filas empujaban y arañaban a los de detrás, para retroceder hasta el umbral, y durante ese espacio de tiempo Bagheera alzó la cabeza y bostezó de forma premeditada, cuidadosa y ostentosa, como habría bostezado para

insultar a uno de sus congéneres. Su arrugado hocico se abría y cerraba, dejando ver su lengua, roja y enroscada, mientras la quijada inferior bajaba más y más, dejando al descubierto su cálida garganta, y sus gigantescos colmillos se destacaban de las encías, hasta que los de arriba chocaron con los de abajo con el ruido metálico de unas barras de acero cerrándose alrededor de una caja fuerte. En pocos segundos la calle quedó vacía y Bagheera, tras saltar por la ventana, quedó de pie al lado de Mowgli, mientras un torrente de hombres y mujeres corrían chillando y tropezando, presas del pánico, tratando de encerrarse en sus chozas.

—No se moverán hasta que se haga de día —dijo tranquilamente Bagheera—. ¿Ahora qué?

Parecía que el silencio de la hora de la siesta se hubiese apoderado del pueblo, pero, al aguzar el oído, oyeron cómo arrastraban las gruesas cajas donde guardaban el grano y atrancaban las puertas con ellas. Bagheera estaba en lo cierto: los del poblado no se moverían hasta que se hiciera de día. Sentándose en el suelo, completamente inmóvil, Mowgli se puso a reflexionar y su expresión fue haciéndose más y más sombría.

—¿Qué es lo que he hecho? —preguntó finalmente Bagheera, acercándose a los pies del muchacho.

—Nada que no haya estado muy bien. Vigílalos hasta que nazca el día. Yo me voy a dormir.

Mowgli se adentró corriendo en la jungla, se desplomó como un muerto sobre una roca y durmió todo el día y la noche siguiente.

Al despertar, Bagheera se hallaba a su lado y a sus pies había un gamo recién cazado. Bagheera contempló con ojos curiosos cómo Mowgli se ponía a trabajar con su cuchillo de despellejar, comía, bebía y daba media vuelta sobre sí mismo con el mentón apoyado en la mano.

—El hombre y la mujer están ya a salvo, a la vista de Khanhiwara —dijo Bagheera—. Tu madre de la Manada envió recado por medio de Chil, el Milano. La misma noche que los liberamos, antes de las doce, encontraron un caballo y el resto del viaje lo hicieron muy aprisa. ¿No te parece buena la noticia?

—Sí, me lo parece —repuso Mowgli.

—Y tu Manada Humana del poblado no se movió hasta esta mañana, cuando el sol ya estaba muy alto. Entonces comieron lo que tenían y regresaron apresuradamente a sus casas.

—¿Te han visto, por casualidad?

—Puede que sí. Al amanecer me estuve revolcando un poco por el suelo,

delante de las puertas del poblado, y puede que también entonase una cancioncilla. Ahora, Hermanito, ya no queda nada más por hacer. Ven a cazar conmigo y con Baloo. Quiere enseñarte unos panales nuevos y todos deseamos que vuelvas a ser el de antes. ¡Borra ya esa expresión de tus ojos! ¡Hasta a mí me da miedo! Al hombre y a la mujer ya no los arrojarán a la Flor Roja y todo va bien en la jungla. ¿No es cierto? Olvidémonos de la Manada Humana.

—Caerán en el olvido dentro de poco. ¿Dónde comerá Hathi esta noche?

—Donde le apetezca. ¿Quién puede responder por el Silencioso? Pero ¿por qué lo preguntas? ¿Qué puede hacer Hathi que no podamos hacer nosotros?

—Ve a decirle que venga aquí con sus tres hijos.

—Pero, de veras te lo digo, Hermanito, no... no está bien irle con órdenes a Hathi. Recuerda que él es el Amo de la Jungla y, antes de que la Manada Humana hiciera cambiar la expresión de tu cara, Hathi te enseñó las Palabras Maestras de la Jungla.

—Da igual. Ahora soy yo quien tiene que enseñarle una Palabra Maestra. Dile que se presente a Mowgli, la Rana, y, si al principio no te hace caso, dile que venga en nombre del Saqueo de los Campos de Bhurtpore.

—El Saqueo de los Campos de Bhurtpore —repitió dos o tres veces Bagheera, para asegurarse—. Ahora voy. En el peor de los casos, lo más que puede hacer Hathi es enfadarse, y daría una noche de cacería por oír una Palabra Maestra capaz de obligar al Silencioso.

Se alejó, dejando a Mowgli asestando furiosas cuchilladas en el suelo. Jamás había visto Mowgli sangre humana hasta que olfateó la que manchaba las correas con que estaba atada Messua, y esa sangre le había afectado más de lo que lo habría hecho cualquier otra. Messua había sido buena con él y Mowgli, hasta donde pudiera llegar su amor, la quería con tanta intensidad como odiaba al resto de la humanidad. Pero, por mucho que odiase a los hombres, sus palabras, su crueldad y su cobardía, nada podía ofrecerle la jungla que lo incitase a dar fin a una vida humana y volver a sentir en su nariz el terrible olor de la sangre. Su plan era más sencillo, pero mucho más completo también y se rio al pensar que la idea se le había ocurrido al oír una de las historias contadas por Buldeo bajo el árbol comunal.

—Tenías razón: era una Palabra Maestra —le susurró al oído Bagheera—. Estaban comiendo en la orilla del río y me obedecieron como si fueran bueyes en lugar de elefantes. ¡Mira! ¡Ahí vienen!

Hathi y sus tres hijos acababan de llegar sin hacer un solo ruido, como tenían por costumbre. El barro del río seguía fresco en sus flancos y Hathi mascaba pensativamente el tronco de un arbolillo que había arrancado con sus

colmillos. Pero cada una de las líneas de su enorme cuerpo indicó a Bagheera, que sabía interpretar las cosas que veía, que esta vez no era el Amo de la Jungla hablándole a Cachorro de Hombre lo que tenía ante ella, sino que era el espectáculo de alguien que estaba asustado compareciendo ante alguien que no lo estaba. Los tres hijos de Hathi seguían a su padre, uno al lado de otro.

Mowgli apenas levantó la cabeza al oír el «Buena caza» que le deseó Hathi. Dejó que el animal se meciera y moviera las patas nerviosamente antes de hablar, y, al abrir la boca, lo hizo para dirigirse a Bagheera y no a los elefantes.

—Voy a contarte una historia que me contó el cazador al que tú has estado cazando hoy —dijo Mowgli—. Se refiere a un elefante, sabio y viejo, que cayó en una trampa y la estaca afilada que había en el foso le hizo un rasguño desde un poco más arriba de uno de los talones hasta lo más alto de la espalda, dejándole una señal blanca.

Mowgli hizo un gesto con la mano y Hathi dio media vuelta, obedeciendo a su señal. Al hacerlo, la luz de la luna cayó sobre una cicatriz blanca y alargada que surcaba la rugosa piel del elefante, como si lo hubiesen azotado con un látigo al rojo vivo.

—Llegaron los hombres para sacarlo de la trampa —prosiguió Mowgli—, pero él rompió las ligaduras, pues era muy fuerte, huyó y estuvo escondido hasta que sanó su herida. Después, lleno de cólera, se presentó una noche en los campos de aquellos cazadores. Y ahora recuerdo que tenía tres hijos. Estas cosas sucedieron hace muchas, muchas lluvias, y muy lejos de aquí... en los campos de Bhurtpore. ¿Qué les sucedió a aquellos campos cuando llegó la época de la siega, Hathi?

—Que fueron segados por mí y mis tres hijos —contestó Hathi.

—¿Y a la labranza que se hace después de la siega? —preguntó Mowgli.

—Que no hubo tal labranza —dijo Hathi.

—¿Y a los hombres que viven de los verdes cultivos de la tierra? —dijo Mowgli.

—Que se marcharon.

—¿Y a las chozas donde dormían los hombres? —dijo Mowgli.

—Hicimos pedazos los techos y la jungla engulló las paredes —dijo Hathi.

—¿Y qué más? —dijo Mowgli.

—La jungla invadió todo el terreno que yo puedo recorrer en dos noches de este a oeste y de norte a sur. Dejamos que la jungla invadiese cinco poblados y en esos poblados, así como en sus pastizales y cultivos, no hay

actualmente ningún hombre que se alimente del producto de la tierra. Eso fue el Saqueo de los Campos de Bhurtpore. Lo hicimos yo y mis tres hijos. Y ahora, Cachorro de Hombre, quisiera saber cómo lo has sabido —dijo Hathi.

—Me lo dijo un hombre, y ahora me doy cuenta de que hasta Buldeo es capaz de decir la verdad. Hiciste bien, Hathi, pero la próxima vez lo harás mejor, pues un hombre te guiará. ¿Conoces aquel poblado de la Manada Humana del que fui expulsado? Está lleno de hombres vagos, insensatos y crueles que hablan por hablar y no matan a los más débiles para alimentarse, sino que lo hacen para divertirse. Cuando están saciados, serían capaces de arrojar sus propios hijos a la Flor Roja. Yo lo he visto. No está bien que sigan viviendo aquí. ¡Los odio!

—Entonces, mátalos —dijo el más joven de los tres hijos de Hathi, recogiendo un puñado de hierba, frotándoselo en las patas delanteras para quitarse la tierra y arrojándolo luego, mientras sus ojillos rojos miraban furtivamente de un lado a otro.

—¿De qué me sirven los huesos blancos? —contestó Mowgli con voz colérica—. ¿Acaso soy el cachorro de un lobo para jugar bajo el sol con una cabeza cercenada? He matado a Shere Khan, cuya piel se está pudriendo en la Roca del Consejo, pero... pero no sé adónde ha ido Shere Khan y mi estómago sigue vacío. Ahora quiero algo que pueda ver y tocar. ¡Haz que la jungla invada ese poblado, Hathi!

Bagheera se estremeció de miedo. Comprendía, si las cosas iban de mal en peor, una rápida incursión por la calle del poblado, dando zarpazos a diestro y siniestro contra la multitud, o saltar sobre uno de los hombres que labraban los campos al atardecer, pero le asustaba la idea de hacer desaparecer por completo un poblado entero, quitándolo de la vista de hombres y bestias por un igual. Empezaba a comprender por qué Mowgli la había mandado a buscar a Hathi. Nadie salvo el elefante, cuya vida era tan larga, podía planear y llevar a término semejante guerra.

—Haz que huyan corriendo como hicieron los hombres de Bhurtpore, hasta que el único surco que quede sea el que abran las aguas de la lluvia y el ruido de esta al caer sobre las hojas sustituya el ruido de sus husos... hasta que Bagheera y yo convirtamos la casa del brahmín en nuestra guarida y el ciervo beba en el depósito que hay detrás del templo. ¡Haz que la jungla lo invada todo, Hathi!

—Pero yo... pero nosotros no tenemos ninguna cuenta pendiente con ellos y hace falta sentir la furia ciega que ocasiona un tremendo dolor para echar abajo los lugares donde duermen los hombres —dijo Hathi sin acabar de estar convencido.

—¿Es que sois vosotros los únicos Comedores de Hierba que hay en la jungla? Trae a todas tus gentes. Haz que los ciervos, cerdos y nilghais se encarguen de hacerlo. En cuanto a vosotros, no hace falta que se os vea ni pizca de piel hasta que los campos estén pelados. ¡Haz que la jungla invada el poblado, Hathi!

—¿No habrá muertes? Mis colmillos quedaron teñidos de rojo durante el Saqueo de los Campos de Bhurtpore y no quisiera volver a sentir aquel olor.

—Tampoco yo. Ni siquiera deseo que sus huesos queden esparcidos sobre la tierra arrasada. Dejadles que se vayan en busca de una nueva guarida. Pero aquí no pueden quedarse. He visto y olido la sangre de la mujer que me dio de comer, la mujer a la que habrían dado muerte de no ser por mí. Solo la fragancia de la hierba fresca que crezca en el umbral de sus casas puede borrar el olor de la sangre. Siento que me está quemando la boca. ¡Haz que la jungla lo invada, Hathi!

—¡Ah! —exclamó Hathi—. De igual modo la cicatriz de la estaca me estuvo abrasando la piel hasta que vi cómo el verdor de la primavera cubría los poblados de los hombres, haciéndolos desaparecer. Ahora lo entiendo. Tu guerra será nuestra guerra. ¡Haremos que la jungla invada el poblado!

Temblando de pies a cabeza a causa del odio y la rabia, a Mowgli apenas le quedó tiempo de recobrar el aliento antes de que el lugar donde estaban los elefantes quedase vacío, mientras Bagheera lo miraba con ojos llenos de terror.

—¡Por el Candado Roto que me liberó! —exclamó por fin la Pantera Negra—. ¿Tú eres aquel ser desnudo e indefenso en cuyo favor hablé a la Manada cuando todos éramos jóvenes? Amo de la Jungla, habla por mí cuando me fallen las fuerzas, habla por Baloo, ¡habla por todos nosotros! ¡A tu lado somos unos cachorros! ¡Ramitas que se quiebran al ser pisoteadas! ¡Cervatillos que han perdido a su madre!

La idea de que Bagheera fuese un cervatillo perdido llenó de desconcierto a Mowgli, que contuvo el aliento y se echó a reír, luego a sollozar y de nuevo a reír, hasta que se vio forzado a echarse de cabeza a un estanque para calmarse. Luego empezó a nadar en círculos, sumergiéndose y volviendo a aparecer bajo los rayos de luna, igual que la rana, su tocaya.

Mientras tanto, Hathi y sus tres hijos se habían separado, dirigiéndose cada uno de ellos a uno de los cuatro puntos cardinales, y bajaban silenciosamente a los valles, a una milla de allí. Siguieron caminando sin parar durante dos días, es decir, recorrieron sus buenas sesenta millas a través de la jungla. Cada paso que daban, cada movimiento que hacían con la trompa, era observado y comentado por Mang, Chil y el Pueblo de los Monos, así como por todos los demás pájaros. Luego se pusieron a comer y durante una semana siguieron

haciéndolo tranquilamente. Hathi y sus hijos son iguales que Kaa, la Pitón de la Roca: nunca se dan prisa mientras no sea necesario.

Transcurrido ese tiempo, sin que nadie supiera cómo había empezado, se extendió por la jungla el rumor de que en tal y cual valle se encontraba mejor comida y mejor agua. Los cerdos, que, por supuesto, son capaces de trasladarse a los confines de la tierra para llenarse la panza, fueron los primeros en ponerse en marcha en grupos numerosos que se empujaban unos a otros por las rocas. Los siguieron los ciervos, a los que acompañaban los zorros salvajes que viven de los muertos y moribundos de los rebaños. Después iban los nalghais con sus espaldas cargadas, avanzando paralelamente a los ciervos, seguidos a su vez por los búfalos salvajes de los pantanos. Cualquier insignificancia habría bastado para asustar a los grupos dispersos que pacían, se hacían el remolón, bebían y volvían a pacer, pero, siempre que surgía la alarma entre ellos, alguien cuidaba de calmarlos. A veces era Ikki, el Puerco Espín, que les traía abundantes noticias de los pastos apetitosos que les aguardaban a poca distancia. Otras veces era Mang, que, graznando alegremente, se metía volando en un claro de la espesura para demostrarles que estaba vacío, o Baloo, que, con la boca llena de raíces, se acercaba a las líneas medio deshechas de la columna y entre sustos y bromas los obligaba a proseguir su camino. Eran muy numerosos los animales que quedaban rezagados, se echaban atrás o perdían interés por el asunto, pero no menos numerosos eran los que seguían adelante. Al cabo de unos diez días más, la situación era la siguiente: los ciervos, cerdos y nilghais daban vueltas y más vueltas en un círculo de ocho o diez millas de radio, mientras los Comedores de Carne libraban escaramuzas a lo largo del borde del círculo, en cuyo centro se hallaba el poblado. Alrededor del poblado, las cosechas iban madurando en los campos, en el centro de los cuales unos hombres se hallaban sentados en lo que llamaban machans (plataformas parecidas a palomares, hechas con palos instalados en lo alto de cuatro postes) para ahuyentar a los pájaros y demás ladrones. Luego dejaron de andarse con halagos para que los ciervos caminasen. Los Comedores de Carne los acosaban desde cerca, obligándolos a seguir avanzando en dirección al centro del círculo.

Fue durante una noche oscura cuando Hathi y sus tres hijos salieron sigilosamente de la jungla y a golpes de trompa rompieron los postes de los machans, que se partieron como el tallo de la cicuta en flor, mientras, al caer, los hombres oían el grito gutural de los elefantes. Entonces las vanguardias de los perplejos ejércitos de ciervos invadieron los pastizales del poblado y los campos de labranza, al tiempo que los afilados cascotes de los cerdos salvajes daban cuenta de lo que dejaban los ciervos. De vez en cuando, los aullidos de los lobos daban la alarma y los ciervos empezaban a correr asustados de un lado para otro, pisoteando la cebada tierna y aplanando las orillas de los canales de riego. Antes de que despuntase el alba, cedió por un punto la

presión que desde fuera sufría el círculo. Los Comedores de Carne se habían retirado, dejando abierto un sendero que se dirigía hacia el sur y por el que huyeron los ciervos, una manada tras otra. Otros, más osados, se tumbaron en los bosquecillos con la intención de apurar el festín la noche siguiente.

El trabajo, sin embargo, estaba prácticamente terminado. Cuando por la mañana acudieron los del poblado, se encontraron con que habían perdido sus cosechas, lo cual significaba la muerte a menos que abandonasen el lugar, ya que año tras año vivían tan cerca de la muerte por inanición como cerca de ellos se hallaba la jungla. Cuando llevaron los búfalos a pacer, los hambrientos animales se encontraron con que los ciervos habían arrasado los pastizales, de manera que se adentraron en la jungla mezclándose con sus compañeros salvajes. Al ponerse el sol, los tres o cuatro caballitos propiedad del poblado yacían en sus establos con la cabeza aplastada a golpes. Solo Bagheera podía ser la autora de semejantes golpes y solo a Bagheera podía habersele ocurrido la insolencia de arrastrar los cadáveres hasta mitad de la calle.

Aquella noche, los habitantes del poblado no se atrevieron a encender hogueras en los campos, de modo que Hathi y sus tres hijos se dedicaron a despachar lo poco que quedaba, y cuando Hathi hace esto, es inútil seguirlo con la esperanza de encontrar algo. Los hombres decidieron vivir de sus reservas de maíz para sembrar hasta después de las lluvias y después buscar trabajo de sirvientes hasta que pudieran recuperar las pérdidas de aquel año. Pero, mientras el comerciante en granos pensaba en sus repletos depósitos de maíz, así como en los precios que pensaba cobrar por su venta, los puntiagudos colmillos de Hathi iban derribando una de las esquinas de su choza de barro, tras lo cual reventó el enorme cesto de mimbre, oculto debajo de un montón de estiércol de vaca, donde guardaba el precioso grano.

Al descubrirse esta última pérdida, le tocó el turno de hablar al brahmín, que había estado rogando a sus dioses sin obtener respuesta. Dijo que tal vez ello se debía a que, sin darse cuenta, el poblado había ofendido a alguno de los Dioses de la Jungla, pues, no cabía la menor duda de que la jungla se había vuelto contra ellos. Así, pues, mandaron a por el cabecilla de la más cercana tribu de gonds errantes (los gonds son unos cazadores menudos, sabios y muy negros que viven en lo más profundo de la jungla y son descendientes de la más antigua raza de la India), los propietarios aborígenes de aquellas tierras. Hicieron un gran recibimiento al gond, ofreciéndole lo poco que les quedaba, y el hombrecillo, sosteniéndose sobre una sola pierna, con el arco en la mano y dos o tres flechas envenenadas atravesándole el moño que coronaba su cabeza, se quedó contemplando, medio asustado y medio desdeñoso, a los angustiados lugareños y sus campos devastados. Querían saber si sus dioses, los Antiguos Dioses, estaban furiosos con ellos y qué sacrificios debían ofrecerles. El gond no dijo nada, limitándose a recoger unos sarmientos de karela (la cepa que

produce amargas calabazas silvestres) y los enlazó en la puerta del templo, ante la roja imagen hindú. Luego con la mano hizo como si empujase el aire en dirección al camino de Khanhiwara, regresó a su jungla y se quedó contemplando cómo el Pueblo de la Jungla recorría la espesura. Sabía que cuando la jungla echaba a andar únicamente el hombre blanco podía albergar la esperanza de desviarla de su camino.

No hubo necesidad de preguntarle qué quería decir. Las calabazas silvestres crecerían allí donde hasta entonces habían adorado a su dios y, cuanto antes se pusieran a salvo, tanto mejor para ellos.

Pero es difícil arrancar a un lugareño del sitio donde ha echado raíces. Se quedaron mientras les quedó algo de comida y trataron de recoger nueces en la jungla, pero negras sombras de ojos llameantes los observaban y se movían ante ellos incluso en pleno mediodía. Cuando, presas de pánico, corrían a refugiarse tras los muros, se encontraban con que los troncos de los árboles que al pasar habían visto hacía menos de cinco minutos estaban ahora desprovistos de corteza y mostraban las señales de tremendos zarpazos. Cuanto más tiempo permanecían en el poblado, más osados se volvían los seres salvajes que retozaban y rugían en los pastizales próximos al Waingunga. No les quedaba tiempo para reparar las paredes posteriores de los establos vacíos, las que daban a la jungla. Los cerdos salvajes volvían a echarlas abajo y las cepas de nudosas raíces se apresuraban a ocupar el terreno recién conquistado, mientras la hierba silvestre se alzaba detrás de las cepas como las lanzas de un ejército de duendes persiguiendo a un enemigo en retirada. Los hombres solteros fueron los primeros en huir, haciendo correr la voz de que el pueblo estaba embrujado. ¿Quién podía luchar, decían, contra la jungla o los Dioses de la Jungla, cuando hasta la cobra del poblado había abandonado su agujero en la plataforma de debajo del árbol comunal? Así, pues, el exiguo comercio del poblado con el mundo exterior fue encogiéndose aún más a medida que iban disminuyendo los senderos de los campos y los que quedaban iban perdiéndose bajo la vegetación. Por fin dejaron de inquietarlos los poderosos berridos de Hathi y sus tres hijos, pues ya no les quedaba nada que pudieran robarles. La cosecha y las simientes ya habían desaparecido y empezaban también a desvanecerse los campos de labranza próximos al poblado. Era ya hora de acogerse a la caridad de los ingleses de Khanhiwara.

Como nativos que eran, iban retrasando la partida de un día para otro hasta que las primeras lluvias se les vinieron encima y el agua se filtró por los maltrechos tejados de las chozas e inundó los antiguos pastizales, y toda la vida volvió con nuevos ímpetus después del calor del verano. Entonces todos, hombres, mujeres y niños, echaron a andar bajo la ardiente y cegadora lluvia veraniega, pero, naturalmente, se detuvieron para echar una última mirada a sus hogares.

En el momento en que la última familia, cargada con sus enseres y bienes, cruzaba las puertas del poblado, se oyó el estrépito de vigas y techumbre de paja que se venía abajo. Vieron una trompa reluciente y negra como una serpiente alzarse fugazmente y esparcir paja mojada por doquier. Luego desapareció, se oyó un nuevo estrépito y después un chillido. Hathi estaba arrancando los tejados de las chozas como quien arrancase nenúfares y una de las vigas, al rebotar, lo había pinchado. Solo le hacía falta esto para desencadenar todas sus fuerzas, pues de todos los seres que hay en la jungla ninguno es tan destructor como el elefante enfurecido. Con las patas de atrás empezó a dar golpes contra una pared de barro que se vino abajo y se convirtió en un barro líquido y amarillento a causa de la lluvia torrencial. Luego giró, soltó un chillido y echó a correr por las angostas calles, apoyándose en las chozas de los dos lados, haciendo temblar las desvencijadas puertas y derribando los aleros de los tejados, mientras sus tres hijos lo seguían llenos de rabia como la que habían sentido durante el Saqueo de los Campos de Bhurtpore.

—La jungla se tragará estas cáscaras —dijo una voz tranquila en medio de las ruinas—. Es el muro exterior el que hay que echar abajo.

Mowgli, con la lluvia deslizándose por sus hombros y brazos desnudos, saltó de lo alto de una pared que se tumbaba como un búfalo cansado.

—En buena hora llegas —dijo Hathi, jadeando—. ¡Oh! Pero en Bhurtpore mis colmillos estaban enrojecidos. ¡Hacia el muro exterior, hijos míos! ¡Duro con la cabeza! ¡Todos juntos! ¡Ahora!

Los cuatro, uno al lado de otro, empezaron a empujar. El muro exterior se curvó, luego se hendió y finalmente se vino abajo, y los del poblado, aturdidos por el horror, vieron aparecer por la brecha las cabezas manchadas de barro de los demoledores. Entonces huyeron valle abajo, sin casa y sin comida, dejando atrás las ruinas de su poblado.

Al cabo de un mes, el lugar donde antes se alzaba el poblado era un montículo cubierto de verde y suave vegetación que, al finalizar la estación de las lluvias, dio paso a la jungla exuberante que invadió los campos que apenas seis meses antes se hallaban sometidos al arado.

LA CANCIÓN DE MOWGLI CONTRA LA GENTE

Soltaré contra vosotros las cepas de pies ligeros.

Ordenaré a la jungla que borre vuestras líneas.

Los tejados desaparecerán entre el verdor,
se hundirán las vigas de las casas,
y la karela, la amarga karela,
lo cubrirá todo.

Ante las puertas de vuestros consejos
cantará mi gente,
a las puertas de vuestros graneros
se aferrarán los murciélagos,
y la serpiente será vuestro vigilante,
junto al hogar sin barrer,
pues la karela, la amarga karela,
florece donde dormíais.

No veréis a mis huestes, solo las oiréis.
De noche, antes de que salga la luna, mandaré a
por mi tributo,
y el lobo será vuestro pastor,
donde antes había un hito,
pues la karela, la amarga karela,
nacerá donde amabais.

Mis huestes segarán vuestros campos,
y vosotros buscaréis entre los restos el pan
que habréis perdido.

Y los ciervos serán vuestros bueyes,
en el campo sin labrar,
pues la karela, la amarga karela,
brotará en lo que ahora es vuestro hogar.

Contra vosotros he lanzado las cepas arrolladoras,
la jungla para que arrase vuestras líneas.

Los árboles... los árboles os atacan,
caerán las vigas de las casas,

y la karela, la amarga karela,
os cubrirá a todos.

LOS ENTERRADORES

Cuando digas a Tabaqui: «¡Hermano mío!» cuando la Hiena llames a comer,

podrás invocar la Tregua Plena con Jacala (el Vientre que corre sobre cuatro patas).

Ley de la Jungla

—¡Respetad a los viejos!

Era una voz ronca, una voz fangosa que os habría hecho estremecer, una voz como el ruido de algo blando al partirse en dos. Había en ella un trémolo mezcla de graznido y gimoteo.

—¡Respetad a los viejos! ¡Compañeros del Río, respetad a los viejos!

Nada podía verse en la amplia extensión del río salvo una flotilla de barcas de vela cuadrada, cargadas todas ellas de piedra para la construcción, que acababan de pasar por debajo del puente del ferrocarril y seguían navegando corriente abajo. Movieron los toscos timones para evitar el banco de arena que había formado el agua al rozar los pilares del puente y, al pasar por allí, de tres en fondo, la horrible voz se oyó de nuevo.

—¡Oh, brahmines del Río! ¡Respetad a los viejos y a los débiles!

Uno de los barqueros, que estaba sentado en la borda, se volvió, alzó una mano, dijo algo que no era ninguna bendición y las barcas siguieron avanzando y crujiendo bajo la luz del crepúsculo. El ancho río indio, que, más que una corriente de agua, parecía una cadena de lagos pequeños, tenía la superficie lisa como el cristal y en medio de ella se reflejaba el cielo rojizo, aunque aparecía moteado de amarillo y púrpura oscuro cerca y debajo de las orillas. Durante la estación de las lluvias, desembocaban en el río diversos riachuelos cuyas bocas secas se veían ahora por encima del nivel de las aguas. En la orilla izquierda, casi debajo del puente del ferrocarril, se alzaba un poblado de casas construidas de barro, ladrillos, paja y palos, cuya calle mayor, llena de ganado que volvía a sus establos, llegaba hasta el río y terminaba en un tosco embarcadero de ladrillo, donde la gente que quería lavarse podía meterse en el río bajando los peldaños uno a uno: era el Ghaut del poblado de Mugger-Ghat.

La noche caía velozmente sobre los cultivos de lentejas, arroz y algodón que cubrían las tierras bajas que cada año eran inundadas por el río y sobre los cañizales que crecían en las orillas del meandro, detrás de los cuales crecía la espesa vegetación que bordeaba los pastizales. Los loros y los grajos, tras charlar y gritar mientras bebían en el río, habían alzado el vuelo para pasar la noche en sus nidos, cruzándose por el camino con los batallones de murciélagos que se dirigían hacia el río, mientras una bandada tras otra de pájaros acuáticos silbaba y graznaba camino de los cañizales. Había gansos, de negras plumas y cabeza de tonel, trullos, patos silvestres de diversas especies, así como cuervos marinos, zarapitos y algún que otro flamenco.

Un pesado marabú cerraba la marcha, volando como si cada golpe de ala que daba fuese el último de su vida.

—¡Respetad a los viejos! ¡Respetad a los viejos, brahmines del Río!

El Marabú volvió la cabeza, se desvió ligeramente hacia el sitio donde se oía la voz y aterrizó en el banco de arena que había debajo del puente. Entonces se vio claramente la bestia grosera que en realidad era. Visto desde atrás, parecía un pájaro sumamente respetable, pues medía casi un metro ochenta de alto y tenía aspecto de pastor protestante, con su calva y su aire de persona de bien. Visto por delante, sin embargo, la cosa cambiaba, pues su cabeza de Ally Sloper y su cuello estaban enteramente desprovistos de plumas y en el pescuezo, debajo del pico, tenía una horrible bolsa de piel desnuda: una especie de cesto donde guardaba todo cuanto robaba con su pico. Sus patas eran largas y delgadas, descarnadas, pero las movía con delicadeza y se las miraba con orgullo cuando se limpiaba y arreglaba las plumas color ceniza de su cola, mirando por encima de su espalda y cuadrándose como un soldado al recibir la voz de «¡Firmes!».

Un chacal sarnoso y pequeño, que estaba ladrando de hambre encima de unas rocas, alzó las orejas y la cola y cruzó velozmente las aguas poco profundas para reunirse con el Marabú.

Pertenecía a lo más bajo de su casta, sin que quiera decir con eso que los mejores chacales valgan mucho. Pero lo cierto es que este era especialmente mezquino, mitad mendigo y mitad criminal, merodeador de estercoleros, ora desesperadamente tímido o salvajemente osado, siempre hambriento y rebosando una astucia que jamás le hacía bien alguno.

—¡Uf! —dijo, sacudiéndose el agua de encima al llegar donde estaba el Marabú—. ¡Ojalá la sarna roja acabe con los perros de este poblado! He recibido tres mordiscos por cada pulga que llevo encima y todo por mirar, solo mirar, fíjate bien, un zapato viejo que había en un establo de vacas. ¿Qué voy a comer, pues? ¿Barro?

Se rascó debajo de la oreja izquierda.

—He oído decir —dijo el Marabú con una voz que parecía una sierra roma cortando una gruesa tabla de madera—, he oído decir que dentro de ese zapato había un perrito recién nacido.

—Lo que se oye decir es una cosa, y lo que se sabe es otra muy distinta —dijo el Chacal, que conocía muy bien los proverbios, pues los había aprendido escuchando a los hombres que hablaban de noche alrededor de las hogueras de los poblados.

—Muy cierto. Así que, para estar seguro, estuve cuidando del perrito de marras mientras los perros andaban ocupados en otra parte.

—En verdad que andaban muy ocupados —dijo el Chacal—. Bueno, tendré que pasarme una temporada sin rebuscar en los estercoleros del poblado. ¿Y dices que verdaderamente había un perrito ciego dentro de aquel zapato?

—Ahora está aquí —repuso el Marabú, mirando de soslayo su repleta bolsa—. Es una cosa pequeñita, pero algo es algo en estos tiempos en que se ha perdido la caridad en el mundo.

—¡Ay! El mundo se ha vuelto de hierro en estos tiempos que corren —se lamentó el Chacal.

Sus ojos inquietos captaron una onda apenas perceptible en el agua y se apresuró a decir:

—La vida es dura para todos nosotros y no dudo que incluso nuestro excelente señor, el Orgullo del Ghaut y la Envidia del Río...

—Un mentiroso, un adulator y un chacal salieron del mismo huevo —dijo el Marabú, sin dirigirse a nadie en particular, pues él mismo estaba hecho un buen mentiroso: bastaba con que quisiera tomarse la molestia de serlo.

—Sí, la Envidia del Río —repitió el chacal, alzando la voz—. Incluso él, no me cabe ninguna duda, se encuentra con que la buena comida escasea desde que construyeron el puente. Aunque, por otro lado, y pese a que no lo diría ante su noble presencia, él es tan sabio y tan virtuoso... como, ¡ay!, yo no soy...

—Cuando el Chacal reconoce que es gris, ¡qué negro debe de ser el Chacal! —musitó el Marabú, que no veía lo que se avecinaba.

—Que a él nunca le falta que comer y, por consiguiente...

Se oyó un leve ruido rasposo, como el de una barca rozando el fondo con su quilla. El Chacal se volvió raudamente y se quedó mirando de frente (siempre es mejor mirar de frente) a la criatura de la que estaba hablando

desde hacía un rato. Era un cocodrilo de más de siete metros, envuelto en algo que semejaba una plancha de hierro remachada por partida triple, claveteada, carenada y coronada por una cresta, con las puntas amarillentas de sus dientes superiores asomando por encima de su quijada inferior, bellamente acanalada. Era el Mugger de Mugger-Ghaut, más viejo que cualquiera de los habitantes del poblado, el que había sido el demonio del río antes de que construyeran el puente del ferrocarril: asesino, devorador de hombres y fetiche local todo a la vez. Yacía con la barbilla sumergida en las aguas poco profundas, manteniéndose a flote mediante un movimiento apenas visible de su cola, y bien sabía el Chacal que con un simple coletazo el Mugger habría subido orilla arriba con la velocidad de una locomotora de vapor.

—¡Dichosos los ojos, Protector de los Pobres! —exclamó zalameramente, sin dejar de retroceder un poco a cada palabra—. Oímos una voz deliciosa y vinimos aquí con la esperanza de disfrutar de un poco de dulce conversación. Mi desorbitada presunción me indujo, mientras aquí esperábamos, a hablar de ti. Confío en que ninguna de mis palabras se oyera.

El Chacal había hablado únicamente para que lo escuchasen, pues sabía que la adulación era la mejor manera de ganarse algo que llevarse a la boca, y el Mugger, por su parte, sabía que el Chacal había hablado con tal fin, y el Chacal sabía que el Mugger lo sabía, y el Mugger sabía que el Chacal sabía que el Mugger sabía, y por eso se sentían todos contentísimos de estar juntos.

El viejo bruto avanzó orilla arriba, jadeando, gruñendo y farfullando:

—¡Respetad a los viejos y a los débiles!

Sus ojillos ardían como carbones encendidos debajo de sus párpados gruesos y escamosos en lo alto de su cabeza triangular, mientras con sus patas, como si fueran muletas, impulsaba su corpachón, hinchado y con forma de barril. Luego se acomodó en un sitio y el Chacal, a pesar de lo acostumbrado que estaba a verlo, se sobresaltó por centésima vez al ver con qué perfección el Mugger imitaba un tronco que el agua hubiese depositado sobre el banco de arena. Incluso se había tomado la molestia de colocarse en el ángulo exacto en que habría quedado un tronco embarrancado en relación con el agua, teniendo presentes las corrientes del río en aquella época y lugar. Todo esto, por supuesto, era una simple cuestión de hábito, ya que el Mugger había echado pies a tierra por simple placer. De todos modos, un cocodrilo nunca está saciado del todo, y si el Chacal se hubiese dejado engañar por el parecido con un tronco, no habría vivido para filosofar sobre ello.

—Nada he oído, hijo mío —dijo el Mugger, cerrando un ojo—. El agua me llenaba los oídos y, además, me sentía medio desfallecido por el hambre. Desde que construyeron el puente para el ferrocarril, la gente de mi poblado ya no me quiere, y eso me está destrozando el corazón.

—¡Ay! ¡Qué vergüenza! —exclamó el Chacal—. ¡Un corazón tan noble! Pero los hombres son todos iguales por lo que veo.

—No, no, hay diferencias muy grandes entre ellos —repuso amablemente el Mugger—. Algunos están flacos como pértigas de barquero. Otros, en cambio, están gordos como cachorros de cha... de perro. Nunca querría criticarlos sin motivo. Los hay de toda laya, pero mis largos años de vida me han enseñado que, entre una cosa y otra, son muy buenos. Hombres, mujeres y niños... no les encuentro ningún defecto. Y recuerda, hijo, que quien reprende al mundo es reprendido por el mundo.

—La adulación es peor que llevar en la panza una lata vacía. Pero las palabras que acabamos de oír están llenas de sabiduría —dijo el Marabú, bajando una de sus patas.

—Sin embargo, piensa en la ingratitud que han demostrado para con el excelente personaje aquí presente —empezó a decir el Chacal con acento de ternura.

—¡No, no, nada de ingratitud! —exclamó el Mugger—. Es solo que no piensan en los demás. Pero me he fijado, desde mi guarida cerca de la orilla, me he fijado, digo, en que la escalera del nuevo puente resulta muy difícil de subir para los viejos y los niños pequeños. A decir verdad, los viejos no merecen tanta consideración, pero me duele... me duele sinceramente ver lo que les pasa a los niños que están gordos. De todos modos, me parece que dentro de poco, cuando el puente haya perdido el encanto de la novedad, veremos las piernas desnudas y morenas de mi gente chapoteando bravamente al cruzar el río, como hacían antes. Entonces el viejo Mugger volverá a recibir los honores que le son propios.

—Pero si este mediodía, sin ir más lejos, he visto coronas de caléndulas flotando por el río desde el Ghaut —dijo el Marabú.

Las coronas de caléndulas son signo de reverencia en toda la India.

—Fue un error... un simple error de la esposa del vendedor de dulces. Va perdiendo la vista año tras año y ya no puede distinguir entre un tronco y yo... el Mugger del Ghaut. Yo vi cómo se equivocaba al lanzar la guirnalda al agua, ya que me encontraba tumbado al pie del Ghaut y, de haber dado ella un paso más hacia delante, le habría demostrado la diferencia. Con todo, lo hizo con buena intención y hay que tener en consideración el espíritu que la llevó a hacer la ofrenda.

—¿De qué sirven las coronas de caléndulas cuando uno se encuentra en el estercolero? —preguntó el Chacal, que estaba cazando pulgas, aunque vigilando prudentemente con un ojo a su Protector de los Pobres.

—Cierto, pero todavía no han empezado a hacer el estercolero adonde deba ir a parar yo. Cinco veces he presenciado cómo el río se retiraba del poblado, dejando nuevos terrenos en el extremo de la calle. Cinco veces he visto cómo volvían a edificar el poblado junto a la orilla, y volveré a verlo cinco veces más. No soy ningún gavial descreído y cazador de peces, que hoy está en Kasi y mañana en Prayag, como reza el dicho, sino que soy el vigilante constante y seguro del vado. No es por nada, hijo, que el poblado lleva mi nombre, y «el que mucho vigila», según el proverbio, «al fin consigue su recompensa».

—Pues lo que es yo, he vigilado mucho... muchísimo... casi toda mi vida y la única recompensa que he recibido son mordiscos y golpes —dijo el Chacal.

—¡Jo, jo, jo! —se rio estruendosamente el Marabú.

En agosto nació el Chacal,
y fue en septiembre cuando llovió,
y dice: «De tan gran chaparrón
no me acuerdo yo».

Tiene una peculiaridad muy desagradable el Marabú. De vez en cuando, pero jamás en la misma época, sufre agudos ataques de cosquilleo o rampa en las patas y, aunque su aspecto es más virtuoso que el de las demás grullas, que se muestran siempre sumamente respetables, echa a volar y baila una especie de danza guerrera, abriendo las alas a medias y subiendo y bajando su pelada cabeza, mientras que, por razones que él sabrá, cuida mucho de que sus peores ataques coincidan con sus comentarios más agrios. Una vez pronunciada la última palabra de su canción, se colocó nuevamente en posición de firmes, diez veces más Marabú que antes.

El Chacal se acobardó, pese a que tenía sus buenos tres años cumplidos, pero no se puede tomar en serio el insulto de alguien que tiene un pico de casi un metro de largo y sabe utilizarlo como si fuera una jabalina. El Marabú era un cobarde de campeonato, pero el Chacal era aún peor.

—Hay que vivir para aprender —dijo el Mugger— y voy a decirte una cosa: chacales pequeños los hay a montones, hijo, pero muggers como yo hay muy pocos. A pesar de ello, no soy orgulloso, pues el orgullo es la destrucción. De todos modos, toma nota de que es el Destino, y contra el Destino nada puede decir ningún ser que nade, camine o corra. Yo me siento satisfecho de mi Destino. Con un poco de buena suerte, de buena vista y la costumbre de considerar si un arroyo o remanso tienen salida, antes de meterse en ellos, es mucho lo que se puede hacer.

—Una vez oí decir que hasta el Protector de los Pobres se equivocó —dijo el Chacal malévolamente.

—Cierto, pero mi Destino me ayudó. Sucedió antes de que hubiese crecido del todo... tres hambres antes de la última. ¡Qué llenas estaban en aquellos días las corrientes que había a derecha e izquierda del Gunga! Sí, era joven e irreflexivo y cuando vino la crecida de las aguas, ¿quién se sintió más contento que yo? Por aquel entonces me contentaba con muy poco. El poblado quedó bajo las aguas, nadé por encima del Ghaut y me adentré en el interior, hasta los arrozales, en los que había abundancia de buen fango. Me acuerdo también de un par de ajorcas que encontré aquella tarde. Eran de cristal y no pocas molestias me ocasionaron. Sí, ajorcas de cristal y, si la memoria no me falla, un zapato. Debía de haberme sacudido de encima ambos zapatos, pero tenía hambre. Más adelante aprendí la lección. Sí. Así que comí y me puse a descansar. Pero cuando estuve listo para volver al río, las aguas ya habían bajado y tuve que andar por el barro que cubría la calle mayor. ¿Quién si no yo lo habría hecho? De las casas salió toda mi gente: sacerdotes, mujeres y niños, y yo los miré con benevolencia. El barro no es buen sitio para luchar. Uno de los barqueros dijo: «Traed hachas y lo mataremos, porque es el Mugger del vado». «Nada de eso», dijo el brahmín. «Mirad, se lleva la inundación por delante. Es el dios del poblado». Entonces empezaron a arrojarme flores y uno de ellos tuvo la feliz ocurrencia de colocar una cabra en mi camino.

—¡Qué buenas! ¡Qué buenísimas son las cabras! —exclamó el Chacal.

—Peludas... demasiado peludas. Y cuando las encuentras en el agua, lo más probable es que oculto en ellas haya un garfio cruzado. Pero aquella cabra la acepté y bajé hasta el Ghaut rodeado de grandes honores. Más tarde, el Destino me envió al barquero que había querido cortarme la cola a hachazos. Se le encalló la barca en un bajío que había entonces y del que vosotros no os podéis acordar.

—¡Cuidado, que no todos somos chacales los que estamos aquí! —exclamó el Marabú—. ¿Te refieres al bajío que se formó allí donde se hundieron las barcas que transportaban piedra, el año de la gran sequía..., un bajío muy largo que resistió tres inundaciones?

—Había dos —dijo el Mugger—, uno en la parte de arriba y otro en la de abajo.

—¡Ay! Lo había olvidado. Los dividía un canal y más adelante se volvió a secar —dijo el Marabú, que se sentía muy orgulloso de su memoria.

—La barca del que tanto bien me deseaba se había encallado en el de abajo. Él estaba durmiendo en la proa y, sin haberse despertado del todo, saltó al agua, que le cubrió hasta la cintura... no, solo hasta las rodillas... para

empujar la embarcación. Su barca vacía se fue río abajo y volvió a encallarse en el siguiente recodo que hacía el río por aquel entonces. Yo la seguí, pues sabía que los hombres vendrían para sacarla del agua.

—¿Y vinieron? —dijo el Chacal, un poco sobrecogido, pues aquello era cazar a gran escala y se sentía impresionado.

—Sí, y más abajo también. Yo no fui más allá, pero me hice con tres en un solo día: manjis (barqueros) bien alimentados. Ninguno de ellos, salvo el último (en aquellos tiempos yo era muy descuidado) gritó para avisar a los demás.

—¡Qué noble juego! Pero ¡qué inteligencia y qué capacidad de juicio requiere! —exclamó el Chacal.

—Nada de inteligencia, hijo: solo hace falta pensar. En la vida pensar un poquito es como echar sal al arroz, como dicen los barqueros, y yo siempre he pensado mucho. El gavial, mi primo, el comedor de peces, me ha hablado de lo difícil que le resulta seguir a sus peces y de lo distintos que son unos de otros. Él tiene que conocerlos todos, tanto cuando van juntos como cuando están separados. Y digo yo que esto es tener sabiduría, aunque, por otro lado, mi primo vive entre su gente. Mi gente no nada en grupos, con la boca fuera del agua, como hace Rewa. Ni están siempre subiendo hasta la superficie del agua y volviéndose de lado, como hacen Mohoo y el pequeño Chapta, y tampoco se agrupan en bancos después de la inundación, como Batchua y Chilwa.

—Todos son muy buenos para comer —dijo el Marabú, haciendo sonar el pico.

—Eso dice mi primo, y hay que ver la importancia que le da al hecho de atraparlos. Aunque ellos no se suben a la orilla para huir de su hocico. Mi gente es de otra manera. La vida la hacen en tierra, en las casas y entre el ganado. Yo debo estar enterado de lo que hacen y de lo que se disponen a hacer y, juntando la cola con la trompa, como suele decirse, me hago el elefante entero. ¿Hay una rama verde y una anilla de hierro colgadas en el dintel de una puerta? El viejo Mugger sabe que en aquella casa ha nacido un niño y que algún día este bajará a jugar en el Ghaut. ¿Va a casarse una doncella? El viejo Mugger lo sabe, pues ve a los hombres ir y venir con regalos, y sabe también que la doncella bajará hasta el Ghaut para bañarse antes de la boda y... allí la espera. ¿El río ha cambiado su curso dejando tierras nuevas donde antes solo había arena? El Mugger lo sabe.

—Bueno, pero ¿de qué te sirve saber todo esto? —dijo el Chacal—. El río ha cambiado su curso incluso durante mi corta vida.

Los ríos de la India jamás se están quietos en su lecho y suelen cambiar de

curso, a veces hasta dos o tres millas en una sola estación, anegando los campos de una orilla y esparciendo buenos sedimentos en la otra.

—Nada es tan útil como saberlo —repuso el Mugger—, ya que, a tierras nuevas, disputas nuevas. El Mugger lo sabe. ¡Vaya si lo sabe! En cuando el agua se ha evaporado o filtrado en la tierra, se mete por riachuelos que, según creen los hombres, no ocultarían ni a un perro, y allí se queda esperando. Al poco aparece un labriego diciendo que allí plantará pepinos, más allá melones, aprovechando la tierra nueva que el río le ha regalado. Va descalzo y con los dedos de los pies palpa el buen barro. Después se presenta otro y dice que plantará cebollas, zanahorias y caña de azúcar en tal o cual lugar. Se encuentran del mismo modo que antes o después se encuentran las barcas que flotan a la deriva y se miran suspicazmente. Mientras, el viejo Mugger lo va viendo y observando todo. Se llaman «hermano» el uno al otro y se disponen a trazar los límites de la tierra nueva. El Mugger los sigue rápidamente de un lugar a otro, arrastrándose medio cubierto por el barro. ¡Ahora empiezan a pelearse! ¡Ya se dicen palabras gruesas! ¡Ahora se quitan los turbantes! Ahora alzan los lathis (mazos) y, ¡por fin!, uno de ellos cae de espaldas sobre el fango, mientras el otro huye corriendo. Cuando regresa, la disputa ya está solventada, como atestigua el bambú con refuerzos de hierro del vencido. Pese a ello, nunca se lo agradecen al Mugger. No, en vez de hacerlo se ponen a gritar: «¡Asesino!», y sus familias, veinte personas por bando, empiezan a luchar a estacazos. Mi gente es buena gente: Jats de las tierras altas, Malwais de Bêt. No se pegan por el simple gusto de pegarse, sino que, al terminar la refriega, el viejo Mugger está esperando un poco más abajo, en el río, allí donde no pueden verlo desde el poblado, detrás de los matorrales de kikar que veis allí. Entonces empiezan a bajar, mis Jats de anchos hombros, ocho o nueve caminando juntos bajo las estrellas, transportando el muerto en un catre. Son ancianos de barbas grises y voz tan grave como la mía. Encienden una pequeña hoguera... ¡Ah, qué bien conozco esas hogueras! Mascan tabaco y, formando un corro, mueven la cabeza en señal de asentimiento y de vez en cuando señalan con ella al muerto, que yace en la orilla. Dicen que, a causa de lo que han hecho, la Ley inglesa vendrá a buscarlos con una soga y que la familia de tal o cual hombre se verá cubierta de vergüenza, porque a tal o cual hombre lo ahorcarán en el gran patio de la prisión. «¡Que lo cuelguen!», gritan los amigos del muerto, y la discusión vuelve a comenzar desde el principio. Y así una, dos, veinte veces durante la larga noche. Al fin uno de ellos dice: «La pelea fue limpia. Aceptemos una compensación en dinero, un poco más de lo que ofrece el que lo ha matado, y no volveremos a hablar del asunto». Entonces se ponen a regatear sobre la suma pues el muerto era un hombre fuerte y ha dejado muchos huérfanos. Pero antes del amratvela (el amanecer) acercan un poco de fuego, según la costumbre, y el muerto viene a mí y él sí que no dice nada del asunto. ¡Ajá, hijos míos! ¡El Mugger lo sabe... lo sabe!

¡Mis Malwais Jats son buena gente!

—Son demasiado agarrados... tienen el puño demasiado cerrado para mi gusto —graznó el Marabú—. No gastan betún con los cuernos de la vaca, como dice el refrán. Además, ¿quién encuentra algo que llevarse al pico allí por donde hayan pasado los Malwais?

—Ah, a mí me basta con hincarles el diente a ellos —dijo el Mugger.

—Ahora bien, en los viejos tiempos, allá en el sur, en Calcuta —prosiguió el Marabú—, todo lo echaban a la calle. No teníamos más que escoger lo que nos apeteciese. Aquellos eran buenos tiempos. Pero hoy día tienen las calles tan limpias como la cáscara de un huevo y mi gente se va volando a otras tierras. Una cosa es ser limpio y otra es quitar el polvo, barrer y regar siete veces al día. Eso cansa hasta a los mismos dioses.

—Un hermano mío me contó que, según le había dicho un chacal del sur, allá en Calcuta todos los chacales estaban tan gordos como las nutrias en época de lluvias —dijo el Chacal, al que la boca se le hacía agua con solo pensarlo.

—Sí, pero es que allí están los caras blancas, los ingleses, y traen perros en barco de no sé qué lugar río abajo..., unos perros grandes y gordos que se cuidan de que los chacales de que nos hablas estén bien flacos —dijo el Marabú.

—¿Así que tienen el corazón tan duro como la gente de aquí? Debí suponerlo. Ni la tierra, ni el cielo, ni el agua se muestran caritativas con un chacal. La temporada pasada vi las tiendas de un cara blanca, después de las lluvias, y, además, cogí unas bridas amarillas y nuevas y me las comí. Los caras blancas no saben curtir bien sus pieles. Me puse muy malo a causa de lo que me comí.

—Peor fue mi caso —dijo el Marabú—. Cuando tenía solo tres temporadas y era un pájaro joven y atrevido, una vez bajé hasta esa parte del río donde atracan las grandes barcas. Las barcas de los ingleses son grandes como tres poblados juntos.

—En sus viajes ha llegado hasta Delhi y dice que allí toda la gente camina sobre la cabeza —murmuró el Chacal.

El Mugger abrió el ojo izquierdo y miró atentamente al Marabú.

—Es cierto —insistió el gran pájaro—. Un mentiroso solo miente cuando espera que le crean. Nadie que no hubiese visto esas barcas podría creer esta verdad.

—Eso es más razonable —dijo el Mugger—. ¿Y después?

—De las entrañas de una de las barcazas estaban sacando grandes trozos de una cosa blanca que en pocos instantes se convertía en agua. Grandes pedazos se desprendían del resto y caían en la playa, y lo que quedaba se apresuraban a meterlo en una casa de gruesas paredes. Pero un barquero, uno que estaba riendo, cogió un trozo no mayor que un perro pequeño y me lo arrojó. Yo... toda mi gente... nos tragamos las cosas sin pensarlo dos veces, de modo que, siguiendo la costumbre, me tragué aquel pedazo. Inmediatamente empecé a sentir un frío tremendo que, empezando por el buche, me recorría el cuerpo hasta la punta de las patas, dejándome sin habla. Mientras, los barqueros se reían de mí. Jamás he padecido un frío semejante. Presa del dolor y el pismo, estuve bailando hasta que recobré el aliento y entonces me puse a bailar y a gritar contra la falsedad de este mundo mientras los barqueros se tronchaban de risa. Lo más maravilloso del asunto, dejando aparte aquella prodigiosa sensación de frío, fue que, cuando dejé de lamentarme ¡no había absolutamente nada en mi buche!

El Marabú había tratado de describir lo mejor posible las sensaciones que experimentó después de tragarse un trozo de hielo, de siete libras de peso, transportado desde el lago Wenham por un buque frigorífico americano, en los días anteriores a la instalación en Calcuta de maquinaria para fabricar hielo. Pero como él no sabía qué era el hielo, y menos aún lo sabían el Mugger y el Chacal, al cuento le faltó emoción.

—Cualquier cosa —dijo el Mugger, volviendo a cerrar el ojo izquierdo—, cualquier cosa es posible si sale de una barca grande como tres veces el poblado de Mugger-Ghaut. Mi poblado no es de los pequeños.

En lo alto del puente se oyó un silbido y el correo de Delhi pasó rápidamente por encima de sus cabezas, brillantemente iluminados todos los vagones y seguido fielmente por las sombras del río. Luego el traqueteo se perdió en la oscuridad y el silencio volvió a reinar en el lugar. El Mugger y el Chacal, sin embargo, estaban tan acostumbrados que ni siquiera volvieron la cabeza para ver pasar el tren.

—¿Eso os parece menos maravilloso que una barca grande como tres veces Mugger-Ghaut? —preguntó el pájaro, alzando la cabeza.

—Eso vi cómo lo edificaban, hijo —dijo el Mugger—. Vi crecer los pilares del puente piedra a piedra, y cuando los hombres caían al río (se sostenían la mar de bien allí arriba, pero a veces alguno perdía pie y se caía) yo estaba dispuesto. Cuando terminaron el primer pilar, no se les ocurrió buscar el cadáver en el río para incinerarlo. Como veis, también en este caso les ahorré muchas complicaciones. No tuvo nada extraño la construcción del puente.

—Pero ¿y eso que lo cruza arrastrando unos carros con tejado? ¡Eso sí que es extraño! —repitió el Marabú.

—Se trata de alguna nueva raza de buey, sin ninguna duda. Algún día no podrá sostenerse allí arriba y caerá como caían los hombres. El viejo Mugger lo estará esperando.

El Chacal miró al Marabú, y el Marabú miró al Chacal. Si de algo estaban más seguros que de cualquier otra cosa, ese algo era que la locomotora podía serlo todo menos un buey. Una y otra vez la había observado el Chacal desde las matas de áloe que crecían a ambos lados de la vía férrea, a la vez que el Marabú llevaba viendo aquella clase de máquinas desde la llegada de la primera locomotora a la India. Pero el Mugger solo había visto aquella cosa desde abajo, creyendo que la pequeña cúpula de bronce era la joroba de un buey.

—¡Hum...! Sí, una nueva especie de buey —repitió el Mugger con voz grave, para acabar de convencerse a sí mismo.

—A punto fijo que es un buey —dijo el Chacal.

—Aunque bien podría ser... —empezó a decir el Mugger con acento áspero.

—Cierto, muy cierto —dijo el Chacal, sin esperar a que el otro terminase.

—¿Qué? —dijo el Mugger con cara de pocos amigos, pues tenía la sensación de que los otros dos sabían más que él—. ¿Qué podría ser? Yo no he terminado de decirlo y vosotros habéis dicho que era un buey.

—Es cualquier cosa que el Protector de los Pobres tenga a bien que sea. Yo soy su servidor, y no el servidor de esa cosa que cruza el río.

—Sea lo que sea, es obra de los caras blancas —dijo el Marabú—. Yo por mi parte no me pondría en un sitio tan cercano al puente como este banco de arena.

—Tú no conoces a los ingleses tan bien como yo —dijo el Mugger—. Había un cara blanca aquí, cuando estaban construyendo el puente, que por la tarde solía coger una barca y, golpeando con los pies las tablas del fondo, susurraba: «¿Está aquí? ¿Lo habéis visto? Traedme el fusil». Yo podía oírlo antes de verlo... Lo oía todo: el crujido de la barca, la respiración del hombre, los golpes del fusil, mientras iba arriba y abajo por el río. Tan cierto como que había recogido a uno de sus trabajadores, ahorrándoles así la leña de la pira funeraria, era que acababa por bajar hasta el Ghaut y una vez allí, empezaba a proclamar en voz alta que me cazaría y libraría el río de mi presencia, de mí ¡el Mugger de Mugger-Ghaut! ¡Imaginaos! Hijos míos, me pasaba horas y más horas nadando por debajo de su barca y oyéndole disparar contra los troncos que flotaban en el río. Cuando estaba seguro de que ya no podía más de cansancio, salía a la superficie y cerraba mis fauces a poca distancia de sus

narices. Cuando terminaron el puente, el cara blanca se marchó. Todos los ingleses cazan de esta manera, salvo cuando los cazados son ellos.

—¿Quién caza a los caras blancas? —preguntó el Chacal, presa de excitación.

—Ahora nadie, pero en mis tiempos yo lo cazaba.

—Recuerdo un poco esas cacerías. Yo era muy joven por aquel entonces —dijo el Marabú, haciendo un ruido muy significativo con el pico.

—Me encontraba muy bien instalado aquí. Recuerdo que estaban construyendo por tercera vez mi poblado cuando mi primo, el gavial, me trajo noticias de las ricas aguas que había más arriba de Benarés. Al principio no quería irme, pues mi primo, que es un comedor de peces, no siempre sabe distinguir lo bueno de lo malo. Pero oí que mi gente hablaba de ello durante las veladas y lo que decían me sacó de dudas.

—¿Y qué es lo que decían? —preguntó el Chacal.

—Lo que dijeron fue suficiente para que yo, el Mugger de Mugger-Ghaut, saliera del agua y me pusiera a caminar. Viajaba de noche, aprovechando los riachuelos que encontraba a mi paso, pero, como estábamos a principios de la estación calurosa, todos los ríos llevaban poco caudal. Crucé caminos polvorientos, me metía en campos de espesa hierba y de noche escalaba montañas a la luz de la luna. Incluso trepaba por las rocas, hijos míos: tenedlo en cuenta. Atravesé la cola del Sirhin, el que no lleva agua, antes de encontrar aquella serie de riachuelos que desembocan en el Gunga. Transcurrió todo un mes desde que salí de donde se hallaban mi gente y el río que conocía. ¡Fue maravilloso!

—¿Cómo te alimentaste por el camino? —preguntó el Chacal, que tenía el alma en el estómago y no se sentía impresionado por las caminatas del Mugger.

—Comía lo que encontraba... primo —repuso el Mugger, pronunciando despacio cada una de las palabras.

Ahora bien, en la India no se llama «primo» a un hombre a no ser que el que así lo llame crea posible establecer algún vínculo de sangre con él, y, como es solo en los viejos cuentos de hadas que un mugger se casa con algún chacal, el Chacal comprendió enseguida por qué razón acababa de verse elevado al círculo familiar del Mugger. De haber estado los dos solos, no le habría importado, pero los ojos del Marabú relucieron de hilaridad al oír la fea broma.

—Por supuesto, padre. Debí imaginármelo —dijo el Chacal.

Al mugger no le hace ninguna gracia que lo llamen padre de chacales y así

lo dijo el Mugger de Mugger-Ghaut. Dijo muchas más cosas, también, pero no viene al caso repetir las aquí.

—El Protector de los Pobres ha declarado nuestro parentesco. ¿Cómo voy a recordar exactamente qué grado de parentesco nos une? Además, los dos comemos lo mismo. Él mismo lo ha dicho —replicó el Chacal.

Eso empeoró las cosas aún más, pues lo que el Chacal insinuaba era que el Mugger, durante su marcha por tierra, debió comer lo que encontraba el mismo día, es decir, comida fresca en vez de guardarla hasta que se hallase en condiciones de ser ingerida, como hacen todo mugger que se precie y la mayor parte de las bestias salvajes cuando pueden. De hecho, uno de los peores insultos que se conocen a lo largo del curso del río es el de «comedor de carne fresca». Se considera casi tan grave como tachar de caníbal a un hombre.

—Ese alimento lo comiste hace treinta estaciones —dijo el Marabú con calma—. Aunque nos pasemos hablando otras treinta estaciones, nunca volverá. Así que, dínos qué sucedió cuando llegaste a las aguas buenas después de tu maravilloso y portentoso viaje por tierra. Si prestáramos atención a los aullidos de todos los chacales, los asuntos de la ciudad quedarían paralizados, como dice el refrán.

Seguramente el Mugger se sentía agradecido por la interrupción, ya que se apresuró a proseguir con su historia:

—¡Por la orilla izquierda y derecha del Gunga! ¡Cuando llegué no vi por ninguna parte las aguas de que me habían hablado!

—Entonces ¿es que eran mejores que la gran inundación de la última estación? —dijo el Chacal.

—¡Mejores! La de la pasada estación no fue mayor que la que se produce cada cinco años: se ahogan un puñado de forasteros, algunas gallinas y en las aguas fangosas y revueltas flota un buey muerto. Pero la estación en que estoy pensando... el río llevaba poco caudal y estaba calmado, y, como me había dicho el gavial, los ingleses muertos bajaban por las aguas, uno tras otro, casi tocándose. Me puse que daba gloria verme... ¡Cómo me puse! Desde Agrá, pasando por Etawah y las aguas caudalosas cerca de Allahabad...

—¡Ay, el remolino que se formó al pie de las murallas del fuerte de Allahabad! —exclamó el Marabú—. Había tantos como patos silvestres en los cañaverales, y daban vueltas y más vueltas... ¡Así!

De nuevo se puso a bailar su horrible danza, mientras el Chacal lo contemplaba con ojos cargados de envidia. Él, naturalmente, no podía recordar el terrible año del motín de que estaban hablando. El Mugger prosiguió:

—Sí, allí en Allahabad uno se quedaba quieto en las aguas tranquilas y

dejaba que pasaran una veintena antes de decidirse por uno. Y sobre todo, los ingleses no iban cargados de joyas ni llevaban anillos en la nariz o en los tobillos como llevan hoy las mujeres de mi gente. Deleitarse con los ornamentos, como reza el dicho, es acabar con una soga a guisa de collar. Aquel año engordaron todos los muggers de todos los ríos, pero fue mi Destino que engordase más que todos los otros. Según las noticias, estaban persiguiendo a los ingleses hacia los ríos. ¡Por las orillas del Gunga! Nosotros nos las creímos. Seguí creyéndomelas mientras me dirigí hacia el sur, y bajé hasta Monghyr y las tumbas que dominan el río.

—Conozco ese lugar —dijo el Marabú—. Desde entonces Monghyr es una ciudad muerta. Ahora solo viven en ella unos cuantos hombres.

—Después me puse a nadar río arriba, despacio, con mucha pereza, y un poco más arriba de Monghyr vi bajar una barca llena de caras blancas... ¡Vivas! Recuerdo que eran mujeres y estaban echadas debajo de una sábana sostenida por cuatro palos. Se las oía llorar. En ningún momento nos dispararon a nosotros, que en aquellos días éramos los vigilantes de los vados. Todos los fusiles tenían trabajo en otras partes. Día y noche llegaba desde tierra adentro el ruido de las detonaciones, que el viento nos acercaba y luego se llevaba otra vez. Surgí a la superficie delante de la barca, ya que nunca había visto caras blancas vivas, aunque las conocía, bueno... de otra forma. Una criatura blanca y desnuda se arrodilló junto a la borda y se agachó sobre las aguas, y se le ocurrió meter las manos en ellas para dejar una estela detrás.

Es bonito ver lo mucho que les gusta a los niños el agua corriente. Yo ya había comido aquel día, pero aún me quedaba un rinconcito vacío en el estómago. De todos modos, no fue para comer, sino para divertirme que saqué la cabeza a poca distancia de las manos de la criatura. Eran un blanco tan visible que ni siquiera miré al cerrar las quijadas. Pero eran también tan diminutas que, aunque estoy seguro de que las atrapé, la criatura las apartó rápidamente sin sufrir el menor daño. Debieron de pasar entre mis dientes, aquellas manitas blancas. Hubiese debido atraparle de lado, por los codos, pero, como he dicho, lo hice únicamente por deporte y para ver algo que era nuevo para mí. Las mujeres de la barca se pusieron a gritar, una tras otra, y al poco salí de nuevo para verlas. La barca era demasiado pesada para volcarla. A bordo solo había mujeres, pero, como dice el refrán, «el que se fía de las mujeres es como si no viese las plantas que ocultan un pantano».

—Una vez una mujer me dio pieles de pescado secas —dijo el Chacal—. Yo albergaba la esperanza de arrebatarle su bebé, pero comer pienso de caballos es preferible a recibir una coza de los mismos, según el dicho. ¿Qué hizo tu mujer?

—Me disparó con un fusil corto de un tipo que no había visto ni he vuelto

a ver desde entonces. Cinco veces, una tras otra —dijo el Mugger; debió de encontrarse con un revólver anticuado—, y yo me quedé boquiabierto, mirándola con la cabeza envuelta en humo. Jamás he visto nada semejante. Cinco tiros, tan rápidos como los golpes que doy con la cola... ¡Así!

El Chacal, cuyo interés por la historia crecía de segundo en segundo, tuvo el tiempo justo de saltar hacia atrás antes de que la enorme cola pasara volando como la hoz de un segador.

—Hizo fuego cinco veces —prosiguió el Mugger, como si jamás hubiese soñado siquiera con dejar atontado de un coletazo a uno de sus oyentes—, cinco veces antes de que me sumergiera. Luego volví a salir y tuve el tiempo justo de oír cómo un barquero les decía a todas aquellas mujeres blancas que sin ninguna duda yo estaba muerto. Una de las balas se me había metido debajo de una placa del cuello. No sé si aún está allí, porque no puedo volver la cabeza. Mira a ver, hijo. Demostrará que mi historia es cierta.

—¿Yo? —dijo el Chacal—. ¿Acaso un comedor de zapatos viejos, un quebrantahuesos, tiene derecho a dudar de la palabra de quien es la Envidia del Río? ¡Que me arranquen la cola a mordiscos unos perritos ciegos si alguna vez la sombra de semejante pensamiento ha cruzado mi humilde cerebro! El Protector de los Pobres ha condescendido a informarme a mí, su esclavo, que una vez en la vida fue herido por una mujer. Eso me basta. Lo contaré a todos mis hijos, sin jamás pedir pruebas.

—A veces el exceso de cortesía no es mejor que el de grosería, ya que, como dice el refrán, a fuerza de darle requesón uno puede ahogar a su invitado. Lo que es yo, no tengo el menor deseo de que tus hijos lleguen a saber que el Mugger de Mugger-Ghaut recibió su única herida de una mujer. ¡Bastantes cosas en que pensar tendrán, si tienen que ganarse el sustento de forma tan miserable como su padre!

—¡Hace tiempo que cayó en el olvido! ¡Jamás se dijo! ¡Jamás existió una mujer blanca! ¡No había ninguna barca! Nada de todo eso sucedió.

El Chacal meneó la cola para demostrar cuán concienzudamente lo había borrado todo de su memoria y luego se sentó, dándose aires de ser muy importante.

—En verdad que sucedieron muchas cosas —dijo el Mugger, viendo por segunda vez cómo echaban por tierra el intento de vencer a su amigo. (Sin embargo, ninguno de los dos albergaba malas intenciones. Comer y ser comido era cosa de ley en el río, y el Chacal acudía siempre en busca de su parte cuando el Mugger terminaba de comer)—. Dejé en paz aquella barca y seguí río arriba y, al llegar a Arrah y a las aguas remansadas que hay detrás, ya no encontré más ingleses muertos. Durante un trecho el río estaba vacío.

Luego bajaron uno o dos muertos. Llevaban guerreras rojas. No eran iguales que las de los ingleses, pero sí iguales unas a otras... hindúes o purbeeahs. Luego empezaron a bajar de cinco en cinco, de seis en seis y finalmente, desde Arrah hasta el norte, más allá de Agra, parecía que poblados enteros se hubiesen metido en el agua. Salían de los riachuelos, uno tras otro, igual que los troncos cuando vienen las lluvias. Cuando crecían las aguas, subían también ellos desde los bajíos donde estaban descansando. Y cuando las aguas bajaban los arrastraban por los pelos a través de campos y de la jungla. Durante toda la noche, además, mientras me dirigía hacia el norte, oí disparos y de día oía el ruido de botas al cruzar los vados, así como ese ruido que hacen las pesadas ruedas de carro al aplastar la arena del fondo. Cada onda traía más muertos. Al final hasta yo me asusté, pues me dije: «Si eso les pasa a los hombres, ¿cómo va a escapar el Mugger de Mugger-Ghaut?». También había barcas que subían por el río sin velas, ardiendo todo el rato, pues echaban humo como los barcos del algodón. Y, pese a ello, no se hundían.

—¡Ah! —exclamó el Marabú—. Barcas como las que tú dices las he visto llegar a Calcuta, en el sur. Son altas y negras, y con la cola van azotando el agua y...

—Son grandes como tres veces mi poblado. Las mías eran bajas y blancas y azotaban el agua por los dos costados, y no eran más grandes de lo que deben ser las barcas de quien diga la verdad. Me asusté mucho al verlas, así que salí del agua y regresé a este río, que es el mío. Me escondía durante el día y viajaba por la noche, caminando cuando no encontraba ningún arroyuelo. Finalmente llegué a mi poblado, aunque no esperaba ver a mi gente en él. No obstante, allí estaban: arando, sembrando y recogiendo la cosecha, yendo de un lado para otro por sus campos, tan tranquilos como sus vacas.

—Y en el río, ¿seguías encontrando buena comida? —preguntó el Chacal.

—Más de la que quería. Incluso yo... y eso que no como fango... incluso yo me sentía cansado y recuerdo que un poco asustado ante semejante ir y venir de aquella gente silenciosa. Oí decir a la gente de mi poblado que todos los ingleses estaban muertos, pero los que la corriente arrastraba boca abajo por el río no eran ingleses, como mi gente podía ver muy bien. Luego mi gente dijo que era mejor no decir ni pío y seguir pagando el impuesto y arando la tierra. Al cabo de mucho tiempo, el río quedó limpio y resultaba fácil ver que los que viajaban flotando por él se habían ahogado en las inundaciones. Pude verlo muy bien y me alegré de ello, aunque se hizo más difícil encontrar comida. Que me maten un poquito aquí y allá no está mal, pero hasta el Mugger se da a veces por satisfecho, como dice el refrán.

—¡Maravilloso! ¡Realmente maravilloso! —exclamó el Chacal—. He engordado con solo oír hablar tanto de buena comida. Y, si se me permite la

pregunta, ¿qué hizo después el Protector de los Pobres?

—Me dije a mí mismo, ¡y por las orillas del Gunga que sellé mi juramento cerrando las quijadas!, que nunca más me dedicaría a vagabundear. Así que me quedé a vivir en el Ghaut, muy cerca de mi propia gente, a la que vigilé año tras año. Y ellos me querían tanto que me arrojaban coronas de caléndulas cuando veían surgir mi cabeza del agua. Sí, y el Destino ha sido muy bueno conmigo, y el río es lo bastante considerado para respetar mi pobre y débil presencia, solo que...

—Nadie es feliz desde el pico hasta la cola —dijo el Marabú comprensivamente—. ¿Qué más necesita el Mugger de Mugger-Ghaut?

—Aquella criaturita blanca que no pude atrapar —dijo el Mugger, suspirando hondamente—. Era muy pequeña, pero no la he olvidado. Ya soy viejo, pero antes de morir desearía probar algo nuevo. Es cierto que son torpes al andar, ruidosos y estúpidos, y la diversión sería poca, pero me acuerdo de los viejos tiempos allá en Benarés y, si todavía vive, la criatura también se acordará. Puede que suba y baje por la orilla de algún río, contando cómo una vez pasó las manos entre los dientes del Mugger de Mugger-Ghaut y vivió para contarlo. El Destino ha sido muy bueno conmigo, pero algo me atormenta a veces en mis sueños: el recuerdo de aquella criatura en la proa de la barca.

Bostezó y después cerró las quijadas.

—Y ahora voy a descansar y pensar. Guardad silencio, hijos míos, y respetad a los viejos.

Se volvió pesadamente y arrastró el cuerpo hasta la cima del banco de arena, mientras el Chacal y el Marabú se cobijaban debajo de un árbol solitario que había en el extremo más cercano al puente del ferrocarril.

—Provechosa y agradable vida la suya —dijo el Chacal, alzando los ojos con expresión inquisitiva hacia el pájaro—. Y ni una sola vez, repito, ni una sola vez se ha dignado decirme en qué parte de la orilla podría encontrar un buen bocado. Yo, en cambio, le he dicho centenares de veces que algo bueno bajaba por el río. Cuán cierto es el dicho de que «nadie se acuerda del chacal y del barbero una vez conocida la noticia». ¡Ahora se va a dormir! ¡Arrh!

—¿Cómo puede un chacal cazar con un Mugger? —preguntó fríamente el Marabú—. Ladrón grande y ladrón pequeño: es fácil adivinar quién se lleva la mejor parte.

El Chacal se volvió, aullando con impaciencia, e iba a acurrucarse debajo del árbol cuando de pronto retrocedió asustado y miró entre las ramas del árbol hacia el puente, que colgaba casi encima mismo de su cabeza.

—¿Qué pasa ahora? —dijo el Marabú, desplegando las alas con gesto de

inquietud.

—Espera a que lo veamos. El viento sopla desde donde estamos hacia ellos, aunque no nos están buscando... esos dos hombres.

—Hombres, ¿eh? Mi cargo me protege. Toda la India sabe que soy sagrado.

Como es un barrendero de primera, al Marabú se le permite ir y venir a su antojo, por lo que el compañero del Chacal no dejó entrever la menor señal de querer huir de allí.

—Yo no valgo lo suficiente para recibir puntapiés dados con algo mejor que un zapato viejo —dijo el Chacal, volviendo a aguzar el oído—. ¡Más pisadas! —agregó—. Eso no son sandalias de campesino, sino botas de cara blanca. ¡Escucha! ¡Ahí se oye entrechocar de hierros! ¡Llevan fusiles! Amigo mío, esos ingleses torpes y estúpidos vienen a hablar con el Mugger.

—Avísalo, pues. Hace apenas un ratito alguien que no era muy distinto de un chacal famélico lo llamó Protector de los Pobres.

—Deja que mi primo cuide de su propio pellejo. Una y otra vez me ha dicho que no hay nada que temer de los caras blancas. Y esos que se acercan tienen que ser caras blancas, pues ningún habitante de Mugger-Ghaut se atrevería a venir por él. Fuera del agua no oye muy bien, y... ¡esta vez no es una mujer!

El reluciente cañón de un fusil lanzó un fugaz destello bajo la luz de la luna, entre la espesura. El Mugger seguía tumbado en el banco de arena, inmóvil como su propia sombra, con las patas delanteras algo separadas y la cabeza entre ellas, roncando como... un mugger.

En lo alto del puente una voz susurró:

—Es un blanco extraño... casi en perpendicular, pero no corremos ningún peligro aquí arriba. Prueba a darle detrás del cuello. ¡Atiza! ¡Qué bestia! Los del pueblo se pondrán furiosos si le pegamos un tiro, de todos modos. Es el deota (diosecillo) de estos andurriales.

—Me importa un bleo —respondió otra voz—. Se llevó quince de mis mejores peones indios mientras construíamos el puente. Ya es hora de que alguien acabe con él. Llevo semanas recorriendo el río en bote intentando dar con él. Ten el rifle Martini preparado para cuando le haya descargado los dos cañones del mío.

—Ojo con el retroceso, que un disparo doble con un fusil del cuatro no es cosa de broma.

—Eso es él quien debe decirlo. ¡Ahí va!

Se oyó un estampido como el de un cañón pequeño (el calibre más grande de rifle para matar elefantes no difiere en mucho de algunas piezas de artillería), una doble llamarada rasgó la oscuridad y en el acto se oyó la seca detonación de un Martini, cuyas alargadas balas atraviesan como si nada las placas de un cocodrilo. Pero fueron las balas explosivas las que hicieron la tarea. Una de ellas se alojó justo detrás del cuello, a menos de un palmo a la izquierda del espinazo, al tiempo que la otra estallaba un poco más abajo, en el nacimiento de la cola. En noventa y nueve casos de cada cien un cocodrilo mortalmente herido consigue arrastrarse hasta llegar a aguas profundas y huir, pero el Mugger de Mugger-Ghaut quedó literalmente partido en tres trozos. Apenas si movió la cabeza antes de que la vida lo abandonase y quedara tendido en el suelo, tan liso como el Chacal.

—¡Rayos y truenos! ¡Truenos y rayos! —exclamó la pobre bestezuela—. ¿Es que lo que arrastra los carros cubiertos por el puente ha caído por fin al río?

—No es más que un fusil —dijo el Marabú, aunque le temblaban hasta las plumas de la cola—. Nada más que un fusil. Está bien muerto. Ahí vienen los caras blancas.

Los dos ingleses acababan de bajar corriendo del puente y cruzaron el banco de arena, donde se detuvieron contemplando admirados la longitud del Mugger. Luego un nativo llegó con un hacha y cortó la enorme cabeza y otros cuatro hombres se la llevaron a rastras por el banco de arena.

—La última vez que metí la mano en la boca de un Mugger —dijo uno de los ingleses, agachándose (se trataba del hombre que había construido el puente)—, fue cuando tendría yo unos cinco años, yendo río abajo hacia Monghyr, en un bote. Fui uno de los Bebés del Motín, como nos llama la gente. La pobre mamá iba también en el bote, y a menudo me contaba cómo había hecho fuego contra la cabeza de la bestia con la vieja pistola de papá.

—Bueno, no puede negarse que te has tomado tu venganza en el jefe de la tribu... aunque te sangre la nariz por culpa del retroceso de la culata. ¡Eh, barqueros! Arrastrad la cabeza hasta la orilla y la herviremos para sacarle el cráneo. La piel está demasiado maltrecha para conservarla. Vámonos ya a acostarnos. Ha valido la pena pasarse la noche en blanco, ¿verdad?

Resulta curioso, pero el Chacal y el Marabú hicieron exactamente el mismo comentario transcurridos apenas tres minutos después de que los hombres se hubieran marchado.

CANCIÓN DE LA ONDA

Llegó una vez una onda a tierra,
ardiendo bajo el sol de la tarde,
y tocó la mano de una doncella
que por el vado a casa regresaba.

Finos pies y dulce seno,
van a casa a descansar.

«¡Espera!», dijo la onda.

«¡Espera, pues la Muerte soy!».

A donde me llama mi amor voy,
malo sería despreciarlo.

Fue un pez lo que se movió,
nadando raudamente.

Finos pies, corazón tierno,
aguarda el transbordador.

«¡Espera!», dijo la onda.

«¡Espera, pues la Muerte soy!».

Cuando mi amor llama, me apresuro,
pues no se casó la Desdeñosa.

Y onda tras onda en la corriente
su cintura abrazó.

Corazón loco y mano fiel,
piececitos en el agua,
lejos huyó la onda, lejos,
lejos y encarnada.

EL ANKUS DEL REY

He aquí los cuatro que jamás están contentos,

que jamás han tenido la panza llena desde el primer rocío:

la boca de Jacala, el buche del Milano,

las manos del Mono y los ojos del Hombre.

Refrán de la jungla

Kaa, la gran Pitón de la Roca, habría cambiado de piel unas doscientas veces tal vez desde su nacimiento y Mowgli, que jamás olvidaba que le debía la vida a Kaa y al trabajo que esta realizara una noche en los Cubiles Fríos (como quizá recordaréis), fue a felicitarla. Los cambios de piel siempre dejan a la serpiente un tanto melancólica y deprimida hasta que la nueva piel empieza a relucir y ser bonita. Kaa ya nunca se burlaba de Mowgli, sino que lo aceptaba, del mismo modo que lo aceptaban los otros Pueblos de la Jungla, y lo consideraba el Amo de la Jungla. Siempre le trasmitía las noticias que llegaban a oídos de una gran pitón como ella. Lo que Kaa no conociera sobre la Jungla Media (así llamaban a la vida que transcurre cerca o debajo de tierra, entre los peñascos, nidos y troncos de los árboles) podrían haberlo escrito en la más diminuta de sus escamas.

Aquella tarde se encontraba Mowgli sentado en el círculo que formaban los grandes anillos de Kaa, manoseando la piel vieja y reseca que yacía retorcida entre las rocas, tal como Kaa la había dejado. Muy cortésmente, Kaa se había enroscado debajo de los amplios y desnudos hombros de Mowgli, de tal manera que el muchacho descansaba en realidad sobre un butacón viviente.

—Hasta las escamas de los ojos son perfectas —dijo Mowgli en voz baja, jugueteando con la piel vieja—. ¡Qué extraño es ver la envoltura de la cabeza a tus pies!

—¡Ay! Yo no tengo pies —dijo Kaa—, y como esta es la costumbre de todos los míos, no me parece extraña. ¿Es que a ti nunca se te seca y envejece la piel?

—Sí, pero entonces voy y me la lavo, Cabeza Plana. Pero tienes razón: a veces, cuando el calor aprieta, he deseado desprenderme de la piel sin dolor y correr por ahí despellejado.

—Yo me lavo y, además, me quito la piel. ¿Qué te parece la nueva?

—La tortuga tiene el lomo duro, pero no tan vistoso como el tuyo. Es muy bonita. Se parece a las manchitas que hay en la boca de un lirio.

—Le hace falta un poco de agua. Una piel nueva nunca adquiere todo su color antes del primer baño. Vamos a bañarnos.

—Te llevaré en brazos —dijo Mowgli.

Se agachó riendo para levantar por el medio el enorme cuerpo de Kaa,

asiéndola por su parte más gruesa. Habría sido lo mismo tratar de levantar a pulso una cañería de agua de sesenta centímetros de diámetro. Kaa siguió en el suelo, resoplando quedamente de alegría. Comenzó entonces el juego de todas las tardes: el muchacho, con la cara enrojecida por el tremendo esfuerzo, y la pitón, luciendo su nueva piel, enfrentándose en un combate de lucha libre, a ver cuál de los dos tenía más fuerza y la vista más penetrante. Ni que decir tiene que Kaa habría podido aplastar a una docena de Mowglis de haber querido hacerlo, pero jugaba con mucha prudencia, sin recurrir en ningún momento a más de una décima parte de su poder. Desde que Mowgli se había hecho lo bastante fuerte para resistir algún que otro golpe, Kaa le había enseñado aquel juego, gracias al cual las extremidades del pequeño adquirían una flexibilidad que no habría podido conseguir de ninguna otra forma. A veces Mowgli se quedaba envuelto hasta el cuello en los movedizos anillos de Kaa, tratando de soltarse un brazo para agarrarla por la garganta. Entonces Kaa cedía y Mowgli, moviendo rápidamente ambos pies, trataba de sujetar con ellos la enorme cola que retrocedía palpando el suelo en busca de una roca o un tocón. Mirándose a los ojos, esperando la ocasión, rodaban por el suelo hasta que el hermoso grupo escultórico se deshacía en un torbellino de anillos negros y amarillos y brazos y piernas que forcejeaban sin cesar.

—¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ahora! —decía Kaa, lanzando con la cabeza unas fintas que ni las ágiles manos de Mowgli podían parar—. ¡Mira! ¡Voy a tocarte ahí, Hermanito! ¡Aquí y aquí! ¿Tienes las manos dormidas? ¡Pues ahora vuelvo a tocarte!

El juego terminaba siempre de la misma forma: con un fuerte golpe de cabeza que dejaba al chico tendido en el suelo. Mowgli jamás aprendió a resguardarse de aquella embestida veloz como un relámpago y, como decía Kaa, tampoco valía la pena que se esforzase en aprenderlo.

—¡Buena caza! —gruñó finalmente Kaa, y Mowgli, como de costumbre, salió disparado media docena de metros más allá, dando respingos y riendo.

Se levantó con los dedos llenos de hierba y siguió a Kaa hasta el lugar donde solía bañarse la sabia serpiente: un estanque profundo, negro como la pez y rodeado de rocas, al que daban interés los tocones sumergidos. El muchacho se metió en el agua sin hacer el menor ruido, como se acostumbra a hacer en la jungla, y se zambulló saliendo silenciosamente por el otro lado. Luego se tumbó de cara arriba, con los brazos detrás de la cabeza, contemplando cómo salía la luna por encima de las rocas y quebrando con los dedos de los pies su reflejo sobre el agua. La cabeza en forma de diamante de Kaa hendió las aguas como una navaja y fue a posarse en los hombros de Mowgli. Así se quedaron los dos, quietos, empapándose a placer en las frescas aguas.

—¡Qué bien se está así! —dijo por fin Mowgli con voz soñolienta—. A esta hora recuerdo que en la Manada Humana se tumbaban sobre trozos de madera dura en el interior de las trampas de barro, después de obturar meticulosamente todos los agujeros por donde podía entrar el viento limpio, se tapaban la cabezota con trapos y entonaban unas canciones feísimas por la nariz. Se está mejor en la jungla.

Una cobra se deslizó velozmente por una roca, bebió un trago y desapareció tras desearles «¡Buena caza!».

—¡Sííí! —exclamó Kaa como si acabase de recordar algo de repente—. ¿Así que en la jungla encuentras todo lo que deseas, Hermanito?

—No todo —dijo Mowgli, echándose a reír—. Si así fuese, de vez en cuando podría matar a un nuevo y fuerte Shere Khan. Podría matarlo con mis propias manos, sin tener que pedir ayuda a los búfalos. También he deseado a veces que el sol brillase en medio de las lluvias y que estas cubrieran el sol en pleno verano, y nunca he ido con el estómago vacío sin desear haber matado una cabra. Y siempre que he matado una cabra, habría preferido que fuera un gamo, y un nilghai cuando lo que había matado era un gamo. Pero eso nos pasa a todos nosotros.

—¿No tienes ningún otro deseo? —preguntó la gran serpiente.

—¿Qué más puedo desear? ¡Tengo la jungla y la Amistad de la Jungla! ¿Hay algo más en alguna parte, entre el amanecer y el crepúsculo?

—Pues, la Cobra dijo... —empezó a decir Kaa.

—¿Qué cobra? La que acaba de irse no dijo nada. Iba de caza.

—Me refiero a otra.

—¿Tienes mucho trato con el Pueblo Venenoso? Yo siempre dejo que siga su camino. Llevan la muerte en los colmillos delanteros, y eso no es bueno, porque son tan pequeños. Pero ¿qué encapuchada es esa con la que dices que hablaste?

Kaa se movió en el agua como un vapor en mar de través.

—Hace unas tres o cuatro lunas —dijo—, estuve cazando en los Cubiles Fríos, lugar del que no te habrás olvidado. Y lo que andaba cazando pasó chillando junto a los depósitos y se metió en aquella casa cuya pared derribé una vez para ayudarte y luego se escondió bajo tierra.

—Pero la gente de los Cubiles Fríos no vive en madrigueras.

Mowgli sabía que Kaa se estaba refiriendo al Pueblo de los Monos.

—Lo que yo estaba cazando no vivía, sino que trataba de salvar la vida

metiéndose allí —replicó Kaa con un temblor de lengua—. Se metió en una madriguera muy profunda. Fui detrás y, después de haberlo matado, me dormí. Al despertar, seguí avanzando.

—¿Bajo tierra?

—Así es, y al final me crucé con una Capucha Blanca (una cobra blanca), que me habló de cosas que no comprendí y me mostró muchas cosas que jamás había visto antes.

—¿Caza nueva? ¿Tuviste buena caza?

Mowgli se volvió rápidamente sobre un costado.

—No se trataba de caza y me habría roto todos los dientes, pero Capucha Blanca dijo que un hombre... (y hablaba como si conociese bien esa especie) que un hombre habría dado gustosamente la vida solo por ver una vez aquellas cosas.

—Iremos a verlas —dijo Mowgli—. Ahora recuerdo que una vez fui hombre.

—Despacio... despacio. Fue la prisa lo que mató a la Serpiente Amarilla que se comió al sol. Nos pusimos a hablar bajo tierra y yo le hablé de ti, diciéndole que eras un hombre. Dijo Serpiente Blanca (que es realmente tan vieja como la jungla misma): «Hace mucho tiempo que no he visto ningún hombre. Hazlo venir y verá todas estas cosas, por la más insignificante de las cuales muchos hombres morirían».

—Por fuerza hablas de caza nueva. Aunque el Pueblo Venenoso no nos avisa cuando hay caza por los alrededores. Son una gente muy poco amable.

—Te digo que no se trata de caza. Es... es... no puedo decirte qué es.

—Iremos a verlo. Nunca he visto una Capucha Blanca y, además, tengo ganas de ver las otras cosas. ¿Ella las mató?

—Ya lo estaban. Dice que es la encargada de vigilarlas.

—¡Ah! Del mismo modo que el lobo vigila la carne que ha llevado a su propio cubil. Vámonos.

Mowgli nadó hasta la orilla, se revolcó en la hierba para secarse y los dos emprendieron la marcha hacia los Cubiles Fríos, la ciudad abandonada de la que puede que hayáis oído hablar. En aquellos tiempos Mowgli ya no les tenía ni pizca de miedo a los que formaban el Pueblo de los Monos, pero ellos sentían verdadero terror de él. De todos modos, sus tribus estaban cazando en la jungla, por lo que los Cubiles Fríos se hallaban vacíos y silenciosos bajo la luz de la luna. Kaa se encaminó hacia las ruinas de la glorieta de la reina que había en la terraza, se deslizó por encima de los cascotes y bajó por la

escalinata medio enterrada que partía del centro de la glorieta. Mowgli pronunció la Llamada de la Serpiente:

—Vosotras y yo somos de la misma sangre.

Y acto seguido empezó a gatear detrás de Kaa. Recorrieron un largo trecho por un pasadizo que formaba pendiente y daba varias vueltas y al final llegaron a un lugar donde las raíces de un gran árbol que crecía nueve metros por encima de sus cabezas habían arrancado una de las sólidas piedras que formaban la pared. Se colaron por el hueco y fueron a parar a una espaciosa cripta, cuyo techo en forma de cúpula también había sido perforado por las raíces de los árboles, de modo que varios rayos de luz penetraban por los agujeros y se hundían en las tinieblas del lugar.

—Buen escondite —dijo Mowgli, levantándose—, aunque está demasiado lejos para visitarlo cada día. ¿Y qué vemos ahora?

—¿Es que yo no soy nada? —dijo una voz en medio de la cripta.

Mowgli vio algo blanco que se movía hacia ellos, poco a poco, hasta que se encontró ante la mayor cobra que habían visto sus ojos: una criatura de casi dos metros y medio de longitud, descolorida por permanecer tanto tiempo en la oscuridad, hasta adquirir un color de marfil antiguo. Incluso las señales (parecidas a unas gafas) que llevaba en su capucha extendida habían perdido su color y eran ahora amarillentas. Los ojos eran rojos como rubíes y, en conjunto, era un animal verdaderamente prodigioso.

—¡Buena caza! —dijo Mowgli, que llevaba los buenos modales siempre consigo, del mismo modo que llevaba el cuchillo.

—¿Qué hay de nuevo en la ciudad? —dijo la Cobra Blanca, sin corresponder al saludo—. ¿Qué me decís de la gran ciudad amurallada, la ciudad donde viven cien elefantes, veinte mil caballos y vacas y bueyes sin cuento, la ciudad del Rey de Veinte Reyes? Me estoy volviendo sorda en este lugar y hace mucho tiempo que no oigo los gongs de guerra.

—La jungla se halla sobre nuestras cabezas —dijo Mowgli—. No conozco más elefantes que Hathi y sus hijos. Bagheera ha matado todos los caballos de un poblado y... ¿qué es un rey?

—Te lo dije —dijo Kaa a la Cobra, hablando en voz baja—. Hace cuatro lunas que te dije que tu ciudad ya no existe.

—La ciudad... la gran ciudad de la selva cuyas puertas guardan las torres del rey... jamás puede morir. La construyeron antes de que el padre de mi padre saliera del huevo y seguirá existiendo cuando los hijos de mis hijos sean tan blancos como yo. Salomdhi, hijo de Chandrabija, hijo de Viyeja, hijo de Yegasuri, la levantó en tiempos de Bappa Rawal. ¿De quién sois vosotros?

—Se me escapa el rastro —dijo Mowgli, volviéndose hacia Kaa—. No entiendo lo que dice.

—Tampoco yo. Es muy vieja. Madre de las Cobras, aquí no hay nada más que la jungla, como ha estado desde el principio.

—Entonces ¿quién es ese —dijo la Cobra Blanca— que se sienta ante mí sin miedo, que no conoce el nombre del rey, que habla nuestra lengua con sus labios de hombre? ¿Quién es ese que lleva cuchillo y tiene lengua de serpiente?

—Mowgli me llaman —fue la respuesta—. Soy de la jungla. Los lobos son mi pueblo y Kaa es mi hermana. ¿Quién eres tú, Madre de las Cobras?

—Soy la Guardiana del Tesoro del Rey. Kurrun Raja colocó la piedra que hay sobre mi cabeza, cuando mi piel era oscura, para que enseñase qué es la muerte a los que vinieran a robar. Luego bajaron el tesoro y oí el canto de los brahmines, mis amos.

—¡Hum! —exclamó Mowgli para sí—. Ya he tenido que vérmelas con un brahmín, cuando estuve con la Manada Humana, y... sé lo que sé. El mal no tardará en presentarse aquí.

—Cinco veces levantaron la piedra desde que estoy aquí, pero siempre para bajar más cosas, en lugar de sacar las que había dentro. No hay riquezas como estas: los tesoros de un centenar de reyes. Pero hace mucho, mucho tiempo desde que levantaron la piedra por última vez, y me temo que los de mi ciudad me han olvidado.

—No hay ninguna ciudad. Levanta la mirada y verás las raíces de los grandes árboles separando unas piedras de otras. Los árboles y los hombres no crecen juntos —insistió Kaa.

—Dos y tres veces han logrado los hombres llegar hasta aquí —respondió la Cobra enfurecida—. Pero no dijeron nada hasta que caí sobre ellos mientras andaban a tientas en la oscuridad, y entonces solo gritaron un poco. Pero ahora venís con mentiras los dos, hombre y serpiente, y pretendéis hacerme creer que la ciudad ya no existe y que mi misión de vigilancia toca a su fin. ¡Qué poco cambian los hombres con el paso de los años! ¡Pero yo no he cambiado nada! Hasta que levanten la piedra y bajen los brahmines cantando las canciones que yo conozco, y me den leche caliente y vuelvan a sacarme a la luz, yo... ¡yo y nadie más seré la Guardiana del Tesoro del Rey! ¿Decís que la ciudad ha muerto y las raíces de los árboles penetran aquí? Agachaos, pues, y coged lo que queráis. La tierra no esconde otro tesoro como estos. Si eres capaz de salir vivo por el mismo camino que has empleado para entrar, hombre con lengua de serpiente, ¡los reyezuelos serán tus sirvientes!

—Ya he vuelto a perder el rastro —dijo Mowgli tranquilamente—. ¿Será posible que algún chacal haya llegado hasta aquí y mordido a Capucha Blanca? No hay duda de que está loca. No veo aquí nada que pueda llevarme, Madre de las Cobras.

—¡Por los Dioses del Sol y de la Luna! ¡La locura de la muerte se ha adueñado de ese muchacho! —silbó la Cobra—. Antes de que tus ojos se cierren para siempre, te concederé un favor. ¡Mira a tu alrededor y verás lo que ningún hombre ha visto jamás!

—Mal les va, allá en la jungla, a los que hablan de hacer favores a Mowgli —dijo el chico entre dientes—. Pero ya sé que la oscuridad lo cambia todo. Miraré, si eso te hace feliz.

Forzando la vista, Mowgli recorrió la cripta con los ojos y luego recogió del suelo un puñado de cosas relucientes.

—¡Ajá! —dijo—. Esto es como aquello que emplean para jugar los de la Manada Humana, solo que esto es amarillo y lo otro es marrón.

Dejó caer al suelo las monedas de oro y dio unos pasos adelante. El suelo de la cripta se hallaba cubierto por una capa de casi metro y medio de monedas de oro y plata que habían caído allí al reventar los sacos donde estaban guardadas y, a lo largo de los muchos años transcurridos, el metal se había hecho compacto, como ocurre con la arena al retirarse la marea. Sobre y dentro de aquella masa, surgiendo de ella igual que surgen de la arena los restos de los naufragios, había castillos de elefante, hechos de plata y adornados con joyas y planchas de oro repujado, granates y turquesas. Había palanquines y literas para transportar reinas, con marcos y correas de plata y esmalte, brazos con asa de jade y anillos de ámbar en las cortinas. Había candelabros de oro de los que colgaban esmeraldas perforadas, temblando en cada uno de sus brazos; adornadas imágenes de dioses ya olvidados, de metro y medio de alto, de plata y con joyas a guisa de ojos; cotas de malla de acero con incrustaciones de oro y flecos de diminutas perlas, ennegrecidas ya por el paso del tiempo. Había también cascos con cresta de rubíes; escudos de laca, concha de tortuga o piel de rinoceronte, con franjas de oro y esmeraldas en los bordes; haces de espadas, dagas y cuchillos de monte, todo ello con empuñadura de diamantes; cuencos y cucharas de oro para los sacrificios, así como altares portátiles de una clase que jamás se ve a la luz del día; copas y brazaletes de jade; quemadores de incienso, peines y frascos para perfumes, henna y polvo para los ojos, todos ellos con incrustaciones de oro. Había anillas para la nariz y los brazos, cintas para la cabeza, anillos para los dedos y fajas sin cuento, así como cinturones muy anchos hechos con diamantes tallados y rubíes, estuches de madera con triple cierre de hierro cuya madera, al convertirse en polvo, dejaba ver montones de piedras preciosas en bruto:

zafiros de diversas clases, ópalos, ojos de gato, rubíes, diamantes, esmeraldas y granates.

La Cobra Blanca tenía razón. No había suficiente dinero siquiera para empezar a pagar el valor de aquel tesoro, producto escogido de siglos y más siglos de guerras, saqueos, operaciones comerciales y tributos. Las monedas solas valían más de lo que podía calcularse, y eso dejando a un lado las piedras preciosas. Solo el peso muerto del oro y la plata debía de ser de doscientas o trescientas toneladas. Cada uno de los gobernantes que hay en la India de nuestros días, por pobre que sea, posee un tesoro escondido que constantemente va incrementando, y, aunque muy de vez en cuando puede que algún príncipe ilustrado cambie cuarenta o cincuenta carretas de plata por bonos del Gobierno, la mayoría de ellos guardan muy celosamente sus tesoros y el secreto de donde los tienen escondidos.

Pero Mowgli, naturalmente, no comprendía el significado de todas aquellas cosas. Los cuchillos despertaron un poco su interés, pero, como no estaban tan bien equilibrados como el suyo, los dejó en el suelo. Por fin encontró algo que era realmente fascinante y que estaba colocado en un castillo de elefante medio enterrado entre las monedas. Se trataba de un ankus de noventa centímetros, es decir, una aguijada de las que emplean los conductores de elefantes y que es un objeto parecido a un pequeño bichero. El extremo superior lo formaba un rubí redondo, reluciente. Había después unos veinte centímetros de turquesas incrustadas que constituían un mango muy fácil de manejar. Debajo había un círculo de jade, con adornos florales, que daban toda la vuelta, solo que las hojas eran esmeraldas y los capullos consistían en rubíes incrustados en la verde piedra. El resto del mango era de marfil puro, mientras que la punta (tanto la púa como el gancho) era de acero con incrustaciones de oro que representaban escenas de la caza de elefantes. Estas escenas interesaron a Mowgli, pues comprendió que tenían algo que ver con su amigo Hathi el Silencioso.

La Cobra Blanca lo había estado siguiendo de muy cerca.

—¿No vale la pena morir con tal de contemplar esto? —dijo—. ¿No te he hecho un gran favor?

—No lo entiendo —dijo Mowgli—. Estas cosas son duras, frías y no son buenas para comer. Pero esto... —Levantó el ankus—. Deseo llevármelo, para verlo bajo el sol. ¿Dices que todas son tuyas? Si me lo das, te traeré ranas para que te las comas.

La Cobra Blanca se estremeció de malévolamente alegre.

—Claro que te lo daré —dijo—. Todo lo que hay aquí te lo doy... hasta que te marches.

—Pero si me voy ahora mismo. Este lugar es oscuro y frío y quiero llevarme a la jungla esa cosa con punta de espina.

—¡Mira a tus pies! ¿Qué es eso que hay en el suelo?

Mowgli recogió una cosa blanca y lisa.

—Es el cráneo de un hombre —dijo tranquilamente—. Y aquí hay dos más.

—Vinieron para llevarse el tesoro, hace ya muchos años. Les hablé en la oscuridad y se tumbaron en el suelo, inmóviles.

—Pero ¿qué falta me hace a mí nada de eso que llamas tesoro? Si dejas que me lleve el ankus, me doy por satisfecho. Si dices que no, da igual, también me sentiré satisfecho. Yo nunca lucho con el Pueblo Venenoso. Además, me enseñaron la Palabra Maestra de tu tribu.

—Aquí no hay más que una Palabra Maestra: ¡la mía!

Kaa saltó hacia delante con los ojos llameantes.

—¿Quién me mandaría traer aquí al hombre? —silbó.

—Yo, ¿quién si no? —repuso la Cobra—. Hacía mucho tiempo que no había visto al hombre y este que ha venido contigo habla nuestra lengua.

—Pero nada se dijo de matar. ¿Cómo puedo regresar a la jungla y decir que lo he conducido a la muerte? —dijo Kaa.

—No hablo de matar hasta que llegue la hora. En cuanto a irte o no irte, ahí en la pared tienes un agujero. ¡Silencio ya, devoradora de monos! Me bastaría tocarte el cuello para que la jungla no volviera a verte. Nunca ha salido vivo de aquí un hombre. ¡Soy la Guardiana del Tesoro de la Ciudad del Rey!

—¡Pues te digo, gusano blanco de las tinieblas, que ya no hay ni rey ni ciudad! ¡Solo la jungla nos rodea! —exclamó Kaa.

—Pero aún existe el tesoro. Espera un poco, Kaa de las Rocas, y verás cómo corre el muchacho. Aquí hay mucho espacio para jugar. La vida es buena. ¡Corre un poquito por aquí, muchacho! ¡Verás qué divertido!

Sin alterarse, Mowgli apoyó la mano en la cabeza de Kaa.

—Hasta ahora esa cosa blanca solo se ha enfrentado a hombres de la Manada Humana. No sabe quién soy yo —susurró—. Ella ha pedido esta cacería; pues se la daremos.

Mowgli estaba de pie, empuñando el ankus con la punta dirigida hacia abajo. De pronto lo arrojó y fue a hundirse justo detrás de la capucha de la

enorme serpiente, clavándola en el suelo. Rápida como una centella, Kaa saltó sobre el cuerpo que se retorcía en el suelo, paralizándolo de la cabeza a la cola con su enorme peso. Los ojos de la Cobra despedían llamaradas, mientras los trece centímetros de cabeza que le quedaban libres lanzaban furiosas acometidas a diestro y siniestro.

—¡Mátala! —gritó Kaa, viendo que la mano de Mowgli se acercaba al cuchillo.

—No —dijo el muchacho, desenvainando el arma—. Nunca volveré a matar a menos que sea para comer. Pero ¡mira esto, Kaa!

Cogió la serpiente por detrás de la capucha, la obligó a abrir la boca con el cuchillo y dejó al descubierto los temibles colmillos venenosos de la quijada de arriba, negros y consumidos en las encías. La Cobra Blanca había sobrevivido a su veneno, como sucede con las serpientes.

—Thuu (está seco) —dijo Mowgli.

Hizo señas a Kaa para que se apartase y recogió el ankus, dejando libre a la Cobra Blanca.

—El Tesoro del Rey necesita un nuevo guardián —dijo gravemente—. Thuu, no lo has hecho bien. ¡Corre un poquito, Thuu! ¡Verás qué divertido!

—Estoy avergonzada. ¡Mátame! —silbó la Cobra Blanca.

—Ya se ha hablado demasiado de matar. Ahora nos iremos. Me llevo esta cosa con punta de espino, Thuu, porque he luchado y te he vencido.

—Procura, entonces, que esa cosa no te mate a ti. ¡Es la Muerte! ¡Recuérdalo: es la Muerte! En ella hay lo suficiente para matar a los hombres de mi ciudad entera. No la empuñarás mucho tiempo, Hombre de la Jungla, y tampoco quien te la arrebate. ¡Por ella matarán, matarán, matarán! Mi fuerza se ha agotado, pero el ankus hará mi trabajo. ¡Es la Muerte! ¡Es la Muerte! ¡Es la Muerte!

Mowgli gateó por el agujero hasta salir de nuevo al pasadizo y lo último que vieron sus ojos fue a la Cobra Blanca que con sus colmillos inofensivos golpeaba furiosamente las impasibles caras de oro de los dioses que yacían en el suelo, al tiempo que silbaba:

—¡Es la Muerte!

Se alegraron de volver a encontrarse bajo la luz del día. Cuando llegaron a su propia jungla, Mowgli hizo que el ankus reluciera bajo la luz de la mañana. Se sentía casi tan contento como si hubiese encontrado un ramillete de flores nuevas para adornarse el pelo.

—Brilla más que los ojos de Bagheera —dijo entusiasmado, haciendo girar

el rubí—. Se lo enseñaré. Pero ¿qué querría decir Thuu al hablar de muerte?

—No sabría decírtelo. Me duele hasta la cola que no le dieses a probar tu cuchillo. El mal siempre está presente en los Cubiles Fríos... ya sea bajo tierra o encima de ella. Pero ya empiezo a tener hambre. ¿Cazarás conmigo este amanecer? —dijo Kaa.

—No. Bagheera tiene que ver esta cosa. ¡Buena caza!

Mowgli se alejó bailando y blandiendo el voluminoso ankus, deteniéndose de vez en cuando para admirarlo, hasta que llegó a la parte de la jungla que más frecuentaba Bagheera, a la que encontró bebiendo después de haber dado muerte a una presa difícil. Mowgli le contó sus aventuras de cabo a rabo, y Bagheera aprovechaba las pausas para husmear el ankus. Al llegar Mowgli a las últimas palabras de la Cobra Blanca, la Pantera profirió un ronroneo de aprobación.

—Entonces ¿es que Capucha Blanca dijo la verdad? —se apresuró a preguntar Mowgli.

—Nací en las jaulas del rey en Oodeypore, y tengo para mí que algo sé sobre el hombre. Muchos, muchísimos hombres serían capaces de matar tres veces solo por apoderarse de esa enorme piedra roja.

—¡Pero si la piedra pesa mucho en la mano! Mi pequeño cuchillo es mejor y... ¡Mira! La piedra roja no es buena para comer. Entonces ¿por qué matarían a alguien?

—Vete a dormir, Mowgli. Tú que has vivido entre los hombres...

—Ya me acuerdo. Los hombres matan porque no cazan... solo para divertirse o porque no tienen nada más que hacer. Despierta, Bagheera. ¿Para qué se hizo esta cosa con punta de espino?

Bagheera abrió los ojos a medias, pues tenía mucho sueño, y apareció en ellos un brillo malicioso.

—La hicieron los hombres para clavarla en la cabeza de los hijos de Hathi, para que brotara la sangre. He visto otras parecidas en la calle de Oodeypore, delante de nuestras jaulas. Esa cosa ha probado la sangre de muchos semejantes de Hathi.

—Pero ¿por qué la clavan en la cabeza de los elefantes?

—Para enseñarles la Ley del Hombre. Como no tienen garras ni colmillos, los hombres hacen cosas como esta... y peores.

—Sangre, siempre sangre cuando me acerco a la verdad, incluso en las cosas hechas por la Manada Humana —dijo Mowgli con voz contrariada. Empezaba a cansarse del peso del ankus—. De haberlo sabido, no me la habría

llevado. Primero fue la sangre de Messua en las correas, ahora es la de Hathi. No volveré a usarla. ¡Mira!

El ankus brilló al surcar el aire y fue a clavarse unos treinta metros más allá, entre los árboles.

—Así mis manos quedarán limpias de Muerte —dijo Mowgli, frotando las palmas en la tierra húmeda—. Thuu dijo que la Muerte me seguiría. Es vieja, blanca y está loca.

—Blanca o negra, muerte o vida, yo me voy a dormir, Hermanito. No puedo pasarme la noche entera cazando y aullar luego durante todo el día, como hacen algunos que yo me sé.

Bagheera se fue a dormir en una guarida que ella conocía, a unas dos millas de allí. Mowgli trepó tranquilamente a un árbol, anudó tres o cuatro lianas y en un santiamén se encontró columpiándose en una hamaca a quince metros sobre el suelo. Aunque no tenía ningún reparo especial en contra de la luz diurna, Mowgli, siguiendo la misma costumbre que sus amigos, la utilizaba tan poco como le era posible. Cuando despertó en medio de la algarabía propia de los habitantes de los árboles, anochecía de nuevo. Había estado soñando con los bellos guijarros que había tirado.

—Al menos echaré otro vistazo a esa cosa —dijo, deslizándose por una liana hasta el suelo.

Pero Bagheera se le había adelantado. Mowgli la oyó olfatear en la semipenumbra.

—¿Dónde está la cosa con punta de espino? —exclamó Mowgli.

—Un hombre se la llevó. Aquí está su rastro.

—Ahora veremos si Thuu dijo la verdad. Si la cosa puntiaguda significa la Muerte, el hombre que la ha cogido morirá. Sigámosle.

—Cacemos antes —dijo Bagheera—. La vista no está clara cuando se tiene el estómago vacío. Los hombres son muy lentos y la jungla está tan mojada que hasta el más leve rastro quedará marcado.

Mataron una pieza en cuanto encontraron una, pero transcurrieron tres horas antes de que, tras despachar la carne y beber, se pusieran de nuevo a seguir el rastro. El Pueblo de la Jungla sabe que nada hay que justifique el darse prisa en comer.

—¿Crees que la cosa puntiaguda se volverá contra el hombre y lo matará? —preguntó Mowgli—. Thuu dijo que era la Muerte.

—Ya lo veremos cuando demos con él —respondió Bagheera, trotando con la cabeza baja—. Solo hay un pie —dijo, refiriéndose a que seguían a un

hombre solo— y el peso de la cosa le ha hecho hincar los talones en el suelo.

—Hai! Está tan claro como un relámpago de verano —repuso Mowgli, mientras los dos iniciaban el trote propio de los rastreadores consumados, siguiendo las pisadas de los dos pies desnudos por aquella especie de tablero de ajedrez hecho de sombras y rayos de luna.

—Ahora se ha puesto a correr —dijo Mowgli—. Los dedos de los pies están más separados. Caramba, ¿por qué se habrá desviado aquí? —agregó instantes después, cuando cruzaban una extensión de terreno húmedo.

—¡Espera! —exclamó Bagheera, al tiempo que saltaba hacia delante con soberbia agilidad.

Lo primero que hay que hacer cuando un rastro deja de explicarse por sí mismo es avanzar procurando que tus propias pisadas no se confundan con las otras. Al aterrizar, Bagheera se volvió de cara a Mowgli y dijo:

—Aquí hay otro rastro que se junta con el suyo. Es un pie más pequeño, el del segundo rastro, y los dedos están vueltos hacia dentro.

Mowgli se acercó corriendo y examinó las pisadas.

—Es pie de un cazador gond —dijo—. ¡Mira! Aquí ha arrastrado su arco por la hierba. Por esto el primer rastro se desvió tan súbitamente. Pie Grande se escondía de Pie Pequeño.

—Es cierto —dijo Bagheera—. Vamos a ver, que cada cual siga un rastro, no fuéramos a borrar las huellas de esos dos. Yo el de Pie Grande, Hermanito. Tú sigue a Pie Pequeño, el gond.

De un salto hacia atrás Bagheera regresó al primer rastro, dejando a Mowgli agachado ante el curioso y estrecho rastro dejado por el pequeño salvaje de los bosques.

—Veamos —dijo Bagheera, siguiendo paso a paso la cadena de pisadas—. Yo, Pie Grande, me desvíó aquí. Ahora me escondo detrás de una roca y me quedo quieto, sin atreverme a mover los pies. Recita lo que hagas tú, Hermanito.

—Pues yo, Pie Pequeño, llego a la roca —dijo Mowgli, siguiendo su rastro—. Ahora me siento al pie de la roca, apoyándome en la mano derecha y dejando el arco sobre las puntas de los pies. Espero mucho rato, pues aquí la huella de mis pies es muy profunda.

—Yo también —dijo Bagheera, desde detrás de la roca—. Espero, con el extremo de la cosa con punta de espino apoyado en la piedra. Me resbala, pues veo un arañazo en la piedra. Sigue tú, Hermanito.

—Una, dos ramitas y una rama grande están tronchadas aquí —dijo

Mowgli en voz baja—. ¿Cómo me las arreglo para recitar esta parte? ¡Ah! Ya lo entiendo: yo, Pie Pequeño, me alejo haciendo ruido para que Pie Grande me oiga.

Se apartó de la roca pasito a pasito, moviéndose entre los árboles y alzando la voz a medida que iba acercándose a una pequeña cascada.

—Me... voy... lejos... a donde... el ruido... del agua... que cae... ahoga el que... hago... yo... Y aquí... me quedo... esperando. ¡Sigue tú ahora, Pie Grande!

La Pantera llevaba un rato husmeando en todas direcciones para ver por dónde el rastro de Pie Grande se alejaba de la roca.

—Salgo de rodillas de detrás de la roca —dijo por fin—, arrastrando la cosa con punta de espino. Al no ver a nadie, echo a correr. Yo, Pie Grande, corro muy aprisa. El rastro es claro. Que cada cual siga el suyo. ¡Corro!

Bagheera echó a correr siguiendo el rastro, que era muy visible, mientras Mowgli seguía las pisadas del gond. Durante un rato el silencio reinó en la jungla.

—¿Dónde estás, Hermanito? —exclamó Bagheera.

La voz de Mowgli le contestó desde apenas cincuenta metros a la derecha.

—¡Hum! —exclamó la Pantera, tosiendo con fuerza—. Corren uno al lado del otro, ¡acercándose cada vez más!

Corrieron media milla más, manteniendo siempre la misma distancia más o menos, hasta que Mowgli, cuya cabeza no estaba tan cerca del suelo como la de Bagheera, exclamó:

—¡Se han encontrado! ¡Buena caza! ¡Mira! Aquí estuvo Pie Pequeño, con la rodilla sobre una roca... ¡Y allí está Pie Grande en persona!

Apenas a diez metros por delante de donde se encontraban, tendido sobre un montón de rocas hechas pedazos, yacía el cuerpo de un habitante de la región, con el pecho atravesado por una flecha de los gond, larga y con plumas pequeñas.

—¿Sigue pareciéndote tan vieja y loca Thuu, Hermanito? —preguntó Bagheera con acento amable—. Aquí tienes una muerte, como mínimo.

—Sigamos adelante. Pero ¿dónde está la bebedora de sangre de elefante... la espina de ojo rojo?

—La tiene Pie Pequeño... quizá. Ahora vuelve a haber un solo rastro.

El rastro único de un hombre ligero que corría velozmente y llevaba un peso sobre el hombro izquierdo daba la vuelta a una franja baja y larga de

hierba seca, donde, a los ojos de los dos rastreadores, cada pisada parecía estar hecha con un hierro candente.

Ninguno de los dos dijo nada hasta que el rastro los llevó a las cenizas de una hoguera de campamento ocultas en un barranco.

—¡Otra vez! —gritó Bhageera, parándose en seco, como si se hubiese convertido en piedra.

El cuerpo de un gond de pequeña estatura y magro cuerpo yacía con los pies en las cenizas. Bagheera dirigió a Mowgli una mirada de interrogación.

—Ha sido con un bambú —dijo el muchacho, tras echar una ojeada—. Yo mismo lo usaba con los búfalos cuando estaba en la Manada Humana. La Madre de las Cobras... Lamento haberme burlado de ella. Debí darme cuenta de que sabía bien lo que decía. ¿No dije yo que los hombres matan porque sí?

—A decir verdad —contestó Bagheera—, han matado por las piedras rojas y azules. Recuerda que estuve en las jaulas del rey, en Oodeypore.

—Uno, dos, tres, cuatro rastros —dijo Mowgli, inclinándose sobre las cenizas—. Cuatro rastros de hombres con los pies descalzos. No corren tanto como los gond. ¿Qué mal les habría hecho el pequeño hombre del bosque? Mira, estuvieron hablando, los cinco, aquí, antes de que lo matasen. Regresemos, Bagheera. Siento un peso en el estómago y, pese a ello, noto que me sube y baja como el nido de un oriol en el extremo de una rama.

—No es de buen cazador dejar que la caza se escape. ¡Sigamos! —dijo la Pantera—. Estos ocho pies calzados no han ido muy lejos.

Durante una hora más no dijeron nada mientras seguían el ancho rastro de los cuatro hombres que llevaban zapatos.

Era ya de día y hacía calor.

—Huele a humo —dijo Bagheera.

—Los hombres siempre prefieren comer a correr —respondió Mowgli, entrando y saliendo al trote de entre los matorrales de la nueva jungla que estaba explorando. Bagheera, que estaba un poco a su izquierda, hizo un ruido indescifrable con la garganta.

—Uno de ellos ha terminado de comer aquí —dijo.

Debajo de un arbusto yacía un bulto vestido con ropas multicolores. A su alrededor el suelo estaba manchado de harina.

—Otra vez lo han hecho con un bambú —dijo Mowgli—. ¡Mira! Ese polvo blanco es lo que comen los hombres. Le han quitado la presa a este, que transportaba la comida, y lo han dejado como comida para Chil, el Milano.

—Es el tercero ya —dijo Bagheera.

—Cogeré ranas bien gordas y se las llevaré a la Madre de las Cobras, para que se dé un banquete —dijo Mowgli, hablando para sí—. La bebedora de sangre de elefante es la misma Muerte... ¡pero sigo sin entenderlo!

—¡Sigamos! —dijo Bagheera.

Apenas habían recorrido media milla más cuando oyeron a Ko, el Cuervo, que cantaba la Canción de la Muerte en la copa de un tamarisco, a la sombra del cual yacían tres hombres. En el centro del claro, el humo salía de una hoguera medio apagada que habían encendido debajo de una plancha de hierro. Sobre la plancha había una torta de harina sin levadura, ennegrecida y medio quemada. Cerca de la hoguera, llameando bajo la luz del sol, estaba en el suelo el ankus de rubíes y turquesas.

—Esta cosa trabaja deprisa: todo ha terminado aquí —dijo Bagheera—. ¿Cómo murieron estos, Mowgli? No veo señales en ninguno de ellos.

Gracias a la experiencia, quien vive en la jungla llega a saber más que varios doctores juntos acerca de plantas y bayas venenosas.

Mowgli olfateó el humo que salía de la hoguera, rompió un pedazo de la ennegrecida torta, lo probó e inmediatamente lo escupió.

—La Manzana de la Muerte —dijo, tosiendo—. El primero la metería en la comida para estos, quienes lo mataron, tras haber dado muerte primero al gond.

—¡Buena caza en verdad! Las piezas caen una tras otra —dijo Bagheera.

«La Manzana de la Muerte» es el nombre que en la jungla dan al fruto del espino o dhatara, el veneno más abundante que hay en la India.

—¿Ahora qué? —dijo la Pantera—. ¿Tenemos que matarnos tú y yo por ese asesino de ojo rojo que hay tirado ahí?

—¿Sabe hablar? —preguntó Mowgli en voz baja—. ¿Lo ofendí cuando lo tiré lejos de mí? A ti y a mí no nos puede causar ningún daño, pues no deseamos lo que desean los hombres. Si lo dejáramos aquí, seguiría matando hombres, uno tras otro, tan seguro como que las nueces caen de los árboles cuando sopla el viento con fuerza. No es que les tenga afecto a los hombres, pero ni siquiera yo desearía que muriesen seis de ellos en una sola noche.

—¿Qué más da? No son más que hombres. Se matan unos a otros sin pensárselo dos veces —dijo Bagheera—. El pequeño hombre del bosque ese era un buen cazador.

—Así y todo, son unos cachorros, y ya sabes que un cachorro es capaz de perecer ahogado al tratar de morder la luz de la luna reflejada en el agua. La

culpa ha sido mía —dijo Mowgli, que hablaba como si poseyera una sabiduría inmensa—. Nunca más volveré a traer cosas extrañas a la jungla, aunque sean bellas como las flores. Esto... —Cogió el ankus con gesto de repugnancia—. Debe volver a la Madre de las Cobras. Pero antes tenemos que dormir y no podemos hacerlo cerca de donde ya hay unos que duermen. Además, tenemos que enterrar esto, no fuera a escaparse y matar a otros seis. Cávame un agujero debajo de aquel árbol.

—Pero, Hermanito —dijo Bagheera, encaminándose hacia el punto señalado—, la culpa no ha sido de la bebedora de sangre. La culpa la tienen los hombres.

—Es lo mismo —repuso Mowgli—. Haz un agujero bien hondo. Cuando hayamos dormido lo sacaré de allí y lo devolveré.

Dos noches más tarde, estando la Cobra Blanca sentada en la oscuridad, lamentándose y sintiéndose avergonzada, robada y sola, el ankus de turquesas cruzó volando el agujero de la pared y fue a estrellarse contra el suelo cubierto de monedas.

—Madre de las Cobras —dijo Mowgli, que prudentemente se mantuvo al otro lado de la pared—, busca un jovencito de tu pueblo para que te ayude a guardar el Tesoro del Rey y ningún otro hombre vuelva a salir vivo de aquí.

—¡Ajá! Conque por fin has vuelto. Ya dije que esta cosa era la Muerte. ¿Cómo es que tú sigues con vida? —musitó la vieja Cobra, enroscándose amorosamente en el ankus.

—¡Por el buey con que me compraron! ¡No lo sé! Esa cosa ha matado seis veces en una noche. No dejes que vuelva a salir.

LA CANCIÓN DEL PEQUEÑO CAZADOR

Antes de que mueva las alas Mao, el Pavo Real,
antes de que grite el Pueblo de los Monos,
antes de que Chil, el Milano, vuele raudo desde el cielo,
sigilosamente cruzan la jungla una sombra y un suspiro.

¡Es el Miedo, Pequeño Cazador, es el Miedo!

Cruza veloz el claro una sombra que acecha y vigila,
y el murmullo se extiende por doquier,

y el sudor cubre tu frente, pues ya pasa por tu lado.

¡Es el Miedo, Pequeño Cazador, es el Miedo!

Antes de que la luna llegue a la cumbre de la montaña y

con su luz envuelva las rocas,

cuando los senderos son oscuros y húmedos,

cruza la noche tras de ti una respiración entrecortada.

¡Es el Miedo, Pequeño Cazador, es el Miedo!

Hinca las rodillas, tensa el arco y dispara la flecha,

la lanza clava en la vacía espesura que de ti se ríe.

Pero tus manos están débiles, la sangre ha huido de tu cara.

¡Es el Miedo, Pequeño Cazador, es el Miedo!

Cuando la nube caliente absorbe la tempestad

y los pinos caen astillados,

cuando surcan el aire nubes cargadas de lluvia cegadora,

sobre el tambor de guerra de los truenos

se oye una voz más fuerte:

¡Es el Miedo, Pequeño Cazador, es el Miedo!

Ya la riada todo lo cubre, mientras brincan los peñascos,

ya los rayos iluminan los nervios de las hojitas,

pero tu garganta está cerrada y seca y el corazón golpea tu costado.

¡Es el Miedo, Pequeño Cazador, es el Miedo!

QUIQUERN

La Gente de los Hielos de Levante se funde como la nieve,
mendigando café y azúcar, yendo a donde van los blancos.

La Gente de los Hielos de Poniente aprende a robar y luchar:
venden sus pieles en la factoría y sus almas a los blancos.

La Gente de los Hielos del Sur trafica con los balleneros,

sus mujeres se adornan con cintas,
pero sus tiendas están rotas y son pocas.
Pero la Gente de los Hielos Antiguos,
fuera del alcance de los blancos,
hacen sus lanzas con hueso de narval
¡y son los últimos Hombres de la Tierra!

—Ha abierto los ojos. ¡Mira!

—Ponlo otra vez en la piel. Será un perro fuerte. Cuando tenga cuatro meses le pondremos nombre.

—¿El nombre de quién? —preguntó Amoraq.

Kadlu recorrió con la vista las pieles que forraban las paredes del iglú hasta detenerse en Kotuko, el chico de catorce años que se hallaba sentado en el banco que servía también para dormir y se entretenía fabricando un botón con el colmillo de una morsa.

—Ponle mi nombre —dijo Kotuko, haciendo una mueca—. Algún día lo necesitaré.

Kadlu le devolvió la mueca hasta que sus ojos quedaron casi ocultos por sus gruesas mejillas. Con un gesto de la cabeza señaló a Amoraq, mientras la furiosa madre del cachorro gruñía al ver a su bebé jugueteando fuera de su alcance, dentro de la pequeña bolsa de piel de foca, colgada al calor de la lámpara de grasa de ballena. Kotuko siguió tallando el colmillo y Kadlu arrojó unos arneses de perro al interior de una pequeña estancia cuya puerta se hallaba en una de las paredes laterales del iglú. Luego se despojó de su pesado traje de cazador, hecho con piel de ciervo, y lo colgó de unos huesos de ballena debajo de los cuales ardía otra lámpara y se dejó caer sobre el banco, empezando a cortar un trozo de carne de foca congelada hasta que Amoraq, su esposa, les sirviera la cena de costumbre: carne hervida y sopa de sangre. Había salido de madrugada hacia los agujeros donde se escondían las focas, a ocho millas de allí, regresando luego con tres focas grandes. En mitad del pasadizo largo y bajo, hecho de nieve, que partía de la puerta interior del iglú se oían los ladridos de los perros que tiraban de su trineo, que, terminada ya la jornada, se peleaban en busca de un rincón caliente.

Cuando los ladridos se hicieron demasiado fuertes, Kotuko se levantó perezosamente del banco y cogió un látigo hecho de hueso de ballena, flexible y con un mango de casi cincuenta centímetros, del que salía una recia correa de cerca de ocho metros de longitud. Agachándose, penetró en el pasadizo y a los pocos instantes se oyó tal algarabía que parecía como si los perros se lo

estuvieran comiendo vivo. Pero no era más que su forma acostumbrada de dar las gracias por los alimentos que iban a recibir. Al salir gateando por el otro extremo, media docena de peludas cabezas lo siguieron con los ojos hasta una especie de cadalso, construido con quijadas de ballena, del que colgaba la carne para los perros. Cortó la carne congelada en grandes pedazos, valiéndose de una lanza de ancha punta, y luego se volvió hacia el iglú, con el látigo en una mano y la carne en la otra. Fue llamando por su nombre a los perros, uno a uno, empezando por los más débiles, y ¡pobre del que tratase de saltarse su turno!, pues el látigo cortaba el aire como un relámpago y arrancaba un buen trozo de piel y pelo. Uno tras otro los animales gruñeron mientras daban dentelladas y se atragantaban con su porción de carne, corriendo luego a cobijarse de nuevo en el pasadizo, al tiempo que el muchacho seguía de pie sobre la nieve, administrando justicia bajo la luz de la aurora boreal. El último en ser servido fue el negro perrazo que dirigía a los demás y mantenía el orden cuando se hallaban enganchados al trineo y a este Kotuko le dio doble ración de carne, así como un latigazo de más.

—¡Ah! —exclamó Kotuko, enrollando el látigo—. Ahí dentro, sobre la lámpara, tengo un pequeñín que también aullará lo suyo. Sarpok! ¡Adentro!

Volvió a meterse en el pasadizo, pasó gateando por encima de los perros que estaban acurrucados dentro, se sacudió la nieve de encima con el hueso de ballena que Amoraq guardaba al lado de la puerta, dio unos golpecitos en el techo del iglú para hacer caer los carámbanos que se hubiesen desprendido de la cúpula de nieve y se acurrucó en el banco. Los perros del pasadizo roncaban y gemían mientras dormían; dentro de la capucha forrada de Amoraq daba pataditas y balbucía el más pequeñín de sus hijos y la madre del cachorro recién bautizado se tumbó al lado de Kotuko, con los ojos fijos en la bolsa de piel de foca, cálida y segura, que colgaba más arriba de la llama ancha y amarilla de la lámpara.

Y todo esto sucedía muy lejos, hacia el norte, más allá del Labrador, más allá del estrecho de Hudson, donde las grandes corrientes empujaban el hielo de un lado a otro, al norte de la península de Melville, incluso más al norte de los estrechos de Fury y Hecla, en la orilla norte de la Tierra de Baffin, donde la isla de Bylot se alza sobre el hielo del estrecho de Láncaster como el molde de un budín puesto al revés. Al norte del estrecho de Láncaster poco hay de lo que sepamos algo, salvo North Devon y la Tierra de Ellesmere. Pero incluso en aquellos parajes vive un puñado de gente esparcida por tan inmensas soledades, a las puertas, por así decirlo, del mismísimo Polo.

Kadlu era un inuit, un esquimal, como diríais vosotros, y su tribu (unas treinta personas en total) pertenecía a los tununirmiut, es decir, «la tierra que se extiende más allá de algo». En los mapas, aquellas desoladas costas figuran con el nombre de bahía de la Junta de la Armada, pero los inuit le dan un

nombre mejor, ya que el país se extiende realmente más allá del resto del mundo. Durante nueve meses del año solo hay allí hielos y nieve, una galerna tras otra, con un frío del que nadie puede hacerse una idea a menos que haya visto el termómetro muy por debajo de cero. Durante seis de esos nueve meses reina la oscuridad, y es eso lo que los hace tan horribles. Durante los tres meses que dura el verano solo hiela de vez en cuando de día, aparte de cada noche, y luego la nieve empieza a desaparecer de la vertiente sur de las montañas, unos cuantos sauces bajos sacan sus peludos capullos y alguna que otra siempreviva hace como si fuera a florecer, mientras playas de grava fina y cantos rodados descienden hasta el mar y bruñidos peñascos y rocas veteadas asoman la cabeza por encima de la nieve granulada. Pero todo eso desaparece en unas cuantas semanas y el salvaje invierno vuelve a caer sobre aquellas tierras, mientras en el mar el hielo sube y baja, chocan y chocan sus pedazos, partiéndose y desmenuzándose, volviendo a agruparse y romperse, hasta que por fin se une formando una capa congelada de tres metros de espesor que se extiende desde la costa hasta alta mar.

En verano Kadlu solía seguir a las focas hasta el borde de la capa de hielo, para matarlas con su lanza cuando salían del agua para respirar. La foca necesita aguas despejadas para vivir y pescar y a veces, en pleno invierno, el hielo se extendía en una zona de ochenta millas mar adentro, sin ninguna grieta, sin ningún agujero. Al llegar la primavera, Kadlu y su gente se retiraban de la masa de hielo flotante y se dirigían hacia las rocas que constituían tierra firme, donde alzaban sus tiendas de pieles y tendían trampas a las aves marinas o cazaban a lanzazos las jóvenes focas que tomaban el sol en las playas. Más tarde se dirigían al sur, hacia la Tierra de Baffin, persiguiendo a los renos y en busca de su provisión anual de salmones que pescaban en los centenares de riachuelos y lagos del interior, regresando luego al norte, en septiembre u octubre, para dedicarse a cazar carneros almizcleros y focas. Este ir y venir se hacía por medio de trineos tirados por perros, a razón de veinte o treinta millas diarias, o bien seguían la costa a bordo de grandes embarcaciones hechas de piel curtida que ellos llamaban «barcas de mujeres». Los perros y los niños pequeños yacían entre los pies de los remeros y las mujeres cantaban mientras de un cabo a otro las barcas se deslizaban sobre las aguas frías y vidriosas. Todos los lujos que los tununirmiut conocían procedían del sur: madera flotante para los patines de los trineos, varillas de hierro para hacer púas de arpón, cuchillos de acero, ollas de estaño que cocían la comida mucho mejor que los viejos cacharros de esteatita, eslabones, pedernales, e incluso cerillas, además de cintas de color para el pelo de las mujeres, espejitos baratos, paño rojo para adornar las chaquetas de piel de venado. Kadlu comerciaba con los ricos cuernos de narval, retorcidos y de color cremoso, así como con los dientes del carnero almizclero (que son tan valiosos como las perlas), vendiéndolos a los inuit del sur, quienes, a su vez,

los vendían o cambiaban con los balleneros y misioneros de Exeter y Cumberland, y así seguía la cadena de trueques e intercambios, hasta que la olla que el cocinero de un barco se agenciara en el bazar de Bhendy tal vez terminaba sus días colgada sobre una lámpara de grasa de ballena en algún frío paraje del Círculo Polar Ártico.

Como era buen cazador, Kadlu poseía abundancia de arpones de hierro, cuchillos para cortar la nieve, dardos para cazar pájaros y todas las demás cosas que ayudan a que la vida resulte más fácil allá arriba, en las regiones frías. Además, era el jefe de la tribu o, como decían ellos, «el hombre que por la práctica lo sabía todo». Esto no le confería ninguna autoridad, salvando el que de vez en cuando aconsejara a sus amigos que se marchasen a cazar a otra parte, pero Kotuko se aprovechaba un poco para dominar a los demás pequeños cuando de noche salían a jugar a la pelota, a la luz de la luna, o cantar la Canción de los niños para la aurora boreal.

Pero a los catorce años un inuit se considera ya todo un hombre y Kotuko estaba cansado de hacer trampas para cazar pájaros silvestres y zorrillos y, sobre todo, estaba ya harto de ayudar a las mujeres a mascar las pieles de ciervo y de foca (eso las ablanda mejor que cualquier otro procedimiento) durante todo el santo día, mientras los hombres salían a cazar. Deseaba entrar en el quaggi, la Casa del Canto, cuando los cazadores se reunían allí para celebrar sus misterios y el angekok, el hechicero, los deleitaba con sus sustos una vez apagadas las lámparas, cuando podían oírse sobre el tejado las pisadas del Espíritu de los Renos y, si se arrojaba una lanza a la noche oscura, volvía llena de sangre caliente. Anhelaba despojarse de sus pesadas botas y arrojarlas a un rincón con el aire cansado de un cabeza de familia, y jugar con los cazadores cuando alguna tarde se dejaban caer por el iglú para echar una especie de partida de ruleta casera con una olla de estaño y un clavo. Había cientos de cosas que deseaba hacer, pero los hombres mayores se reían de él y decían:

—Espera a que hayas «estado en la hebilla», Kotuko. La caza no consiste solamente en atrapar animales.

Sin embargo, ahora que su padre había dado su nombre a un perrito, las cosas brillaban de otra manera. Un inuit no desperdicia uno de sus perros entregándolo a su hijo, a menos que este sepa ya algo sobre cómo se dirigen los perros, y Kotuko estaba convencido de saberlo todo y algo más incluso.

De no haber tenido una constitución de hierro, el perrito habría muerto de tanto comer y recibir mimos. Kotuko le construyó un pequeño arnés con tirantes y lo arrastraba por todo el iglú gritando:

—Aua! Ja aua! (¡A la derecha!). Choiachoi! Ja choiachoi! (¡A la izquierda!). Ohaha! (¡Alto!).

Al perrito no le hacía ni pizca de gracia, pero verse pescado de aquel modo, como si fuera un pez, era pura delicia comparado con sentirse enganchado a un trineo por primera vez. Se sentó en la nieve y se puso a jugar con el tirante de piel de foca que iba desde su arnés hasta el pitu, la enorme correa instalada en la parte delantera del trineo. Luego los demás perros del tiro echaron a andar y el perrito se encontró con que el pesado trineo de tres metros de largo le pasaba por encima y lo arrastraba por la nieve, mientras Kotuko reía hasta saltársele las lágrimas. Luego durante días y más días sintió el látigo cruel que silbaba como el viento al azotar el hielo, y sus compañeros lo mordían porque no hacía bien su trabajo, y el arnés le irritaba la piel y ya no le permitían dormir con Kotuko, sino que tenía que acostarse en el rincón más frío del pasadizo. Fueron tiempos tristes para el cachorro.

También el muchacho aprendía tan aprisa como el perro, aunque resultaba difícil gobernar un trineo tirado por perros. Cada uno de los animales lleva un arnés (los más débiles son los que están más cerca del conductor) y lleva un tirante que pasa por la pata delantera de la izquierda y va a parar a la correa principal, a la que está unido por una especie de botón con un cordoncillo que puede soltarse mediante un simple movimiento de la muñeca, lo que permite dejar sueltos los perros uno a uno. Esto es muy necesario, ya que a los perros jóvenes a menudo se les enreda el tirante entre las patas traseras y les produce cortes muy profundos. Y, mientras corren, todos sin excepción sienten ganas de ir a visitar a sus amigos, por lo que no paran de dar saltos de un lado a otro. Luego se pelean y el resultado es un embrollo peor que el que se le arma a un pescador si deja el sedal mojado hasta la mañana siguiente de haber pescado con él. Utilizando el látigo científicamente se pueden evitar muchas complicaciones. Todo muchacho inuit se enorgullece de su maestría con el látigo largo, pero, si bien resulta fácil golpear un blanco en el suelo, no lo es tanto inclinarse hacia delante, mientras el trineo corre a toda velocidad, y golpear en el punto exacto al perro que se hace el remolón. Si por casualidad se riñe a un perro pero se golpea a otro, los dos se pelean en el acto y hacen que los demás se detengan. Asimismo, si se viaja con un acompañante y se habla con él, o si uno habla solo o canta, los perros se paran, se vuelven y escuchan lo que uno dice. Una o dos veces Kotuko se encontró abandonado, sin trineo, por haberse olvidado de frenarlo al pararlo, y estropeó muchos látigos y correas antes de que pudieran confiarle un tiro completo de ocho perros y un trineo ligero. Entonces se consideró todo un personaje, y sobre el hielo liso y oscuro, con el corazón animoso y los brazos ágiles, recorría las llanuras con la velocidad de una manada en plena caza. Recorría diez millas para llegar a las guaridas de las focas, y cuando estaba en los terrenos de caza, soltaba uno de los tirantes del pitu y dejaba en libertad al negro perrazo que mandaba a los demás y que era el animal más inteligente de todos. En cuanto el perro olfateaba uno de los agujeros que las focas empleaban para respirar,

Kotuko volcaba el trineo y hundía en la nieve un par de cuernos de reno (que sobresalían del respaldo como el asa que se emplea para empujar un cochecito de niños), con lo que evitaba que los perros se le escaparan. Luego gateaba centímetro a centímetro y se quedaba acechando hasta que la foca salía a respirar. Entonces, rápidamente, le clavaba su lanza, a la que estaba atada una cuerda, y al final izaba al animal hasta el borde del hielo, mientras el perrazo negro acudía a su lado y le ayudaba a arrastrar el cadáver por la nieve hasta el trineo. Ese era el momento en que los demás perros empezaban a aullar y echar espuma por la boca a causa de la excitación, y Kotuko tenía que emplearse a fondo con el látigo, azotándolos hasta que la foca muerta quedaba rígida debido a la congelación. El regreso a casa era lo más pesado. Había que guiar con cuidado el cargado trineo a través de las irregularidades del terreno helado y los perros, por su parte, se sentaban a contemplar la foca con ojos hambrientos en vez de tirar del vehículo. Por fin daban con el sendero abierto por el paso de numerosos trineos y que llegaba hasta el poblado, y los perros rompían a trotar con la cabeza gacha y la cola alzada, mientras Kotuko entonaba la Angutivaun taina tau-na-ne taina (la Canción del cazador que regresa) y de cada casa surgían voces que lo saludaban bajo el cielo estrellado.

También Kotuko, el perro, se divirtió una vez hubo crecido. Paso a paso, pelea a pelea, fue progresando entre sus compañeros, hasta que una tarde se encaró con el jefe del tiro por una cuestión de comida (Kotuko, el muchacho, cuidó de que la pelea fuese limpia) y lo degradó a segundo perro. De esta manera se vio ascendido y se hizo cargo de la larga correa que correspondía al jefe, que corría a cosa de metro y medio por delante de todos los demás, pues era su obligación sofocar todas las peleas, ya estuvieran los perros sueltos o llevasen el arnés, y lucía un collar de alambre de cobre, muy grueso y pesado. En ocasiones especiales comía alimentos guisados en el interior del iglú, y a veces le permitían dormir en el banco con Kotuko. Era un buen perro para cazar focas y sabía tener a raya a un carnero almizclero corriendo a su alrededor y mordiéndole las patas. Incluso plantaba cara (cosa que constituye la última prueba de valor para un perro de trineo) al descarnado lobo del Ártico, al que, por regla general, temen todos los perros del norte más de lo que temen a cualquier otra cosa que camine por la nieve. Él y su amo (los demás perros no eran considerados compañeros) cazaban juntos, día tras día y noche tras noche, los dos envueltos en pieles, igual el chico como el animal amarillo y salvaje, de pelo largo, ojos pequeños y colmillos blancos. El trabajo de un inuit se reduce a procurarse alimento y pieles, para él y su familia. Las mujeres convierten las pieles en prendas de vestir y de vez en cuando ayudan a atrapar caza menor, pero el grueso de la comida (y comen a dos carrillos) deben encontrarlo los hombres. Si el aprovisionamiento les falla, no hay en aquellos parajes nadie que pueda dárselo, ya sea comprándolo, mendigándolo o tomándolo de prestado: la gente muere inevitablemente.

Un inuit no piensa en semejante eventualidad en tanto no se vea forzado a hacerlo. Kadlu, Kotuko, Amoraq y el bebé (que se pasaba el día entero en la capucha forrada de Amoraq, dando coces y masticando grasa de ballena) se sentían tan felices juntos como cualquier otra familia del mundo. Venían de una raza muy bondadosa (raras veces un inuit monta en cólera y casi nunca pega a un niño) que no sabía exactamente qué significaba mentir, y mucho menos robar. Se contentaban con sacar con sus lanzas el sustento del corazón de aquella región inhóspita y fría, sonreír untuosamente y contar historias de hadas y extraños fantasmas para pasar las veladas, así como comer hasta no poder más y cantar la inacabable letanía de las mujeres: Amna aya, aya amna, ah! ah!, durante los largos días pasados a la luz de las lámparas, remendando sus vestidos y los aparejos de caza.

Pero un terrible invierno todo los traicionó. Los tununirmiut regresaron de la pesca anual del salmón y construyeron sus iglúes con los primeros hielos del norte de la isla de Bylot, dispuestos a emprender la caza de la foca en cuanto el mar se congelase. Pero el otoño se adelantó y resultó muy duro. Durante todo septiembre se sucedieron las galernas, que rompieron el hielo liso favorito de las focas cuando solo tenía un metro o un metro y medio de espesor, empujándolo hacia el interior y levantando, a lo largo de unas veinte millas, una gran barrera de grandes y cortantes pedazos de hielo que era imposible cruzar con los trineos de perros. El borde del hielo flotante, que era donde las focas solían pescar en invierno, quedaba a unas veinte millas más allá de la barrera, en un punto que resultaba inalcanzable para los tununirmiut. Pese a todo, se las habrían arreglado para ir tirando durante el invierno gracias a la provisión de salmón y grasa de ballena que tenían almacenada, así como a lo que cazasen con las trampas, pero en diciembre uno de los cazadores encontró una tupik (tienda de pieles) en cuyo interior había tres mujeres y una muchacha medio muertas, cuyos hombres, al regresar del lejano norte, habían perecido aplastados en su botecillo de pieles mientras pescaban el narval de cuernos largos. Kadlu, naturalmente, no podían hacer otra cosa que distribuir a las mujeres entre los iglúes del campamento invernal, pues ningún inuit se atrevería a negarle un bocado a un forastero: jamás sabe cuándo puede verse él en la necesidad de mendigar la comida. Amoraq acogió a la muchacha, que tendría unos catorce años, en su propio iglú como una especie de sirvienta. A juzgar por la forma de su capucha puntiaguda y las figuras de diamante alargadas que adornaban sus polainas de piel de ciervo, supusieron que procedía de la Tierra de Ellesmere. Jamás habían visto cacharros de cocina hechos de estaño, ni trineos con patines de madera, pero Kotuko, el muchacho, y Kotuko, el perro, le tomaron afecto.

Luego todos los zorros se fueron hacia el sur y ni siquiera el glotón americano, ese ladronzuelo gruñón que vive en las nieves, se molestaba ya en seguir las trampas vacías que Kotuko iba colocando. La tribu perdió un par de

sus mejores cazadores, que resultaron malheridos al luchar contra un carnero almizclero, y eso hizo que fueran menos a repartir el trabajo. Día tras día Kotuko montaba en un trineo ligero, tirado por seis o siete perros escogidos entre los más fuertes, y buscaba y rebuscaba, hasta que le dolían los ojos, algún sitio donde el hielo fuese lo bastante liso para que una foca hubiese abierto su respiradero. Kotuko, el perro, hacía largas batidas y, en medio de la quietud absoluta de los campos de hielo, Kotuko, el chico, oía sus aullidos excitados ante el agujero de una foca, a tres millas de donde se hallaba el muchacho, pese a que parecían salir de allí mismo. Cuando el perro encontraba un agujero, el muchacho se construía una pared de nieve para resguardarse un poco del gélido viento, y allí se quedaba esperando diez, doce, veinte horas, por si salía la foca, con los ojos pegados a la diminuta señal que hacía encima del agujero para hacer blanco con el arpón, los pies sobre una esterilla de piel de foca y las dos piernas atadas en el tutareang (la hebilla de que le habían hablado los cazadores viejos cuando él era aún pequeño). Esta hebilla ayuda a evitar que al cazador se le muevan las piernas mientras pasa horas y más horas esperando la salida de la foca, que tiene el oído muy agudo. Aunque no haya ninguna emoción en ello, podéis figuraros fácilmente que el más penoso de los trabajos de un inuit es el de permanecer inmóvil en el tutareang cuando el termómetro señala quizá cuarenta grados bajo cero. Cuando atrapaba una foca, Kotuko, el perro, daba un salto hacia delante, arrastrando el tirante, y ayudaba a tirar del cadáver hasta el trineo, junto al cual, resguardados apenas por los trozos de hielo, cansados y hambrientos, yacían esperando los demás perros.

Una foca no daba para mucho, ya que todas las bocas del pequeño poblado tenían derecho a ser alimentadas y ni los huesos, ni la piel, ni los tendones se desperdiciaban. La carne que antes daban a los perros iba ahora destinada a las personas, y a los animales Amoraq les daba de comer trozos de piel de la que en verano usaban para construir las tiendas y que sacaba de debajo del banco de dormir. Los perros aullaban y aullaban y de noche se despertaban para aullar de nuevo, acuciados por el hambre. Por las lámparas de esteatita que ardían en los iglúes se adivinaba que poco faltaba para que el hambre azotase el poblado. En las temporadas buenas, cuando abundaba la grasa de ballena, aquellas lámparas, que tenían forma de barca, despedían una llama de casi sesenta centímetros, una llama alegre, aceitosa, amarilla. Ahora, en cambio, apenas tendría quince centímetros de altura, pues Amoraq bajaba cuidadosamente la mecha de musgo cuando, al distraerse ella, la llamita se hacía más grande.

Los ojos de toda la familia seguían los movimientos de su mano durante la operación. El horror de perecer de hambre en medio de un frío atroz no lo inspira tanto el morir en sí como el hecho de morir en las tinieblas. Todos los inuit temen a la oscuridad que cada año, sin interrupción, los envuelve durante

seis meses seguidos y cuando las lámparas de un iglú empiezan a perder luz, las mentes de las personas se ponen a temblar y a ser presas de la confusión.

Pero aún faltaba algo peor.

Los perros, acuciados por el hambre, gruñían y mordían en los pasadizos, mirando fieramente las frías estrellas, olfateando el gélido viento noche tras noche. Cuando dejaban de aullar, el silencio caía de nuevo, sólido y pesado como la nieve que el viento arroja contra una puerta, y los hombres sentían batir la sangre en los estrechos conductos de las orejas y los latidos de sus corazones, que sonaban fuertes como los tambores que los hechiceros tocan sobre la nieve. Una noche Kotuko, el perro, que mientras llevaba el arnés se había mostrado desacostumbradamente hosco, se levantó de un brinco y apretó la cabeza contra la rodilla de Kotuko. El muchacho le dio unas palmaditas cariñosas, pero el perro siguió apretando ciega mente el hocico contra su pierna, meneando la cola. Entonces Kadlu se despertó, sujetó con las dos manos la gruesa cabeza lobuna del perro y miró fijamente los ojos vidriosos del animal. El perro gemía y temblaba entre las rodillas de Kadlu. Se le erizó el pelo del cuello y empezó a gruñir como si hubiese un extraño en la puerta, luego se puso a ladrar alegremente y a revolcarse por el suelo, mordiendo como un perrito las botas de Kotuko.

—¿Qué pasa? —dijo Kotuko, que comenzaba a sentir miedo.

—El mal —respondió Kadlu—. Es el mal de los perros.

Kotuko, el perro, levantó el hocico y se puso a lanzar un aullido tras otro.

—Nunca lo había visto así —dijo Kotuko—. ¿Qué va a hacer?

Kadlu se encogió levemente de hombros y cruzó la estancia en busca de su arpón más corto. El perrazo lo miró, aulló de nuevo y se metió en el pasadizo. Los demás perros se apartaron para dejarle sitio. Al salir, ladró con furia, como si acabase de encontrar el rastro de un carnero almizclero y se perdió de vista sin dejar de ladrar y brincar. Su mal no era la hidrofobia, sino, sencillamente, la locura. El frío y el hambre, y, sobre todo, la oscuridad, le habían trastocado la cabeza, y cuando el temible mal de los perros hace presa en uno de los que forman el tiro de un trineo, se extiende como el fuego en el bosque. Al siguiente día de caza, otro perro enfermó de igual manera y Kotuko lo mató allí mismo, mientras mordía y luchaba con los tirantes y las correas. Luego el perro negro, el que antes había sido el jefe de los demás, se puso a ladrar inesperadamente ante un imaginario rastro de renos y, al soltarlo del pitu, saltó sobre un montón de hielo y huyó como antes lo hiciera su jefe, llevándose el arnés consigo. Después de eso nadie quería salir con los perros. Los necesitaban para otra cosa, y los perros lo sabían y, aunque estaban atados y les daban de comer con la mano, sus ojos reflejaban miedo y desesperación.

Para empeorar las cosas, las mujeres empezaron a contar historias de fantasmas y a decir que se les habían aparecido los espíritus de los cazadores muertos o desaparecidos aquel otoño, profetizándoles toda suerte de cosas horribles.

A Kotuko le dolía más que nada la pérdida de su perro, pues, aunque un inuit come muchísimo, también sabe pasar hambre. Pero el hambre, la oscuridad, el frío y las inclemencias del tiempo dejaron sentir sus efectos en él y empezó a oír voces dentro de la cabeza, a ver gente cuando estaba solo y miraba de reojo. Una noche, tras haberse pasado diez horas acechando en vano ante el agujero de una foca, que resultó ser de los que llamaban ciegos, se soltó la hebilla y, cansado y medio desfallecido, se dirigió de regreso al poblado. Por el camino se detuvo y recostó la espalda en un peñasco que descansaba sobre un saliente de hielo. Su peso rompió el equilibrio del peñasco, que cayó rodando pesadamente y, mientras Kotuko saltaba a un lado para esquivarlo, resbaló tras de él, silbando y chirriando por la pendiente de hielo.

Eso le bastó a Kotuko. Lo habían educado en la creencia de que todas las rocas y los peñascos tenían su propietario (su inua), que por lo general era una especie de mujer con un solo ojo, llamada tornaq, y cuando una tornaq se proponía ayudar a un hombre rodaba tras él dentro de su casa de piedra, preguntándole si quería tomarla por espíritu guardián. (En verano, al producirse el deshielo, rocas y peñascos ruedan por todas partes, por lo que resulta fácil comprender de dónde había salido la idea de las piedras vivientes). Kotuko sintió que la sangre le golpeaba las sienes, como la había sentido todo el día, pero pensó que era la tornaq de la piedra que le estaba hablando. Al llegar a casa, hacía ya rato que estaba convencido de haber sostenido una larga conversación con el espíritu y, como toda su gente creía que esto era posible, nadie le contradijo.

—Me ha dicho: «Salto, salto desde mi lugar en la nieve» —dijo Kotuko, inclinándose con los ojos hundidos en la semipenumbra del iglú—. Me ha dicho: «Seré tu guía y te llevaré a donde se esconden las focas». Mañana saldré a cazar y la tornaq me guiará.

Entró entonces el angekok, el hechicero del poblado, y Kotuko repitió su historia ante él, sin olvidarse de un solo detalle.

—Sigue a los tornait (los espíritus de las piedras) y ellos nos volverán a dar de comer —dijo el angekok.

La muchacha del norte llevaba varios días acostada al lado de la lámpara, comiendo muy poco y hablando menos aún, pero, cuando al día siguiente, Amoraq y Kadlu prepararon un pequeño trineo de mano para Kotuko, cargándolo con sus perros de caza y toda la grasa de ballena y carne congelada

de foca que pudieron separar para él, la muchacha cogió la cuerda que servía para tirar del trineo y se colocó al lado de Kotuko con ademán resuelto.

—Tu casa es mi casa —dijo, mientras el pequeño trineo con patines de hueso chirriaba y se tambaleaba tras ellos en medio de la temible noche ártica.

—Mi casa es tu casa —repuso Kotuko—, pero me parece que los dos iremos juntos a Sedna.

Sedna es la Señora del Bajo Mundo y los inuit creen que, al morir, todo el mundo debe pasar un año en el horrible país de Sedna antes de ir a Quadliparmiut, el Lugar Feliz, donde nunca hiela y basta una llamada para que acudan a tu lado rollizos renos.

Por todo el poblado la gente gritaba:

—¡Los tornait han hablado a Kotuko! ¡Le enseñarán el hielo libre y nos traerá carne de foca!

Las voces no tardaron en perderse en las frías tinieblas y Kotuko y la muchacha, muy juntos el uno del otro, siguieron tirando del trineo, sorteando las irregularidades del hielo, avanzando hacia el mar Polar. Kotuko insistió en que la tornaq de la piedra le había dicho que se dirigiese hacia el norte, y hacia el norte se dirigieron bajo Tuktudjung el Reno, que no es otra que la constelación que nosotros llamamos la Osa Mayor.

Ningún europeo habría podido hacer cinco millas diarias sobre aquel terreno cubierto de hielo desmenuzado y afiladas aristas, pero los dos jóvenes conocían muy bien el leve movimiento de la muñeca que permite desviar el trineo para que no choque con un montículo de hielo, el tirón que lo saca de una grieta, la fuerza precisa que hay que aplicar para, con unos cuantos golpes de arpón, abrirse paso cuando todo parece perdido.

La muchacha caminaba sin decir nada, con la cabeza gacha, mientras los largos flecos de su capucha de armiño le caían sobre la cara, ancha y atezada. Sobre sus cabezas el cielo era un vasto manto de terciopelo negro, rasgado por franjas de almagre en el horizonte, donde las grandes estrellas ardían como los faroles de una calle. De vez en cuando una verdosa oleada de la aurora boreal cruzaba el inmenso vacío del firmamento, ondeando como una bandera y desapareciendo a los pocos instantes, o un meteoro cruzaba velozmente de la oscuridad a la oscuridad, dejando un rastro de chispas detrás. Entonces podían ver la superficie ondulante y surcada del hielo, adornada con trazos de extraños colores: rojo, cobrizo, azulado. Pero todo se volvía gris, helado, bajo la luz normal de las estrellas. La gran masa de hielo flotante, como recordaréis, había sido azotada y atormentada por las galernas del otoño, hasta quedar como una superficie helada después de un terremoto. Había barrancas y grietas, y agujeros como cascajales, en medio del hielo, así como trozos

grandes y pequeños desparramados sobre la superficie. Aquí y allá surgían las negras manchas de hielos viejos que alguna galerna había enterrado y ahora volvían a emerger, junto con redondos peñascos de hielo, crestas como dientes de sierra labradas por la nieve a impulsos del viento y grandes hondonadas que se extendían a varios metros por debajo del nivel de la masa helada. Desde lejos habría sido fácil confundir los peñascos por focas o morsas, trineos volcados u hombres en plena cacería, o incluso con el gran Espíritu del Oso Blanco, con sus diez patas. Pero, a pesar de todas estas formas fantásticas, que parecían a punto de cobrar vida, no se oía ningún ruido, ni el menor eco de un lejano murmullo. Y a través de semejante silencio, a través de aquella desolación iluminada de vez en cuando por un fugaz destello de luz, siguió avanzando el trineo y los dos jóvenes que de él tiraban, arrastrándose cual extraños seres de pesadilla, una pesadilla del fin del mundo en el confín de la tierra.

Cuando se cansaban, Kotuko construía lo que los cazadores llamaban una media casa y que era un pequeño iglú de nieve, dentro del cual se acurrucaban los dos, tratando de descongelar la carne de foca con el calor de la lámpara de viaje. Después de dormir un poco, reanudaban la marcha: treinta millas al día para no acercarse más de diez millas al norte. La muchacha estaba siempre muy callada, pero Kotuko murmuraba palabras para sus adentros y de vez en cuando entonaba alguna de las canciones que había aprendido en la Casa del Canto: canciones que hablaban del verano, de los renos y los salmones, y que parecían horriblemente fuera de lugar en aquella estación del año. A veces decía que la tornaq le estaba hablando y subía corriendo un montículo de hielo, agitando los brazos y profiriendo gritos amenazadores. A decir verdad, Kotuko era presa de una especie de locura pasajera, pero la muchacha estaba segura de que su compañero avanzaba guiado por su espíritu guardián y que, por lo tanto, todo saldría bien. Por esto no se sorprendió cuando, al finalizar el cuarto día de marcha, Kotuko, cuyos ojos parecían arder como bolas de fuego, le dijo que su tornaq los iba siguiendo por la nieve bajo la forma de un perro de dos cabezas. La muchacha miró hacia el lugar que Kotuko le señalaba y le pareció ver algo que se escondía apresuradamente en un barranco. Ciertamente no era un ser humano, pero, como sabía todo el mundo, los tornait preferían aparecerse bajo la forma de oso, foca o algo parecido.

Quizá era el mismísimo Espíritu del Oso Blanco, con sus diez patas, aunque podía haber sido cualquier cosa, ya que Kotuko y la muchacha estaban tan desfallecidos por falta de alimento que no podían fiarse de sus ojos. No habían cazado nada desde su salida del poblado, y tampoco habían visto ningún rastro de animales. Apenas les quedaban provisiones para una semana más y se avecinaba una galerna. En el Polo las tormentas duran a veces diez días seguidos, durante los cuales permanecer a la intemperie es exponerse a una muerte segura. Kotuko construyó un iglú lo bastante grande para que en él

cupiera el trineo (jamás hay que separarse de la provisión de carne) y mientras daba forma al último bloque irregular de hielo, para completar con él el tejado, vio una Cosa que lo estaba mirando desde lo alto de un montículo de hielo, a media milla de distancia. Flotaba una neblina en el aire y aquella Cosa parecía tener doce metros de largo y tres de alto, con una cola de seis metros y un perfil que se estremecía continuamente. La muchacha la vio también, pero, en vez de gritar de terror, dijo tranquilamente:

—¿Aquello es Quiquern? ¿Qué pasará?

—Que me hablará —dijo Kotuko.

Sin embargo, al decirlo le temblaba la mano que sostenía el cuchillo, ya que, aunque un hombre crea ser amigo de los espíritus extraños y feos, raras veces le gusta ver cómo se confirman sus creencias. Quiquern, además, es el fantasma de un perro gigantesco, desdentado y sin pizca de pelo, que se supone que vive en las remotas regiones del norte, por las que se lo ve vagar cuando va a suceder algo. Puede que lo que vaya a suceder sea bueno o malo, pero ni siquiera a los brujos les hace gracia hablar de Quiquern. Los perros enloquecen por su culpa. Al igual que el Espíritu del Oso, posee varios pares de patas de más, unos seis u ocho, y aquella Cosa que estaba observando a Kotuko, dando brincos en medio de la neblina, tenía más patas de las que le hacían falta a un perro de verdad. Kotuko y la muchacha se apresuraron a entrar en el iglú. Claro que, de haber querido atraparlos, Quiquern habría hecho saltar el iglú en pedazos, pero a los dos les tranquilizaba saber que entre ellos y la malvada oscuridad había una pared de hielo de treinta centímetros de espesor. Estalló la galerna con un chillido del viento que parecía el silbido de un tren y no amainó ni un instante a lo largo de tres días y tres noches, sin un minuto de respiro. Kotuko y la muchacha procuraban que no se apagase la lámpara, que sostenían entre las rodillas y mordisqueaban la tibia carne de foca, contemplando cómo el hollín negro iba acumulándose en el techo durante setenta y dos largas horas. La muchacha hizo recuento de la comida que había en el trineo: no quedaban provisiones para más de dos días, y Kotuko se puso a reparar las puntas de hierro y las ligaduras, hechas con nervios y tendones de ciervo, de su arpón, su lanza y el dardo de cazar pájaros. No podían hacer nada más.

—Pronto, muy pronto iremos a Sedna —susurró la muchacha—. Dentro de tres días nos quedaremos tendidos aquí y partiremos para Sedna. ¿Tu tornaq no va a hacer nada? Cántale una canción de angekok para que venga.

Kotuko empezó a cantar con el tono agudo y plañidero de las canciones mágicas y la galerna comenzó a aminorar poco a poco. De pronto la muchacha se sobresaltó y apoyó en el hielo del suelo del iglú primero una mano enmitonada y luego la cabeza. Kotuko siguió su ejemplo y los dos se

arrodillaron, mirándose fijamente a los ojos y aguzando el oído. De una trampa para cazar pájaros que había en el trineo Kotuko arrancó una astilla de hueso de ballena y, enderezándola, la colocó verticalmente en un pequeño agujero del hielo, sosteniéndola con la mano. La astilla quedó ajustada tan delicadamente como la aguja de una brújula y los dos jóvenes, en vez de escuchar, se pusieron a contemplarla. La delgada varilla se estremeció un poco, de forma a duras penas perceptible, luego vibró claramente durante unos segundos, se paró y volvió a vibrar, esta vez señalando hacia otro punto de aquella especie de brújula.

—¡Demasiado pronto! —exclamó Kotuko—. Algún trozo grande de la masa de hielo se ha desgajado, lejos de aquí.

La muchacha señaló la varilla, al tiempo que meneaba la cabeza.

—Es la gran desgajadura —dijo—. Escucha el hielo del suelo: se oyen como unos golpes.

Volvieron a arrodillarse y esta vez oyeron unos extraños gruñidos y golpes amortiguados, que parecían proceder de debajo mismo de sus pies. A veces semejaban los chillidos de un perrito ciego que se hubiese quemado con la lámpara, luego como si alguien afilase una piedra contra el hielo y después como el redoble de un tambor enfundado, pero todos los sonidos eran alargados y lejanos, como si, tras ser emitidos por un pequeño cuerno, llegasen hasta ellos atravesando una larga distancia.

—No iremos a Sedna tendidos en el suelo —dijo Kotuko—. El hielo se está agrietando. La tornaq nos ha engañado. Moriremos.

Puede que todo esto os parezca absurdo, pero los dos se enfrentaban a un peligro muy real. La galerna de tres días había empujado las aguas profundas de la bahía de Baffin hacia el sur, acumulándolas sobre el borde de la amplia extensión de hielo que desde la isla de Bylot apunta hacia el oeste. Además, la fuerte corriente que desde el estrecho de Lancaster se dirige hacia el este arrastraba millas y millas de lo que llaman «hielo en paquetes», es decir, trozos de hielo que no se han unido para formar una extensión plana, una especie de campo helado, y este hielo estaba bombardeando la masa de hielo flotante al mismo tiempo que esta se veía atacada por debajo por el mar de fondo. Lo que acababan de oír Kotuko y la muchacha era el débil eco de la pelea que se desarrollaba a treinta o cuarenta millas de distancia y que hacía estremecerse la varilla de un modo harto significativo.

Como dicen los inuit, cuando el hielo despierta después de su largo sueño invernal, no hay forma de saber qué puede ocurrir, ya que la masa sólida de hielo flotante cambia de forma casi con la misma rapidez con que lo hacen las nubes. No había duda de que la galerna que habían sufrido era una tormenta de

primavera que se había desencadenado intempestivamente, por lo que cualquier cosa era posible.

Sin embargo, los dos jóvenes se sentían más tranquilos que antes. Si el hielo flotante saltaba en pedazos, terminaría su espera y su sufrimiento. Los espíritus, los duendecillos y los demás seres de brujería andaban sueltos por el hielo y podía suceder que al penetrar en el país de Sedna lo hicieran en compañía de toda suerte de extraños seres de cara enrojecida aún por la exaltación. Cuando, al apagarse la galerna, salieron de su refugio, el ruido aumentaba en intensidad allá en el horizonte y a su alrededor el hielo compacto gemía y zumbaba sin parar.

—Sigue esperando —dijo Kotuko.

En la cima de un montículo, sentada o agazapada, se hallaba aquella Cosa de ocho patas que habían visto tres días antes... y aullaba horriblemente.

—Sigámosla —dijo la muchacha—. Puede que conozca algún camino que nos lleve a Sedna.

Pero, al tratar de tirar del trineo, se tambaleó de agotamiento. La Cosa se movió lentamente y con torpes movimientos empezó a avanzar, cruzando las barreras de hielo en dirección hacia el oeste, es decir, hacia tierra firme. Los dos siguieron sus pasos, mientras a sus espaldas iba acercándose a ellos el atronador gruñido del hielo que se agrietaba. En el borde del hielo se abrían ya grietas en todas las direcciones, en un espacio de tres o cuatro millas tierra adentro, al tiempo que trozos de tres metros de espesor, unos de escasos metros cuadrados y otros de varias hectáreas, se hundían, volvían a salir a la superficie y chocaban unos con otros, así como contra la masa de hielo que aún no se había agrietado, zarandeados por las olas que lanzaban surtidores de espuma entre ellos. Aquella especie de ariete de hielo era, por así decirlo, las tropas de choque que el mar lanzaba contra la costa helada. El incesante estruendo que armaban estos trozos al chocar casi ahogaba el ruido de los trozos más pequeños que se veían empujados por debajo de la capa flotante, como si fueran naipes que alguien escondiera debajo de un mantel. En los sitios donde la profundidad era escasa, los trozos más pequeños se amontonaban unos sobre otros hasta que el de abajo tocaba el fango del fondo a quince metros por debajo de la superficie y entonces el mar descolorido formaba como un dique detrás de esta barrera hasta que la presión de las aguas volvía a empujarlo todo hacia delante. Además de la gran capa de hielo flotante y de los trozos más pequeños, la galerna y las corrientes hacían bajar verdaderos icebergs, montañas de hielo flotante arrancadas de las costas de Groenlandia o de la playa norte de la bahía de Melville. Llegaban flotando pesadamente, envueltos por la blanca espuma de las olas que rompían sobre ellos, avanzando hacia la gran masa de hielo igual que una flota antigua

navegando con todas las velas desplegadas. A veces un iceberg que parecía capaz de llevarse el mundo entero por delante embarrancaba irremisiblemente en las aguas profundas, se tambaleaba y acababa por hundirse en medio de una montaña de espuma, barro y heladas salpicaduras, mientras que otro mucho más pequeño cortaba como un cuchillo el hielo flotante, arrojando toneladas del mismo a uno y otro lado y abriendo una grieta de más de media milla antes de quedar detenido. Algunos caían como espadas, abriendo canales de bordes irregulares y otros saltaban en pedazos y lanzaban una lluvia de bloques que pesaban toneladas cada uno que giraban vertiginosamente entre los montículos. Otros, al embarrancar, surgían completamente del agua, se contorsionaban como si sufrieran dolor y caían pesadamente de costado, mientras el mar les azotaba la espalda. Aquel espectáculo de masas de hielo que chocaban unas con otras, amontonándose, doblándose, combándose y arqueándose, adquiriendo todas las formas posibles, se estaba desarrollando a lo largo de toda la extensión que abarcaban los ojos, siguiendo el borde septentrional de la gran masa. Desde el lugar en que se encontraban Kotuko y la muchacha, toda aquella confusión no parecía ser mayor que un leve temblor allá en el horizonte, pero se acercaba a ellos por momentos, al mismo tiempo que desde el lado de tierra firme llegaba a sus oídos un lejano tronar, como el estampido de los cañones en medio de la niebla. Era el ruido que producía la gran masa flotante al chocar con los férreos acantilados de la isla de Bylot, la tierra que había hacia el sur, detrás de ellos.

—Esto no había sucedido jamás —dijo Kotuko, contemplando el espectáculo con ojos estupefactos—. No es tiempo de que suceda. ¿Cómo puede romperse el hielo ahora?

—¡Sigamos aquello! —exclamó la muchacha, señalando la Cosa, que, medio cojeando, medio corriendo, se alejaba de ellos.

La siguieron, tirando del trineo de mano, mientras el rugido del hielo se oía cada vez más cerca de ellos. Finalmente, los campos que los rodeaban crujieron y se agrietaron en todas las direcciones. Las grietas se abrían y cerraban como las fauces de los lobos. Pero allí donde estaba la Cosa (en un montículo de viejos bloques de hielo esparcidos, de unos quince metros de altura) no se advertía ningún movimiento. Kotuko avanzaba dando saltos, frenéticamente, arrastrando a la muchacha y por fin llegaron a los pies del montículo. Alrededor de ellos la voz del hielo era cada vez más atronadora, pero el montículo permanecía firme. Al mirar a Kotuko, la muchacha vio que con el codo del brazo derecho le hacía una señal, un gesto hacia arriba y hacia fuera a la vez: era la señal que emplean los inuit para indicar que han encontrado tierra firme y que esta es una isla. Y tierra firme era el lugar adonde los había conducido aquella renqueante Cosa de ocho patas: una pequeña isla de base granítica y playas arenosas, a poca distancia de la costa y

envuelta de tal modo por el hielo que ningún hombre habría podido distinguirla del resto de la masa flotante. Pero debajo del hielo había tierra, ¡tierra firme! La lluvia de astillas de hielo que saltaba por los aires al entrechocar los grandes bloques marcaba los límites de la isla, mientras que un banco de arena protectora se extendía hacia el norte, desviando la furiosa acometida de los grandes bloques de hielo, del mismo modo que el arado levanta la marga y la echa a un lado. Existía el peligro, desde luego, de que la tremenda presión que sufrían los campos de hielo los echara sobre la playa y cubrieran la totalidad de la pequeña isla, pero Kotuko y la muchacha no se preocuparon y construyeron un iglú. Luego se refugiaron en él y se pusieron a comer mientras escuchaban el estruendo que les llegaba desde la playa. La Cosa había desaparecido y Kotuko hablaba excitadamente acerca de su poder sobre los espíritus. Acurrucado cerca de la lámpara, seguía dando rienda suelta a sus alocadas fantasías cuando la muchacha se echó a reír y empezó a balancear el cuerpo hacia delante y hacia atrás.

Detrás de ella, arrastrándose centímetro a centímetro hacia el interior del iglú, acababan de aparecer dos cabezas, una amarilla y la otra negra, que pertenecían a dos de los perros más compungidos y avergonzados que jamás se hayan visto. Uno de ellos era Kotuko, el perro, y el otro era el negro animal que había sido el jefe de los que tiraban del trineo. Los dos estaban gordos, tenían buen aspecto y daban la impresión de haber recobrado el juicio, pero estaban unidos de forma harto extraordinaria. Como recordaréis, al huir el perro negro se llevó consigo el arnés. Seguramente se había cruzado con Kotuko, el perro, y los dos se habrían puesto a jugar o a pelearse, ya que la correa que el primero llevaba sobre el lomo se había enganchado con el collar de Kotuko, quedando los dos tan trabados que ninguno de ellos había podido soltar a mordiscos el tirante de cuero, por lo que se habían quedado fuertemente sujetos uno al otro por el cuello. Eso, junto con la libertad para cazar por su propia cuenta, los habría ayudado a librarse de la locura, pues ambos se mostraban muy serenos.

La muchacha empujó a los dos avergonzados animales hacia Kotuko y, partiéndose de risa, exclamó:

—¡Aquí tienes a Quiquern, el que nos ha conducido a lugar seguro! ¡Mira las ocho patas y las dos cabezas!

Kotuko puso a los perros en libertad y los dos animales saltaron a sus brazos, el amarillo y el negro a la vez, tratando de explicarle de qué forma habían recobrado el juicio. Kotuko pasó una mano por los costados de los perros y notó que los tenían bien cubiertos de carne.

—Han encontrado algo que comer —dijo, sonriendo—. No creo que tengamos que ir tan pronto a Sedna. Mi tornaq nos los ha enviado. Se han

librado del mal de los perros.

En cuanto hubieron saludado a Kotuko, los dos animales, que durante varias semanas se habían visto obligados a dormir, comer y cazar juntos, saltaron uno sobre el otro y entablaron una reñida batalla dentro del iglú.

—Los perros no luchan cuando tienen el estómago vacío —dijo Kotuko—. Este par han encontrado focas. Ahora durmamos y luego buscaremos comida.

Cuando despertaron las aguas del norte de la isla estaban ya libres y todo el hielo suelto había sido arrojado a tierra. El ruido de las olas al romper en la playa es uno de los más gratos al oído del inuit, pues significa que la primavera está cerca. Kotuko y la muchacha se cogieron de las manos y sonrieron, pues el sonido claro y fuerte de las olas entre el hielo les recordó que se acercaba la época del salmón y el reno y casi creyeron aspirar el aroma de los sauces al florecer. Mientras miraban, sin embargo, el mar empezó a espesarse entre los grandes trozos de hielo flotante, pues el frío era intensísimo, pero ya se veía en el horizonte un inmenso resplandor rojizo que no era otra cosa que la luz del sol que pronto se remontaría en el firmamento. Fue más como oírlo bostezar mientras dormía que verlo levantándose, y el resplandor duró solo unos minutos, pero era la señal de que se avecinaba el cambio de estación. Sabían muy bien que nada podía evitarlo.

Kotuko encontró a los dos perros peleándose por una foca que acababan de matar mientras seguía a los peces, siempre inquietos después de una galerna. Aquella foca era la primera de las veinte o treinta que llegaron a la isla durante el día. Hasta que el mar volvió a helarse, se veían cientos de cabezas negras que asomaban a la superficie y flotaban alegremente entre los témpanos de hielo.

Resultó agradable volver a comer hígado de foca, llenar de grasa las lámparas sin temor a que se agotase el combustible y ver cómo la llama se alzaba hasta casi un metro de altura. Pero tan pronto la superficie del mar estuvo lo bastante endurecida, Kotuko y la muchacha cargaron el trineo e hicieron que los dos perros tirasen de él como jamás habían tirado en la vida. Temían que alguna terrible desgracia hubiese caído sobre el poblado.

El tiempo se mostraba tan cruel como siempre, pero resultaba más fácil arrastrar un trineo cargado de comida que cazar con el estómago vacío. Dejaron veinticinco focas muertas enterradas en el hielo de la playa por si las necesitaban más adelante y partieron rápidamente a reunirse con su gente. Los perros les mostraron el camino cuando Kotuko los puso al corriente de lo que esperaba de ellos y, aunque no se veía ninguna señal que les indicase la ruta que debían seguir, en dos días llegaron ante el iglú de Kadlu. Solamente tres perros contestaron a su llamada: a los demás se los habían comido. La oscuridad reinaba en el poblado. Pero cuando Kotuko gritó: «Ojo!» (carne

hervida), unas voces débiles le contestaron desde el interior de los iglúes y luego, al pasar lista a los habitantes del poblado, comprobó que no faltaba nadie.

Una hora después brillaban las lámparas en el iglú de Kadlu, el agua de nieve se estaba calentando, las ollas empezaban a hervir y del techo caían gotas de nieve fundida, mientras Amoraq preparaba comida para todo el poblado y el bebé que llevaba en la capucha masticaba una tira de rica grasa de foca y los cazadores, lenta pero metódicamente, se atiborraban de carne de foca. Kotuko y la muchacha contaron sus aventuras. Los dos perros se sentaron en medio de los jóvenes y cuando oían pronunciar sus nombres alzaban una oreja y parecían avergonzarse de sí mismos. El perro que, tras haber enloquecido, recobra el juicio queda inmunizado para siempre, según dicen los inuit.

—Así que la tornaq no se olvidó de nosotros —dijo Kotuko—. Sopló la tempestad, el hielo se partió y la foca vino nadando tras los peces asustados por el temporal. Las nuevas guaridas de las focas están a menos de dos días de aquí. Los cazadores pueden salir mañana en busca de las que he matado con mi lanza. He dejado veinticinco enterradas en el hielo. Cuando nos las hayamos comido, seguiremos a las otras por el hielo.

—¿Qué haréis vosotros? —dijo el hechicero con el mismo tono de voz que empleaba para dirigirse a Kadlu, que era el más rico de los tununirmiut.

Kotuko miró a la muchacha del norte y dijo tranquilamente:

—Nosotros vamos a construir un iglú.

Con una mano señaló el lado noroeste del iglú de Kadlu, pues ese es el lado donde erige siempre su vivienda el hijo o hija que se casa.

La muchacha volvió la palma de las manos hacia arriba e hizo un leve gesto de desánimo con la cabeza. Era una extranjera a la que habían recogido medio muerta de hambre y no podía aportar ninguna dote al casarse.

Amortaq se levantó de un salto del banco en que estaba sentada y se puso a llenar de cosas el regazo de la muchacha: lámparas de esteatita, raspadores de hierro, ollas de estaño, pieles de ciervo adornadas con dientes de carnero almizclero y verdaderas agujas de las que usan los marineros para remendar velas, la mejor dote, en suma, que jamás se haya dado en los confines del Círculo Polar Ártico y que la muchacha del norte recibió inclinándose hasta rozar el suelo con la cabeza.

—¡Y estos también! —dijo Kotuko, riendo y señalando los perros, que frotaron sus fríos hocicos en el rostro de la muchacha.

—¡Ah! —carraspeó el angekok para darse importancia, como si hubiese

estado reflexionando sobre todo ello—. En cuanto Kotuko se marchó del poblado, fui a la Casa del Canto y entoné los cantos mágicos. Estuve cantando todas las noches, invocando al Espíritu del Reno. Mis cánticos hicieron que se desencadenase la tormenta que rompió el hielo y empujó a los dos perros hacia donde estaba Kotuko, a punto de perecer aplastado por el hielo. Mis cánticos llevaron la foca hacia la playa. Mi cuerpo se hallaba inmóvil en el quaggi, pero mi espíritu corría por el hielo, guiando a Kotuko y a los perros en todo cuanto hacían. Todo ha sido obra mía.

Todos estaban repletos de comida y amodorrados, por lo que nadie le llevó la contraria y el angekok, en virtud de su cargo, se sirvió otro pedazo de carne hervida y luego se tumbó como los demás para dormir arropado por el calor y la luz que había dentro de la estancia perfumada por el aceite.

Kotuko, que dibujaba muy bien al estilo de los inuit, labró escenas de sus aventuras en un trozo de marfil largo y liso, en un extremo del cual había un agujero. Cuando él y la muchacha se fueron al norte, a la Tierra de Ellesmere, aquel año que llamaron del Invierno Maravilloso, dejó a Kadlu la historia en imágenes. Pero Kadlu la perdió entre los guijarros cuando un verano se le estropeó el trineo en la orilla del lago Netilling, en Nikosiring, y allí lo encontró un inuit de la región la siguiente primavera y la vendió a un hombre de Imigen que hacía de intérprete en una ballenera del estrecho de Cumberland, que luego se la vendió a Hans Olsen, que más adelante embarcaría como contramaestre en un gran vapor que llevaba turistas al cabo Norte, en Noruega. Al terminar la temporada turística, el vapor hacía la ruta de Londres a Australia, con escala en Ceilán, donde Olsen vendió el marfil a un joyero cingalés a cambio de dos zafiros de imitación. Yo lo encontré entre unos trastos viejos en una casa de Colombo y lo he traducido de cabo a rabo.

ANGUTIVAUN TAINA

(He aquí una traducción muy libre de la «Canción del cazador que regresa», tal como la cantaban los hombres después de cazar focas con sus lanzas. Los inuit siempre repiten las cosas una y otra vez.)

Nuestros guantes están rígidos,
pues la sangre ya se ha helado,
la nieve cubre nuestras pieles,
mientras volvemos con las focas... ¡las focas!
tras cazar entre los hielos.

Au jana! Aua! Oha! Haq!
Corren y ladran los perros,
restallan los largos látigos y los hombres vuelven,
vuelven de los hielos.

Seguimos el rastro hasta el escondite
oímos a la foca escarbar el hielo,
y nos quedamos acechando, acechando,
tumbados en el hielo.

Alzamos la lanza cuando salió a respirar,
descargamos luego el golpe... ¡así!
así con ella jugamos y luego la matamos,
allá entre los hielos.

La sangre congelada endurece nuestros guantes,
la nieve ciega nuestros ojos,
pero regresamos a nuestras esposas,
regresamos de entre los hielos.

Au jana! Aua! Oha! Haq!
Raudos avanzan los cargados trineos,
y las mujeres oyen cómo sus hombres regresan,
regresan de entre los hielos.

LOS PERROS JAROS

Por nuestras noches luminosas y excelentes,
por las noches de veloz correr,
siguiendo el rastro, observando, cazando con astucia.
Por el aroma del alba pura, antes de que se esfume el rocío.
Por el correr entre la niebla tras la presa enloquecida.
Por el grito de nuestros compañeros

cuando el sambhur les planta cara,
por el riesgo y la lucha en plena noche,
por el dormir de día ante la guarida,
por todo ello vamos a la lucha.

¡Ladrad! ¡Ladrad!

Fue después de la invasión de la jungla cuando comenzó la parte más agradable de la vida de Mowgli. Tenía la conciencia tranquila propia de cuando se han pagado las deudas y toda la jungla era su amiga, y, además, le tenía un poquito de miedo. Con las cosas que hacía, veía y oía en sus vagabundeos por la jungla, visitando a unos y a otros, habría tema para muchas, muchísimas historias, cada una de ellas tan larga como esta. Así, pues, nunca se os contará cómo conoció al Elefante Loco de Mandla, el que mató a veintidós bueyes que tiraban de once carros cargados de plata acuñada con destino a la Tesorería del Gobierno, esparciendo luego por el suelo las brillantes rupias; ni cómo luchó con Jacala, el Cocodrilo, durante toda una noche, en los Pantanos del Norte, rompiendo su cuchillo de despellejar sobre las escamas que cubrían el lomo de la bestia. Tampoco se os contará cómo encontró un cuchillo nuevo, y más largo, que colgaba del cuello de un hombre al que había matado un jabalí, ni cómo siguió el rastro del animal y lo mató en pago del cuchillo; ni cómo una vez, durante la gran plaga de hambre, estuvo a punto de morir aplastado bajo las patas de los rebaños de ciervos que buscaban comida; ni cómo salvó a Hathi, el Silencioso, que estaba a punto de caer otra vez en una trampa en cuyo fondo había una afilada estaca, para, al día siguiente, ser él mismo el que cayó en una astuta trampa para cazar leopardos, de la que Hathi lo libró haciendo saltar en pedazos los barrotes de madera; ni cómo ordeñó a los búfalos salvajes del pantano, y cómo...

Pero no os lo puedo contar todo a la vez: hay que hacerlo cosa por cosa. Murieron Padre Lobo y Madre Loba, y Mowgli, tras tapar la entrada de la cueva con un gran peñasco, lloró y entonó la Canción Fúnebre por ellos. Baloo se hizo muy viejo y cada vez le resultaba más difícil moverse, y hasta Bagheera, que tenía nervios de acero y músculos de hierro, se volvió algo más lenta de lo que era cuando iba a cazar. A Akela el pelo, de puro viejo, se le transformó de gris en blanco como la leche, las costillas se le marcaban en los costados, caminaba como si estuviera hecho de madera y Mowgli tenía que cazar para él. Pero los lobos jóvenes, los hijos de la dispersada Manada de Seonee, crecieron y se hicieron fuertes y cuando sumaban ya cuarenta ejemplares de cinco años, sin amo, de recia voz y ágiles patas, Akela les dijo que debían agruparse y seguir la ley, y estar bajo la dirección de un jefe, como correspondía al Pueblo Libre.

No era esa cuestión en la que Mowgli quisiera entrometerse, ya que, según él mismo dijo, había comido frutas verdes y sabía de qué árbol colgaban. Pero cuando Phao, hijo de Phaona (su padre fue el Rastreador Gris en los días en que Akela era el jefe), luchó hasta conquistar el liderazgo de la Manada, como establecía la Ley de la Jungla, y de nuevo empezaron a sonar las viejas llamadas y canciones, Mowgli acudió a la Roca del Consejo, aunque solo fuese para recordar viejos tiempos. Al tomar él la palabra, la Manada le escuchó en silencio hasta que terminó y, además, se sentó al lado de Akela en la roca, más arriba de donde estaba Phao. Corrían buenos tiempos, la caza abundaba y se dormía bien. A ningún extraño se le ocurría meterse en las junglas que pertenecían al Pueblo de Mowgli, pues así llamaban por entonces a la Manada, de manera que los lobos pequeños engordaron sin ningún contratiempo y cada vez eran más los cachorros que había que llevar a la Roca del Consejo para que la Manada los inspeccionase. Mowgli asistía siempre a estas ceremonias de inspección, pues recordaba aquella noche en que una pantera negra había comprado para la Manada un cachorro moreno y desnudo, y la vieja llamada de «¡Fijaos, fijaos bien, oh lobos!» le estremecía el corazón. De no ser por eso, se habría quedado en la jungla con sus cuatro hermanos, probando, tocando y viendo cosas nuevas.

Un atardecer, cuando trotaba tranquilamente por los bosques para llevar a Akela la mitad de un gamo que había matado, seguido por los Cuatro, que retozaban y daban volteretas detrás de él, de pura alegría por estar vivos, oyó un grito que jamás había vuelto a oírse desde los infaustos tiempos en que Shere Khan aún vivía. Era lo que en la jungla llamaban el pheeal: un desagradable aullido que el chacal lanza cuando va de caza detrás del tigre o cuando va detrás de caza mayor. Si sois capaces de imaginaros una mezcla de odio, triunfo, temor y desespero, aderezado todo ello por una especie de tono malévolos, tendréis una idea de cómo era aquel pheeal que se alzaba y volvía a bajar, vibrando y temblando al otro lado del Waingunga, lejos de donde Mowgli se encontraba. Los Cuatro se detuvieron en el acto, con el pelo erizado y gruñendo. La mano de Mowgli se acercó al cuchillo y se detuvo, con el rostro enrojecido y el ceño fruncido.

—No hay ningún Rayado que se atreva a matar por aquí —dijo.

—Ese no es el grito del Herald —repuso Hermano Gris—. Es una gran cacería. ¡Escuchad!

De nuevo se oyó el grito, mitad sollozo y mitad risita burlona, como si el chacal tuviera labios suaves como los seres humanos. Mowgli aspiró una larga bocanada de aire y echó a correr hacia la Roca del Consejo, adelantándose a otros lobos de la Manada que se dirigían apresuradamente al mismo sitio. Phao y Akela ya se encontraban juntos en la roca y a sus pies, con los nervios de punta, se hallaban sentados los demás. Las madres y los cachorros

regresaban rápidamente a las guaridas, pues cuando se oye el pheeal no conviene que los débiles anden por ahí, fuera de casa.

No se oía nada más que el Waingunga corriendo y murmurando en la oscuridad, así como las suaves brisas del atardecer acariciando la copa de los árboles, pero de pronto, desde el otro lado del río, les llegó la llamada de un lobo. No era uno de los de la Manada, pues estos estaban reunidos en la roca sin que faltase uno solo. La llamada se prolongó hasta convertirse en un largo ladrido de desesperación:

—Dhole! Dhole! Dhole! Dhole!

Se oyeron unas pisadas cansinas sobre las rocas y apareció un lobo descarnado, con rayas rojas en los flancos, maltrecha una de sus patas delanteras, las fauces llenas de blanca espuma, que entró en el círculo y se tendió jadeando a los pies de Mowgli.

—¡Buena caza! ¿Quién es tu jefe? —dijo Phao con voz grave.

—¡Buena caza! Soy Won-tolla —contestó el recién llegado.

Quería decir que era un lobo solitario, que cuidaba de sí mismo, así como de su pareja y sus cachorros, y que vivía en alguna guarida apartada, como suelen hacer muchos lobos del sur. Won-tolla significa «el que vive fuera de cualquier manada». Después de hablar, el lobo redobló sus jadeos y observaron cómo todo él se estremecía con los latidos de su corazón.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó Phao, pues eso es lo que quiere saber toda la jungla después de oírse el pheeal.

—Los dholes, los dholes de Dekkan... ¡Perro Rojo, el Asesino! Han venido al norte desde el sur diciendo que el Dekkan estaba vacío y matando por el camino. Cuando esta luna era nueva los míos eran cuatro: mi pareja y tres cachorros. Ella les enseñaba a matar en las llanuras cubiertas de hierba, escondiéndose al ahuyentar a los gamos, como hacemos los que no vivimos en la selva. A medianoche los oí gritar a todos siguiendo el rastro. Al amanecer encontré sus cuerpos rígidos sobre la hierba... los cuatro, todos del Pueblo Libre, los cuatro eran míos cuando esta luna era nueva. Entonces me valí de mi Derecho de Sangre y busqué a los dholes.

—¿Cuántos eran? —se apresuró a preguntar Mowgli, mientras la Manada empezaba a gruñir.

—No lo sé. Tres de ellos no volverán a matar, pero al final me persiguieron como a un ciervo y tuve que correr cuanto pude con mis tres patas. ¡Mirad, Pueblo Libre!

Les mostró su maltrecha pata delantera, oscura a causa de la sangre seca. También los costados y la garganta los tenía llenos de crueles mordiscos.

—Come —dijo Akela, apartándose de la carne que Mowgli le había traído.

El forastero se arrojó vorazmente sobre ella.

—Eso no se habrá perdido —dijo humildemente en cuanto hubo aplacado un poco las acometidas del hambre—. Dejad que me reponga un poco, Pueblo Libre, y también yo mataré. Mi guarida estaba llena, pero ahora está vacía y aún no me he cobrado la Deuda de Sangre.

Phao oyó los dientes del forastero cerrándose con fuerza sobre un hueso y gruñó en señal de aprobación.

—Nos harán falta esas fauces —dijo—. ¿Había cachorros entre los dholes?

—No, no. Todos eran Cazadores Rojos, perros ya mayores, fuertes y gruesos a pesar de que en el Dekkan se alimentan de lagartos.

Lo que Won-tolla había dicho significaba que el dhole, el perro rojo y cazador del Dekkan, rondaba con ganas de matar, y la Manada sabía muy bien que hasta el tigre cedía una presa recién muerta cuando de los dholes se trataba, pues recorren la jungla en línea recta, derribando y despedazando cuanto encuentran a su paso. Aunque no son tan grandes como los lobos, ni la mitad de astutos que estos, son muy fuertes y numerosos. Los dholes, por ejemplo, no se consideran manada si su número es inferior a cien, mientras que bastan cuarenta lobos para formar una manada en toda la regla. En el transcurso de sus viajes, Mowgli había llegado hasta los límites de las llanuras cubiertas de hierba alta que hay en el Dekkan, y había visto a los atrevidos dholes durmiendo, jugando y rascándose en las pequeñas hondonadas y macizos de hierba espesa que utilizan a guisa de guarida. Los despreciaba y odiaba, ya que su olor no se parecía al del Pueblo Libre debido a que no vivían en cuevas y, sobre todo, debido a que el vello les crecía entre los dedos de las patas, mientras que no era así en el caso de Mowgli y sus amigos. Pero sabía, puesto que Hathi se lo había contado, lo terribles que eran los dholes cuando iban de caza. Incluso Hathi se echa a un lado para que pase la interminable hilera que no se detiene hasta que los maten o la caza empiece a escasear.

También Akela sabía algo acerca de los dholes, pues le dijo a Mowgli en voz baja:

—Es mejor morir con toda la Manada que solo y sin jefe. Esta va a ser una buena cacería..., la última para mí. Pero sabiendo lo que viven los hombres, a ti te quedan aún por ver muchos días y muchas noches, Hermanito. Vete al norte y descansa. Si queda alguien vivo cuando hayan pasado los dholes, te llevará noticias de la lucha.

—Ah —repuso Mowgli con la cara muy seria—. ¿Debo irme a los pantanos, a pescar pececillos y dormir en los árboles, o a cascar nueces con los

Bandar-log, mientras la Manada lucha aquí abajo?

—La lucha será a muerte —dijo Akela—. Nunca te has enfrentado con los dholes... el Asesino Rojo. Ni siquiera el Rayado...

—Aowa! Aowa! —dijo Mowgli ásperamente—. Yo he matado un mono rayado y estoy seguro de que Shere Khan habría abandonado a su pareja para que se la comieran los dholes, de haber olfateado la presencia de una manada por los alrededores. Ahora escuchadme: había un lobo que era mi padre y una loba que era mi madre y otro lobo viejo y gris (que no era muy sabio y ahora se ha vuelto blanco) que era mi padre y mi madre. Por lo tanto, os digo... —alzó la voz— que cuando vengan los dholes, si vienen, Mowgli luchará al lado del Pueblo Libre, pues es uno de ellos y os digo, ¡por el buey con que me compraron! ¡Por el buey que Bagheera pagó por mí en aquellos viejos tiempos de los que la Manada ya no se acuerda!, os digo, y que los árboles y el río me lo echen en cara si lo olvido, que mi cuchillo será un colmillo más de la Manada... y me parece que más afilado todavía. Esta es mi palabra.

—No conoces a los dholes, hombre con lengua de lobo —dijo Won-tolla—. Yo solo aspiro a cobrarme la Deuda de Sangre antes de que me despedacen. Viajan despacio, matando sobre la marcha, pero en un par de días recobraré un poco mis fuerzas y volveré a cobrarme la Deuda de Sangre. Pero en lo que respecta a vosotros, Pueblo Libre, mi consejo es que os marchéis al norte y comáis poco hasta que los dholes se hayan ido. No va a haber carne en esta cacería.

—¡Oíd al forastero! —exclamó Mowgli, soltando una carcajada—. Ya sabéis lo que tenéis que hacer, Pueblo Libre: ir al norte y cazar lagartos y ratas en la orilla del río, no fuera el caso que os encontraseis con los dholes. Hay que dejarles que cacen a sus anchas en nuestro territorio mientras nosotros nos escondemos hasta que les plazca devolvernos lo que es nuestro. No son más que perros, cachorros de perros, rojos, con el vientre amarillo, sin guarida y con pelo entre los dedos de las patas. Cada vez que crían tienen seis u ocho cachorros, igual que Chikai, la ratita saltarina. Está bien claro que debemos huir corriendo, Pueblo Libre, y suplicar a los pueblos del norte que nos dejen comer los restos de las reses que maten ellos. Ya conocéis el refrán: «En el norte están las sabandijas y en el sur los piojos». ¡Nosotros somos la jungla! ¡Escoged, pues, escoged! ¡Será una buena cacería! Por la Manada... por toda la Manada. Por las guaridas y las crías. Por lo que se mata dentro y lo que se mata fuera. Por la compañera que persigue al ciervo y cuida del cachorro en la guarida. ¡Jurad que lucharéis! ¡Juradlo! ¡Juradlo!

La Manada contestó con un ladrido profundo y atronador que se oyó en la noche como el ruido de un corpulento árbol al venirse abajo.

—¡Lo juramos!

—Quedaos con estos —dijo Mowgli a los Cuatro—. Nos harán falta todos los colmillos. Phao y Akela deben aprestarse para la batalla. Yo voy a contar cuántos perros son.

—¡Eso es la muerte! —exclamó Won-tolla, incorporándose a medias—. ¿Qué puede hacer un sin pelo como tú contra los perros rojos? Recuerda que hasta el Rayado...

—¡En verdad que eres un forastero! —le respondió Mowgli—. Pero ya hablaremos cuando los dholes hayan muerto. ¡Buena caza a todos!

Se adentró rápidamente en la oscuridad, presa de la excitación, sin apenas fijarse dónde ponía los pies y, como era de esperar, cayó cuan largo era sobre los anillos de Kaa, que estaba acechando un sendero por el que los ciervos bajaban a beber en el río.

—Kssha! —exclamó Kaa, enojada—. ¿Es esta forma de andar por la jungla, corriendo y haciendo tanto ruido que la caza se asusta?

—Ha sido culpa mía —dijo Mowgli, levantándose—. La verdad es que te andaba buscando, Cabeza Plana. Pero cada vez que te encuentro has crecido tanto como largo es mi brazo. No hay nadie como tú en la jungla, sabia, vieja, fuerte y bellísima Kaa.

—¿Adónde iré a parar este rastro? —dijo Kaa con voz más amable—. Aún no hace una luna desde el día en que un hombrecillo armado con un cuchillo me tiró piedras a la cabeza y me insultó porque me encontraba durmiendo al aire libre.

—Sí, y asustabas todos los ciervos a los cuatro vientos, y Mowgli estaba cazando y esta misma Cabeza Plana era demasiado sorda para oír sus silbidos y dejar libre el paso para los ciervos —repuso Mowgli sosegadamente, sentándose entre los pintados anillos de Kaa.

—Y ahora el mismo hombrecillo se presenta con palabras suaves y zalameras a la misma Cabeza Plana y le dice que es sabia, fuerte y bella, y esa misma Cabeza Plana se lo cree y le hace sitio al mismo hombrecillo que le tiraba piedras y... ¿Estás cómodo? ¿Acaso Bagheera podría proporcionarte tan buen lugar para reposar?

Kaa, como de costumbre, había hecho de su cuerpo una especie de hamaca para que en ella se tumbase Mowgli. El muchacho tanteó la oscuridad y buscó acomodo en el flexible cuello de Kaa, cuya cabeza se apoyó en su hombro, y entonces le contó a la serpiente todo cuanto había sucedido aquella noche en la jungla.

—Sabia puede que lo sea —dijo Kaa al terminar la narración—, pero de que soy sorda estoy segura. De lo contrario habría oído el pheeal. No es raro

que los Comedores de Hierba anden inquietos. ¿Cuántos son los dholes?

—Aún no los he visto. Vine corriendo a buscarte. Tú eres más vieja que Hathi, pero, oh Kaa... —Al llegar aquí Mowgli se puso a temblar de puro gozo—. Será una buena cacería. Pocos seremos los que vuelvan a ver la luna.

—¿Tú también te has metido en esto? Recuerda que eres un hombre y que la Manada te expulsó de su seno. Deja que los lobos se las entiendan con los perros. Tú eres un hombre.

—Las nueces del año pasado son la tierra negra de este año —dijo Mowgli—. Cierto es que soy un hombre, pero el estómago me dice esta noche que soy un lobo. Lo dije ante los árboles y el río, para que me lo echasen en cara si lo olvidaba. Seré del Pueblo Libre, Kaa, hasta que los dholes se hayan ido.

—¡El Pueblo Libre! —gruñó Kaa—. ¡Los ladrones libres! ¿Y te has atado a ellos con el nudo de la muerte en recuerdo de los lobos que murieron? Esto no es cazar bien.

—He dado mi palabra. Los árboles lo saben, y el río también. Hasta que los dholes se hayan marchado no se me devolverá mi palabra.

—Ngssa! Esto lo cambia todo. Pensaba llevarte conmigo a los Pantanos del Norte, pero la palabra, incluso la palabra de un hombrecillo desnudo y sin pelo, es la palabra. Pues ahora, yo Kaa, te digo...

—Piénsalo bien, Cabeza Plana, o tú misma te atarás con el nudo de la muerte. No necesito tu palabra, pues sé muy bien...

—Así sea, pues —dijo Kaa—. No daré mi palabra, pero ¿qué piensas hacer cuando vengan los dholes?

—Tienen que cruzar el Waingunga a nado. Pensaba aguardarlos en los bajíos, con el cuchillo y la Manada a mis espaldas, y desviarlos río abajo a cuchilladas y mordiscos, o refrescarles la garganta.

—Los dholes no se desvían jamás y siempre tienen la garganta caliente —dijo Kaa—. Cuando termine esa cacería no quedará vivo ningún hombrecillo ni ningún cachorro de lobo: solo habrá un montón de huesos pelados.

—Alala! Si hay que morir, moriremos. Será una cacería muy buena. Pero soy joven y no he visto muchas lluvias. No soy sabio ni fuerte. ¿Tienes tú un plan mejor, Kaa?

—He visto cientos y cientos de lluvias. Antes de que a Hathi se le cayeran los colmillos de leche yo ya dejaba un ancho rastro tras de mí. ¡Por el Primer Huevo! Soy más vieja que muchos árboles y he visto todo lo que ha hecho la jungla.

—Pero esta cacería es nueva —dijo Mowgli—. Los dholes nunca se habían

cruzado en nuestro camino.

—Lo que es ya ha sido antes. Lo que será no es más que un año ya olvidado que ahora vuelve. No te muevas mientras cuento mis años.

Durante una hora larga Mowgli permaneció tendido entre los anillos mientras Kaa, con la cabeza inmóvil, apoyada en el suelo, repasaba todo lo que había visto y conocido desde el día en que saliera del huevo. La luz pareció esfumarse de sus ojos y dejarlos como ópalos gastados. De vez en cuando movía la cabeza ligeramente, a uno y otro lado, como si cazase en sueños. Mowgli aprovechó para descabezar un sueñecito, pues sabía que no hay nada como dormir un poco antes de cazar y le habían enseñado a aprovechar cualquier momento del día o de la noche para dormir un poco.

Luego sintió que el lomo de Kaa se ensanchaba debajo de él, mientras la enorme pitón resoplaba y silbaba con un ruido que recordaba el de una espada al salir de una vaina de acero.

—He visto todas las estaciones muertas —dijo por fin Kaa—, y los grandes árboles, los viejos elefantes y las rocas que estaban desnudas y afiladas antes de que el musgo las cubriera. ¿Sigues vivo, hombrecillo?

—Hace solo unos instantes que se ha puesto la luna —dijo Mowgli—. No entiendo...

—Hssh! Ya vuelvo a ser Kaa. Sabía que solo había pasado un momentito. Ahora iremos al río y te mostraré lo que hay que hacer contra los dholes.

Se dirigió como una flecha hacia el curso principal del Waingunga y se zambulló en el agua un poco más arriba del estanque que ocultaba a la Roca de la Paz, llevando a Mowgli a su lado.

—No hace falta que nades. Yo soy rápida. Cógete a mi espalda, Hermanito.

Mowgli pasó el brazo izquierdo por el cuello de Kaa, dejó caer el derecho a su costado y estiró bien los pies. Entonces Kaa arrostró la corriente como solo ella era capaz de hacer, mientras la leve ondulación del agua rodeaba el cuello de Mowgli, cuyos pies oscilaban de un lado a otro a causa de los bandazos que daba la pitón al surcar el agua. Una o dos millas más arriba de la Roca de la Paz el Waingunga se hace más estrecho al cruzar una garganta de rocas de mármol de veinticinco o treinta metros de altura y la corriente se desliza como por el canal de un molino entre y por encima de un amenazador pedregal. Pero Mowgli no se preocupó por el agua: pocas aguas hay en el mundo que pudieran haberle asustado. Iba mirando las dos paredes de la garganta y olfateando el aire con inquietud, pues percibía un olor entre dulce y agrio que le hizo pensar en el que salía de los hormigueros cuando hacía calor. Instintivamente se sumergió en las aguas, sacando solo de vez en cuando la

cabeza para respirar, hasta que Kaa ancló en una roca que rodeó dos veces con su cola, sosteniendo a Mowgli en el hueco de uno de sus anillos, mientras las aguas pasaban velozmente por su lado.

—Este es el Lugar de la Muerte —dijo el muchacho—. ¿Por qué hemos venido aquí?

—Duermen —dijo Kaa—. Hathi no se aparta de su camino para dejar paso al Rayado. Pero tanto Hathi como el Rayado se apartan para que pasen los dholes, y estos no se apartan por nadie. Y, pese a todo, ¿por quién se aparta de su camino el Pueblo Pequeño de las Rocas? Dime, Amo de la Jungla, ¿quién es el Amo de la Jungla?

—Estas —susurró Mowgli—. Estamos en el Lugar de la Muerte. Vámonos de aquí.

—No. Observa atentamente, porque están durmiendo. Todo está igual que cuando yo era más corta que tu brazo.

Las rocas agrietadas y erosionadas de la garganta del Waingunga venían siendo utilizadas, desde el principio de la jungla, por el Pequeño Pueblo de las Rocas: las hacendosas, furiosas y negras abejas silvestres de la India. Y, como muy bien sabía Mowgli, todos los rastros cambiaban de dirección media milla antes de llegar a la garganta. Desde hacía siglos el Pueblo Pequeño construía sus panales y volaba en enjambres de roca en roca, manchando el mármol blanco con miel rancia, levantando altos avisperos en la oscuridad de las cuevas, donde ni hombres ni bestias, ni el fuego ni el agua jamás las habían molestado. De un extremo a otro de las dos paredes de la garganta colgaban espesas y relucientes cortinas de terciopelo negro. Mowgli se hundió en el agua al verlas, pues aquellas cortinas las formaban millones y millones de abejas dormidas. Se veían otros bultos y colgajos y cosas que parecían troncos podridos pegados en la pared de roca: eran los avisperos abandonados años atrás o nuevas ciudades construidas a la sombra de aquella garganta por donde no soplaban el viento, mientras que enormes masas de desperdicios esponjosos y podridos se habían desprendido, rodando por la pared hasta quedar enganchadas entre los árboles y las lianas que se aferraban a la roca. Al aguzar el oído oyó más de una vez el zumbido de un panal atiborrado de miel que se desplomaba en alguna parte de las tenebrosas galerías. Se escuchaba luego el estruendo de alas que volaban furiosamente y el sordo gotear de la miel que se perdía y formaba regueros que finalmente llegaban a una de las cornisas del exterior y empezaban a gotear lentamente sobre los árboles que había más abajo. En una de las orillas había una minúscula playa, de apenas metro y medio de ancho, en la que se amontonaban los desperdicios de años y más años: abejas y zánganos muertos, porquerías, panales podridos, alas de polillas que se habían extraviado al volar en pos de la miel, todo ello formando

montículos de finísimo polvo negro. El penetrante olor que de allí salía bastaba para asustar a cualquier ser que no tuviera alas y supiera quiénes eran el Pueblo Pequeño.

Kaa volvió a remontar la corriente y finalmente llegaron a un banco de arena que había en el extremo superior de la garganta.

—He aquí la caza de esta temporada —dijo—. ¡Mira!

Sobre la arena yacían los esqueletos de un par de ciervos jóvenes y de un búfalo. Mowgli pudo ver que ni los lobos ni los chacales habían tocado aquellos huesos, que yacían en el suelo tal como habían quedado.

—Cruzaron los límites —murmuró Mowgli—. No conocían la ley y el Pueblo Pequeño los mató. Vámonos antes de que se despierten.

—No lo harán antes del amanecer —dijo Kaa—. Ahora voy a contarte una cosa. Hace muchas, muchas lluvias, un gamo del sur, al verse acosado, llegó aquí. No conocía la jungla y tras él corría una manada. Ciego de terror, saltó desde lo alto mientras su manada se quedaba mirándolo desde arriba. El sol estaba muy alto y el Pueblo Pequeño era numeroso y se sentía furioso. También muchos de su manada saltaron al Waingunga, pero murieron antes de llegar al agua. Los que no saltaron murieron también, en las rocas de arriba. Pero el gamo sobrevivió.

—¿Cómo?

—Porque fue el primero en llegar, corriendo para salvar la vida, y saltó antes de que el Pueblo Pequeño se diera cuenta de su presencia y ya estaba en el río cuando se reunieron en enjambre para matar. Su manada, al hacerlo más tarde, pereció bajo el peso del Pueblo Pequeño.

—¿El gamo siguió con vida? —dijo Mowgli lentamente.

—Al menos no murió entonces, aunque no lo aguardaba abajo nadie que tuviera fuerza suficiente para evitar que pereciese en el agua, como haría cierta Cabeza Plana, gorda, vieja y sorda, que esperaba a un hombrecillo que yo conozco, aunque todos los dholes del Dekkan fuesen tras él. ¿Qué estás pensando?

La cabeza de Kaa estaba muy cerca de la oreja de Mowgli, pero transcurrieron unos instantes antes de que el muchacho contestara.

—Eso es como tirar de los mismísimos bigotes de la Muerte, pero... Kaa, en verdad que eres la más sabia de toda la jungla.

—Así lo han dicho muchos. Mira, si los dholes te siguen...

—Como sin duda harán. ¡Jo, jo! Tengo muchas espinitas debajo de la lengua para pincharles el pellejo.

—Si te siguen ciegos de furia, sin ver nada más que tu espalda, los que no mueran allá arriba caerán al agua aquí o un poco más abajo, pues el Pueblo Pequeño se lanzará sobre ellos. Ahora bien, el Waingunga es un río hambriento y no habrá en él ninguna Kaa que los espere para que la corriente no se los lleve. Las aguas arrastrarán a los que sobrevivan hasta los bancos de arena que hay cerca de las Guaridas de Seonee y allí la Manada los estará esperando para saltarles a la garganta.

—Ahai! Eowawa! No puede haber cosa mejor mientras las lluvias no caigan en la estación seca. Solo queda un detallito por resolver: el del correr y el saltar. Haré que los dholes me vean, para que me persigan de cerca.

—¿Has visto las rocas que hay allí arriba, desde el lado de tierra?

—Es verdad. No las he visto. Se me había olvidado.

—Pues ve a echarles un vistazo. Todo el terreno está podrido, lleno de gritas y agujeros. Bastaría que uno de tus torpes pies se metiera sin querer en un agujero para que la cacería terminase. Mira, voy a dejarte aquí, y solo por tratarse de ti, iré a avisar a la Manada, para que sepan por dónde deben buscar a los dholes. Pero ten bien presente que no soy de la misma piel que ninguna especie de lobo.

Cuando a Kaa no le caía simpático alguien, sabía ser más desagradable que cualquier otro miembro del Pueblo de la Jungla, con la posible excepción de Bagheera. Se marchó nadando río abajo y, al llegar a la roca, se encontró con Phao y Akela, que estaban escuchando los ruidos de la noche.

—Hssh! Perros —dijo alegremente—. Los dholes vendrán por el río. Si no tenéis miedo, podréis matarlos en los bancos de arena.

—¿Cuándo llegarán? —dijo Phao—. ¿Y dónde está mi Cachorro de Hombre? —dijo Akela.

—Llegarán cuando lleguen —repuso Kaa—. Esperad y ya los veréis. En cuanto a tu Cachorro de Hombre, al que le has tomado la palabra, dejándolo así expuesto a la Muerte, tu Cachorro de Hombre está conmigo, y si a estas horas no ha muerto, no será por culpa tuya, ¡perro descolorido! Tú quédate aquí, esperando a los dholes, y alégrate de que el Cachorro de Hombre y yo estemos de tu parte.

Kaa regresó rápidamente a la garganta y se detuvo en medio de ella, mirando hacia lo alto del precipicio. Al poco vio la cabeza de Mowgli recortándose sobre el cielo estrellado, luego se oyó un silbido en el aire y el chapoteo de un cuerpo al caer de pies en el agua, y en cuestión de unos instantes el muchacho volvía a reposar apoyado en el cuerpo de Kaa.

—Es un salto insignificante si se hace de noche —dijo Mowgli

tranquilamente—. Ya he saltado dos veces solo para divertirme, pero arriba es muy mal lugar. Está lleno de arbustos y de grietas muy profundas, ocupadas todas ellas por el Pueblo Pequeño. Al borde de las grietas he colocado piedras grandes, una encima de otra. Al correr, las echaré abajo con los pies y el Pueblo Pequeño se levantará detrás de mí, muy enfadado.

—Esa forma de hablar y esa astucia son propias del hombre —dijo Kaa—. Eres sabio, pero el Pueblo Pequeño siempre está enfadado.

—No. Al caer la noche todas las alas descansan, cerca y lejos de aquí. Entonces podré burlarme de los dholes, ya que ellos cazan mejor de día. A estas horas estarán siguiendo el rastro de sangre que ha dejado Won-tolla.

—Chil nunca abandona un buey muerto y los dholes nunca abandonan un rastro de sangre —dijo Kaa.

—Pues yo les haré un nuevo rastro con su propia sangre, si puedo, y les haré comer tierra. ¿Te quedarás aquí, Kaa, hasta que regrese con mis dholes?

—Sí, pero ¿y si te matan en la jungla o el Pueblo Pequeño acaba contigo antes de que puedas saltar al río?

—Cuando llegue mañana, cazaremos para mañana —dijo Mowgli, citando un refrán de la jungla y añadiendo seguidamente—: Cuando me muera será el momento de cantar la Canción Fúnebre. ¡Buena caza, Kaa!

Soltó el cuello de Kaa y se fue garganta abajo como un tronco flotando en la riada, nadando hacia la orilla más alejada, donde el río formaba un remanso, y soltando carcajadas de pura felicidad. Nada le gustaba más a Mowgli que, como él decía, «tirar a la Muerte de los bigotes» y demostrar a la jungla que él era su jefe supremo. A menudo, con la ayuda de Baloo, había robado nidos de abeja en árboles solitarios y sabía que el Pueblo Pequeño detestaba el olor de los ajos silvestres. Por lo tanto, cogió un ramillete, lo ató con fibra de corteza y se puso a seguir el rastro de sangre de Won-tolla, que desde las guaridas se dirigía hacia el sur. Lo siguió durante unas cinco millas, mirando a los árboles con la cabeza ladeada y riéndose burlonamente.

—Mowgli la Rana he sido —decía para sí—. Mowgli el Lobo he dicho que soy. Ahora debo ser Mowgli el Mono antes de convertirme en Mowgli el Gamo. Al final seré Mowgli el Hombre. ¡Ja!

Pasó el dedo pulgar por los cuarenta y cinco centímetros que medía la hoja de su cuchillo.

El rastro de Won-tolla, que era una línea de oscuras manchas de sangre, corría por un bosque de espesos árboles que crecían muy juntos unos de otros y se extendían hacia el nordeste, disminuyendo gradualmente su número hasta llegar a unas dos millas de las Rocas de las Abejas. Desde el último árbol

hasta la zona de monte bajo que había en las Rocas de las Abejas era necesario cruzar un trecho al descubierto, donde apenas podía ocultarse un lobo. Mowgli siguió avanzando a buen paso al amparo de los árboles, calculando las distancias entre una rama y otra, subiendo de vez en cuando a un árbol y haciendo la prueba de saltar hasta el siguiente, hasta que finalmente llegó al espacio despejado, que estuvo estudiando cuidadosamente durante una hora. Luego dio media vuelta, volvió al punto por donde había abandonado el rastro de Won-tolla, se acomodó en un árbol que tenía una rama muy saliente, a cosa de un metro y medio del suelo, y se quedó sentado, afilando el cuchillo en la planta de uno de sus pies y cantando para sí.

Poco antes del mediodía, cuando el sol calentaba mucho, oyó un ruido de pisadas y olfateó el abominable olor de la manada de dholes que seguía implacablemente el rastro de Won-tolla. Visto desde arriba, el dhole rojo no parece ni la mitad de grande que un lobo, pero Mowgli sabía muy bien lo fuertes que son sus patas y fauces. Observó la cabeza puntiaguda del jefe de la manada, que estaba husmeando el rastro, y dijo:

—¡Buena caza!

La bestia levantó la vista, al tiempo que sus compañeros se detenían detrás de él. Había veintenas y más veintenas de perros rojos de cola colgante, gruesas espaldas, débiles cuartos traseros y boca sanguinaria. Por lo general, los dholes son seres muy silenciosos y no tienen modales ni siquiera en su propia jungla. Habría por lo menos doscientos ejemplares agrupados a sus pies, pero pudo ver que los jefes seguían husmeando ávidamente el rastro de Won-tolla, tratando de que la manada los siguiera. Había que evitarlo, pues hubieran llegado a las guaridas en plena luz del día. Mowgli se propuso entretenerlos a los pies de su árbol hasta el atardecer.

—¿Quién os ha dado permiso para venir aquí? —preguntó Mowgli.

—Todas las junglas son nuestra jungla —le replicó un dhole, enseñándole sus blancos dientes.

Mowgli miró hacia abajo, sonrió e hizo una imitación perfecta del parloteo de Chikai, la rata saltarina del Dekkan, con lo que quería que los dholes comprendieran que no los consideraba mejores que Chikai. La manada se apretujó alrededor del árbol y el jefe de la misma se puso a ladrar salvajemente, calificando a Mowgli de mono de los árboles. Por toda respuesta, Mowgli extendió una de sus desnudas piernas y movió los dedos de los pies a poca distancia por encima de la cabeza del jefe. Eso bastó de sobras para que la manada fuese presa de estúpida rabia. A los que les crece el pelo entre los dedos de los pies no les gusta que se lo recuerden. Mowgli apartó el pie en el instante en que el jefe daba un salto para atrapérselo y con voz dulce dijo:

—¡Perro, perro rojo! Vuelve al Dekkan a comer lagartos. Vuelve con Chikai, tu hermano... Perro, perro... ¡perro rojo, rojo! ¡Tienes pelo entre los dedos de los pies!

Por segunda vez movió los suyos.

—¡Baja antes de que te obliguemos a rendirte por hambre, mono pelado! —gritó la manada.

Era exactamente lo que Mowgli deseaba. Se tumbó cuan largo era sobre la rama, con la mejilla apoyada en la corteza y el brazo derecho libre, y en esta postura le dijo a la manada lo que pensaba y sabía de ella, de sus modales y costumbres, de sus compañeras y de sus cachorros. No hay en el mundo lenguaje más rencoroso y mortificante como el que emplea el Pueblo de la Jungla para expresar su desprecio y su desdén. Si os paráis a pensarlo, os daréis cuenta de cuán cierto es esto. Como Mowgli le había dicho a Kaa, tenía muchas espinitas debajo de la lengua y lentamente, premeditadamente, hizo que del silencio los dholes pasaran a los gruñidos, de los gruñidos a los alaridos y de los alaridos a un verdadero delirio de broncos ladridos. Intentaron responder a sus pullas, pero igual éxito habría tenido un cachorro enfrentándose con la furia de Kaa. Y mientras hacía todo esto, la mano derecha de Mowgli permanecía encorvada a un lado, lista para entrar en acción, los pies aferrándose a la rama. El jefe de la manada ya había dado muchos saltos en el aire, pero Mowgli no se atrevía a correr el riesgo de descargar un golpe en falso. Finalmente, el perro, impulsado por la furia que lo cegaba, saltó casi dos metros y al instante la mano de Mowgli, rápida como una serpiente, lo asió por el cuello, mientras el peso del animal hacía temblar la rama, casi haciendo caer a Mowgli. Pero el muchacho no perdió el equilibrio y poco a poco fue izando a la bestia, que parecía un chacal ahogado, hasta la rama. Con la mano izquierda cogió el cuchillo y cortó la cola roja y peluda, arrojando luego el dhole al suelo. No necesitaba hacer más. La manada no seguiría el rastro de Won-tolla hasta haber dado muerte a Mowgli o hasta que Mowgli los hubiese matado a ellos. Vio que se sentaban en círculos y que las ancas les temblaban de un modo que indicaba su intención de quedarse, por lo que el muchacho trepó un poco más arriba, se sentó en la bifurcación de dos ramas, apoyó la espalda cómodamente y se durmió.

Al cabo de tres o cuatro horas despertó y pasó revista a la manada. Estaban todos silenciosos, hoscos, adustos, con ojos de acero. El sol comenzaba a ponerse. Faltaba media hora para que el Pueblo Pequeño de las Rocas diera por finalizadas las labores del día y, como sabéis, el crepúsculo no es el momento del día en que el dhole lucha mejor.

—No necesitaba tan fieles guardianes —dijo cortésmente, poniéndose de pie en una rama—, pero me acordaré de esto. Sois verdaderos dholes, pero, a

mi modo de ver, os parecéis demasiado. Por esto no le devuelvo la cola a ese grandullón comedor de lagartos que hay ahí abajo. ¿No estás contento, Perro Rojo?

—¡Yo mismo te arrancaré el estómago! —gritó el jefe, arañando la base del árbol.

—¡No! Piensa un poco, rata sabia del Dekkan. Ahora nacerán muchos perritos rojos sin cola, con un muñón en carne viva que les dará picor cuando la arena esté caliente. Vete a casa, Perro Rojo, y di que esto te lo ha hecho un mono. ¿No quieres irte? Entonces ven, ven conmigo y yo te enseñaré.

Saltó como un Bandar-log al árbol más cercano y luego al siguiente y al otro, seguido por la manada que alzaba hacia él sus fauces hambrientas. De vez en cuando fingía perder el equilibrio y, en su afán por darle muerte al caer al suelo, los perros chocaban unos con otros. Era un curioso espectáculo: el muchacho del cuchillo que relucía a la mortecina luz del sol al moverse por las ramas más altas y la silenciosa manada con sus chaquetas rojas, encendidas, siguiéndolo desde abajo en medio de una gran confusión. Al llegar al último árbol, cogió el ajo silvestre y se frotó cuidadosamente todo el cuerpo con él, mientras los dholes aullaban desdeñosamente:

—¿Crees que podrás disimular tu olor, mono con lengua de lobo? Te seguiremos hasta matarte.

—Ahí tienes tu cola —dijo Mowgli, arrojándola por donde había venido.

Instintivamente, la manada se abalanzó sobre la cola.

—Y ahora seguidme... hasta la muerte.

Tras deslizarse hasta el suelo por el tronco del árbol, echó a correr como el viento hacia las Rocas de las Abejas antes de que los dholes se percatasen de lo que iba a hacer.

Profirieron un largo y lúgubre aullido y seguidamente empezaron a correr con ese medio galope persistente que es capaz de agotar al más pintado de los perseguidos. Mowgli sabía que cuando corrían todos a la vez lo hacían mucho más despacio que los lobos, ya que, de lo contrario, no se le habría ocurrido arriesgarse a correr dos millas a campo abierto. Los dholes estaban seguros de que acabarían por atrapar al muchacho, tanto como él lo estaba de que podía hacer lo que quisiera con ellos. Lo único que debía procurar era que lo siguieran de cerca, lo suficiente para que no pudieran dar media vuelta demasiado pronto. Corría limpiamente, sin variar el ritmo, con ágiles movimientos. El jefe sin cola lo seguía a menos de cinco metros y detrás de este iba el resto de la manada, que cubriría casi un cuarto de milla de tan larga como era. Corrían ciegamente, enfurecidos por el deseo de matar. Mowgli se

fiaba de sus oídos para mantener la distancia que le separaba de los dholes, reservando el último esfuerzo para la carrera que tendría que hacer a través de las Rocas de las Abejas.

El Pueblo Pequeño se había acostado al empezar a ponerse el sol, pues no estaban en la estación en que las flores se abren tarde. Pero cuando sus primeras pisadas resonaron en el terreno hueco, Mowgli oyó un zumbido como si la tierra entera se pusiera en marcha. Entonces empezó a correr como jamás lo había hecho, al tiempo que lanzaba uno, dos, tres montones de piedras al interior de las grietas oscuras de donde surgía un dulce olor. Se oyó un rugido igual que el del mar irrumpiendo en una gruta y por el rabillo del ojo vio que el aire se volvía oscuro a sus espaldas, mientras que a sus pies aparecía la corriente del Waingunga, por cuya superficie asomaba una cabeza plana, con forma de diamante. Mowgli saltó con todas sus fuerzas, con el dhole sin cola tratando de clavarle los colmillos en la espalda, y fue a parar con los pies por delante al refugio que el río le ofrecía, sin respiración y con aire triunfante. Ni una sola picada había sufrido, ya que el olor a ajo había contenido al Pueblo Pequeño durante los escasos segundos de su permanencia entre ellos. Cuando surgió a la superficie, los anillos de Kaa le facilitaron un punto de apoyo. De lo alto del precipicio caían cosas al agua: grandes racimos de abejas, al parecer, que caían como plomos. Pero antes de que cualquiera de ellos tocara el agua, las abejas volaban hacia arriba y el cuerpo de un dhole era arrastrado río abajo por la corriente. De lo alto llegaban aullidos breves y furiosos que quedaban ahogados por un rugido parecido al de las olas al romper sobre la playa: era el rugido de las alas del Pueblo Pequeño de las Rocas. Algunos dholes, además, habían caído a las grietas que comunicaban con las cuevas subterráneas, donde, medio asfixiados, se debatían desesperadamente, lanzando mordiscos al aire entre los panales derribados, hasta que por fin eran levantados, incluso cuando ya habían muerto, por las alas de las abejas y salían disparados por el agujero que había en la pared de la garganta, desde el cual iban a parar rodando a los montones de negros desperdicios. Algunos perros, al saltar, quedaban detenidos por los árboles del precipicio, acosados por una nube de abejas que impedía distinguirlos claramente. Pero la mayoría, enloquecidos por los aguijonazos, había saltado al río y, como dijera Kaa, el Waingunga era un río hambriento.

Kaa sujetó fuertemente a Mowgli hasta que el pequeño recobró el aliento.

—No podemos quedarnos aquí —dijo—. El Pueblo Pequeño está furioso de verdad. ¡Vamos!

Nadando con la cabeza baja, sumergiéndose de vez en cuando, Mowgli se fue río abajo, con el cuchillo en la mano.

—Despacio, despacio —dijo Kaa—. Un colmillo no mata cien presas a

menos que sea el de una cobra, y muchos de los dholes se arrojaron rápidamente al río en cuanto vieron alzarse al Pueblo Pequeño.

—Pues trabajo de más para mi cuchillo. Phai! ¡Cómo nos sigue el Pueblo Pequeño!

Mowgli se zambulló otra vez. La superficie del agua estaba cubierta de abejas enfurecidas que zumbaban amenazadoramente y picaban cuanto había a su alcance.

—Nunca se ha perdido nada por culpa del silencio —dijo Kaa, cuyas escamas ningún aguijón podía atravesar— y te queda toda la larga noche para cazar. ¡Escucha cómo aúllan!

Casi la mitad de la manada, al ver la trampa en que habían caído sus compañeros, había vuelto grupas para arrojar al río allí donde la garganta formaba una especie de empinadas márgenes. Los gritos de rabia y las amenazas que proferían contra el «mono» causante de semejante vergüenza se mezclaban con los alaridos y gruñidos de los que eran castigados por el Pueblo Pequeño. Quedarse en tierra significaba morir, y cada uno de los dholes lo sabía. La manada fue barrida por la corriente hasta llegar a las aguas profundas del Estanque de la Paz, pero incluso hasta allí los seguía el enfurecido Pueblo Pequeño, obligándolos a seguir nadando. Mowgli pudo oír la voz del jefe sin cola que instaba a su gente a resistir y matar a todos los lobos de Seeonee. Pero no perdió el tiempo quedándose a escuchar.

—¡Alguien nos sigue en la oscuridad para matarnos! —exclamó un dhole—. ¡La sangre tiñe el agua!

Mowgli se había zambullido como una nutria, tirando de las patas a un dhole que luchaba con la corriente y haciendo que se hundiese antes de que pudiera abrir la boca. Unos círculos oscuros subieron a la superficie con el cuerpo del perro, que, al llegar arriba, quedó flotando de costado. Los dholes trataron de volverse contra él, pero la corriente se lo impidió y el Pueblo Pequeño se lanzó como una flecha contra sus cabezas y orejas, mientras en la oscuridad sonaban cada vez más fuertes los gruñidos de la Manada de Seeonee. De nuevo se zambulló Mowgli y de nuevo un dhole se hundió en el agua, emergiendo luego su cadáver, mientras un nuevo clamor estallaba entre los que formaban la retaguardia. Unos aullaban que era mejor echar pie a tierra, otros pedían a su jefe que los llevase de vuelta al Dekkan, y algunos retaban a Mowgli para que se dejase ver y así poder matarlo.

—Acuden a luchar sin saber qué quieren y hablando todos a la vez —dijo Kaa—. El resto lo harán tus hermanos, allá abajo. El Pueblo Pequeño se vuelve a dormir. No seguirán persiguiéndonos. También yo me vuelvo, pues no somos de la misma piel los lobos y yo. Buena caza, Hermanito, y recuerda

que los dholes dan mordiscos bajos.

Llegó un lobo corriendo con tres patas por la orilla, ora saltando, ora ladeando la cabeza y acercándola al suelo, ora arqueando el lomo y dando un brinco en el aire como si estuviera jugando con sus cachorros. Era Won-tolla, el Forastero, que, sin decir una sola palabra, siguió con su horrible juego al lado de los dholes. Estos llevaban ya mucho rato en el agua y nadaban cansinamente, el cuerpo pesado a causa del agua que les empapaba el pelo, arrastrando la cola como una esponja, tan cansados y aturcidos que también ellos guardaban silencio, observando el par de ojos llameantes que corría a su lado.

—Esto no es cazar bien —dijo uno de ellos entre jadeos.

—¡Buena caza! —dijo Mowgli, surgiendo del agua al lado del animal y clavando su largo cuchillo en el lomo, empujando con fuerza para evitar el mordisco agónico de la bestia.

—¿Estás ahí, Cachorro de Hombre? —preguntó Won-tolla desde la orilla.

—Pregúntaselo a los muertos, Forastero —repuso Mowgli—. ¿No has visto ninguno bajando por el río? Les he hecho morder el polvo a estos perros. Los he burlado en plena luz del día y a su jefe le falta la cola, pero aún me quedan algunos para ti. ¿Adónde quieres que los lleve?

—Esperaré —dijo Won-tolla—. Tengo toda la noche por delante.

Cada vez sonaban más próximos los ladridos de los lobos de Seeonee.

—¡Lo hemos jurado por la Manada, por toda la Manada!

Entonces se dieron cuenta de su equivocación. Deberían haber salido del agua media milla más arriba, para atacar a los lobos en terreno seco. Ahora era ya demasiado tarde. La orilla estaba llena de ojos llameantes y la jungla se hallaba sumida en un silencio total, con la excepción del horrible pheeal, que no había cesado un solo instante desde el anochecer. Parecía como si Won-tolla los estuviera engatusando para que salieran a la orilla.

—¡Media vuelta y adelante! —gritó el jefe de los dholes.

La manada entera se lanzó hacia la orilla, chapoteando en el agua poco profunda, hasta que la superficie del Waingunga se cubrió de blanca espuma y grandes olas la surcaban de orilla a orilla, como si una embarcación de gran calado navegase por el centro de la corriente. Mowgli corrió tras los dholes descargando cuchilladas a diestro y siniestro sobre los perros, que, apretándose unos contra otros, cruzaron la playa en una sola oleada.

Entonces comenzó la gran batalla y fue extendiéndose, estrechándose, amontonándose y volviendo a dispersarse a lo largo de la arena roja y húmeda,

pasando por encima de las retorcidas raíces de los árboles, adentrándose y saliendo de los matorrales, hundiéndose en los macizos de espesa hierba, pues incluso ahora había dos dholes por cada lobo. Pero se enfrentaban a unos lobos que luchaban por todo lo que constituía la Manada y que no eran solamente los cazadores de colmillos blancos y patas cortas, sino que entre ellos estaban también las lahinis de mirada angustiada (las «lobas de la guarida», como se las llama), que luchaban por sus pequeños, así como algún que otro lobo de un año, cubierto el cuerpo con su primer pelaje, que parecía de lana, y que atacaba los flancos del enemigo. Debéis saber que un lobo o bien se lanza a la garganta del contrario o trata de morderle los flancos, mientras que un dhole prefiere apuntar sus mordiscos al vientre, por lo que los dholes, al salir trabajosamente del agua, se veían forzados a levantar la cabeza y ofrecían un blanco seguro a los lobos. En terreno seco, los lobos llevaban las de perder, pero en el agua o en la orilla, el cuchillo de Mowgli iba y venía sin cesar. Los Cuatro se habían abierto camino hasta su lado. Hermano Gris, agazapado entre las rodillas de Mowgli, le protegía el estómago, al tiempo que los otros tres le cubrían la espalda y los costados, o lo cubrían con sus cuerpos cuando caía al suelo debido al tremendo encontronazo de un dhole que saltaba sobre la firme hoja del cuchillo, aullando al lanzarse al ataque. En cuanto al resto, era una masa confusa de cuerpos entrelazados que se desplazaba de un lado a otro por la orilla, girando y girando lentamente sobre sí misma. Aquí había un montón que se agitaba y estallaba luego como una burbuja al borde de un remolino, despidiendo hacia fuera cuatro o cinco perros malheridos que se esforzaban por entrar de nuevo en el centro de la pelea. Más allá, un lobo solitario, atacado por dos o tres dholes, trataba desesperadamente de librarse de sus enemigos, cayendo al suelo cada dos por tres. Un poco más allá, un lobo joven se mantenía en pie a causa de la presión de la masa, pese a que hacía ya rato que estaba muerto, mientras su madre, enloquecida por el dolor y la furia, se revolcaba en el suelo, lanzando mordiscos por doquier, al mismo tiempo que, en lo más denso de la refriega, un lobo y un dhole, olvidándose de todo lo demás, maniobraban para acometerse hasta que se veían separados por una súbita oleada de furiosos combatientes. Una vez Mowgli pasó cerca de Akela, que tenía un dhole a cada lado mientras sus mandíbulas prácticamente desdentadas apretaban con fuerza los ijares de un tercero, y en otro momento vio a Phao, que, con los colmillos hundidos en la garganta de un dhole, tiraba de este hacia el sitio donde los lobos jóvenes lo rematarían. Pero el centro de la batalla no era más que una ciega y enfurecida confusión en las tinieblas, una sucesión de golpes, tropezones, caídas, ladridos, gruñidos y mordiscos que rodeaba a Mowgli por todas partes. A medida que avanzaba la noche, iba en aumento el vertiginoso movimiento circular de la masa combatiente. Los dholes tenían miedo de atacar a los lobos más fuertes, pero todavía no se atrevían a huir corriendo. Mowgli sintió que la lucha iba a terminar pronto y se

contentó con descargar cuchilladas solamente para malherir a sus enemigos. Los lobos jóvenes se mostraban más osados minuto a minuto, por lo que de vez en cuando Mowgli podía tomarse unos instantes de descanso para recobrar el aliento y cambiar unas palabras con alguno de sus amigos. Por otra parte, a veces bastaba un breve movimiento de la mano que empuñaba el cuchillo para ahuyentar a alguno de los perros.

—Nos vamos acercando al hueso —ladró Hermano Gris, que sangraba abundantemente por numerosas heridas.

—Pero aún no lo hemos partido —dijo Mowgli—. Eowawa! ¡Así las gastamos en la jungla!

La hoja ensangrentada se hundía como un rayo en el costado de un dhole cuyos cuartos traseros quedaban ocultos bajo el cuerpo de un lobo que se aferraba a ellos.

—¡Es mi presa! —gritaba el lobo, arrugando el hocico—. ¡Déjamela a mí!

—¿Aún tienes el estómago vacío, Forastero? —dijo Mowgli.

Won-tolla, pese a estar muy malherido, tenía paralizado con las zarpas a un dhole, que no podía volverse para alcanzarlo con sus mordiscos.

—¡Por el buey con que me compraron! —exclamó Mowgli, soltando una amarga carcajada—. ¡Es el sin cola!

Y efectivamente, era el jefe de los dholes.

—No es aconsejable matar cachorros y lahinis —prosiguió filosóficamente Mowgli, enjugándose la sangre que le cubría los ojos—, a no ser que antes se haya matado también al Forastero. Y me parece que será Won-tolla quien te mate a ti.

Un dhole acudió saltando en ayuda de su jefe, pero, antes de que sus colmillos encontrasen el flanco de Won-tolla, el cuchillo de Mowgli se clavó en su garganta y Hermano Gris se encargó del resto.

—Así es como las gastamos en la jungla —repitió Mowgli.

Won-tolla no dijo palabra, limitándose a cerrar más y más las mandíbulas sobre el espinazo del dhole, mientras su propia vida se le iba escapando. El dhole se estremeció, dobló la cabeza y quedó tendido en el suelo, inmóvil. Won-tolla se desplomó sobre él.

—Huh! La Deuda de Sangre está saldada —dijo Mowgli—. Canta la canción, Won-tolla.

—Nunca volverá a cazar —dijo Hermano Gris—. También Akela está callado desde hace mucho rato.

—¡Ya está partido el hueso! —rugió Phao, hijo de Phaona—. ¡Huyen! ¡Matad, matad, cazadores del Pueblo Libre!

Uno tras otro los dholes huían de las oscuras y ensangrentadas arenas del río, adentrándose en la espesura, río arriba o río abajo, según donde el camino estuviera libre.

—¡La deuda! ¡La deuda! —gritó Mowgli—. ¡Pagad la deuda! ¡Han matado a Lobo Solitario! ¡No dejéis que escape un solo perro!

Cuchillo en mano, volaba hacia el río, para cortar el paso a cualquier dhole que osara echarse al agua, cuando por debajo de nueve cadáveres amontonados surgieron la cabeza y las patas delanteras de Akela. Mowgli cayó de rodillas al lado de Lobo Solitario.

—¿No te dije que sería mi última batalla? —dijo Akela con voz entrecortada—. Ha sido una buena cacería. ¿Y tú, Hermanito?

—Yo vivo, y he matado a muchos.

—Me alegro. Me muero y quisiera... quisiera morir a tu lado, Hermanito.

Mowgli recostó en sus rodillas la cabeza de Akela, que mostraba terribles heridas, y con los brazos le rodeó el cuello, igualmente malherido.

—Mucho tiempo ha pasado ya desde los días de Shere Khan y de un cachorro de hombre que se revolcaba desnudo por el polvo.

—No, no. Yo soy un lobo. ¡Soy de la misma piel que el Pueblo Libre! —exclamó Mowgli—. No quiero ser hombre.

—Pues hombre eres, Hermanito, lobito que una vez tuve a mi cuidado. Eres un hombre, pues, de lo contrario, la Manada habría huido ante los dholes. Mi vida te debo y hoy has salvado a la Manada como una vez me salvaste a mí. ¿Lo has olvidado? Todas las deudas están saldadas ya. Vete con tu propia gente. Te repito, luz de mis ojos, que esta cacería ha terminado. Vete con tu gente.

—Nunca iré. Cazaré solo en la jungla. Ya lo he dicho antes.

—Después del verano vienen las lluvias y después de las lluvias viene la primavera. Regresa antes de que te obliguen.

—¿Quién me obligará?

—Mowgli obligará al mismo Mowgli. Regresa con tu gente. Vete con el hombre.

—Lo haré cuando Mowgli obligue al mismo Mowgli —contestó el muchacho.

—Nada queda por decir —dijo Akela—. ¿Podrás ayudarme a levantarme, Hermanito? También yo fui jefe del Pueblo Libre.

Suavemente, con mucho cuidado, Mowgli apartó los cadáveres y ayudó a Akela a ponerse en pie, rodeándolo con los dos brazos, mientras Lobo Solitario, tras aspirar una larga bocanada de aire, entonaba la Canción Fúnebre que debe cantar el Jefe de la Manada cuando agoniza. A medida que cantaba, su voz iba cobrando fuerza, elevándose en el aire y resonando a lo lejos, más allá del río, hasta que llegó al último «¡Buena caza!». Entonces Akela, sacudiéndose de encima los brazos de Mowgli, dio un salto en el aire y cayó muerto de espaldas, sobre el cuerpo del último y más terrible de sus enemigos.

Mowgli se sentó con la cabeza entre las rodillas, indiferente a cuanto lo rodeaba, mientras los últimos dholes fugitivos eran alcanzados y aniquilados por las despiadadas lahinis. Poco a poco fueron apagándose los gritos y empezaron a regresar los lobos, cojeando (pues las heridas empezaban a dolerles), disponiéndose a contar sus bajas. Quince miembros de la Manada, así como media docena de lahinis, yacían muertos en la orilla del río, a la vez que ninguno de los demás había salido ileso de la batalla. Y Mowgli siguió allí sentado hasta el frío amanecer, momento en que sintió que en su mano se apoyaba el hocico rojo y húmedo de Phao. Mowgli se apartó para que el otro viera el descarnado cuerpo de Akela.

—¡Buena caza! —dijo Phao, como si Akela siguiera vivo y seguidamente, dirigiéndose a los demás por encima del hombro, agregó—: ¡Aullad, perros! ¡Un lobo ha muerto esta noche!

Pero de toda aquella manada de doscientos dholes luchadores, que se jactaban de que todas las junglas eran su jungla, de que ningún ser vivo podía plantarles cara, ni uno regresó al Dekkan con el mensaje de Phao.

LA CANCIÓN DE CHIL

(He aquí la canción que cantó Chil cuando los milanos, después de la gran batalla, bajaron uno tras otro al lecho del río. Chil es muy amigo de todo el mundo, pero tiene el corazón frío, pues sabe que, a la larga, casi todos los que viven en la jungla van a parar a él.)

Estos eran mis compañeros, saliendo en la negra noche.

(¡Chil! ¡Buscad a Chil!)

Ahora con mi silbido les diré que la lucha ha terminado.

(¡Chil! ¡Vanguardias de Chil!)

De lo alto me avisaron que en tierra había presas.
A los de abajo avisé yo que por el llano corría el gamo.
Aquí terminan todos los rastros...
¡Jamás volverán a hablar!
Los que lanzaban el grito de caza y corrían raudamente.
(¡Chil! ¡Buscad a Chil!)
Los que ahuyentaban al sambhur o saltaban sobre él.
(¡Chil! ¡Vanguardias de Chil!)
Los que seguían el rastro... los que de ellos huían.
Los que esquivaban los cuernos de la presa que atrapaban.
Aquí terminan todos los rastros...
Nunca más los seguirán.
Estos eran mis compañeros. ¡Lástima que hayan muerto!
(¡Chil! ¡Buscad a Chil!)
Ahora vengo a consolar a los que en sus buenos tiempos
los conocieron.
(¡Chil! ¡Vanguardias de Chil!)
Desgarrados los flancos, hundidos los ojos,
abierta la roja boca.
Abrazados, flácidos y solos yacen, muerto sobre muerto.
Aquí terminan todos los rastros...
Y aquí se alimentan mis hueses.

CORRETEOS PRIMAVERALES

¡El hombre vuelve con el hombre! ¡Avisad a la jungla entera!
Se marcha el que era nuestro hermano.
Oye y dime, Pueblo de la Jungla, contéstame:
¿quién lo hará volver atrás? ¿Quién le hará quedarse?

¡El hombre vuelve con el hombre! Llorando está en la jungla: triste está el que era nuestro hermano.

¡El hombre vuelve con el hombre! (¡Cómo lo quería la jungla!)

Se va por el camino del hombre y no podemos seguirlo.

Al cumplirse los dos años de la gran batalla contra Perro Rojo y de la muerte de Akela, Mowgli debía de tener ya casi diecisiete años. Parecía mayor a causa del duro ejercicio, de la excelente alimentación y de bañarse en cuanto sentía un poco de calor o le parecía estar sucio, todo lo cual le había hecho crecer y le había dado una fuerza superior a la que por la edad le correspondía. Era capaz de columpiarse durante media hora seguida, colgado de una rama alta y sosteniéndose con una sola mano, cuando quería observar los caminos de los árboles. Podía parar un gamo joven que se le acercase a galope tendido y desviarlo a un lado cogiéndolo por la cabeza. Podía incluso derribar a los grandes jabalíes azules que vivían en los marjales del norte. El Pueblo de la Jungla, que antes le temía por su ingenio, ahora le tenía miedo por su fuerza, y cuando caminaba tranquilamente, ocupado en sus propios asuntos, el más leve aviso de su proximidad bastaba para que los senderos del bosque quedasen despejados. Pese a todo, sus ojos mostraban siempre una expresión bondadosa. Ni siquiera en plena lucha brillaban sus ojos como los de Bagheera. Lo único que hacían era volverse más atentos y penetrantes, y esa era una de las cosas que la misma Bagheera no entendía.

Preguntó a Mowgli sobre ello y el muchacho se rio y dijo:

—Cuando se me escapa la presa me enfado. Cuando debo pasarme dos días con el estómago vacío me enfado muchísimo. ¿No se me nota en los ojos entonces?

—La boca tendrá hambre —dijo Bagheera—, pero los ojos no dicen nada. Cazando, comiendo o nadando... siempre están igual, como una piedra, tanto si llueve como si no.

Mowgli la miró perezosamente a través de sus largas pestañas y, como de costumbre, la pantera bajó la cabeza. Bagheera conocía a su amo.

Estaban tendidos cerca de la cumbre de una colina desde la que se dominaba el Waingunga y las neblinas matutinas que flotaban a sus pies en forma de franjas blancas y verdes. A medida que el sol fue subiendo, la neblina se transformó en burbujeantes mares de oro rojo que aquí y allá dejaban paso a los rayos más bajos, que dibujaban rayas de luz en la hierba seca sobre la que estaban descansando Mowgli y Bagheera. Tocaba ya a su fin la estación fría, las hojas y los árboles parecían gastados y descoloridos y, al soplar el viento, se escuchaba por doquier un crujido seco. Una hojita golpeaba furiosamente una rama pequeña, como suelen hacer las hojas sueltas

azotadas por una corriente de aire. El ruido despabiló a Bagheera, que olfateó el aire de la mañana con un ronquido grave y hueco, se echó panza arriba y con las patas delanteras intentó atrapar la hojita.

—Se acerca el cambio de estación —dijo—. La jungla sigue su marcha. Ya está próxima la época del Habla Nueva. Esa hojita lo sabe. ¡Qué bien!

—La hierba está seca —replicó Mowgli, arrancando un puñado—. Incluso Ojo de la Primavera... —añadió refiriéndose a una florecilla roja en forma de trompetilla que crece entre la hierba—. Incluso Ojo de la Primavera está cerrado y... Bagheera, ¿está bien que la Pantera Negra se tumbe panza arriba y dé zarpazos al aire como si fuese una gineta?

—¡Aouch! —dijo Bagheera, que parecía estar pensando en otras cosas.

—Decía si está bien que la Pantera Negra, ronque, aülle y se revuelque de esa forma. Recuerda que somos los amos de la jungla, tú y yo.

—Sí, es verdad. Ya te oigo, Cachorro de Hombre.

Bagheera dio rápidamente una vuelta y se sentó. El polvo cubría sus flancos negros y andrajosos. (Justamente estaba mudando el pelaje del invierno).

—¡Claro que somos los amos de la jungla! ¿Quién es capaz de igualarse a Mowgli en fuerza? ¿Quién es tan sabio como él?

Había un tono extraño en su voz, una forma de arrastrar las palabras que impulsó a Mowgli a volverse para ver si por casualidad la Pantera Negra se estaba burlando de él, pues la jungla está llena de palabras que suenan de un modo, pero significan algo muy distinto.

—Decía que sin ningún género de duda somos los amos de la jungla —repitió Bagheera—. ¿He hecho mal? No sabía que Cachorro de Hombre ya no estaba tumbado sobre la hierba. ¿Acaso vuela, entonces?

Mowgli se hallaba sentado con los codos apoyados en las rodillas y los ojos clavados en la luz que bañaba el otro lado del valle. En alguna parte de los bosques que se extendían a sus pies un pájaro de voz ronca y aguda ensayaba una y otra vez las primeras notas de su canción primaveral. No era más que una sombra del sonido puro y retozón que más adelante emitiría, pero Bagheera lo oyó de todos modos.

—Decía que ya se acerca la época del Habla Nueva —gruñó la Pantera, meneando la cola.

—Ya te he oído —contestó Mowgli—. ¿Por qué tiemblas tanto, Bagheera? Hace calor al sol.

—Ese es Ferao, el picamaderos escarlata —dijo Bagheera—. Lo que es él,

no se ha olvidado. Ahora me toca a mí acordarme de mi canción.

Y se puso a ronronear y canturrear por lo bajo, volviendo a empezar una y otra vez, pues no se daba por satisfecha con el resultado.

—No hay caza por aquí —dijo Mowgli.

—Hermanito, ¿es que tienes ambos oídos obstruidos? Esa no es la llamada de caza, sino mi canción, que estoy ensayando para cuando la necesite.

—Se me había olvidado. Me daré cuenta de que ha llegado la época del Habla Nueva cuando tú y los de más os marchéis corriendo y me dejéis solo.

Mowgli hablaba con cierta aspereza.

—Pero, Hermanito, no siempre... —empezó a decir Bagheera.

—Es verdad lo que digo —contestó Mowgli, señalándola con el dedo índice—. Os marcháis corriendo y yo, que soy el Amo de la Jungla, tengo que pasear solo. ¿Qué pasó la última temporada, cuando quise recolectar caña de azúcar en los campos de la Manada Humana? Mandé un mensajero, ¡te mandé a ti!, en busca de Hathi para que viniera y con la trompa me ayudase a recoger la hierba dulce.

—¡Pero si solo llegó con dos noches de retraso —dijo Bagheera, un tanto cohibida—, y de esa hierba larga y dulce que tanto te gusta recogió más de la que cualquier cachorro de hombre podría comer en todas las noches de la estación de las lluvias! No fue mía la culpa.

—No se presentó la noche que yo indiqué en mi recado. No. Estaba demasiado ocupado berreando, corriendo y bramando por los valles a la luz de la luna. Dejaba un rastro como el de tres elefantes, pues rehusaba ocultarse entre los árboles. Bailaba a la luz de la luna ante las casas de la Manada Humana. Yo lo vi y, pese a todo, no quiso venir conmigo, ¡y eso que soy el Amo de la Jungla!

—Era la época del Habla Nueva —dijo la Pantera con mucha humildad—. Tal vez, Hermanito, aquella vez no lo llamaste con una Palabra Maestra. ¡Escucha a Ferao y alégrate!

El malhumor de Mowgli parecía haberse esfumado por propia iniciativa. El muchacho volvió a tumbarse, con las manos debajo de la cabeza y los ojos cerrados.

—No lo sé... ni me importa —dijo con voz soñolienta—. Vamos a dormir, Bagheera. Tengo un peso en el estómago. Déjame descansar la cabeza sobre ti.

La Pantera volvió a tumbarse soltando un suspiro, ya que podía oír cómo Ferao practicaba una y otra vez con vistas a la próxima llegada de la primavera, del Habla Nueva, como dicen ellos.

En las junglas de la India las estaciones se turnan unas a otras sin que apenas se note. Parece que haya solamente dos: la lluviosa y la seca. Pero si miráis atentamente debajo de los torrentes de lluvia y las nubes de polvo y ceniza, veréis que las cuatro, sin excepción, siguen su marcha regular. La primavera es la más maravillosa, ya que no tiene que cubrir con hojas y flores nuevas un campo limpio y desnudo, sino que barre a su paso los restos de cosas medio verdes que el suave invierno ha respetado y hace que la tierra medio vestida y cansada se sienta nueva y joven una vez más. Y lo hace tan bien que no hay en el mundo otra primavera como la de la jungla.

Llega un día en que todas las cosas están cansadas; en que incluso los olores, al flotar en el pesado aire, están viejos y gastados. Uno no puede explicarlo, pero es algo que se siente. Entonces llega otro día y, sin que aparentemente haya cambiado nada, todos los olores son nuevos y deliciosos, los bigotes del Pueblo de la Jungla se estremecen hasta las raíces y el pelaje invernal se desprende en grandes mechones de sus flancos. Entonces quizá llueva un poquito y todos los árboles, los matorrales, los bambúes, los musgos y las plantas de hojas jugosas despiertan y casi se puede oír el ruido que hacen al crecer, y debajo de ese ruido, noche y día, se oye un sordo zumbido. Ese es el ruido de la primavera, un zumbido vibrante que no son las abejas, ni las cascadas, ni el viento entre la copa de los árboles, sino el ronroneo del mundo, feliz al sentir la caricia del calor.

Hasta aquel año Mowgli siempre había recibido entusiasmado el cambio de las estaciones. Generalmente él era el primero en ver el Ojo de la Primavera medio escondido entre la hierba, así como el primer montón de nubes primaverales, que no tienen comparación en la jungla. Su voz sonaba en toda clase de lugares húmedos, bajo la luz de las estrellas, donde algo estuviera floreciendo, ora uniendo su voz al coro de las ranas, ora burlándose de los pequeños mochuelos que colgaban cabeza abajo de las ramas de los árboles y dejaban oír su grito en las noches claras. Al igual que toda su gente, la primavera era la estación que escogía él para sus paseos y viajes, moviéndose por el simple placer de notar el aire cálido, recorriendo treinta, cuarenta, cincuenta millas entre el crepúsculo y la aparición de la estrella matutina, regresando luego jadeando y riendo, luciendo guirnaldas de flores exóticas. Los Cuatro no le acompañaban en este alocado deambular por la jungla, sino que se iban a cantar canciones con los otros lobos. El Pueblo de la Jungla anda muy atareado en primavera y Mowgli los oía gruñir, chillar o silbar, según cual fuese su especie. Sus voces son distintas entonces a las que tienen en otras épocas del año, y esa es una de las razones por las que la primavera en la jungla recibe el nombre de época del Habla Nueva.

Pero aquella primavera, como le había dicho a Bagheera, algo había cambiado: notaba un peso en el estómago y no sabía a qué era debido. Desde

el momento en que los retoños de bambú se habían vuelto de color marrón llevaba esperando con ilusión la mañana en que los olores serían distintos. Pero cuando por fin llegó esa mañana y Mao, el Pavo Real, envuelto en su llamante manto bronce, azul y dorado, proclamó la buena nueva a lo largo y ancho de la jungla neblinosa, y Mowgli abrió la boca para repetir el anuncio, las palabras se le encallaron entre los dientes y notó en todo el cuerpo una sensación que nació en los dedos de los pies y fue a morir en sus cabellos, una sensación de tristeza tan grande que se miró con mucha atención para estar seguro de que no se había clavado una espina. Mao anunció la llegada de los nuevos olores, los demás pájaros recogieron la llamada y de las rocas que se alzaban al lado del Waingunga surgió el ronco grito de Bagheera, algo que estaba entre el chillido de un águila y el relincho de un caballo. En lo alto de los árboles, entre las ramas reverdecidas, se oyeron los chillidos y el ir y venir de los Bandar-log, pero Mowgli, hinchado el pecho para contestar a Mao, se quedó mudo, respirando entrecortadamente como si la tristeza le hubiese quitado el aliento.

Miró atentamente a su alrededor, pero no pudo ver más que los burlones Bandar-log, que se escurrían entre los árboles, y Mao, con la cola desplegada en todo su esplendor, que bailaba más abajo, por las pendientes.

—¡Los olores han cambiado! —gritó Mao—. ¡Buena caza, Hermanito! ¿Dónde está tu respuesta?

—¡Hermanito, buena caza! —silbó Chil, el Milano, volando hacia abajo con su compañera.

Pasaron volando tan cerca de la nariz de Mowgli que unas cuantas plumas blancas se desprendieron al rozársela.

Un leve aguacero primaveral (lluvia de elefante, la llaman ellos) cruzó la jungla en una franja de media milla de ancho, mojando las hojas que acababan de brotar, y luego, con un leve redoble de truenos, desapareció para dejar paso a un doble arco iris. El zumbido de la primavera se oyó durante un minuto y luego se apagó, pero parecía que todo el Pueblo de la Jungla gritase a la vez. Todos menos Mowgli.

«He comido buena comida —dijo para sus adentros—. He bebido agua buena. La garganta no me arde ni se me hace pequeña como sucedió cuando mordí aquella raíz con manchas azules que Oo, la Tortuga, me dijo que era comestible. Pero siento un peso en el estómago y he tenido palabras muy agrias para Bagheera y otros, que son de la jungla y de los míos. Además, tan pronto tengo calor como frío y luego no tengo calor ni frío, sino que me siento enfadado con algo que no alcanzo a ver. Huhu! ¡Ha llegado la hora de emprender correrías! Esta noche cruzaré la cordillera, sí, emprenderé una correría de primavera hasta los marjales del norte y luego regresaré. Llevo

demasiado tiempo cazando con demasiada felicidad. Los Cuatro vendrán conmigo, ya que se están poniendo gordos como cerditos».

Los llamó, pero ni uno solo de los Cuatro contestó a su llamada. Estaban lejos de allí y no podían oírle, pues estaban con los lobos de la Manada cantando una y otra vez las canciones de primavera: las Canciones de la Luna y del Sambhur, ya que en primavera el Pueblo de la Jungla apenas hace diferencia entre el día y la noche. Los llamó con ladridos agudos e insistentes, pero no recibió más respuesta que el burlón ¡miauuu! de la ginita que buscaba nidos de pájaro entre las ramas de los árboles. Al oírla, se estremeció de rabia y estuvo a punto de sacar el cuchillo. Luego, aunque nadie podía verlo, adoptó un aire muy altivo y echó a andar ladera abajo, con el mentón alzado y las cejas fruncidas. Pero ni uno solo de sus amigos le hizo pregunta alguna, ya que todos estaban demasiado ocupados en sus propios asuntos.

—Sí —dijo Mowgli en voz baja, aunque en el fondo sabía que no tenía razón—. Que venga Perro Rojo del Dekkan, que la Flor Roja se ponga a bailar entre los bambúes y la jungla entera acuda llorando a Mowgli, alabándolo como si fuera un elefante. Pero ahora, porque los Ojos de la Primavera están rojos y a Mao le apetece mostrar sus patas desnudas bailando alguna danza primaveral, la jungla se vuelve loca como Tabaqui... ¡Por el buey con que me compraron! ¿Soy o no soy el Amo de la Jungla? ¡Silencio! ¿Qué hacéis aquí?

Un par de jóvenes lobos de la Manada se acercaban corriendo por un sendero, buscando un claro donde pudieran luchar. (Recordaréis que la Ley de la Jungla prohíbe luchar en un sitio donde la Manada pueda verlo). Tenían el pelaje del cuello erizado y rígido como alambres y ladraban furiosamente, al tiempo que se agachaban dispuestos a acometerse. Mowgli dio un salto hacia delante y echó mano a la garganta de los dos animales con el propósito de empujarlos hacia atrás como tantas veces había hecho al jugar o cazar con la Manada. Pero aquella era la primera vez que se entrometía en una pelea de primavera. Los dos lobos saltaron sobre él, lo echaron a un lado y, sin perder tiempo en palabras, empezaron a revolcarse por el suelo, enzarzados en reñido combate.

Casi antes de caer al suelo, Mowgli volvió a encontrarse de pie con el cuchillo en la mano y enseñando los dientes. En aquellos momentos habría matado a ambos lobos por la sencilla razón de que estaban peleándose cuando él quería que se estuvieran quietos, aunque todo lobo tiene derecho a luchar al amparo de la ley. Se puso a dar vueltas alrededor de ellos, con el cuerpo inclinado hacia delante y las manos temblorosas, dispuesto a asestar un doble golpe en cuanto hubiese pasado la primera furia del ataque, pero, mientras esperaba, le pareció que las fuerzas lo abandonaban, la punta del cuchillo fue bajando poco a poco y finalmente lo guardó en la funda. Se quedó mirando a los dos animales.

—No hay duda de que me habré comido algún veneno —dijo por fin, soltando un suspiro—. Desde que disolví el Consejo con la Flor Roja, desde que maté a Shere Khan, ninguno de los de la Manada ha podido echarme a un lado. ¡Y este par no son más que los últimos de la Manada! ¡Cazadores de poca monta! He perdido la fuerza y no tardaré en morir. Oh, Mowgli, ¿por qué no matas a los dos?

La pelea prosiguió hasta que uno de los lobos huyó corriendo y Mowgli se quedó solo sobre la tierra removida y ensangrentada, mirando ora el cuchillo, ora sus brazos y piernas, mientras una sensación de tristeza como jamás había conocido iba cubriéndolo del mismo modo que el agua cubre un tronco que flota en el río.

A primera hora de la noche cazó y comió un poco, lo justo para estar fuerte y poder emprender sus correrías de primavera. Y comió solo, ya que todo el Pueblo de la Jungla se había marchado a cantar o pelear. La noche era perfectamente clara y parecía como si toda la vegetación hubiese experimentado el crecimiento de un mes desde aquella misma mañana. La rama que el día antes se hallaba cubierta de hojas amarillas derramó savia al partirla Mowgli. El musgo se enroscaba en sus pies, cálido y espeso, la hierba tierna carecía de aristas cortantes y todas las voces de la jungla sonaban como una cuerda de arpa pulsada por la luna: la luna del Habla Nueva, que derramaba raudales de luz sobre rocas y estanques, deslizándose entre troncos y lianas, tamizándola a través de un millón de hojas. Olvidándose de su pesar, Mowgli se puso a cantar de gozo cuando emprendió la marcha. Más que andar o correr, parecía que volase, ya que había elegido la larga pendiente que bajaba hasta los marjales del norte a través de lo más espeso de la jungla, donde el suelo esponjoso amortiguaba el ruido de sus pisadas. Un hombre criado por los hombres habría avanzado siguiendo la engañosa luz de la luna y tropezando cada dos por tres, pero los músculos de Mowgli, entrenados durante muchos años de experiencia, lo transportaban como si de una pluma se tratase. Cuando a sus pies surgía un tronco podrido o una piedra medio enterrada, sorteaba el obstáculo sin esfuerzo y sin preocuparse, sin aminorar el paso. Cuando se cansaba de caminar, se asía como un mono a la primera liana que encontraba y parecía flotar más que trepar hasta las ramas delgadas, desde las que tomaba alguno de los caminos de los árboles y por él seguía hasta que se cansaba y saltaba al suelo describiendo una larga curva entre el follaje. Había hondonadas cálidas y húmedas, rodeadas de rocas, en las que apenas podía respirar a causa de los intensos perfumes de las flores nocturnas y de los capullos que cubrían las lianas, tenebrosas sendas en las que los rayos de luna dibujaban franjas tan regulares como las baldosas de mármol en la nave de una iglesia, sotos espesos donde la húmeda vegetación le llegaba hasta el pecho y le enlazaba la cintura con sus brazos, colinas coronadas por peñascos rotos en las que saltaba de piedra en piedra por encima de las guaridas de zorros

pequeños y atemorizados. Se oía débilmente, a lo lejos, el chug-drug de algún jabalí que afilaba sus colmillos frotándolos contra el tronco de un árbol y con el que Mowgli se cruzaría más adelante, completamente solo, mientras el animal, con la boca llena de espuma y lanzando llamaradas por los ojos, arañaba y despedazaba la corteza de algún árbol alto. Otras veces se desviaba un poco de su camino al oír el entrechocar de cuernos y los sibilantes gruñidos de un par de furiosos sambhurs que se acometían con la testuz inclinada, el cuerpo manchado de sangre que a la luz de la luna parecía negra. De vez en cuando, al vadear algún río de crecido caudal, oía a Jacal, el Cocodrilo, mugiendo como un toro, o tropezaba con algún ovillo que formaban los del Pueblo Venenoso, aunque, antes de que pudieran atacarle, Mowgli ya estaba lejos de allí, adentrándose de nuevo en la jungla tras cruzar los relucientes guijarros.

Y así siguió corriendo, a veces cantando y a veces gritando, convertido en el más feliz de los pobladores de la jungla aquella noche, hasta que el aroma de las flores le avisó de que los marjales estaban cerca y, por consiguiente, se encontraba ya muy lejos de los parajes por donde solía cazar.

También aquí un hombre criado por los hombres se habría hundido en un marjal en cuestión de tres zancadas, pero Mowgli tenía ojos en los pies y fue pasando de un macizo de hierba a otro, de matorral a matorral, sin tener que pedir ayuda a los ojos de la cara. Corrió hasta alcanzar la mitad de la marisma, asustando a los patos al pasar, y se sentó en un tronco cubierto de musgo que yacía en las negras aguas. A su alrededor, los marjales estaban llenos de vida, ya que durante la primavera el Pueblo de los Pájaros tiene el sueño muy ligero y grandes bandadas se pasaron toda la noche yendo y viniendo. Pero nadie hizo caso de Mowgli, que, sentado entre las altas cañas, tarareaba canciones sin palabras mientras se examinaba las plantas de los pies, morenos y endurecidos, por si tenía alguna espina clavada en ellas. Tenía la sensación de haber dejado a su espalda, en su propia jungla, toda su tristeza, pero en el instante en que rompía a cantar a pleno pulmón, la tristeza volvió a apoderarse de él... diez veces peor que antes.

Esta vez Mowgli se asustó.

—¡También está aquí! —dijo casi en voz alta—. Me ha seguido.

Miró por encima del hombro para ver si la tenía detrás de él y dijo:

—Aquí no hay nadie.

Siguieron oyéndose los ruidos nocturnos del pantano, pero ningún pájaro, ninguna bestezuela le dirigió la palabra y la renacida sensación de infelicidad fue creciendo más y más.

—No hay duda de que he comido algo venenoso —dijo con voz

sobrecogida—. Sin darme cuenta debo de haberme tragado algo venenoso y empiezan a fallarme las fuerzas. Sentí miedo y, sin embargo, yo no estaba asustado. Era Mowgli el que sentía miedo mientras los dos lobos luchaban. Akela, el mismo Phao incluso, los habrían hecho callar, pero Mowgli estaba asustado. Eso es una señal clara de que he comido algo venenoso... Pero ¿qué les importa a los de la jungla? Cantan, aúllan, luchan, corren en grupos bajo la luz de la luna y yo... Hai-mai...! yo estoy muriendo aquí en los marjales por culpa de ese veneno que me he comido.

Sentía tanta lástima de sí mismo que casi rompió a llorar.

—Después —prosiguió— me encontrarán flotando en las aguas negras, muerto. No, regresaré a mi propia jungla y moriré en la Roca del Consejo, y mi querida Bagheera, si no está demasiado ocupada gritando en el valle, quizá vele mis restos durante un rato, para que Chil no repita conmigo lo que hizo con Akela.

Una enorme y caliente lágrima cayó sobre su rodilla y, a pesar de su aflicción, Mowgli se sintió feliz de estar tan triste, si es que sois capaces de comprender ese sentimiento de felicidad al revés.

—Lo que Chil, el Milano, hizo con Akela —repitió— la noche que salvé a la Manada de perecer entre las garras de Perro Rojo.

Permaneció callado un rato, pensando en las últimas palabras de Lobo Solitario que, por supuesto, recordaréis vosotros.

—Akela me dijo muchas tonterías antes de morir, ya que lo que llevamos dentro cambia cuando nos morimos. Dijo que... Da igual, ¡dijera lo que dijera, yo soy de la jungla!

Dejándose llevar por la excitación al recordar la batalla en las márgenes del Waingunga, las últimas palabras las pronunció gritando y la hembra de un búfalo salvaje, que estaba entre las cañas, se levantó de un salto y dijo con un resoplido:

—¡El hombre!

—Hu! —exclamó Mysa, el Búfalo Salvaje (al que Mowgli oyó moverse en el fango)—. Ese no es el hombre. No es más que el lobo pelado de la Manada de Seonee. En las noches como esta corre de un lado a otro.

—Hu! —contestó la hembra, volviendo a bajar la cabeza para seguir paciando—. Creí que se trataba del hombre.

—Te digo que no lo es. Eh, Mowgli, ¿estás en peligro? —mugió Mysa.

—Eh, Mowgli, ¿estás en peligro? —repitió Mowgli en plan de mola—. Eso es todo lo que es capaz de pensar Mysa: si hay peligro. Pero ¿qué le

importa Mowgli a él? ¿Qué le importa ese Mowgli que se pasa la noche corriendo por la jungla, observándolo todo?

—¡Cómo grita! —dijo la hembra.

—Así lo hacen siempre —contestó Mysa desdeñosamente— esos que, después de arrancar la hierba, no saben cómo comérsela.

—Por menos que eso —gruñó Mowgli para sí—, por menos que eso, las pasadas lluvias sin ir más lejos, habría obligado a Mysa a salir del fango y habría cabalgado por el pantano montado en él, azuzándolo con un junco.

Alargó una mano para arrancar una de esas frágiles cañas, pero la retiró enseguida, soltando un suspiro. Mysa siguió mascando tranquilamente, al tiempo que se oía el ruido que hacía la hembra al morder las hierbas altas.

—¡No voy a morir aquí! —gritó Mowgli, encolerizándose—. Aquí me vería Mysa, que es de la misma sangre que Jacala y el cerdo. Nos iremos más allá del pantano y veremos qué pasa. Jamás me había pasado esto en mis correrías de primavera: tengo frío y calor al mismo tiempo. ¡Arriba, Mowgli!

No pudo resistir la tentación de arrastrarse sigilosamente por entre las cañas hasta donde se hallaba Mysa y pincharlo con la punta del cuchillo. El enorme búfalo, chorreando agua y fango, salió disparado como un obús, mientras Mowgli se reía tanto que tuvo que sentarse para no caerse al suelo.

—Ahora podrás decir que una vez el lobo pelado de la Manada de Seeonee fue tu pastor, Mysa.

—¡Lobo! ¿Tú? —resopló el búfalo, chapoteando en el barro—. Toda la jungla sabe que una vez fuiste pastor de reses mansas, un mocosito como esos que gritan allá abajo donde están los sembrados. ¿Tú uno de la jungla? ¿Qué cazador se habría arrastrado como una serpiente entre las sanguijuelas para gastarme una broma semejante, una broma digna de un chacal, para ponerme en ridículo delante de mi hembra? Sal a tierra firme y te... te...

Mysa echaba espuma por la boca, ya que de todos los animales de la jungla Mysa es el que peor genio tiene. Sin inmutarse, Mowgli se quedó mirando cómo el búfalo jadeaba y resoplaba. Cuando por fin creyó que podría hacerse oír en medio del chapoteo y los mugidos, dijo:

—¿Qué Manada Humana hay por aquí, cerca de los marjales, Mysa? Esta jungla es nueva para mí.

—Entonces vete al norte —rugió el enojado búfalo, pues Mowgli le había dado un buen pinchazo—. Me has gastado una broma digna de uno de esos pastores desnudos. Ve y cuéntaselo a los del poblado que hay al otro lado del pantano.

—A la Manada Humana no le gustan los cuentos de la jungla. Y tampoco me parece a mí que un rasguño más o menos en tu pellejo sea motivo para convocar un consejo, Mysa. Pero iré a dar un vistazo a ese poblado. Sí, eso haré. Y ahora a callar, que el Amo de la Jungla no viene todas las noches a cuidarte mientras paces.

Saltó sobre la tierra movediza que bordeaba el pantano, bien a sabiendas de que eso impediría a Mysa cargar contra él, y se marchó corriendo, riendo al pensar en el enfado del búfalo.

—Aún no he perdido todas mis fuerzas —dijo—. A lo mejor el veneno no me ha llegado hasta los huesos. Allí veo una estrella que se está poniendo —agregó, observándola entre los dedos de las manos—. ¡Por el buey con que me compraron! ¡Es la Flor Roja! La misma Flor Roja junto a la cual solía acostarme antes... antes de que me uniera a la primera Manada de Seonee. Ahora que ya la he visto, terminaré mi correría.

El pantano terminaba en una amplia llanura en la que parpadeaba una luz. Hacía ya mucho tiempo que Mowgli no se interesaba por las cosas de los hombres, pero aquella noche se sintió atraído hacia la Flor Roja.

—Echaré una ojeada —dijo—, como solía hacer en los viejos tiempos, y veré hasta qué punto ha cambiado la Manada Humana.

Olvidándose de que ya no se encontraba en su propia jungla, donde podía hacer cuanto se le antojase, echó a andar por la hierba empapada de rocío, sin tomar ninguna precaución, hasta que llegó a la choza donde brillaba la luz. Tres o cuatro perros empezaron a ladrar, pues se encontraba en los alrededores de un poblado.

—¡Ah! —exclamó Mowgli, sentándose sin hacer ruido después de contestar a los perros con un aullido de lobo que los dejó mudos—. Lo que sea será. ¿Qué se te ha perdido esta vez en las guaridas de la Manada Humana, Mowgli?

Se frotó la boca, recordando que en ella había recibido una pedrada años atrás, al ser expulsado del seno de otra Manada Humana.

Se abrió la puerta de la choza y una mujer se quedó en la puerta observando atentamente las tinieblas. Un niño pequeño rompió a llorar y la mujer, mirando por encima del hombro, dijo:

—Duerme. No era más que un chacal que ha despertado a los perros. Falta muy poco para que amanezca.

Mowgli empezó a temblar entre la hierba como si tuviera fiebre. Conocía de sobras aquella voz, pero, para asegurarse, gritó suavemente, sorprendiéndose al ver que volvía a ser capaz de hablar como los hombres:

—¡Messua! ¡Messua!

—¿Quién llama? —repuso la mujer con voz trémula.

—¿Lo has olvidado? —dijo Mowgli, que al hablar sentía la garganta seca.

—Si eres tú, dime: ¿qué nombre te puse? ¡Contesta!

La mujer había entornado la puerta y se apretaba el pecho con una mano crispada.

—¡Nathoo! ¡Ohé, Nathoo! —replicó Mowgli, pues, como recordaréis, ese era el nombre que le puso Messua cuando por primera vez se presentó a la Manada Humana.

—¡Ven, hijo mío!

Mowgli avanzó hacia la luz y se quedó mirando a Messua, la mujer que había sido buena con él, la misma que, hacía muchos años, él había salvado de perecer a manos de la Manada Humana. Había envejecido y tenía el pelo gris, pero los ojos y la voz no habían cambiado. Como era propio de una mujer, esperaba encontrar a Mowgli tal como lo había visto por última vez y con ojos perplejos miraba el pecho y la cabeza que rozaba el dintel de la puerta.

—Hijo mío —tartamudeó y luego, postrándose a los pies de Mowgli, añadió—: Pero ya no es mi hijo. Es un Diosecillo de los Bosques. Ahai!

Allí de pie bajo el rojo resplandor de la lámpara de aceite, fuerte, alto y bello, con sus largos cabellos negros cayéndole sobre la espalda, el cuchillo colgado al cuello, meciéndose, y la cabeza adornada con una guirnalda de jazmín, fácilmente se le habría podido confundir con un legendario Dios de la Jungla. El niño, medio dormido en su cuna, se incorporó bruscamente y se puso a chillar de terror. Messua se volvió para calmarlo, mientras Mowgli se quedaba quieto, contemplando las jarras de agua, los cacharros de cocina, el recipiente donde guardaban el grano y todos los demás utensilios humanos que tan bien recordaba.

—¿Qué te apetece comer o beber? —murmuró Messua—. Todo lo que hay aquí es tuyo. A ti te debemos la vida. Pero ¿eres tú aquel al que llamaba Nathoo o eres un diosecillo?

—Soy Nathoo —replicó Mowgli—. Me he alejado mucho de mis lares. Vi luz aquí y me acerqué. No sabía que tú estabas aquí.

—Cuando llegamos a Khanhiwara —dijo tímidamente Messua—, los ingleses nos quisieron ayudar contra aquella gente que quería quemarnos. ¿Te acuerdas?

—En verdad que sí. No lo he olvidado.

—Pero cuando la Ley inglesa estuvo a punto y fuimos al poblado de aquella gente mala, no lo encontramos por ninguna parte.

—También de eso me acuerdo —dijo Mowgli, sintiendo que se le estremecían las ventanas de la nariz.

—Entonces mi hombre buscó trabajo en los campos de labranza y por fin, como era un hombre fuerte, logramos tener un poco de tierra propia. No es tan rica como la del otro poblado, pero no necesitamos mucho... los dos.

—¿Dónde está él... aquel hombre que se puso a excavar la tierra aquella noche, cuando estaba asustado?

—Murió... hace un año.

—¿Y él? —dijo Mowgli, señalando al pequeño.

—Es mi hijo. Nació hace dos lluvias. Si eres un diosecillo, concédele la Protección de la Jungla, para que no corra peligro entre tu... tu gente, como no lo corrimos nosotros aquella noche.

Alzó al pequeño en el aire y la criatura, olvidándose del miedo, alargó las manitas para jugar con el cuchillo que colgaba sobre el pecho de Mowgli, que con mucha delicadeza apartó del arma los dedos que intentaban cogerla.

—Y, si tú eres el Nathoo que el tigre se llevó —prosiguió Messua con voz entrecortada—, entonces él es tu hermano menor. Dale la bendición de un hermano mayor.

—Hai-mai! ¿Qué sé yo de esa cosa que llamas bendición? No soy un diosecillo, ni tampoco soy su hermano y... Oh, madre, madre, cómo me pesa el corazón.

Sintió un escalofrío mientras se inclinaba para depositar al pequeño en la cuna.

—No me extraña —dijo Messua, afanándose con los cacharros de cocina—. Esto te pasa por pasarte la noche corriendo por los pantanos. Lo sé muy bien: la fiebre te ha penetrado hasta la médula.

Mowgli sonrió levemente al pensar en la posibilidad de que hubiera algo en la jungla que pudiera hacerle daño.

—Encenderé una hoguera y beberás un poco de leche caliente. Quítate esa guirnalda de jazmín, que huele demasiado fuerte en este lugar tan pequeño.

Mowgli se sentó, murmurando palabras ininteligibles y tapándose la cara con las manos. Se sentía inundado de toda clase de sentimientos que jamás había conocido, exactamente igual que si lo hubieran envenenado. La cabeza le daba vueltas y se sentía algo mareado. Bebió a grandes sorbos la leche

caliente, mientras Messua le daba alguna que otra palmadita en la espalda, aún no segura del todo de si el muchacho era su Nathoo o si en realidad se trataba de algún portentoso ser de la jungla, aunque se sentía contenta al comprobar que, al menos, era de carne y hueso.

—Hijo —dijo finalmente con los ojos llenos de orgullo—, ¿te han dicho alguna vez que eres más bello que el resto de los hombres?

—¿Qué? —dijo Mowgli, que; naturalmente, jamás había oído nada semejante.

La expresión de su cara le bastó a Messua, que rio de felicidad.

—Entonces ¿soy yo la primera que te lo dice? Aunque suceda pocas veces, está bien que sea, una madre la que le diga estas cosas agradables a su hijo. Eres muy bello. Nunca había visto un hombre como tú.

Mowgli volvió la cabeza y trató de mirarse por encima de su propio hombro. Messua se echó a reír de nuevo, con tantas ganas que Mowgli, sin saber por qué, no pudo resistirlo y se echó a reír también, mientras el pequeño corría del uno al otro, riendo igualmente.

—No, no debes burlarte de tu hermano —dijo Messua, estrechando a la criatura contra su pecho—. Cuando tú seas la mitad de guapo que él, te casaremos con la más joven de las hijas de un rey y viajarás a lomos de grandes elefantes.

Mowgli no alcanzaba a comprender siquiera una de cada tres de las palabras que decía Messua. Después de su larga carrera, la leche caliente comenzaba a surtir efecto, por lo que se acurrucó en un rincón y en menos de un minuto se durmió profundamente. Messua le apartó el pelo de los ojos, lo tapó con una manta y se sintió feliz. Al estilo de la jungla, durmió el resto de la noche y todo el día siguiente, pues sus instintos, que nunca quedaban totalmente dormidos, lo avisaron de que no había nada que temer. Por fin despertó dando un salto que hizo temblar toda la choza, ya que la manta que le tapaba la cara le hizo soñar que había caído en una trampa. Se quedó de pie, empuñando el cuchillo, con los párpados pesados a causa del sueño y dispuesto a luchar contra lo que fuera.

Messua se rio y le puso la cena en la mesa. Había solamente unas cuantas tortas sencillas, cocinadas sobre la humeante hoguera, un poco de arroz y una ración de conserva de fruta de tamarindo: lo suficiente para ir tirando hasta la hora de cazar como todas las noches. El olor del rocío en los pantanos le despertó el hambre y lo llenó de desasosiego. Tenía ganas de terminar su correría de primavera, pero el pequeñín insistió en sentarse en sus brazos y, por si fuera poco, Messua se empeñó en peinarle los largos cabellos, de un negro azulado. Mientras lo peinaba cantaba cancioncillas tontas de esas que se

cantan a los bebés. Tan pronto llamaba hijo a Mowgli como le suplicaba que diera al pequeño un poco de sus poderes de la jungla. La puerta de la choza estaba cerrada, pero Mowgli oyó un sonido que conocía muy bien y vio cómo Messua abría la boca, horrorizada al observar una enorme pata gris que se metía por debajo de la puerta, mientras en el exterior, Hermano Gris profería un sofocado aullido en el que se reflejaban la angustia y el miedo.

—¡Quédate fuera y espera! No pudiste venir cuando te llamé —dijo Mowgli en el idioma de la jungla, sin volver la cabeza.

La pata gris desapareció.

—No... no traigas tus... tus sirvientes aquí —dijo Messua—. Yo... nosotros siempre hemos vivido en paz con la jungla.

—Viene en son de paz —dijo Mowgli, levantándose—. Piensa en aquella noche que pasasteis camino de Khanhiwara. Delante y detrás de vosotros había muchísimos como él. Pero ya veo que ni siquiera en primavera el Pueblo de la Jungla se olvida de uno. Me voy, madre.

Messua se hizo a un lado, humildemente, pensando que en verdad Mowgli era un Dios de los Bosques, pero, al ver que la mano del muchacho se apoyaba en la puerta para abrirla, la madre que llevaba dentro la impulsó a abrazarse una y otra vez al cuello de Mowgli.

—¡Vuelve! —susurró—. Seas o no mi hijo, vuelve conmigo, porque te quiero. Mira, también él está triste.

El pequeñín lloraba al ver que el hombre del cuchillo reluciente se iba.

—Vuelve —repitió Messua—. De noche o de día, esta puerta nunca estará cerrada para ti.

Mowgli sintió como si le estuvieran tirando de las cuerdas de la garganta y, al contestar, le pareció como si la voz tuviera que hacer un gran esfuerzo por salir.

—Volveré, puedes estar segura. Y ahora —agregó, dirigiéndose al lobo, cuya cabeza asomaba por la puerta— tengo una pequeña queja contra ti, Hermano Gris. ¿Por qué no vinisteis los Cuatro cuando os llamé hace ya unos días?

—¿Unos días? ¡Si fue anoche...! Yo... nosotros estábamos cantando en la jungla, las nuevas canciones. Estamos en la época del Habla Nueva. ¿No te acuerdas?

—Sí, es verdad.

—Y en cuanto terminamos de cantarlas —prosiguió Lobo Gris con acento sincero—, me puse a seguir tu rastro. Me separé de los demás y no he parado

de buscarte. Pero, Hermanito, ¿qué has hecho? ¿Has comido y dormido con la Manada Humana?

—Si hubieras venido cuando te llamé, esto no habría sucedido nunca — dijo Mowgli, corriendo más que el lobo.

—¿Y ahora qué va a pasar? —preguntó Hermano Gris.

Mowgli iba a contestar cuando vio que por un sendero que salía de los alrededores del poblado se acercaba una muchacha vestida de blanco. Hermano Gris se escondió inmediatamente, mientras Mowgli, sin hacer ruido, retrocedía hasta meterse en un sembrado de altas mieses. Casi habría podido tocarla con la mano cuando los cálidos y verdes tallos se cerraron ante su cara y desapareció igual que un fantasma. La muchacha chilló, pues creía haber visto un espíritu. Luego soltó un hondo suspiro. Mowgli apartó los tallos con las manos y se quedó contemplándola hasta que se perdió de vista.

—Ahora, no lo sé —dijo, suspirando a su vez—. ¿Por qué no viniste cuando te llamé?

—Te seguimos... te seguimos —murmuró Hermano Gris, lamiendo los pies de Mowgli—. Siempre te seguimos, salvo en la época del Habla Nueva.

—¿Y me seguirías hasta donde está la Manada Humana? —susurró Mowgli.

—¿Acaso no te seguí la noche en que nuestra vieja Manada te expulsó? ¿Quién te despertó cuando dormías en los campos de labranza?

—Sí, pero ¿volverías a hacerlo?

—¿Acaso no te he seguido esta noche?

—Sí, pero ¿y otra vez, y otra y puede que otra más, Hermano Gris?

Hermano Gris guardó silencio. Cuando habló lo hizo dirigiéndose a sí mismo, gruñendo:

—La Negra dijo la verdad.

—¿Cuándo dijo qué?

—Que el hombre acaba por volver con el hombre. Raksha, nuestra madre, dijo...

—Y también lo dijo Akela la noche de Perro Rojo —musitó Mowgli.

—Y lo mismo dice Kaa, que es más sabia que todos nosotros.

—¿Y tú que dices, Hermano Gris?

—Te expulsaron una vez, colmándote de insultos. Te hirieron en la boca a

pedradas. Mandaron a Buldeo que te matase. Te habrían arrojado a la Flor Roja. Fuiste tú, y no yo, quien dijo una vez que eran malos e insensatos. Tú, y no yo, pues yo no hago más que seguir a mi propio pueblo, quien hizo que la jungla los invadiera. Tú, y no yo, hiciste contra ellos una canción todavía más amarga que la que cantamos nosotros contra Perro Rojo.

—Lo que te pregunto es qué dices tú.

Hablaban mientras corrían. Hermano Gris siguió trotando durante un rato sin decir nada y luego dijo, entre salto y salto:

—Cachorro de Hombre... Amo de la Jungla... Hijo de Raksha, hermano de guarida..., aunque en primavera se me olvide durante unos días, tu rastro es mi rastro, tu guarida es mi guarida, tu presa es mi presa y tu lucha a muerte es mi lucha a muerte. Hablo en nombre de los Tres. Pero ¿qué le dirás a la jungla?

—Bien pensado. No está bien esperar un rato antes de matar a la presa que se ha visto. Adelántate y convócalos a todos en la Roca del Consejo y entonces les diré lo que me bulle en la cabeza. Pero puede que no acudan... puede que, siendo la época del Habla Nueva, se olviden de mí.

—Entonces ¿es que tú no te has olvidado de nada? —ladró Hermano Gris por encima del hombro, mientras iniciaba un galope tendido y Mowgli, pensativo, lo seguía.

En cualquier otra estación la noticia habría atraído a todos los de la jungla, con el pelo del cuello erizado, pero en aquellos momentos estaban ocupados cazando y luchando, matando y cantando. Hermano Gris iba corriendo de uno a otro, gritando:

—¡El Amo de la Jungla se vuelve con el hombre! ¡Venid a la Roca del Consejo!

Pero el Pueblo de la Jungla, feliz y afanoso, se limitaba a contestar:

—Volverá a nosotros con los calores del verano. Las lluvias le harán buscar la guarida. Ven a correr y cantar con nosotros, Hermano Gris.

—¡Pero si el Amo de la Jungla se vuelve con el hombre! —repetía Hermano Gris.

—Eee Yoawa? ¿Y eso hace que la época del Habla Nueva sea menos dulce? —le contestaban ellos.

Así que cuando Mowgli, con el corazón apesadumbrado, cruzó los roquedales que tan bien conocía y llegó al lugar donde había comparecido ante el Consejo, se encontró solamente con los Cuatro, Baloo, que de tan viejo se había vuelto casi ciego, y Kaa, la gruesa pitón de sangre fría, que estaba

enroscada en el asiento vacío que antes ocupara Akela.

—¿Así que el rastro termina aquí, Cachorro de Hombre? —dijo Kaa, al ver que Mowgli se arrojaba al suelo con el rostro entre las manos—. Lanza la llamada: «Somos de la misma sangre, tú y yo... hombre y serpiente juntos».

—¿Por qué no moriría bajo las zarpas de Perro Rojo? —se quejó el muchacho—. He perdido la fuerza y no ha sido a causa de ningún veneno. De noche y de día oigo pisadas que siguen mi rastro. Cuando vuelvo la cabeza es como si alguien acabase de ocultarse para que yo no lo viera. Miro detrás de los árboles, pero no está allí. Llamo y nadie me responde, pero tengo la sensación de que alguien me está escuchando y no quiere responderme. Me acuesto en el suelo, pero no descanso. Emprendo mi correría de primavera, pero no encuentro sosiego. Me baño, pero no me siento refrescado. La caza me repugna, pero no me siento con ánimos para luchar a menos que sea matando. La Flor Roja se me ha metido en el cuerpo, mis huesos se han convertido en agua... y... no sé qué es lo que sé.

—¿Qué falta nos hace hablar? —dijo lentamente Baloo, volviendo la cabeza hacia el lugar donde yacía Mowgli—. Akela, allá en el río, ya lo dijo: Mowgli haría que Mowgli regresara con la Manada Humana. También yo lo dije. Pero ¿quién hace caso ahora de lo que dice Baloo? Bagheera... ¿Dónde se ha metido Bagheera esta noche? Ella lo sabe también. Es la ley.

—Cuando nos encontramos en los Cubiles Fríos, Cachorro de Hombre, yo ya lo sabía —dijo Kaa, moviendo levemente sus poderosos anillos—: El hombre acaba por volver con el hombre, aunque la jungla no lo expulse de su seno.

Perplejos, pero obedientes, los Cuatro se miraron unos a otros y luego a Mowgli.

—Entonces ¿la jungla no me expulsa? —dijo Mowgli con voz entrecortada.

Hermano Lobo y los Tres empezaron a gruñir furiosamente, diciendo:

—Mientras nosotros estemos vivos nadie se atreverá a...

Pero Baloo los hizo callar.

—Yo te enseñé la ley. Tengo, pues, derecho a hablar —dijo—. Aunque ya no veo las rocas que hay ante mí, sí puedo ver el futuro. Sigue tu camino, Ranita. Funda tu guarida entre los de tu propia manada, entre el pueblo que lleva tu sangre. Pero, recuerda: cuando te hagan falta unas patas ligeras, unos colmillos afilados o unos ojos penetrantes, o cuando necesites mandar un recado urgente de noche, Amo de la Jungla, la jungla estará a tu disposición.

—La Jungla Media también es tuya —dijo Kaa—. De la gente pequeña,

empero, no digo nada.

—¡Hai-mai, hermanos míos! —exclamó Mowgli, alzando los brazos al cielo y sollozando—. ¡No sé qué es lo que sé! No quisiera irme, pero los dos pies tiran de mí. ¿Cómo podré abandonar estas noches?

—Ea, ea, levanta la mirada, Hermanito —dijo Baloo—. No tienes nada de que avergonzarte. Cuando nos hemos comido la miel, dejamos el panal abandonado.

—Una vez se ha cambiado de piel —dijo Kaa—, no es posible volver a ponerse la vieja. Así es la ley.

—Escucha, Hermanito..., el más querido para mí entre todos los que viven en la jungla —dijo Baloo—. Nadie desea impedirte que te vayas. ¡Arriba esa cabeza! ¿Quién se atreverá a hacerle preguntas al Amo de la Jungla? Yo te vi jugar con los guijarros blancos allá abajo, cuando eras una ranita y Bagheera, que te compró pagando con un buey joven recién muerto, también te vio. De los que entonces te vimos solo quedamos dos, pues Raksha, tu madre, murió, como también murió tu padre. Ya hace tiempo que no queda ninguno de los que formaban la vieja Manada de Lobos. Ya sabes adónde fue a parar Shere Khan. Y Akela murió entre los dholes, allí donde, de no haber sido por tu sabiduría y fuerza, también la segunda Manada de Seonee habría perdido la vida. Ya no queda nada salvo huesos viejos. No es el Cachorro de Hombre el que pide permiso a la Manada, sino que es el Amo de la Jungla quien ha decidido encaminar sus pasos por otro sendero. ¿Quién podrá pedirle al hombre que dé explicaciones por lo que se propone hacer?

—¡Por Bagheera y el buey con que me compró! —dijo Mowgli—. No quisiera...

Sus palabras quedaron cortadas en seco por un rugido que resonó en la espesura, a los pies de la Roca del Consejo, y Bagheera, ágil, fuerte y terrible como siempre, se plantó ante él.

—Por esto —dijo Bagheera, extendiendo una pata de la que chorreaba sangre—, no he venido antes. Ha sido una larga cacería, pero ahora yace muerto allí abajo, entre los arbustos... un buey de dos años: el buey que te devuelve la libertad, Hermanito. Todas las deudas han sido saldadas ya. Por lo demás, mi palabra es la palabra de Baloo.

Lamió los pies de Mowgli y, dando un salto, desapareció, al tiempo que exclamaba:

—¡Recuerda que Bagheera te quería!

Al llegar al pie de la montaña volvió a gritar:

—¡Buena caza en tu nuevo sendero, Amo de la Jungla! ¡No olvides que

Bagheera te quería!

—Ya lo has oído —dijo Baloo—. Nada más queda por decir. Ahora vete, pero antes acércate. ¡Acércate, Ranita sabia!

—Es difícil cambiar de piel —dijo Kaa, mientras Mowgli sollozaba desconsoladamente, con el rostro apoyado en el costado del oso ciego y rodeándole el cuello con los brazos, al tiempo que Baloo, débilmente, trataba de lamerle los pies.

—Las estrellas se apagan —dijo Hermano Gris, olfateando el aire del amanecer—. ¿Dónde nos cobijaremos hoy? Porque, de ahora en adelante, seguiremos nuevos rastros.

Y esta es la última de las historias de Mowgli.

CANCIÓN DE DESPEDIDA

(He aquí la canción que Mowgli oyó cantar en la jungla mientras regresaba a casa de Messua.)

BALOO

Por amor al que a una Rana sabia enseñó

los senderos de la jungla,

respetar la Ley de la Manada Humana.

¡Por amor al viejo y ciego Baloo!

Limpio o sucio, nuevo o viejo,

síguela como si fuera la nuestra,

de día y de noche, síguela,

sin torcer jamás a diestra o siniestra.

Por el amor del que te quiere

más que a cualquier otro de la jungla,

cuando tu Manada te haga daño,

di: «Otra vez canta Tabaqui».

Cuando tu Manada te mate a trabajar,

di: «Aún vive Shere Khan».

Cuando matar quiera el cuchillo,
respetar la ley y seguir tu camino.

(Raíz y miel, palma y espata,
¡proteged del mal a este cachorro!)

Bosque y agua, viento y árbol,
¡vaya contigo el Amparo de la Jungla!

KAA

De la ira nace el Miedo
y solo los ojos atentos ven el peligro.

Guárdate del veneno de la Cobra.

No hagas caso de sus palabras.

Sé franco y ganarás Fuerza y Cortesía.

No emprendas lo que acabar no puedas,
no caigas en ningún engaño.

Caza lo que necesites para comer,
mas nunca por el placer de hacer daño.

Has comido, ¿tienes sueño?

Busca un rincón bien abrigado,
no diera contigo, por descuido,
algún enemigo ya olvidado.

Este y oeste, norte y sur,

lávate el cuerpo, cierra la boca.

(Allá por donde vaya: llano o risco,
río o lago, ¡Jungla Media, a ti
te lo encomiendo!)

Bosque y agua, viento y árbol,
¡vaya contigo el Amparo de la Jungla!

BAGHEERA

En la jaula empezó mi vida,
bien conozco, pues, al hombre.

¡Por el Candado Roto que me liberó!
¡Guárdate de los tuyos, Cachorrillo!
No dejes que el perfume del rocío
y la luz de las estrellas,
embriagándote, te extravíen.

En manada o consejo, de caza o en reposo,
no pidas tregua al Chacal Humano.

Responde con tu silencio si te dicen:
«¡Ven, por aquí más fácil es el camino!».

No hagas caso cuando tu ayuda busquen
para hacer daño al débil.

De tu pericia no hagas alarde
como los vanidosos Bandar-log.

Caza, sí, pero en silencio.

Que ningún canto, llamada o señal
te aparten de tu rastro.

(Niebla matutina y crepúsculo claro,
¡guardadlo como guardáis al ciervo!)

Bosque y agua, viento y árbol,
¡vaya contigo el Amparo de la Jungla!

LOS TRES

Por el sendero que ahora recorres,
camino de las temibles chozas
donde anida la Flor Roja.

De noche, cuando en tu lecho,
apartado de nuestra madre el cielo,
a nosotros, tus hermanos, oigas;
cuando con el día te levantes,
y a tus duras labores te encamines,
lleno de añoranza por la jungla:

bosque y agua, viento y árbol,
Sabiduría, Fuerza y Cortesía,
¡vaya contigo el Amparo de la Jungla!

Freeeditorial 